





BERAULT
HISTORIA
ECCLSIASTICA



BX944

B4

V.19

C.1

135836

27

José Angel Benavides.



1080046407





E# 7 - E# 2

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
CAPILLA ALFONSO DE LIBRERÍA UNIVERSITARIA

Rollo-48 MICROFILMADO 16/3/83

HISTORIA ECLESIASTICA.

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



HISTORIA
DE LA IGLESIA

ESCRITA EN FRANCÉS

POR

EL ABATE BERAULT-BERCASTEL,

CANÓNICO DE NOYON:

traducida nuevamente al castellano, corregida,
aunotada y continuada

HASTA EL PONTIFICADO DEL SS. P. LEON XII,

por los P.P. J. de M. y A. C. de V.

TOMO XIX.

Desde el principio del Pontificado de Sisto IV en el año 1471,
hasta la propagacion de la heregía de Zuinglio en el de 1523.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
CAPITAL AUTÓNOMA ESTADÍSTICA UNIVERSITARIA
MICROFILMADO



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Valencia: Imprenta de D. Benito Mousset,

MAYO 1832.



38382

Bx 944

B4

v. 19



Esta obra es propiedad de la casa de Monfort.



FONDO BIBLIOTECA PÚBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN

135836

RESUMEN

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS

EN EL LIBRO QUINGUAGÉSIMO-QUINTO.

N.º 1. *El Papa Sisto IV.* 2. *Fin desgraciado del Rey Enrique VI.* 3. *Legacion del cardenal de Borja en España.* 4. *Disgustos de Besarion en la corte de Francia.* 5. *Su muerte y su celo en promover los progresos de las letras.* 6. *Proezas del cardenal Caraffa.* 7. *Institucion del rezo del Ave Maria.* 8. *Concilio de Aranda.* 9. *San Francisco de Paula, fundador de los minimos.* 10. *El B. Amadéo de Saboya.* 11. *Tributo de Nápoles reducido á la hacanée.* 12. *Aviñon erigida en metrópoli.* 13. *Bula de Sisto IV á favor de la Inmaculada Concepcion.* 14. *Contienda entre los Pazzis y los Médicis.* 15. *Luis XI sostiene á los florentinos contra el Papa.* 16. *Altercado entre los religiosos mendicantes de Alemania y los párrocos.* 17. *Debates entre los realistas y los nominales.* 18. *Errores de Juan de Vesalia.* 19. *Errores de Pedro de Osma.* 20. *Fernando el Católico establece la inquisicion en España.* 21. *Idea de este tribunal.* 22. *Progresos y pérdidas de Mahomet II.* 23. *Los turcos penetran en Italia por los Alpes.* 24. *Sitio de Rodas, y socorro de esta plaza.* 25. *Toma de Otranto por los turcos.* 26. *Muerte repentina de Mahomet II.* 27. *Zizim disputa el imperio*

TOM. XIX.

1

á Bayazeto. 28. Reconquista de Otranto. 29. Revoluciones en Inglaterra. 30. Retirase Luis XI al real sitio de Plessis. 31. Llama á San Francisco de Paula, y hace que pase á verle desde Italia. 32. Muerte de Luis XI. 33. Su extraño carácter. 34. Muerte de Sixto IV. 35. Inocencio VIII. 36. San Casimiro, Príncipe de Polonia. 37. Instituto de las religiosas de la Concepcion. 38. Martirio de San Pedro de Arbues. 39. Mision del Congo. 40. Exaltacion de Isabel al trono de Castilla. 41. Guerra civil entre los moros de España. 42. Juan Laillier eschuido del doctorado por la universidad de Paris como wiclefista. 43. Rainaldo Peacock condenado en el concilio de Lambert. 44. Estravagancias de Juan Marchand acerca de San Francisco. 45. Llagas de Santa Catalina de Sena. 46. Pico de la Mirándula. 47. Zizim llevado desde Francia á Roma. 48. Grandes maestrazgos de las órdenes militares reunidos á la corona de España. 49. Sitio y toma de Granada.

HISTORIA

DE LA IGLESIA.

LIBRO QUINCUAGÉSIMO-QUINTO.

Desde el principio del Pontificado de Sixto IV en el año 1471, hasta la reduccion de los moros en España en el de 1492.

1. Algunos dias despues de la muerte de Paulo II, fue elegido por sucesor suyo á 9 de Agosto de 1471 Francisco de Albescola de la Rovere, cardenal del titulo de San Pedro *ad vincula*, y tomó el nombre de Sixto IV, porque se habia principiado el cónclave cuando se estaba celebrando la fiesta de San Sixto Papa y Mártir. Habia cuatro años que era cardenal, estaba en los cincuenta y siete de su edad, y era de una familia muy comun, supuesto que el embajador de Venecia, enviado para prestarle obediencia en nombre de la república, le dijo espresamente que su nobleza no provenia de sus antepasados, sino de su talento y virtud ⁽¹⁾. Si despues fue en cierto

(1) *Fulgos. de dict. et fact. l. 3. c. 4.*

modo adoptado por la antigua casa de la Rovere, debe atribuirse esto á que no hay nobleza que no procure ilustrarse mas y mas, y á que son pocos los hombres ilustres que no gusten de adornarse con la nobleza. La mayor parte de los historiadores convienen en que Sisto IV fue hijo de un pescador de la aldea de Celles, y añaden que en sus primeros años habia egercido él mismo su oficio.

Como quiera que sea, no hubo quien se mostrase celoso de su promocion, supuesto que su mérito cerró la boca, así á los que eran mas antiguos que él, como á los cardenales del mas ilustre origen. Poseía en grado eminente la filosofia, la teología, el talento de escribir, el de desentrañar los negocios mas enredados, y estaba muy instruido en las lenguas sábias. Habia sido franciscano, profesor en las mas célebres escuelas de Italia, y general de su orden, de donde le habia sacado Pio II para promoverle al cardenato, por recomendacion del sábio y piadoso Besarion, cuya amistad basta por sí sola para formar su elogio. Fue tan poco lo que alteró la púrpura sus virtudes religiosas, que mas bien parecia su casa un monasterio que el palacio de un cardenal. Solamente se le acusa de dos defectos; de los cuales procedia el primero, por decirlo así, de su misma dignidad, tantas veces afeada con el borron del nepotismo; y el segundo de la bondad de su genio que no le permitia negar cosa alguna. Luego que se vió en la Silla pontificia, dió el capelo á dos sobrinos suyos no obstante que eran muy jóvenes, á saber: Julian de

la Rovere, que fue despues Papa con el nombre de Julio II, y Pedro Riario, hijo de su hermana. La mayor parte de sus parientes, que eran muchos, fueron muy gravosos á la iglesia romana, por el empeño con que se dedicó el Papa á mirar por su establecimiento y fortuna. Además de esto, su facilidad estremada fue un egeemplo peligroso para los Papas que le sucedieron, y aun para los Reyes; pues llegó hasta permitir que Alfonso, bastardo de Fernando de Aragon, poseyese en encomienda perpétua el arzobispado de Zaragoza, sin embargo de que aun no habia cumplido seis años.

Siguiendo Sisto IV el egeemplo de sus predecesores, tomó con mucho empeño la guerra contra los turcos. A fin de inspirar sus ideas á los diferentes Príncipes, estableció, de acuerdo con el sacro colegio, por legados plenipotenciarios á cuatro cardenales de los mas acreditados, á saber: al célebre Besarion para Francia, á Rodrigo de Borja, que fue Papa con el nombre de Alejandro VI, para España, á Marcos Cibo para Alemania y Hungría, y para mandar la armada contra los infieles al cardenal Caraffa, que se habia hecho célebre por su celo militar. Parece que no se nombró legado para Inglaterra, sin duda á causa de las turbulencias y desórdenes, de los horrores y maldades que en aquel reino llegaron al extremo en el año 1471, con motivo de las dos facciones de la rosa blanca y de la rosa encarnada, esto es, de las divisiones bárbaras de las casas de York y Lancaster.

2. El Rey Enrique VI, hijo de Enrique V, ídolo de Inglaterra, y azote de Francia, Soberano de estos dos reinos desde la edad de diez meses, pacífico poseedor de Inglaterra, ó formidable á sus facciones por espacio de treinta años, vió despues todos sus estados consumidos por la discordia, y convertidos en un teatro de muerte y carnicería; ganó, ó por mejor decir, perdió trece batallas campales, que costaron la vida á un millon de hombres y á ochenta Príncipes de la sangre; pasó una y muchas veces, en el discurso de quince años, desde el trono á la prision, y desde la prision al trono, y por último fue precipitado de él para siempre, y muerto á puñaladas por un Príncipe de su misma sangre; verdugo del padre, despues de haberlo sido del último de sus hijos. ¡Príncipe amable para toda alma sensible, venerable á los ojos de la fe, aunque no pareciese muy grande considerado políticamente, y digno á la verdad de un culto religioso, si su piedad, paciencia y resignacion, superiores á sus desgracias, segun el testimonio de todos los historiadores, no hubiesen participado de la flaqueza de su alma, ni de la cortedad de su talento! Se refieren algunos milagros que hizo en vida, y sobre todo despues de muerto: por lo que solicitó su canonizacion el Rey Enrique VII, que por línea materna descendia de la casa de Lancaster; y habiendo tenido la felicidad de librarse del furor de la de York, la arrebató despues la corona que ésta habia adquirido á costa de tantos crímenes. Aunque Enrique VI no murió hasta el año 1471, se cuenta el reinado de

Eduardo IV, su sucesor y parricida, desde el dia 5 de Marzo de 1461, en que fue proclamado Rey el usurpador.

3. En el tiempo que el cardenal Borja estuvo de legado en España, se encontró en Castilla con los embajadores del Rey Eduardo y de su aliado el duque de Borgoña, con los cuales hizo ostentacion de su celo, no solo estendiendo su comision mas allá de los límites en que debia contenerse, sino tambien mostrando una parcialidad, enteramente contraria á los designios del Papa. En vez de dedicarse á pacificar á los Príncipes, segun la obligacion que le imponian las instrucciones con que se hallaba y su carácter de enviado del Padre comun, trató de formar una liga ó alianza contra Luis XI, adicto por las reglas del derecho al partido de los Lancaster, y por los vínculos de la sangre á la Reina de Inglaterra Margarita de Anjou. Al contrario, Cárlos duque de Borgoña, muy diferente de su padre Felipe el Bueno, estaba por la faccion de York, y en los cinco años que llevaba de gobierno, habia manifestado ya aquel genio fogoso, que le concilió el nombre de Temerario, y volvió á esponer el reino de Francia á las calamidades en que le habia sumergido su abuelo Juan el Atrevido. Pero siendo Borja demasiado frívolo para tratar ninguna cosa con seriedad, no hizo mas que poner alerta á los franceses para oponerse á sus pretensiones, las cuales declaró de un modo mas peligroso cuando se vió elevado á la Silla pontificia. En toda su legacion mostró mucha vanidad, ambicion y amor al fausto

y al dinero, y solo sacó de ella el desprecio de los Príncipes y de los pueblos (1). Pero todas las riquezas que habia acumulado en ella quedaron sumergidas á su regreso, con setenta y cinco personas de su casa, sin contar la tripulacion y tres obispos que iban acompañándole. Aunque con gran trabajo, y pasando por infinitos peligros, tuvo el legado la felicidad de llegar al puerto con su segunda galera enteramente estropeada. Fueron detras de él los embajadores de Castilla, encargados de esponer al Papa las quejas de la nacion contra la conducta de aquel legado.

Por causas totalmente distintas hizo tan pocos progresos en el norte Marcos Cibo, cardenal de Aquilée, como Borja en España. Estaba muy encendida la guerra en Bohemia entre Ladislao, Principe de Polonia, y Matías, Rey de Hungría, los cuales pretendian aquella corona. En caso de que el legado no pudiese conciliar los ánimos por sí mismo, tenia comision para proponer por árbitros al Papa y al Emperador. Pero como los intereses mas arriesgados son los que menos se fian á la aventura, creyeron los dos Príncipes competidores que la dignidad Real no era de tal naturaleza que debiese esponerse á la decision de persona alguna.

4. En la corte de Francia apenas fue oido de Luis XI Besarion, oráculo del sacro colegio. Aquel Principe caprichoso, que le habia manifestado por cartas la satisfaccion que le cabia en tenerle por legado, pasó de repente desde la benevolencia á la aspereza, y aun

(1) *Pap. ep. 441. et 534.*

al insulto. Despues de haber rehusado darle audiencia por espacio de mas de dos meses, solo se la concedió para prohibirle que usase de sus poderes en ninguna parte de los dominios de Francia (1). Dicese que alargando el Rey la mano á la barba larga que tenia el ministro romano al estilo de los orientales, le aplicó con una alusion grosera aquel verso técnico de los gramáticos:

Barbara Græca genus retinet quod habere solebant.

Varios historiadores se han empeñado en averiguar el motivo de esta repentina mudanza de Luis XI, y algunos pretenden que se ofendió porque el legado que tenia la comision de negociar la paz entre el Rey y el duque de Borgoña, habia principiado el egercicio de su legacion por el vasallo: cosa puramente conjetural, y aun contraria al testo de la historia y á todos los monumentos admisibles, segun los cuales no llegó jamás á tener efecto el viage de Besarion á Borgoña. ¿Pero á qué fin se han de buscar motivos en la conducta del mas caprichoso de todos los hombres? Y si los tuvo, ¿cómo podrán descubrirse, tratándose del Principe mas artificioso é impenetrable?

5. Añaden á esto que se retiró Besarion lleno de dolor, y poseido de una pesadumbre mortal: otro punto de congetura, muy difícil de concebir, á no ser que se suponga, que estando ya enteramente decrepito aquel grande hombre, en quien era como natural la magnanimidad y presencia de ánimo, no

(1) *Brantom. Matth. hist. de Luis. XI l. 11.*

habia conservado nada de lo que en cierto modo constituía su carácter. No bastaban sesenta años de edad y de excesivos trabajos, á los cuales se añadieron las fatigas de un viage extraordinariamente penoso, para que sin culpar á los franceses exhalase el cardenal de Pavia sus lamentaciones oratorias con motivo de la muerte de un prelado, que, segun sus espresiones, no tuvo jamás ninguna debilidad, ni cosa alguna que desdijese de aquella dignidad, con la cual perdía el sacro colegio su brazo, su consejo y toda su gloria; los sábios un padre, los hombres de bien su consuelo, y la Iglesia entera su mas firme apoyo? Cayó enfermo en Turin, y sin embargo llegó por el Pó hasta Ravena, donde saltándole enteramente las fuerzas espiró á 18 de Noviembre de 1472. La larga residencia del gran Besarion en Italia contribuyó mucho á multiplicar en aquel pais los sábios de que estaba siempre llena su casa, y de quienes era á un mismo tiempo amigo y protector. Tales fueron, entre otros muchos, los célebres griegos Jorge de Trebisonda, Juan Argiropilo, Teodoro Gaza, Gemisto Pleton, An Irés de Tesalónica, y los latinos, Blondo, Lorenzo Valla, Valerio de Viterbo, Leonardo Aretino, el Poggio, Platina y Campana, muchos de los cuales estaban empleados en su misma casa: de modo que su persona y su palacio respiraban, por decirlo así, el aire de las ciencias y de las bellas artes. Habia reunido una porcion de libros raros y selectos, que le costaron treinta mil escudos, y los regaló á la república de Venecia, la que conserva todavía esta

biblioteca preciosa. El Sumo Pontífice dió á su sobrino el cardenal Riario el título de Patriarca de Constantinopla, que habia tenido Besarion.

6. La legacion militar del cardenal Caraffa tuvo algun éxito favorable, aunque mas brillante que sólido (1). Con veinte ó veinticuatro galeras del Papa, que mandaba el legado, se incorporó con la armada de Venecia y de Nápoles. Sisto IV tenia por lo menos tan buena armonía y correspondencia con el Rey de Aragon, como la que habia tenido Pio II, siendo el vínculo de esta amistad el matrimonio de un sobrino suyo con una sobrina de aquel Rey. Se dió por dote á la Princesa el ducado de Sorano, separado del patrimonio de la Iglesia á consecuencia de una antigua pretension de los Reyes de Nápoles. No dejó Sisto de confirmar á favor de Fernando la investidura del reino. Entretanto los esfuerzos de las escuadras combinadas, compuestas de mas de ochenta galeras, se redujeron á apoderarse de la ciudad de Atalia, en el Asia menor, y á impedir por algun tiempo las operaciones de una armada turca, á la cual se adelantó la nuestra. El legado y el almirante veneciano sorprendieron despues de esto á la ciudad de Smirna, y habiendo cogido allí muchas riquezas, volvió inmediatamente á Roma el cardenal legado, y entró triunfante en aquella capital, llevando detrás de sí veinticinco turcos principales, vestidos con trages magníficos, otros muchos que llevaban la cadena del puerto de Atalia, y doce camellos cargados con los

(1) *Pap. ep. 439. et 440.*

despojos y banderas del enemigo. El veneciano Mocénigo se quedó en el Peloponeso, donde no hizo mas que saquear algunos puertos é islas de aquellas inmediaciones. No obstante, es muy creible, y se asegura que si todo este armamento hubiera continuado las primeras ventajas que habia conseguido en el mar, al mismo tiempo que el Rey de Persia Usum-Casan, despues de haberse apoderado de Trebisonda, perseguia á los turcos en el continente con mas de seiscientos mil hombres, se les habría quitado la mejor parte de lo que poseían en Asia. Pero la suerte siempre imprevista, aunque tan fácil de preveer, de todas estas empresas, era frustrarse á causa de su complicacion, al mismo tiempo en que puestos en movimiento todos los resortes debian producir mayor efecto.

7. Despues de la muerte de Besarion, envió una embajada á Roma el cauteloso Luis XI, temiendo que la conducta precipitada que habia observado con el legado romano fuese causa de que se creyera que miraba con ojeriza á la Cabeza de la Iglesia, y que hacia poco aprecio de la Religion. Nada costaban estos pasos á aquel Principe, ocupado la mitad de su vida en irritar á sus vecinos, y la otra mitad en aquietarlos. Al mismo tiempo se preciaba de devoto, especialmente con la Madre de Dios, en cuyo honor mandó que se tocasen las campanas al medio dia, y que se rezase de rodillas la salutacion angélica ó *Ave Maria* (1). Su embajador manifestó al Papa el deseo

(1) *Gaguin. l. 2.*

que tenia el Monarca de ver restablecida la paz y concordia entre los Príncipes cristianos, á fin de tomar despues las providencias convenientes para la defensa de la Religion. Pero como propusiese congregar á este efecto un concilio general en Francia, el Papa, que temia las consecuencias de semejantes proyectos, trató de frustrarle, y respondió lacónicamente, que los males de la cristiandad pedian remedios mas prontos. Se discurió luego acerca de la famosa pragmática, la cual, atendido el estado de incertidumbre en que se dejaban las cosas, era causa de infinitas dificultades y tropiezos. Se solicitaron y consiguieron varias esplicaciones, modificaciones, mudanzas y reglamentos, y aun hubo con este motivo muchas embajadas: lo que nada costaba á Luis XI, pues tal vez no habrá habido ningun Principe que tuviese empleados tantos negociadores. Por fin, obtuvo una buía bastante conforme á sus súplicas, acerca de los beneficios, contribuciones y pleitos (1). No obstante, se cree que no se puso en egecucion, porque se halló que era contraria al derecho comun de su reino, y á los concilios de Basilea y Constanza.

8. En España reinaban con mucho escándalo entre los eclesiásticos la ignorancia y la disolucion (2). La mayor parte de ellos no entendian el latin, y su menor desórden consistia en ir á la guerra ó en pasar la vida en banquetes y entregados al libertinage. El concubinato estaba casi legitimado entre ellos. No hacian escrúpulo de la simonia, y se aplaudia este

(1) *Estravag. l. 1. tit. 9. c. 1.* (2) *Marian. l. 23. c. 18. y 19.*

tráfico sacrilego como una industria digna de eló-
gio (1). Durante la legacion del cardenal Borja, hubo
varios prelados de un celo extraordinario, como suele
suscitarlos la Providencia en los tiempos mas cala-
mitosos, los cuales propusieron diferentes medios de
reforma en una junta numerosa, celebrada en Madrid
por el cuerpo episcopal y por los eclesiásticos mas
considerables del reino. Se principió por la reforma
de la ignorancia, pues se miraba ésta con justa causa
como el primer origen de los desórdenes del clero,
y se pidió al Papa que destinase dos canonicatos en
cada Iglesia, uno para un teólogo, y otro para un
jurisconsulto, ó para un canonista; y el Papa espidió
inmediatamente una bula, condescendiendo con esta
súplica (*).

Para continuar una obra tan loable, congregó á
sus obispos en la villa de Aranda, Alfonso Carrillo,
arzobispo de Toledo y primado de las Españas. For-
máronse en este concilio veintinueve cánones de
disciplina. Los principales se reducen á que los

(1) *Concil. t. 13. p. 1449.*

(*) Esta misma junta de Madrid y el siguiente concilio de Aran-
da, prueban no ser tan crasa la ignorancia ni tan general la corrup-
cion de los eclesiásticos, como supone Spondano y todos los que le
transcriben. No obstante es innegable que las continuadas revolu-
ciones y disturbios de Castilla, la no interrumpida guerra con los
moros y las consecuencias siempre funestas del largo cisma de occi-
dente, distrayendo á los ministros de la Religion de su principal
objeto, les indujeron á una vida mas militar que eclesiástica, y á
atender mas á su propia seguridad y defensa que á su ilustracion.

metropolitanos celebren concilios provinciales de dos
en dos años, y los obispos tengan un sínodo anual-
mente; que los párrocos conserven por escrito los
artículos de la fe, y los enseñen con frecuencia á sus
pueblos; que no se confieran las órdenes sagradas
sino á los que sepan latin; que no se admitan clérigos
de otras diócesis, sino presentan testimoniales de sus
respectivos obispos; que los eclesiásticos no vayan
en persona á la guerra, ni den soldados á los señores
temporales, á escepcion del Rey; que huyan de los
usos del siglo, y no se vistan de luto; que los obispos
no gasten ropas de seda; que se presenten siempre
con roquete y gremial; que mientras están comiendo
se les lea la sagrada Escritura, y que celebren el
santo sacrificio de la misa tres veces al año por lo
menos, y los clérigos cuatro veces. Los demás decre-
tos imponen penas severas contra la incontinencia de
los eclesiásticos, contra la simonía, los juegos prohi-
bidos, los espectáculos en las iglesias, los matrimo-
nios clandestinos, los raptos y los duelos ó desafíos.
Estos dos concilios de Madrid y de Aranda se cele-
braron en el discurso del año 1473 (*).

9. El dia 23 de Agosto del mismo año confirmó
el Sumo Pontífice la regla de los religiosos mínimos,

(*) Fue muy concurrido este concilio de Aranda: halláronse en
él todos los obispos y arciprestes de la provincia de la Toledo con un
gran número de personas calificadas así eclesiásticas como seglares.
Berault nos espone suficientemente sus principales decretos, los que
pueden verse mas por estenso en la coleccion de Aguirre tom. 3.
pág. 672.

instituidos por San Francisco, natural de Paula, aldea de Calábria, de la cual tomó su apellido, é hijo de Santiago Martotila y de Viena de Fuscado, personas de gran piedad (1). Debieron este hijo á sus fervorosas oraciones, despues de haber sido estéril la madre por mucho tiempo, y de haberle ofrecido á Dios y á San Francisco de Asis ella y su marido. Desde sus mas tiernos años mostró con su piedad, candor, modestia é inocencia angelical, que su nacimiento habia sido verdaderamente un favor del cielo. Sus piadosos padres le entregaron á los religiosos de San Francisco, los cuales le recibieron en su monasterio de San Marcos, pequeña ciudad de Calábria, erigida poco despues en obispado. Allí estuvo un año, hizo en seguida algunas peregrinaciones, y luego se retiró á un sitio solitario, propio de sus padres, algo distante de Paula. Pero pareciéndole que este parage era muy frecuentado, se internó en los desfiladeros de los montes, y fue á establecerse á la orilla del mar, en una roca donde pudo escavar una celda, ó por mejor decir, un sepulcro. No tenia allí mas cama que la piedra desnuda, mas alimento que las yerbas y raices amargas de aquella tierra ingrata, ni mas vestido que una especie de saco, puesto encima de un áspero cilicio.

En su primer retiro habia tenido á los veinte años de su edad algunos discípulos atraídos de la admiracion de sus virtudes: pero aumentándose su reputacion al paso que él hacia mayores esfuerzos para que

(1) Bullar. t. 2. constit. 5. Baill. 2. de Agosto.

le olvidasen los hombres, se vió rodeado de un número mucho mas considerable de admiradores fervorosos, los cuales consiguieron de él que edificase una ermita con algunas celdas y una capilla, donde cantaban juntos las alabanzas de Dios, y de cuando en cuando iba á decirles misa un clérigo de la parroquia menos distante. Aumentándose de dia en dia el concurso, con la caridad de los fieles que contribuían á porfia á mantener una institucion tan santa, hizo construir Francisco, con el permiso del arzobispo de Cosenza, una iglesia y un monasterio, que fue el primero de la órden. Concluida la obra, estableció en la comunidad un régimen uniforme, y entre todos los religiosos distinguió á los suyos con un voto que los obliga, escepto en el caso de enfermedad grave, á una abstinencia perpétua, no solo de carne; sino tambien de huevos, manteca y todo género de lacticiños. Aun mas que con esto, procuró distinguirlos con la humildad y la caridad, prefiriendo el egercicio de estas virtudes á la penitencia y á las maceraciones. A fin de imprimirlas mas y mas en sus almas, quiso que la palabra *caridad* fuese su divisa y blason; y en lugar del nombre de ermitaños de San Francisco, con que se les habia llamado hasta entonces, hizo que se les diese el de mínimos, por una bula espresa de Alejandro VI. De este modo procuraba escitar continuamente en su corazon los sentimientos propios de unos religiosos que se llamaban los mas pequeños de todos. Esta congregacion se compuso al principio de legos solamente, á escepcion de algunos coristas en

muy corto número, y de un sacerdote llamado Baltasar Espino, que fue despues confesor del Papa Inocencio VIII. Prendado el arzobispo de Cosenza de la piedad que resplandecia en ella, la concedió todos los privilegios que estuvieron en su arbitrio. Pio IV la erigió en orden religioso, y nombró á Francisco por su superior general. En el espacio de quince á diez y seis años adquirió este instituto una celebridad muy grande.

10. Por el mismo tiempo ofreció tambien la corte un eemplo de mucha edificacion (1). El duque de Saboya Amadéo IX, hijo del duque Luis, y nieto del famoso Amadéo, electo Papa en Basilea, murió en olor de santidad la víspera de Pascua 30 de Marzo de 1472, á los treinta y siete años. La delicadeza de su complexion, y las enfermedades mas molestas sirvieron para corroborar sus virtudes. Viéndose incomodado de accidentes epilépticos, confió la regencia de sus estados, con el consentimiento de la nobleza y del pueblo, á su esposa Yolanda, Princesa de Francia, que los gobernó con acierto. Mostráronse celosos los condes de Bressa, Ginebra y Romont, y levantaron tropas, las cuales se apoderaron por sorpresa de Montmeillan, y de la persona del Príncipe que estaba en esta plaza. Pero el Rey Luis XI tomó la defensa de su hermana la regenta, y puso en campaña un egército que obligó muy en breve á los rebeldes á hacer el papel de suplicantes. Lejos de solicitar Amadéo que se les castigase, intercedió á favor de

(1) Guichem. *hist. de Saboya*, año 1472.

ellos. Esta facilidad en perdonar las injurias, la dulzura y moderacion en todas las ocasiones, una caridad generosa, y tanto mas ardiente quanto su objeto era menos agradable á los ojos de la carne y de la sangre, fueron las virtudes que mas resplandecieron en el discurso de su vida, juntamente con la paciencia y la piedad. Era estremado su cariño para con los pobres, porque estaba persuadido, como lo decia muchas veces, de que eran la mas segura defensa de sus estados. Todas estas virtudes, comprobadas con gran número de milagros, le hicieron digno de ser colocado en el catálogo de los Santos.

11. La víspera de Navidad del año 1474 se dió principio á la celebracion del jubileo indicado por la bula de reduccion para el año siguiente. Aunque por la misma bula quedaron suspensas todas las indulgencias fuera de Roma en el discurso de aquel año, no fue tanta como en otros jubileos la concurrencia de peregrinos, con motivo de las guerras y facciones en que ardia toda Europa. Fernando, Rey de Nápoles, fue el personage mas considerable que se vió en Roma, habiendo influido en esto la política no menos que la religion. Pretendia y logró desvanecer una alianza que iba á formarse entre los venecianos, los florentinos y el duque de Milán, y que le causaba grandes recelos (1). El Papa aplaudió mucho su celo, y para agraciarle con un favor que seguramente no le agradó menos que las indulgencias, le eximió del tributo que pagaban los Reyes de Nápoles á la iglesia

(1) Palmer. *Chron. ann. 1475.*

romana, contentándose con exigirle el regalo anual de un caballo blanco enjaezado. Por este hecho fue Sisto IV el primero que redujo todos los derechos de la soberanía de la santa Sede sobre el reino de Nápoles al regalo de la hacanea, que se hace todavía anualmente el día de la fiesta de San Pedro. Concurrió también á Roma en aquel jubileo Catalina, Reina de Bosnia, Carlota, Reina de Chipre, y casi al mismo tiempo el Rey de Bosnia y el de Valaquia, el cual habia hecho voto de ir en peregrinacion á la capital del mundo cristiano, como tambien Cristerno I, Rey de Dinamarca, Suecia y Noruega. Acompañaron al dinamarqués muchos caballeros, y se mostró tan piadoso (dice el cardenal de Pavia) que correspondió su piedad á su grandeza, dando al mismo tiempo ejemplo de modestia, y enseñando á los mismos romanos á honrar el sacerdocio (1). Estendió el Papa la indulgencia del jubileo á varios estados, desde los cuales era imposible pasar á Roma, mediante la visita de ciertas iglesias y algunas otras prácticas de devocion.

12. En este año erigió Sisto IV en metrópli la silla de Aviñon, que era todavía sufragánea de Arlés, despues de haber sido el lugar de la residencia de los Papas: lo que no deja de causar alguna estrañeza. Señaló por sufragáneos del nuevo arzobispo á los obispos de Carpentras, Cavaillon y Vaison, cuyas diócesis estaban situadas en el territorio de la iglesia romana. Algun tiempo despues secularizó al cabildo

(1) *Pap. ep. 556.*

de Aviñon que habia abrazado la regla de San Agustin en el Pontificado de Urbano II. Gobernaba entonces esta iglesia el cardenal nepote Julian de la Rovere, por lo cual le atribuyen varios autores dicha ereccion, retrasándola sin otro motivo hasta el tiempo en que llegó á ser Papa con el nombre de Julio II. Lo único que debe Aviñon á Julio es la fundacion de su colegio del Roble, hecha un año despues del establecimiento de la metrópli.

13. A principios del año 1476 hubo en Roma una inundacion tan espantosa, por haberse derretido repentinamente las muchas nieves que habia, que segun dice el cardenal de Pavia, se creyó ver otro diluvio universal. Hubo desolaciones y pérdidas inmensas, así en el campo como dentro de la ciudad. Pero esto no fue mas que un preludio de otras calamidades. Sobrevino la peste, y en pocos dias convirtió toda aquella gran ciudad en una soledad espantosa. Arrastrado el Papa por el torrente de la desercion, salió tambien de aquella morada de la muerte y del desconsuelo. A fin de alejar este azote, exhortó á los fieles por medio de una bula espedida el dia primero de Marzo de 1476, en la cual concedia muchas indulgencias, á celebrar en todas partes la festividad de la Concepcion de Maria, llamándola Inmaculada en términos espresos. Ya habia decretado lo mismo el concilio de Basilea; pero como los romanos trataban á aquella asamblea de ilegítima y cismática, desechaban sus decretos, y así no tenian ningun efecto en Roma ni en lo demás de Italia. Algunos años despues

sucedió que varios doctores sistemáticos y encaprichados con las ideas de reforma, suscitaron disputas en que los partidarios de las dos opiniones contrarias se acusaban recíprocamente de pecado grave y de herejía, y prohibió Sisto, pena de anatema, estas calificaciones injuriosas, hasta que decidiese la Iglesia: sentencia que fue confirmada después por el concilio de Trento.

Pero al mismo tiempo que así la Iglesia como los romanos Pontífices conservaban de este modo las reglas de la caridad, aun en la defensa de la fe, estaban muy distantes de colocar en una misma clase la opinión de algunos doctores singulares y la creencia común de todos los fieles. Para convencerse plenamente de esta verdad, basta pasar la vista por la constitución de Sisto IV. „Habiendo establecido (dice) la santa iglesia romana la festividad de la Concepción de María sin mancha y siempre Virgen, hay sin embargo algunos predicadores temerarios que inquietan á los fieles que la celebran creyendo que esta gloriosa Virgen fue concebida sin mancha de pecado original (1). Para contener esta peligrosa y escandalosa audacia, de nuestro propio movimiento y cierta ciencia, condenamos á los que en sus sermones aseguran que se peca mortalmente creyendo que fue inmaculada la Concepción de la Madre de Dios, y que se incurre en pecado celebrando su oficio, ó asistiendo á los sermones que se predicán en honor suyo: y declaramos ser estas proposiciones falsas, erróneas

(1) *Conc. t. 13. p. 1443.*

y absolutamente contrarias á la verdad. Reprobamos los libros escritos contra esta doctrina, y pronunciamos contra sus autores la pena de excomunion, de la que no podrán ser absueltos sino por el Sumo Pontífice, excepto en el artículo de la muerte. Y para que ninguno pueda alegar ignorancia, encargamos á los ordinarios locales que hagan publicar puntualmente esta bula en las parroquias de su diócesis.”

El mismo año en que Sisto IV estableció la fiesta de la Inmaculada Concepción, hizo una promoción de cinco cardenales. Tres años antes había creado ocho, y entre ellos á Juan Bautista Gibo, que le sucedió con el nombre de Inocencio VIII. En esta promoción del año de 1472 se reservaron algunos capelos á la disposición de las coronas, á saber: uno al Emperador, otro á la Francia, y el tercero al Rey de Nápoles. En fin, este Pontífice liberal y condescendiente hizo en el año 1477 una promoción de siete cardenales, en la que comprendió á tres parientes suyos, esto es, un Riario y dos Roveres.

14. En el año siguiente ocurrieron otros asuntos de distinta naturaleza, los cuales le dieron mucho en qué entender, como también á la mayor parte de los Príncipes, interesados casi todos ellos, aun los que tenían sus estados fuera de Italia, en las desavenencias de los Pazzis y Médicis de Florencia. Estas dos familias eclipsaban con sus riquezas á todas las demás de la ciudad, y se disputaban mutuamente el dominio de ella (1): los Pazzis, fundados en la

(1) *Ang. Pilit. l. 6. et 7. March. hist. l. 8. Comin. l. 6. c. 5.*

antigüedad de la nobleza, y los Médicis en la preponderancia de su autoridad y crédito. Debían estos su superioridad, así á la probidad y á la modestia, como al genio trascendental del viejo Cosme, acompañado hasta el sepulcro de una gloria y prosperidad casi nunca interrumpida. Pedro, su hijo y heredero, vivió tan poco tiempo que no pudo juzgarse cómo habría sostenido el peso de una fortuna que no era obra suya. Lorenzo y Julian, hijos de Pedro, menos hábiles ó menos afortunados que su padre y abuelo, experimentaron todos los furores de la negra envidia que se lisongea con la esperanza de la impunidad. No podia el Papa sufrir á los Médicis, que se oponían á la ambicion de su sobrino Gerónimo Riario, Príncipe de Forli; y los Pazzis por la razon contraria, habian adquirido toda su benevolencia. Conspiraron estos contra los dos hermanos Lorenzo y Julian, los cuales tuvieron muchos partidarios, y de este modo se halló dividida toda Italia en dos facciones. El Rey de Nápoles se unió con el Papa á favor de los Pazzis, y el duque de Milán á los venecianos para sostener á los Médicis. Quiso el napolitano entrar desde luego en el estado de Florencia con un ejército para buscar ocasion de acabar con los Médicis en medio de la confusion y tumulto; pero como este espediente estaba espuesto á grandes dificultades, y era demasiado lento, se eligió otro mas egecutivo y menos arriesgado.

Convidaron los conjurados al cardenal Rafael Riario, sobrino de Gerónimo, á que pasase á Florencia

con pretesto de ver las curiosidades de aquella hermosa ciudad, y sin darle la menor noticia de la infamia que tenían premeditada. Con motivo de la llegada de un cardenal sobrino del Sumo Pontífice, podían reunirse, del mismo modo que todos los ciudadanos de distincion, sin causar ningun recelo; y por otra parte, movidos los Médicis de la urbanidad y grandeza que les era natural, no podían menos de dar acogida á aquel prelado y de acompañarle en todas las ceremonias de ostentacion y aparato. Verificóse la congetura. Lorenzo y Julian visitaron al cardenal, le ofrecieron su casa y le obsequiaron en ella dándole un banquete suntuoso, pero reinando en todo la decencia y el orden, no menos que la magnificencia; y hallándose acompañados de una gran comitiva y de tantos clientes y protegidos, que podia compararse su número con el de los que tenían á sus órdenes los grandes de la antigua Roma, debían considerarse libres de todo insulto. Únicamente se les podia sorprender en el templo con menos acompañamiento, y estando ya los asesinos resueltos á cometer una traicion, no se horrorizaron del sacrilegio. Un domingo, dia 26 de Abril, estando los dos Médicis con el cardenal oyendo la misa solemne que se celebraba en la catedral de Florencia, y habiendo llegado el sacerdote al *Sanctus*, que era la señal de la egecucion, acometieron los conjurados á los dos hermanos con puñal en mano, y quedó muerto allí mismo Julian. Lorenzo, que no recibió mas que una herida poco considerable en la garganta, huyó á la sacristía,

donde le libertaron de la muerte las puertas de cobre que habia hecho poner en ella su abuelo, pues resistieron al furor de los asesinos, hasta que acudiendo el pueblo los obligó á huir precipitadamente.

Los partidarios de los Pazzis, que habian sido los agresores, se vieron reducidos á la defensiva. Tuvieron que ceder en todas partes, y aun el cardenal nepote debió la conservacion de su vida á Lorenzo de Médicis, cuya autoridad apenas bastó para calmar el tumulto y persuadir al pueblo que aquel prelado no tenia noticia de la conjuracion. Se prendió á casi todos los conjurados, y se les castigó con el último suplicio. Francisco Salviati, arzobispo de Pisa, que era uno de los mas fogosos, acudió al palacio luego que se cometió el asesinato en el templo, á fin de apoderarse de él, y degollar á los magistrados en caso de que no quisiesen declararse á favor de los Pazzis. Pero habiendo cerrado las puertas inmediatamente que él entró, y quedándose fuera casi todos los que le acompañaban, se apoderaron de su persona, y le colgaron de los balcones con el corto número de conjurados que habian entrado con él. Fue tan grande el interés que desde entonces tomaron por Lorenzo los florentinos, que establecieron una guardia formal para librarle en lo sucesivo de todo peligro, é hicieron un entierro magnífico á Julian, á espensas del estado. Quedó su muger embarazada, y dió á luz un niño que fue Papa con el nombre de Clemente VII. Despues de esto se confió á Lorenzo la administracion de las rentas públicas, empenándose todos los

ciudadanos en ensalzar á porfia aquella casa, unos por efecto de una amor sincero, y otros por el temor de hacerse sospechosos de haber tenido parte en la conjuracion malograda: de suerte, que los medios de que se valieron los enemigos de los Médicis para acabar enteramente con su poder y esplendor, solo sirvieron para que aquellos comerciantes afortunados adelantasen mas y mas en la carrera de la soberanía.

Cuando supo esto Sisto IV, tronó y fulminó contra Lorenzo, puso entredicho á la ciudad de Florencia, con pretesto de la muerte violenta del arzobispo de Pisa, y envió á Toscana, con el egército napolitano mandado por Alfonso, hijo del Rey Fernando, el de la Iglesia al mando de Federico, duque de Urbino. Al mismo tiempo dió á entender ó los florentinos que si consentian en la espulsion de Lorenzo, como que habia sido autor de todos aquellos desórdenes, no tardaria en admitirlos en su gracia. Pero los florentinos echaron al Papa la culpa de todo, y le acusaron de la atroz profanacion que se habia cometido en el templo mientras se celebraban nuestros mas terribles misterios. Se despreció el entredicho, dictado por la pasion, luego que en una asamblea de los obispos de Toscana se apeló de la sentencia del Papa al concilio general; y se obligó á los sacerdotes á que continuasen en el egercicio de sus funciones, como si no hubiese tal entredicho. Para resistir al mismo tiempo á la fuerza con la fuerza, pidieron auxilio á los venecianos, al duque de Milán y al Rey de Francia, antiguo aliado de la república.

15. Aparentaron los venecianos observar algunos miramientos; pero no dejaron por eso de suministrar muchos socorros y medios de defensa. Luis XI estaba entonces ocupado con todas las fuerzas de su reino en reunir á él todo lo que podia desmembrar de los estados del duque de Borgoña, que habia perecido como unos quince meses antes en el sitio de Nanci. Sin embargo, envió á Florencia á Felipe de Comines, borgoñon, de un mérito extraordinario, al cual habia separado del último duque á fuerza de beneficios: género de intriga en que era sobresaliente y que le llevaba toda su atencion. Tenia orden Comines para pasar por Saboya, y pedir tropas á la duquesa regente, como tambien al duque de Milán. Se cree que sacó de allí seiscientos soldados, á los que se añadieron algunos refuerzos que suministraron varios Principes de Italia. Por este medio sostuvo el Rey algun tiempo á Lorenzo de Médicis y á los florentinos; pero fiándose poco de unos recursos tan débiles, se valió de las ficciones con que habia asustado otras veces á la corte de Roma.

Se dió principio por esparcir en el pueblo la voz de que el Rey iba á abolir las anatas, y á restablecer la pragmática-sancion (1): se congregó el clero de Francia, y se habló mucho de la superioridad de los concilios ecuménicos sobre los Papas: se propuso congregar uno en nombre de los Soberanos de Europa, si el Papa no queria convocarle por sí mismo, y se apeló de todo lo que pudiese egecutar el Pontífice

(1) *Gaguin. l. 8. Paul. Emil. in Lud. XI.*

en perjuicio de las libertades del reino. En fin, prohibió el Rey que se enviase dinero á Roma, y aun que se acudiese al Papa para obtener beneficios; é intimó á los beneficiados que se hallaban allí, que volviesen inmediatamente y fuesen á residir, como todos los demás, en sus propias iglesias. Fue una embajada numerosa á llevar estas proposiciones á la corte de Roma, y se anunció al Papa su próxima egecucion, si no levantaba las censuras fulminadas contra los florentinos, y no castigaba á los asesinos de Julian de Médicis.

Esta resolucion de un Rey grande, coligado con tres de las principales potencias de Italia, dió mucho en que entender á la curia pontificia (1). Santiago Amanati, cardenal obispo de Pavia, político hábil, y muy instruido en los designios é intereses de los Principes, escribió á Sisto acerca de este asunto con grandes inquietudes, y el único medio que le sugirió fue la práctica familiar á la corte de Roma en las situaciones críticas, esto es, dar tiempo al tiempo, y esperar á que las circunstancias muden el semblante de las cosas, máxima casi infalible en este género de negocios. Adoptando el Papa el consejo que se le daba, respondió á los embajadores de Francia que no se negaba á conceder lo que el Rey pidiese justamente, pero que era cosa indigna del Sumo Pontífice retractar con precipitacion y sin conocimiento de causa lo que habia mandado despues de una madura delibera-

(1) *Pap. ep. 677.*

cion, y con acuerdo del sacro colegio, y que era poco decente usar con él de un tono imperioso y conminatorio, intimándole un desafio tan odioso como éste: „ó revocad vuestras censuras, ó preparaos á recibir tal ó tal afrenta.” Parecia muy plausible la tergiversacion del Pontífice, porque estando entonces afligidos los estados de la Iglesia con una horrible epidemia, era muy difícil la convocacion de los cardenales. Añadió el Papa muchas razones bien presentadas, y acompañadas de unos sentimientos muy á propósito para escitar lo que debe tener todo Príncipe cristiano con respecto á la Silla apostólica.

No eran necesarias todas estas exhortaciones, porque no estaba resuelto Luis á indisponerse abiertamente con Roma, y solo trataba de intimidarla. Parece que en esta ocasion fue superior su política á la de los romanos; y en efecto, si al Pontífice le fue fácil ganar tiempo, tambien le fue esta lentitud menos ventajosa que á los florentinos. Es verdad que se continuó lo que era contra ellos, pero con la languidez que no podian menos de causar las amenazas de Francia, y con la alternativa que necesariamente debia resultar de esta conducta. Entretanto, habiéndose puesto de acuerdo casi todos los Príncipes cristianos, escribieron al Papa que mientras se consumian los bienes de la Iglesia en fomentar en Italia discordias y guerras civiles, añadian los turcos conquistas sobre conquistas; que los venecianos se habian visto ya precisados á tratar con Mahomet, y que este furioso enemigo del cristianismo iria muy pronto á tremolar la media

luna en el capitolio. Lorenzo de Médicis tomó por su parte una de aquellas resoluciones estremadas, que se tendrian por temerarias en un hombre vulgar, y son la prueba mas decisiva de la superioridad de los grandes hombres. Fue, pues, á Nápoles á buscar al Rey Fernando, con un simple salvo-conducto, débil defensa contra la ambicion; y estando allí á discrecion de su enemigo, supo manejarle con tanto acierto, que le persuadió serle muy ventajoso unirse inmediatamente con los florentinos, sin consultar al Papa, á fin de oponerse al duque de Lorena que iba á Italia á conquistar el reino de Nápoles. Habiendo hecho los turcos un desembarco en Calabria, fue éste otro motivo muy poderoso para que el napolitano concluyese aquel tratado.

No quedó el Papa muy satisfecho; pero como él no era el mas fuerte, hubo de acomodarse á las circunstancias. La ciudad de Florencia cumplió con enviarle embajadores, que le dieron una satisfaccion de pura ceremonia, y él levantó las censuras: afrenta menos deshonrosa que el borron con que en este desgraciado suceso quedó manchada la vida de Sisto IV, cuyas eminentes virtudes se obscurecieron entonces de tal modo, que el comun de los historiadores le acusan de haber tenido parte en aquella conjuracion sangrienta, aunque hay algunos escritores respetables que lo niegan. Con esto se vé que basta la pasion al nepotismo para desacreditar por sí sola las mayores virtudes de un Papa. Esta conspiracion detestable fue por lo menos obra de Gerónimo Riario, sobrino de

Sisto IV, y árbitro en el gobierno de los estados de la Iglesia.

16. Formando en Alemania algunos religiosos mendicantes las mismas pretensiones que habian sostenido ya muchas veces en Francia, se atribuyeron el derecho de egercer las funciones del ministerio sagrado, en perjuicio de los párrocos y sin la aprobacion de los obispos. Opusiéronse los párrocos á esta usurpacion; pero hubo algunos prelados que dejándose llevar de intereses particulares, no se avergonzaron de apoyarla: y lo que era una cosa evidente, vino á parar en un litigio reñido, y en una cuestion séria. En consecuencia comisionó el Papa á cuatro cardenales para que examinasen el asunto: y como era manifesto el derecho, oyeron á las partes acerca de los hechos. Dióse la sentencia que prohibia á los religiosos inquietar á los pastores ordinarios, y fue confirmada por una bula de 17 de Junio de 1478. Mandaba que los religiosos mendicantes no retrajesen á los fieles de asistir á la misa parroquial los domingos y demás fiestas, que no inclinassen á los seglares á enterrarse en sus conventos, y que no enseñassen que los fieles no están obligados, aun en tiempo de Pascua, á confesarse con su párroco, el cual, segun los términos del derecho, es su sacerdote propio (1). Sin embargo, declara el Papa que no es su ánimo impedir que los mendicantes oigan las confesiones é impongan las penitencias, segun los artículos que les son favorables en el derecho comun, y los privilegios

(1) *Extrav. l. 1. t. 9. et l. 5. ibid.*

que les están concedidos. En fin, exhorta á los párrocos á que favorezcan á los mendicantes, en vez de tratar de hacerles daño; y á los dos partidos á que procuren que se sirva al Señor, procediendo en todo con mucha union y caridad. Acreditó el suceso que aquellos buenos germanos eran menos fecundos en distinciones y en efugios que los escolásticos franceses y los mendicantes de la misma nacion, condecorados con la borla doctoral, los cuales se mostraron en tantas ocasiones semejantes mucho mas dóciles á las sutilezas de la escuela que á la sumision del claustro. Bastó la decision del Sumo Pontífice para terminar en Alemania esta disputa, á lo menos por lo que toca á la comunión pascual. Algunos años despues volvieron á renovarse las mismas ideas con motivo de ciertas proposiciones que dijo en Tournai desde el púlpito un franciscano llamado Juan de Angeli; pero hicieron menos ruido en el lugar de su origen que en París, donde llegaron á introducirse, y fueron condenadas por la universidad. En 1478 publicó Sisto IV otra bula para quitar á varios sacerdotes, así seculares como regulares, la facultad de absolver de los casos reservados, porque cedia en desprecio de la jurisdiccion eclesiástica, y resultaba de esto, con bastante frecuencia, que la imposición de penitencias demasiado ligeras movia á los pueblos á entregarse con mas desenfreno á todo género de desórdenes.

17. Otro asunto, á la verdad menos sério, aunque en aquellos tiempos llamó generalmente la atencion de todos, fue la disputa de los realistas y los

nominales, dos sectas filosóficas que se preciaban, la primera de juzgar de las cosas por lo que son en sí mismas, y la segunda, inagotable en distinciones, por los nombres que tenían. Tomaron parte en esta contienda las escuelas, el clero, y aun la corte misma, declarándose unos por un partido y otros por otro. Tuvieron alternativamente las dos sectas sus épocas de esplendor y sus eclipses; consiguieron victorias, sufrieron derrotas, y en fin, despues de la renovacion de las ciencias cayeron una y otra en la obscuridad que merecian. Los realistas, enemigos de distinciones, y empeñados en deducir, por decirlo así, en línea recta, y con una exactitud uniforme las consecuencias de sus principios, dieron motivo á sus antagonistas para que los impugnasen justamente con motivo de ciertas proposiciones muy mal sonantes para todos los que estuviesen menos acostumbrados que ellos á la gerigonza metafísica. Teniendo por principio uno de sus mas vigorosos atletas, llamado Pedro de Rieu, licenciado de la universidad de Lovaina, que si fuesen verdaderas las proposiciones de futuro contingente no habria libertad, se atrevió á decir que no habia verdad ninguna en estas palabras de Jesucristo á San Pedro: *Me negarás tres veces; ni en las palabras del ángel á la Virgen: Parirás un hijo, y le llamarás Jesus; ni en fin, en los artículos del simbolo concernientes al tiempo futuro.* Enrique Zoemerren, doctor de Paris, agregado á la universidad de Lovaina y defensor de los nominales, delató á Roma al realista como herege. Se vió obligado Pedro

de Rieu á comparecer, y aun á usar de distinciones, ó á lo menos de escepciones. Del número de los futuros contingentes, que segun su opinion no tenían verdad alguna, esceptuó las proposiciones de la Escritura y de los símbolos de fe; y declaró que en todo lo que habia dicho sobre esta materia, solo habia pretendido escluir la necesidad y la verdad del mismo orden que las de las proposiciones que tienen por objeto lo pasado á lo presente. En resolucion, Roma no vió en él un herege, sino un hombre que no sabia discurrir, y le declaró por ortodoxo.

Si los nominales triunfaron con esta palinodia, no duró mucho su alegría; y el disgusto que se siguió á ella no recayó sobre una persona en particular, como habia sucedido con sus rivales, sino sobre todos los miembros que tenia en Francia su partido. El Rey Luis XI, bastante inclinado por sí mismo á este género de guerra, y estimulado ademas por su confesor Juan Boucart, obispo de Avranches, resolvió de repente la ruina de los nominales, y publicó un edicto formal, prohibiendo leer las obras de Oekam, aquel franciscano famoso que habia tomado parte en el cisma de Luis de Baviera, las de Marsilio de Padua, de Gregorio de Rimini, de Alberto de Sajonia, de Pedro de Ailli, de Buridan y de los demás nominales ó terministas, como se les llama en este escrito; y mandando que se siga la doctrina de Aristóteles y de Averroes, de Alberto el Grande, de Santo Tomás, de San Buenaventura, de Alejandro de Hales, de Gil de Roma, ó Egidio romano y de Scoto, de los cuales

dice que son unos realistas de doctrina irreprehensible. A todos los individuos de la universidad se les manda jurar la observancia de este reglamento, y se da orden al primer presidente del parlamento de París para que se apodere de todos los libros de los nominales. En efecto, se hizo la pesquisa, se cogieron los egemplares de todas las obras que se habian prohibido, se los clavó y cargó de cadenas, dice un autor contemporáneo (1), como si fuesen animales furiosos, y se desterró á sus defensores. Los realistas, divididos en escotistas y tomistas, se incomodaban mutuamente en una guerra intestina; pero se habian puesto de acuerdo para oprimir á sus enemigos comunes.

Con otro Soberano, que no fuese Luis XI, hubiera sido irremediable la ruina de los nominales. Pero las providencias dadas contra ellos, solo sirvieron para que adquiriesen mayor celebridad. Pasados algunos años, los ensalzó extraordinariamente aquel Príncipe caprichoso. Anuló su edicto, fueron puestos en libertad los volúmenes que estaban encerrados, se los desenclavó, se rompieron las cadenas con que se los habia asegurado, fueron devueltos á sus dueños, se dió licencia, no solo para leerlos, sino tambien para explicarlos en los colegios, y lo que mas admiracion causa es, que al parecer no se complació menos la universidad con esta nueva fortuna que con la primera desgracia (2). Ni faltaron tampoco, por decirlo así, conversiones ruidosas en este género. Wesel de Groninga, entre otros, franciscano y realista famoso, que

(1) *Gaguin. ep. ad Guill. Fich.* (2) *Du-Boul. t. 5. p. 739. &c.*

habia pretendido confundir á los nominales en una disputa pública, se confesó vencido y abjuró el realismo. ¡Tan poco caso hay que hacer de la celebridad de las opiniones y de toda doctrina de sistema!

18. En Worms, ciudad del palatinado del Rhin, se atrevió el error á mostrarse á cara descubierta, y con una insolencia que podia mirarse como preludeo de la de los falsos reformadores del siglo siguiente (1). Enseñó Juan de Vesalia, su digno precursor, que no era pecado quebrantar los preceptos de la Iglesia; que los obispos no tenian potestad para establecer leyes; que los escritos de los Santos no tenian ningun derecho á nuestra creencia; que las indulgencias eran un nombre vano; que el santo óleo no se diferenciaba en nada del aceite comun; que Jesucristo no habia establecido ningun ayuno, ni prohibido el uso de la carne en ningun tiempo; y usando del estilo chocarero de los predicantes germánicos, añadia, que en caso de que San Pedro hubiese instituido el ayuno, no habria tenido otro motivo para ello que el deseo de vender mejor su pesca. Decia tambien que la peregrinacion de Roma es una necesidad; que la misa no es mas que un engorro, y el oficio canónico una ocupacion fastidiosa, en que no se hace mas que perder el tiempo; que San Pedro no habia celebrado de otro modo que rezando el Padre nuestro, y que Jesucristo no habia mandado hacer otra oracion, así como no habia establecido ninguna fiesta. En fin, no quiere el doctor de Worms que cuando se confiesa la fe en la

(1) *D' Argent. Collect. Jud. de nov. err. p. 290.*

Iglesia, se añade la palabra *católica*, sin duda porque la Iglesia en su concepto solamente comprendía á los escogidos. Acerca de la gracia enseñaba, que los escogidos se salvan por la sola gracia de Dios, independientemente del ministerio eclesiástico, y que ni los sacerdotes, ni los obispos ni el Papa contribuyen nada á la salvacion. Volviendo á presentar despues este pensamiento con su estilo ordinario, añadía, que aun cuando no hubiese Papa, se salvarian los escogidos, y que si dando Dios su gracia, quiere salvar á alguno, seria salvo aunque le condenasen y escomulgasen todos los sacerdotes, así como si Dios quiere condenarle, se condenará aunque quieran salvarle todos los sacerdotes y el mismo Papa.

Luego que llegó á entenderse esta doctrina estraña, horrorizó á todos los fieles. No obstante, el arzobispo de Maguncia consultó á las universidades de Heidelberg y Colonia, y siendo de un mismo dictámen todos los doctores, se citó al novador, se le hizo su interrogatorio, y se le condenó á que retractase sus errores. Se rindió despues de alguna resistencia, por la cual fue tratado con bastante rigor, y esto escitó las quejas de aquella compasion mal entendida, cuyo único objeto no es seguramente la religion. Pero sirvieron por lo menos para perpetuar la memoria de la indignacion general que causaron aquellas novedades odiosas.

19. En España condenó el arzobispo de Toledo muchas proposiciones sacadas de un tratado sobre la confesion, escrito por Pedro de Osma, doctor y

profesor de la universidad de Salamanca ⁽¹⁾. Enseñaba en sustancia, que los pecados mortales, en cuanto á la culpa y á la pena de la otra vida, se borran por la sola contricion del corazon, sin ninguna necesidad de las llaves de la Iglesia; que la confesion de los pecados en particular y en cuanto á la especie no es de derecho divino, sino que procede únicamente de un estatuto de la Iglesia universal; que los malos pensamientos se perdonan por la aversion que se concibe de ellos, sin relacion al sacramento de la penitencia, y que no hay necesidad de confesarlos; que el pecador no debe confesarse de los pecados que son notorios, sino solamente de los ocultos; que no se debe absolver jamás á los penitentes antes que cumplan la penitencia que se les impone; y en fin, que el Papa no puede condonar las penas del purgatorio, ni dispensar los decretos de la Iglesia universal. La sentencia del arzobispo de Toledo fue confirmada por el Sumo Pontífice. Vemos, pues, que el espíritu de error se ha esforzado continuamente, segun los tiempos, lugares y genio de cada nacion, pero siempre en vano, á prevalecer contra la fe cristiana (*).

20. Por este tiempo reinaba en la mayor parte de

(1) *Ibid.* p. 298.

(*) La condenacion de los errores de Pedro de Osma se hizo en un congreso que por especial comision del Papa Sisto IV reunió el arzobispo de Toledo en Alcalá de Henares el año 1479. Concurrieron cincuenta y dos doctores, teólogos y canonistas; y despues de un

España Fernando V, llamado el Católico: en Castilla, por su muger, desde el año 1474; y en Aragon desde la muerte del Rey Juan II, su padre, sucedida en 19 de Enero de 1479 (*). Fue Fernando Príncipe feliz en la guerra, político consumado y utilísimo á la Religión. En el segundo año de su reinado, movido de un espíritu de celo por la pureza de la fe, obtuvo una bula de Sisto IV para restablecer el respetable tribunal de la inquisicion. Nombró el Rey por inquisidor general al célebre dominico Tomás de Torquemada, que habia aconsejado un establecimiento tan importante. Desde Sevilla, que fue la cuna de esta institucion, se extendió rápidamente á las demás ciudades y provincias, al reino de Granada, despues de la reduccion de los moros, á los reinos de Sicilia y Cerdeña, á las Indias, y generalmente á todos los dominios de España, á escepcion de Nápoles y los Paisés-Bajos.

21. En el siglo trece, siendo Pontífice Gregorio IX, se formaron en un concilio, celebrado en Tolosa, diez y seis artículos de disciplina para la pesquisa y castigo de los hereges, bajo la dependencia absoluta

detenido y maduro exámen, pronunció el arzobispo la sentencia de condenacion contra las ocho proposiciones, declarándola herética, errónea y escandalosa. Publicada la sentencia y notificada á Pedro de Osmá, abjuró éste sus errores, y sometióse á la autoridad de la Iglesia, del Sumo Pontífice y de su delegado el arzobispo de Toledo. Véase Alfonso de Castro, lib 4. *adversus hæreses*.

(*) Hacia el fin de este mismo libro nos habla Berault de la exaltacion de los Reyes Católicos, para donde reservamos a notar lo que omite este autor.

de los obispos, como jueces naturales de la doctrina. La Iglesia no habia empleado antes contra los sectarios, á lo menos hasta la conversion de Constantino el Grande, otra pena que la escomunion: y si los Emperadores hicieron despues leyes afflictivas contra aquellos á quienes los obispos habian notado de heregia, fueron dictadas por la potestad imperial, contra los perturbadores del orden público, y especialmente contra las sectas monstruosas que trastornaban aun el orden de la misma naturaleza. Algunos años despues de haberse establecido la inquisicion bajo la autoridad episcopal, como acabamos de decir, advirtió Gregorio IX que no procedian los obispos con bastante actividad, y nombró para este tribunal á los religiosos de Santo Domingo, los cuales tuvieron en seguida por asociados á los franciscanos. Pero nunca fue bien recibido en Francia este útil establecimiento.

El Emperador Federico II publicó en 1244 un edicto muy severo contra los hereges, dispensó su proteccion á los inquisidores, y les mandó que examinasen á los que fuesen acusados de heregia, para entregarlos al brazo secular, y que fuesen condenados al fuego en caso de obstinacion, y á prision perpétua, aun cuando abjurasen. Pero como muy en breve tuvo Federico con Inocencio IV aquellas grandes desavenencias que fueron causa de que se le depusiese del imperio, no llegó á egecutarse el edicto, y al contrario se mostró la heregia con mas insolencia que antes hasta la muerte del Emperador. El año 1251 hallándose el Papa Inocencio mas desembarazado en el



ejercicio de su autoridad, estableció la inquisición en la mayor parte de los estados de Italia, y confió su gobierno á los dominicos y franciscanos, juntamente con los obispos, los cuales debían juzgar de lo que era heregía, y con los asesores nombrados por el magistrado para sentenciar á los reos é imponerles las penas de derecho. A esta jurisdicción se dió el nombre de santo oficio.

En España, desde el tiempo de Fernando el Católico, nombra el Rey un inquisidor general para todos sus estados, y confirma el Papa este nombramiento. El inquisidor general propone despues los inquisidores particulares del reino, para que el Rey se sirva nombrarlos. Son igualmente de nombramiento los ministros del Rey que forman el consejo de inquisición, el cual reside donde se halla el inquisidor general, y egerce una jurisdicción suprema en todo lo concerniente al objeto de su instituto, esto es, acerca de la heregía, el judaismo, el mahometismo, el sortilegio, la poligamia y los pecados contra naturaleza. Sirve con gusto la principal nobleza del reino bajo las órdenes de este tribunal respetable, cuyas providencias son obedecidas y cumplidas con la mayor puntualidad.

Los reos tienen prisiones bastante cómodas y aseadas, camas decentes, alimento abundante y sano, y no se les escasean algunas recreaciones de mera diversion. En cuanto á las precauciones que toma el santo oficio para asegurarse de la verdad de los delitos antes de proceder á dar sentencia, podemos decir

sin temor de equivocarnos, que si el deseo del acierto, la constancia en las averiguaciones, y todos los medios que dicta la prudencia y el celo ilustrado, son suficientes para no confundir la inocencia con la perversidad y la seducción, resplandecian estas prendas en el tribunal de la fe con tal brillantéz, que el que llega á experimentar su rigor, nunca excesivo, (como han pretendido persuadirlo algunos ignorantes ó mal intencionados) está infaliblemente inculcado en los delitos que le atribuyen (*).

22. Continuaba Mahomet II sus invasiones en la cristiandad. Casi siempre vencedor, algunas veces vencido y derrotado enteramente; pero sin desmayar jamás, tan dueño de sí mismo en las derrotas como hábil para proporcionar sus triunfos, sostenido con su perseverancia obstinada y con el infinito número de combatientes, que por decirlo así, salían de la tierra cuando él lo mandaba, consumía á sus enemigos con sus propias victorias, y hacia que las pérdidas que él experimentaba les fuesen mas perjudiciales

(*) Nadie puede hoy ignorar cuanto ha calumniado la impiedad, despues que escribió esto Berault, al santo oficio de la Inquisición. Bastaría para todo español amante de las verdaderas glorias de su patria, ver establecido en ella este tribunal por el mas grande y mas heróico de sus Monarcas. Sería necesario escribir una obra entera, si tratáramos de refutar las injurias y los argumentos insulsos que particularmente en nuestros días se han repetido en cuasi todas las naciones de Europa y hasta en nuestra península. Pero todas ellas fueron completamente rebatidas por los modernos apologistas de esta sabia institución. Véanse en particular las *Cartas á un caballero ruso sobre la Inquisición de España* del célebre conde José de Maistre.

que útiles (1). Habiendo entrado en Moldavia por órden del sultan un ejército de ciento veinte mil hombres, le salió al encuentro el vaivoda Estévan con menos de cuarenta mil, de los que la mayor parte eran gente del campo, alistados tumultuariamente, y sin embargo consiguió una victoria tan completa, que fueron muy pocos los que entre aquella multitud de infieles lograron escaparse; quedaron en el campo de batalla cuatro bajaes, y se cogieron más de cien banderas. Miró el vaivoda su triunfo con un asombro religioso, atribuyéndole al que tan visiblemente había sido causa de él; y estuvo cuatro días sin querer tomar más alimento que un poco de pan y agua. En el mismo año 1475 quitaron los turcos á los genoveses, empleando en la expedición quinientos buques, la ciudad de Caffa, ó la antigua Teodosia del Quersonero Táurico, plaza muy fortificada y de mucho comercio, y cuyo puerto era el mejor de todo el mar Negro. El año siguiente se vieron inundadas la Valaquia y Moldavia con un nuevo diluvio de mahometanos (2). El cardenal de Pavia dice que llegaban á quinientos mil, lo que será tal vez una exageración dictada por el terror; pero como el sultan mandaba en persona, no hay que dudar que sería extraordinaria la muchedumbre. El valiente vaivoda peleó contra ella en varios reencuentros, y acabó con treinta mil hombres sin perder más de doscientos de los suyos. ¡Corta ventaja, en comparación de los enemigos

(1) Michov. lib. 4. c. 70. = Cromer. lib. 28.

(2) Pap. ep. 448.

que quedaban, cuyo cotejo no dejaron de hacer aquellos válicos inconstantes, estremeciéndose al ver el escaso número de gentes que ellos tenían. Abandonaron pues á Estévan, y le obligaron á esperar mas favorable ocasión. Después de esta retirada, saquearon los infieles, talaron y destruyeron á sangre y fuego sin ningún obstáculo, no solo la Moldavia y Valaquia, sino también las provincias limítrofes de Polonia, hasta que la noticia de que llegaba un ejército polaco, mandado por el Rey Casimiro, ó por mejor decir, el temor de morir de hambre en un país arruinado, obligó á los turcos á salir de él.

23. Volvieron al occidente, y penetrando por la Albania, donde nada temían después de la muerte de Scanderberg, invadieron la Carniola y el Friul, cuyas escarpadas montañas no pudieron servir de dique contra aquel torrente. Había comunicado Mahomet su furor y todo su espíritu á los que iban delante para abrirle el camino. Luego que llegaron á lo mas alto de los montes, y vieron que no había mas salida para bajar al llano que unos precipicios herizados de piedras puntiagudas y de ruinas que causaban espanto, se apresuraron á pasar por ellas, sin detenerse en que también había de pasar por allí la caballería. Desde lo mas elevado descolgaron los caballos con cuerdas hasta la primera grada de aquel horrible anfiteatro, desde allí hasta la segunda, y sucesivamente hasta la última, donde volviendo á subir á caballo se precipitaron en un trecho de doscientos pasos por unas cuestas tan pendientes que los montañeses mas

prácticos no podían bajarlas sino se agarraban á las malezas. Al ver aquellos esterminadores que, por decirlo así, se arrojaban desde el cielo, huyeron todas las tropas que defendían el terreno, y se oyeron por todas partes voces de consternacion y de amargura. El historiador de Venecia, Sabélico, testigo ocular, dice que fue tal el destrozo que hizo el fuego en el campo, que en cuanto podia alcanzar la vista no se descubria mas que un incendio continuado. Sin embargo, la prudencia de Cárlos Montone, general de los venecianos, frustró los designios de aquellos bárbaros; de modo que por entonces hicieron pocos progresos en Italia (1). Pero este primer ensayo fue un cebo que no tardó en volver á atraerlos, y dió á entender Mahomet desde luego que su feróz ambicion no se fijaba otros límites que los de la cristiandad.

24. El año de 1479 entró en la Transilvania un nuevo egército de cien mil turcos, mandado por cinco bajaes, y fue dispersado por los húngaros despues de haber sufrido una mortandad horrible. Pero sacando la hidra nuevas fuerzas de la sangre que deramaba, se presentó en la primavera del año siguiente una armada de ciento sesenta velas, con cien mil combatientes por lo menos, mandada por el renegado Messith, de la familia de los Paleólogos, para vengarse de los caballeros de Rodas (2). Estos eran los únicos que contenian á Mahomet en Asia, los que arruinaban su comercio, y que despreciando la paz comprada á costa de un tributo ó del menor regalo,

(1) *Sabell. 3. dec. 10.* (2) *Bos. t. 2. l. 11. y 12. Chalc. l. 11.*

irritaban su orgullo y servían de freno á su ambicion. Por espacio de ochenta y nueve dias fue batida la capital de la isla con aquella artilleria formidable que tantos destrozos habia causado en Constantinopla. Caían sobre las casas pedazos enormes de piedras que las arruinaban, y flechas y dardos encendidos que las reducian á ceniza. Las mugeres y los niños apenas podían defenderse debajo de los arcos y bóvedas mejor fabricadas, ó en los jardines que estaban mas distantes del enemigo. Uniendo los sitiadores el arte con la fuerza, fueron los primeros que hicieron fosos en línea oblicua para acercarse á la plaza sin quedar espuestos á los golpes de los que la defendían: de donde nos ha venido el uso de las trincheras. Todos los edificios de Rodas quedaron arruinados, los muros por tierra, los fosos cegados, y ya iban los turcos al asalto con grande algazara, cuando advirtieron que los fosos estaban tan limpios como antes de haber batido en brecha. En una noche habian hecho los cristianos esta obra que parecia increíble.

Sin embargo, no dejaron los turcos de dar muchos asaltos, aunque sin ninguna ventaja. Minaron el torreón que defendía la entrada del puerto, y escitándose unos á otros pasaron á las murallas demolidas, donde tremolaron la media luna. Al instante levantó el gran-maestre la bandera de la Religion, y acompañado de sus caballeros con pica en mano, y resueltos todos á vencer ó á morir, se precipitó sobre los infieles, aunque habia ya mas de dos mil en la muralla, y los arrojó al foso. Se hizo á toda prisa

una empalizada, la cual resistió mas de lo que se creía, porque era muy poco el efecto que hacian en ella las balas, como que perdian la fuerza en la tierra de que estaba formada. El grande hombre que gobernaba entonces la religion, y cuyo ingenio, valor y actividad infatigable, no obstante que habia recibido cinco heridas, salvaron la ciudad de Rodas, era Juan de Aubusson, caballero alvernés. Estaban tan persuadidos los infieles de que mientras él viviese no podrian apoderarse de la plaza, que pagaron á dos desertores malvados para que le asesinasen; pero no permitió el cielo que se cometiese un delito, cuyas resultas, en aquellas tristes circunstancias, hubieran sido funestas á todo el orbe cristiano. Descubrióse la traicion, y fueron castigados públicamente los traidores con el último suplicio. Un santo franciscano, llamado Antonio Fradin, contribuyó mucho á sostener el valor de los rodios, entre los cuales hacia el mismo papel que hizo San Juan Capistrano en Belgrado. En fin, viendo los bárbaros que habian perecido sus principales oficiales, y entre otros, Ibrahim, yerno del Gran-Señor; que habian muerto nueve mil hombres de sus mejores tropas, sin contar quince mil heridos; que sus cañones estaban inutilizados á fuerza de servir; que se les acababan las provisiones de guerra y de boca; y en fin, desalentados con las visiones en que se figuraban que peleaba el cielo contra ellos, volvieron á embarcarse precipitadamente, perseguidos muy de cerca por los sitiados, que, arrojándose sobre ellos por todas partes, entraron en su

campamento, y cogieron en la tienda del visir la bandera imperial. Hubo en esta derrota una mortandad terrible, y muy difícil de averiguar á punto fijo, porque la mayor parte de los muertos quedaron sepultados en el mar.

25. Lejos de detener á Mahomet este suceso desgraciado, le inspiró una rabia mucho mayor; y al mismo tiempo que se malograba la espedicion de Rodas, meditaba aquel sultan indómito y estremadamente avaro invadir la Italia y hacer que la antigua Roma espermentase la misma suerte que la nueva ⁽¹⁾. Achmet-Bajá, célebre por la conquista de Teodosia, marchó con una armada igual á la de Rodas, y fue á embarcarse á Valona, en el Epiro, distante quince leguas de Otranto, ciudad marítima de Calabria. Llegó á ella el 28 de Agosto, y despues de diez y siete dias, en los cuales no cesó de batirla de dia ni de noche, la conquistó, pasó á cuchillo á todos sus habitantes, sin perdonar á las mugeres ni á los viejos, y solo reservó á los niños para llevárselos por esclavos. Las señoras mas principales padecieron, antes de morir, unos ultrages mil veces mas odiosos que la misma muerte. Fueron despedazadas las mugeres que se hallaban en cinta, con las criaturas que llevaban dentro de su seno; despojadas las vírgenes, violadas las religiosas en los templos; degollados los sacerdotes en los altares; pisoteados por los caballos y por los soldados los ancianos que apenas conservaban aliento vital; el arzobispo que á pesar de sus muchos

(1) *Chalc. l. 11. n. 29.*

años y achaques exhortaba á su pueblo con una cruz en la mano y revestido de sus hábitos pontificales, á permanecer firme en la fe cristiana, serrado por la mitad del cuerpo con una sierra de madera; y ochocientas personas arrastradas fuera de la ciudad enteramente desnudas, y degolladas una tras otra, despues de haber protestado que querian mucho mas perder la vida que renunciar su religion. Se dió á este lugar el nombre de *Valle de los Mártires*.

La conquista de Otranto abismó á toda la Italia en una consternacion estúpida. No se pensaba ya en defenderse, sino en abandonar el pais. En el primer sobresalto intentó el Papa salir de Roma y retirarse á Aviñon. Pero no tardó en recobrase, y tomó providencias, así para preservar los estados de la Iglesia, como para librar á la Religion de la ruina total que la amenazaba. Envió, pues, inmediatamente á la Pulla veinticuatro galeras que se habian aprestado para socorrer á los caballeros de Rodas: lo que sirvió para contener los progresos del general turco, que habiéndose apoderado de algunas otras plazas despues de la conquista de Otranto, infestaba todo el mar Adriático, y estaba ya cerca de Loreto, con el designio de llevarse sus inestimables riquezas. Como los turcos no tenian comparacion con los europeos, y en especial con los italianos, en la inteligencia de la marina, se retiraron precipitadamente y con un terror tan extraordinario, que algunos lo miraron como cosa sobrenatural. Pero así como es tentar á Dios el omitir los medios humanos por pedir milagros, así tambien es

caer en la credulidad el atribuir á milagro los efectos, aunque sean extraordinarios, de los medios humanos. Exhortando al mismo tiempo el Papa á todos los Príncipes cristianos á que prefriesen la guerra del Señor á sus desavenencias particulares, los convidó, igualmente que á los prelados, á que pasasen á Roma lo mas pronto que pudiesen, para tratar todos juntos de lo que importaba mas que nunca para la conservacion de la fe cristiana. Hubiera sucedido sin duda alguna en este congreso (el cual no llegó á tener efecto) lo mismo que en otros muchos, en que los Príncipes sacrificaron los intereses mas urgentes de la Religion á los suyos propios, y á sus resentimientos particulares.

26. Pero el cielo acudió al socorro de la Iglesia de un modo tan imprevisto como eficaz. En el momento en que destituida de todo otro medio de defensa, y perseguida con encarnizamiento por el enemigo mas peligroso que habia tenido en ningun tiempo, no podia esperar mejor suerte que la de una esclavitud universal, precipitó la muerte al sultan desde el punto mas brillante de su elevacion. Triunfó el Arca del Señor, cuando si no estaba en poder de los filisteos, la faltaba muy poco para caer en él. Castigó el Señor al nuevo Geteo, el cual murió de repente el dia 3 de Mayo del año 1481, ya fuese de veneno, ó de resultas de un absceso pestilencial, cuando iba á emprender de nuevo el sitio de Rodas, y enviar otra armada á Otranto. Tenia cincuenta y tres años, y habia reinado treinta y uno, señalándose en todos ellos con grandes hazañas y con mayores maldades.

Esta muerte fue profetizada como una señal de la proteccion que dispensa el Señor á su Iglesia, por un santo religioso franciscano, llamado Jacobo de la Marca, hombre poderoso en obras y en palabras, lleno del espíritu apostólico, y reverenciado como profeta en Austria, Bohemia, Hungría y Polonia, donde hizo innumerables conversiones. Los Reyes y los Emperadores le miraban como depositario del poder de Dios. Habia predicho á Sisto IV, cuando no era mas que un pobre fraile franciscano, que seria general de su orden, cardenal, y últimamente Papa. Murió en Nápoles, y fue canonizado por Leon X.

27. Dice Felipe de Comines que Mahomet II, Luis XI y Matias, Rey de Hungría, esto es, un conquistador malvado, un político fementido y un héroe lleno de vanidad, eran los tres hombres mas insignes que habian reinado en el espacio de mas de cien años. Pero ó Comines no creía que la virtud contribuyese á formar el carácter de los grandes hombres, ó tuvo en muy poco á los Príncipes de su siglo. Mahomet dejó dos hijos, el primogénito llamado Bayaceto, de corto talento, poco belicoso de genio, y no muy amado de su padre; y Zem ó Zizim, amante de las armas y de las letras, lleno de inclinaciones generosas, y tan estimado de Mahomet, que parece habia fundado en él la esperanza del imperio. En efecto, quiso este Príncipe quitar el trono á su hermano, pretestando que él habia nacido siendo ya Emperador Mahomet, y Bayaceto cuando no era mas que un particular. Pelearon los dos competidores con el furor que era

de esperar de la grandeza del imperio que habia de ser premio de la victoria, y de la circunstancia de ser hermanos los enemigos que se le disputaban. Pero la suerte de las armas no se declaró á favor del mérito, pues derrotado dos veces Zizim por el vencedor de Otranto, Achmet-bajá, tuvo que buscar un asilo en la generosidad de los caballeros de Rodas, los cuales le enviaron á Francia.

28. Mientras duraban estas divisiones del imperio otomano, se vió por la indolencia que mostraron los Príncipes cristianos en unas circunstancias tan favorables, el poco caso que debia hacerse de su celo aparente, y el gran peligro de que habia libertado á la Iglesia el Supremo Moderador de los sucesos y de los imperios, quitando de enmedio á Mahomet cuando estaba ya con un pie en Italia. Todo el efecto que produjeron las exhortaciones del Sumo Pontífice y los esfuerzos de los Príncipes, se redujo á reconquistar á Otranto, donde la guarnicion que habia dejado Achmet, destituida de todo socorro con motivo de las turbulencias de la Puerta, tuvo la gloria de capitular con el ejército del Rey de Nápoles y la armada del Papa. Parece que solo se vió libre la Italia del furor de los infieles para reanimar el de sus habitantes en daño comun de todos ellos. El mismo Papa Sisto, con el pretesto de la libertad y de los derechos de la Iglesia, se declaró contra el Rey Fernando, y se unió al principio con los venecianos (1). Despues se cooligó contra ellos con todos los Príncipes de

(1) *Onuphr. in Sist. IV.*



Italia, á quienes causaban alguna inquietud los progresos de aquella república. Llegó el Papa al extremo de escomulgarlos, y habiéndose hecho la paz despues de dos años de guerra y de desolacion en toda Italia, accedió á ella con mucha repugnancia. Sisto IV, tan afable para con sus parientes, pero naturalmente severo, tenia por virtud su inflexibilidad cuando se trataba de cualquiera otra persona. Para sostener sus guerras frecuentes, frutos de esta rigidéz estremada, se vió precisado á imponer nuevos tributos y á aumentar los antiguos.

29. La Inglaterra, mas tranquila en la apariencia que la Italia, gozaba solo de aquella calma peligrosa en que se forman sordamente las tempestades. Habiendo muerto el Rey Eduardo, de la casa de York, el dia 4 de Abril del año 1483, le sucedió su hijo primogénito, llamado tambien Eduardo, el cual no pasaba de doce años. De dos hermanos que habia tenido, condenó al uno, que era el duque de Clarence, á morir ahogado en una cuba de vino griego, por ciertas conversaciones sediciosas; de suerte que el duque de Gloucester, esto es, el hombre mas perverso de aquella familia atróz, era el único que le quedaba para asegurar la corona en la cabeza de su hijo: Gloucester, mónstruo de naturaleza en el alma y en el cuerpo, feróz en el mirar, de mala fisonomía, sin fe, sin conciencia, sin respeto divino ni humano, sin ninguna especie de sensibilidad cuando mas la aparentaba, sin igual en el arte de engañar, y tan malvado que nunca acariciaba mas que cuando iba á

clavar el puñal. Era cruel por instinto y por principios, y nada le importaba la vida de un hombre, siempre que le servia de obstáculo. Este Príncipe execrable se deshizo del Rey su sobrino y su pupilo despues de dos meses de reinado, y ocupó su lugar con el nombre de Ricardo III. Lo mismo egecutó con otro Príncipe, hermano del Rey, para reinar tranquilo. Al cabo de dos años perdió la corona y la vida, pero en batalla campal: fin demasiado honroso para aquel mónstruo. Tal fue el último Rey de la línea de los Plantagenetas, la que reinaba en Inglaterra habia mas de trescientos años. La batalla de Boswort, en que pereció Ricardo, acabó tambien con la larga y funesta disension de las ramas de York y Lancaster. Su vencedor, Enrique Tudor, conde de Richemont, natural del pais de Gales, y descendiente de los Lancaster por línea materna, fue proclamado Rey en el campo de batalla el dia 22 de Agosto del año 1485; tomó el nombre de Enrique VII, y reunió el derecho de la casa de York al de la de Lancaster, casándose con la Princesa Isabel, hija de Eduardo IV.

30. Luis XI fue acometido á los sesenta años de una apoplegía, que le dejó sumamente débil, en tales términos, que solo conservaba sus impetus y arranques naturales, y sus celos y desconfianzas, las cuales se aumentaban al paso que se disminuían sus fuerzas. Sin embargo, tuvo todavia la gloria de reunir á la corona el ducado de Anjou y el condado de Provenza, á consecuencia del testamento del Rey

titular de Sicilia, que le habia instituido por su heredero universal. Poco antes habia establecido las postas en los caminos reales, con motivo de una enfermedad del Delfin. El deseo de recobrar la salud le dió fuerzas para hacer una peregrinacion á San Claudio; pero aumentándosele la debilidad y los dolores se retiró al real sitio de Plessis, cerca de Tours; mandó que le cercasen todo con rejas de hierro, como si fuese la jaula de un oso, y allí no se dejaba ver de nadie. Abandonado en aquella triste morada á su humor naturalmente agreste, el cual se exasperaba mas y mas con la fuerza de los dolores, hizo todas las extravagancias y ridiculeces á que es capáz de reducir la prevision de la muerte y la decadencia de la autoridad, presentando una mezcla risible, y al mismo tiempo dignade lástima, de invenciones extravagantes y de devociones ideadas por él. Bailes de muchachas al rededor de su entierro; compañías de flauteros, llevados de todas partes; oraciones públicas para calmar el viento cierzo que le era insoportable; procesiones continuas en todo el reino; fundaciones innumerables de todas clases; montones de reliquias recogidas en los paises aun estrangeros; de todas estas cosas se echaba mano, para aliviar sus dolores ó para satisfacer sus caprichos. La santa ampolla, que jamás habia salido de Rems, fue tambien llevada á la habitacion que tenia en el sitio de Plessis. En una palabra, se divulgó tanto su empeño en buscar reliquias, que llegó á noticia de Bayaceto, el cual le envió una pomposa embajada, ofreciéndole todas las de Constantinopla con una

suma muy considerable de dinero, siempre que consintiese en entregarle la persona del Príncipe Zizim. Pero lejos de dar oidos el Rey á estas proposiciones, no quiso ni aun ver á los embajadores turcos (1), les mandó salir de Marsella adonde habian arribado, y dió orden para que les dijesen, que nada tenia él que ver con el enemigo capital del cristianismo. Ya habia despedido antes con mayor dureza á los embajadores del Rey Ricardo de Inglaterra, el cual, despues de su usurpacion, los envió para solicitar su amistad; y sin querer verlos, mandó que se les respondiese que miraba con horror á un parricida manchado con sangre real é inocente. Refieren algunos autores singulares, que al mismo tiempo que daba el Rey enfermo estas pruebas de virtud, tomaba baños de sangre de niños para templar la acrimonia de los humores que le atormentaban. Pero es increíble que aun el mismo Luis XI pudiese incurrir en semejantes contradicciones, y sobre todo no se presenta ninguna prueba capaz de persuadirlas.

31. El nombre de Francisco de Paula, fundador de los mínimos, era entonces muy célebre en todas las naciones cristianas (2). Todos los buenos le llamaban el santo ó el siervo de Dios, y era muy deseada su presencia en las cortes, donde temia él mostrarse mas que en ninguna otra parte. A pesar de lo mucho que le gustaba vivir obscuro, y de que aspiraba á ser desconocido de todos, no podia conseguirlo á causa de sus virtudes brillantes y de la fama

(1) *Comin. l. 6. c. 10.* (2) *Contin. de Fleury.*

de sus milagros. Fernando, Rey de Nápoles, el Sumo Pontífice y todos los cardenales le honraban á porfia. Luis XI, á quien ninguna cosa se ocultaba de cuantas podian contribuir á prolongar su vida, creyó que no habia mejor medio para ello que hacer ir desde Calábria al solitario maravilloso, de quien se decia que el Todopoderoso no le negaba ningun favor que le pidiese. Al principio le convidó por sí mismo, prometiéndole todos los buenos oficios de su liberalidad para el establecimiento de los mínimos en Francia. Despues hizo que le instase el Rey de Nápoles, su Soberano; y como el siervo de Dios mostrase pocos deseos de agradar á los Príncipes, recurrió Luis al Sumo Pontífice. Estimábale entonces Sisto IV, porque á instancia de su sobrino el cardenal Julian, habia puesto en libertad al de Balua, que estaba preso mucho tiempo habia, como reo de estado. Despachó Sisto dos breves á Francisco de Paula, exhortándole y aun obligándole, pena de excomunion, á que pasase inmediatamente á ver al Rey de Francia, y se interesase por la prolongacion de su vida. Se puso Francisco en camino con el mayordomo del Príncipe, que habia ido á buscarle.

Causó tanta complacencia al Rey la llegada del Santo, que regaló un bolsillo con diez mil escudos al que le llevó la noticia. Luego que supo que estaba cerca de Turena, escribió al Delfin, el cual se hallaba en cierto modo desterrado en el castillo de Amboise, para que saliese á recibirle con todas las demostraciones posibles de honor y respeto. Pero cuando el Santo

se acercó á Plessis, el Rey, que le habia salido al encuentro, acompañado de toda su corte, le recibió como si fuese el mismo Papa, segun las espresiones de Comines. Se postró en su presencia, rogándole que le sirviese de protector para con Dios, mandó que le diesen habitacion dentro del mismo palacio, y encargó á dos criados mayores que tuviesen cuidado de que no le faltase ninguna cosa, y que hiciesen lo mismo con los religiosos que le habian acompañado en su viage. No contento con esto, dió orden para que se les edificase un convento dentro del sitio real, y otro en Amboise. Iba el Santo muchas veces á conversar con el Rey, pero acerca de las cosas de la eternidad, y no de la prolongacion de una vida frágil, „cuyo término (le decia) estaba prefijado para él del mismo modo que para el último vasallo suyo, en el decreto inmutable á que era necesario someterse.”

„Hablabá (dice Comines que se halló casi siempre presente) con tanta energía y nobleza, sin embargo de que no tenia ninguna instruccion en las ciencias, que decian todos no haber visto jamás hombre alguno, por cuya boca se esplicase el Espíritu Santo mas visiblemente.” La mejor prueba de esta verdad fue la resignacion y las demás disposiciones cristianas que acertó á inspirar á un Príncipe que estaba tan distante de ellas á los principios, como su estéril admirador. Este Príncipe descontentadizo, mostró una confianza y una amistad constante al que solo le hablaba de muerte y de eternidad, cuando no pensaba él mas que en vivir. Los Príncipes y señores mas

estimables, pensaron acerca del Santo del mismo modo que el Rey. Pero la turba-multa de los cortesanos, no dejaron por eso de burlarse de su simplicidad, llamándole con tanta frecuencia el *buen hombre*, que por mucho tiempo no tuvieron otra denominacion sus discípulos. Le ridiculizaban con motivo de la singularidad de su trage, de su larga cabellera, pues nunca se cortó el pelo, y de todo su porte exterior, que á la verdad no le merecia ninguna atencion. Santiago Coquetier, médico del Rey, no se contentó con burlarse de él, sino que sugirió al Principe que tentase al Santo por el lado del interés, para ver si de este modo podia hacer que perdiese Francisco su estimacion, ó por mejor decir, su confianza, la cual queria el médico tener por entero. Este hombre, que era el mas avaro y el mas insolente que puede imaginarse, trataba á aquel terrible Soberano como á un esclavo, y percibia de él diez mil escudos mensuales. „Yo sé muy bien (le decia frecuentemente) que me despedireis algun dia, como habeis hecho con otros muchos; pero tened entendido que morireis ocho dias despues.” Conservó el favor del Principe hasta el momento de su muerte por medio de este temor que supo inspirarle sin ninguna interrupcion; pero no logró jamás indisponer al Rey con San Francisco de Paula.

32. Sintióse Luis cada dia mas débil, llamó al Delfin, que estaba en Amboise. Le habia dado el año anterior varias instrucciones, y la mejor de todas ellas era sin duda la de que no le imitase en la dureza

con que habia tratado á los grandes y á los Príncipes de la sangre, ni en la imposicion de los tributos, pues los habia aumentado desde un millon y setecientas mil libras (unos seis millones, y ochocientos mil reales), á que ascendian en el reinado precedente, hasta cuatro millones y setecientas mil libras (unos diez y ocho millones, y ochocientos mil reales). Le repitió estas instrucciones, y mandó que se registrasen en el parlamento de Borgoña, creado por el mismo Luis XI, y en la cámara ó tribunal de cuentas de París. A esto se redujo casi todo el cuidado que tuvo de la educacion de este Principe, no habiendo querido jamás que tomase ningun conocimiento de los negocios de estado. Tavo hasta tercera recaída, y se le dió á entender con bastante claridad que se hallaba en gravísimo peligro. Envió al canciller á que llevase los sellos al Delfin, nombró á éste por Rey, exhortó á todos á que le fuesen fieles, y dió varias órdenes con el mayor juicio y presencia de ánimo. En los dias que vivió despues, no se le oyó quejarse de los dolores que padecia, y recibió todos los sacramentos con mucha piedad, implorando continuamente el auxilio de la Virgen santísima, y pidiéndola con particularidad el favor de morir en sábado. En efecto, murió el sábado, dia 30 de Agosto de 1483, á los sesenta y un años de edad, y veintitres de reinado. Se trasladó su cuerpo, segun lo habia dispuesto, á la iglesia de nuestra Señora de Clery, cerca de Orleans, edificada por orden suya: y era tan grande el anhelo que tenia por estar en aquella iglesia despues de muerto, que impetró.

del Papa una bula de escomunión contra los que llevasen ó intentasen llevar su cadáver á otra parte. Había dispuesto por sí mismo las ceremonias de su entierro, y fue obedecido con tanta puntualidad, como si todavía viviese. Le sucedió su hijo único Carlos VIII, al entrar en la mayor edad, según el reglamento de Carlos V, esto es, á los catorce años.

33. La vida de Luis XI es un tejido de incoherencias y contradicciones, que forman de su carácter un problema inesplicable. Se revistió de todos los caracteres, sin tener ninguno propio, como no fuese el de la extravagancia y veleidad. Incurrió en todos los extremos, y nunca supo acertar con el justo medio. Tuvo baja y orgullo, aturdimiento y tino en sus juicios, vicios y virtudes. Estaba dotado de un talento profundo y perspicáz, era fecundo en recursos, hábil político, versado en las ciencias, á cuyos progresos contribuyó, aumentando mucho la biblioteca real, empezada por Carlos V en Fontainebleau, y trasladada á Louvre por Carlos VI: era muy valiente, aunque gustaba poco de la guerra; capitán y soldado, como lo manifestó siendo Delfín: amante de la justicia, y exactísimo en administrarla á los particulares con un rigor egemplar: en una palabra, adornado de cuasi todas las cualidades que constituyen á los grandes Reyes, y á los grandes hombres. Pero los extravíos de su entendimiento y de su corazón apocado, formaron de él un mal Rey, un mal hijo y un mal padre, un mal amo y un mal amigo, un mal ciudadano y un mal cristiano: mal

hijo y mal vasallo, porque su vida, antes de reinar, fue una serie continua de cábalas y facciones: mal padre, porque tenía á su hijo apartado de su presencia, y como aprisionado en el castillo de Amboise: mal Rey, porque triplicó los impuestos, y mandó quitar la vida, según dicen, á mas de cuatro mil personas, la mayor parte de ellas sin formarles causa, y muchas precipitadas desde un cigónal ó pértiga encima de unas ruedas armadas de navajas (1): mal amo, porque la menor sospecha ó un simple capricho decidía de la suerte de sus criados mas fieles: en fin, mal ciudadano y mal cristiano á un mismo tiempo (supuesto que la fe no separa estas dos cosas), porque se portaba con Dios del mismo modo que con sus vecinos, y parece que esperaba engañarle igualmente con demostraciones en que no tenía el corazón la menor parte. El arte de reinar era para él el arte de disimular. Si, como es de creer, consiguió el Taumaturgo de Calábria la gracia de una buena muerte para un penitente de tal naturaleza, puede decirse que no fue este el menor milagro que hizo. Luis XI está reputado por el Rey mas perverso de los de su línea, poco fecunda, á la verdad, en semejantes producciones. Hablando Francisco I de este Príncipe absoluto, decía, que era el que había sacado á los Reyes de Francia del estado de tutela.

34. El Papa Sisto IV murió un año después que Luis XI, el día 13 de Agosto de 1484, á los setenta y un años de edad, y catorce de Pontificado. Tenía

(1) Mezer. Compend. Cronolog. t. 3. = Vid. de Luis XI.

este Pontífice mucha virtud, costumbres puras, ciencia extraordinaria, disposición para entender y despachar los negocios, aplicación, nobleza en su modo de pensar y generosidad; pero un solo vicio, ó por mejor decir, una flaqueza, muy mal vista en los Pontífices augustos según el orden de Melquisedec, el cual no admite genealogías ni parientes, le impidió hacer la mayor parte del bien que pudiera haber hecho, y afeó con innumerables defectos las demás obras suyas. De este Papa se puede decir mejor que de otro alguno, que el no haber sido irreprochable fue por haberse dejado dominar del amor de sus parientes. Sin embargo, su ardor por los progresos de las letras, la protección y las liberalidades con que honró á los literatos, sus propios escritos en materias filosóficas y teológicas, además de las muchas y eruditas bulas que espidió, y los infinitos monumentos que dejó para adorno y utilidad de Roma, donde se encuentran á cada paso inscripciones relativas á él, harán eternamente memorable su nombre. Dicen que solo con las piedras en que está escrito su nombre en los soberbios edificios que multiplicó en Roma, se podría construir un palacio. El magnífico puente del Tiber se llama todavía puente de Sisto. El camino para la inmortalidad del segundo orden, es transmitir á los pueblos unos bienes duraderos, y promover las artes que perpetúan su memoria.

35. Juan Bautista Cibo, noble genovés, oriundo de Grecia, cardenal de Santa Cecilia, llamado el cardenal de Melfi, porque había sido obispo de aquella

diócesi, fue elegido para suceder á Sisto, diez y seis días después de su muerte, esto es, el 29 de Agosto, y tomó el nombre de Inocencio VIII, con estas palabras del salmo por lema: *he caminado en mi inocencia*: las que sin duda espresaban lo que quería ser, pero no lo que había sido; pues, según dicen algunos murmuradores, vivió desarregladamente con diferentes mugeres antes de recibir las sagradas órdenes. También dicen que hubo en el cónclave en que salió electo algunas intrigas que dieron motivo á que se hablase de un modo poco decoroso sobre si fue ó no canónica su elección; pero nadie reclamó contra ella. Las prendas exteriores de Inocencio, su genio afable y su mucha bondad le hacían amable á cuantos tenían ocasión de tratarle. Los historiadores contemporáneos hablan de él con grandes elogios (1). Era naturalmente inclinado á la economía; pero venció aun los vicios de la naturaleza por hacer bien á los pobres y afligidos, los cuales experimentaron siempre la sensibilidad generosa de su corazón. Como por razón de su genio, algo indolente, le gustaba mucho la paz y la concordia, las recomendó á los Príncipes al tiempo de anunciarles su exaltación, y al recibir las enhorabuenas que le dieron con este motivo. Se proponía, siguiendo el ejemplo de sus predecesores, reunirlos contra el enemigo común de la Religión, y para que aprendiesen de él, principió por terminar la guerra de Sisto IV con los venecianos, dió fin á las hostilidades, y levantó las censuras.

(1) *Complur. in Inn. VIII.*

36. El año de la eleccion del Papa Inocencio dió un nuevo habitante á la Jerusalem celestial (1). El dia 4 de Marzo murió en Vilna, capital de Lituania, San Casimiro, hijo de Casimiro IV, Rey de Polonia, á los veinticuatro años, estenuado y consumido á fuerza de penitencias y de los males que padecia. Era Príncipe de una piedad angelical, y tan casto, que asegurándole los médicos que curaría si se determinaba á casarse, quiso mas bien perder la vida que faltar á la resolucion que habia tomado de vivir siempre vírgen. Puede bastar este solo rasgo para persuadir toda la santidad de este nuevo mártir; porque cuando llega una virtud á este grado de heroismo, son casi siempre inseparables todas las demás. No dejó el cielo de comprobarla con milagros, y especialmente con la resurreccion de una doncella que habia muerto en la edad de la inocencia, digno objeto de proteccion para un mártir de la virginidad. Hay una obra entera llena de la relacion de los milagros que movieron al Papa Leon X á colocarle en el número de los Santos.

37. Por otra parte, una doncella portuguesa, de ilustre nacimiento, llamada Beatriz de Silva, estableció en Toledo una congregacion de religiosas en honor de la Concepcion de María, por quien tanto interés tomaban entonces las almas piadosas. Este instituto fue confirmado algunos años despues por el Papa Inocencio VIII, el cual le sujetó á la regla del Cistér y á la obediencia del ordinario, conservándole

(1) *Bolland. ad. 4. Mart.*

el título de la Concepcion y su hábito primitivo, que consistia en una túnica y escapulario blanco, con una capa ó manto de color azul celeste. Despues de la muerte de la fundadora, abrazaron sus religiosas la regla de Santa Clara, pero sin dejar el título ni el hábito de la Concepcion. En fin, el Papa Julio II las eximió de los observancias del Cistér, y encargó su direccion á las franciscanos reformados.

38. Los enemigos de la inquisicion cometieron en España por este tiempo un atentado de los mas atroces. Un canónigo de Zaragoza, llamado Pedro de Arbués, respetable por su nacimiento, y mucho mas por su piedad, egercia el oficio de inquisidor con la equidad, desinterés y circunspeccion que debia esperarse de un hombre canonizado por la voz pública. Tenia costumbre de estar todos los dias en oracion mucho tiempo delante del altar mayor de la catedral, y así solia permanecer hasta muy entrada la noche. Introdujéronse en la Iglesia detrás de él una porcion de desesperados, y sin respetar la santidad del lugar en que se hallaban, le acometieron como bestias feroces, le dieron muchas puñaladas, y le dejaron allí medio muerto. Vivió todavía dos dias, en los cuales no hizo mas que dar gracias á Dios, sin prorumpir en la menor queja. Compadecidos de él sus paisanos, le enterraron con mucha pompa y veneracion en el mismo lugar donde habia sido asesinado en ódio de la fe. Dicese que todos sus asesinos murieron desgraciadamente en aquel mismo año. Tambien se refieren algunos prodigios que se hicieron en su sepulcro; pero

las eminentes virtudes que practicó en el discurso de toda su vida, son pruebas mas incontestables de su santidad: por lo que le canonizó despues el Papa Paulo III á instancia del Emperador Cárlos V (*).

Por medio de la inquisicion, la cual impedia á los mahometanos y á los judíos presentarse, ó á lo menos formar asociacion en los estados de Fernando, alejaba este Príncipe las tramas y facciones, y hacia que contribuyesen al bien general todos los habitantes de la monarquía, cualesquiera que fuesen sus disposiciones secretas. Dando de este modo al gobierno

(*) Célebese su festividad en la iglesia de España á 17 de Setiembre. Su dignidad y oficio de inquisidor y el género de muerte que sufrió siendo martirizado por los enemigos de la fe, han sido causa sin duda de que algunos escritores le confundiesen con el ilustre dominicano San Pedro de Verona, siendo enteramente distintos como consta por la diferencia de tiempos, países, nombres, profesion y por el mismo acto del martirio. El llamado de Verona nació en aquella ciudad, floreció y padeció el martirio en el siglo trece, abrazó el estado religioso en la orden de predicadores, fue muerto por los maniqueos en el camino desde Como á Milán, espiró en el mismo lugar de su martirio, y fue canonizado en 1253 por Inocencio IV. Arbues nació en Epila de Aragon, fue canónigo de Zaragoza, le nombraron inquisidor los Reyes Católicos, es decir, á fines del siglo quince, le martirizaron los judíos á quienes perseguia, fue herido de muerte dentro de la misma iglesia catedral de Zaragoza, vivió aun dos dias despues, y fue canonizado por Paulo III hácia la mitad del siglo diez y seis. Son tan comunmente sabidas estas noticias que acabamos de insinuar, que estrañamos en gran manera ver en el *Diccionario histórico ó Biografía universal compendiada* (tomo 1, art. *Arbues*, pag. 495) que se publica actualmente en Barcelona, confundidos en uno solo estos dos esclarecidos mártires de nuestra sacrosanta Religion.

todo el vigor y actividad que permitian las costumbres de aquellos tiempos, se ponía en estado de ejecutar, á lo menos en parte, los grandes designios que le sugeria su celo. Se distinguió su reinado con dos grandes sucesos, á saber: con el descubrimiento del nuevo mundo y la reduccion de los moros.

39. Habian escitado ya su emulacion los progresos de las flotas portuguesas, las que mandadas por el noble veneciano Jaime Cano, habian descubierto en el año 1484, mas allá del ecuador, el reino de Congo, en África (1). Este pueblo, naturalmente afable, dió grandes pruebas de benevolencia á los portugueses, hizo amistad con ellos, y observó con curiosidad las prácticas de su religion, aficionándose á ella insensiblemente de tal modo, que el Rey y toda su corte abrazaron el cristianismo. Cuando volvieron los portugueses á Europa, les entregó aquel Príncipe muchos jóvenes de buena indole y de las familias mas distinguidas, bajo la direccion de un africano convertido, llamado Zacuta, y suplicaba al Rey de Portugal que los hiciese purificar en el baño de la salvacion; que se les enseñase puntualmente toda la doctrina celestial, y que los enviase despues al Congo con algunos ministros del Dios Omnipotente, á fin de comunicar el mismo beneficio al resto de la nacion. El Rey Juan II, á quien por su equidad y por las demás cualidades dignas del trono se dió el renombre de Perfecto, y que se distinguió en gran manera por el celo con que procuró la propagacion del Evangelio,

(1) *Barros. l. 3. c. 3. = Maff. rer. ind. l. 1.*

teniendo la gloria de abrir las puertas del nuevo mundo á la Religion cristiana; este Príncipe piadoso y magnífico formó alianza con el Rey de Congo, fue padrino en el bautismo de Zacuta, mandó que fuesen instruidos y bautizados los jóvenes que habia llevado consigo, y luego los envió á su patria con misioneros capaces de estender y perfeccionar unos principios tan felices. Pasado algun tiempo, los bárbaros vecinos del Congo se apoderaron de aquel estado, habiendo cometido en él las mayores atrocidades, y obligaron al Rey á refugiarse en una isla inculta. Pidió socorro al Rey de Portugal, y tomando éste generosamente su defensa, le restableció en el trono. Agradecido el africano, ofreció hacerse vasallo del portugués, el cual compitiendo con él en generosidad, no quiso admitir este homenaje. De este modo introdujo Portugal el cristianismo en el Congo, no esterminando á los idólatras, sino dándoles egemplo de moderacion evangélica, y tratándolos como á hermanos: ¡modelo digno de ser imitado! Algun tiempo despues descubrió tambien Cano el promontorio mas meridional de África, llamado al principio Cabo de las Tormentas, y ahora Cabo de Buena-esperanza.

40. Antes de emprender estas conquistas ó descubrimientos remotos, creyó Fernando que le convenia quedar libre de toda inquietud por lo tocante á los Reyes mahometanos que ocupaban todavía una parte de España: y aun antes de intentar esta segunda empresa, le fue necesario asegurar en sus sienas ó

en las de su esposa Isabel la corona de Castilla, que habia recaído en esta Princesa de un modo muy extraordinario. El último Rey de Castilla y Leon, Enrique IV, llamado el Imponente, marido disoluto de una muger sin pudor, habia tenido de esta Reina, llamada Juara de Portugal, una hija del mismo nombre, á la cual nombró por heredera suya luego que nació, y confirmó este nombramiento poco antes de morir (*). Sin embargo, fue escluida de la corona por suponerse que no era hija de Enrique, del cual se creía que era incapáz de tener hijos á causa de los muchos escesos á que se habia abandonado en su juventud, y fue colocada en su lugar Isabel, hermana del Rey. Una contienda tan estraña, y cuyo objeto era la posesion de una corona, causó disturbios, facciones intestinas y guerras con Portugal; pero triunfaron por último las escelentes cualidades de Isabel y la prudencia de Fernando (**).

(*) El reinado de Enrique IV fue un teatro continuo de alborotos y revoluciones, en las que llegaron los grandes de Castilla á deponerle en estatua y alzar por Rey á su hermano D. Alfonso. Pero muerto éste, quedó Enrique en el trono hasta el 1474 en que falleció á los veinte años de reinado. Fue el primero que se intituló Rey de Gibraltar desde 1462 en que se ganó esta ciudad, y el último de la dinastía de D. Enrique el Bastardo.

(**) Con la exaltación de los Reyes Católicos al trono de Castilla, principió la época de la grandeza y prepotencia de que gozó por largos años en toda Europa el cetro español. Doña Isabel, hermana de Enrique IV, nació en Madrigal en 1469. Casó con su primo segundo D. Fernando, hijo de Juan II, Rey de Aragon y Navarra, y fue proclamada Reina de Castilla inmediatamente despues de la muerte de su hermano. Fernando V nació en 10 de Marzo de 1452. Su

41. Luego que estuvieron sosegados por esta parte, dirigieron su atención hácia los moros, los cuales les ofrecieron muy en breve una ocasión favorable para llevar á efecto sus designios (1). Habiendo repudiado Albohacen, Rey de Granada, á su muger, de la cual tenia varios hijos, por casarse con una cristiana renegada, quiso matarlos, segun se lo aconsejaba

primera edad no presenta ningun hecho memorable que pueda acreditar el valor y la política que tanto le distinguieron despues; pero se traslucian ya las virtudes y la bondad de corazón que anunciaban un reinado feliz á los aragoneses cuando sucediese á su padre. Al verse este agoviado con el peso de los años, depositó en su hijo toda su confianza, nombrándole en 1468 Rey de Sicilia. Coronado Rey de Castilla despues que su esposa, esto es, en 2 de Enero de 1475, parece que la fortuna quiso premiar la íntima union y eminentes virtudes de los augustos consortes; y podemos decir sin exageracion, que jamás hubo Monarcas mas felices en todos sus proyectos. Calmaron desde el principio todas las facciones del reino, vencieron á Alfonso de Portugal que pretendia alzarse con el trono de Castilla, y asentaron la paz y la prosperidad en todos sus estados. Conocia bien Fernando el carácter de la nacion que gobernaba, tenia una esposa no menos instruida en el arte de la política, y ambos caminaban de acuerdo estableciendo una recta administracion de justicia, dispensando la proteccion mas decidida á todos los buenos, y corrigiendo con moderacion y prudencia los desórdenes que las revueltas anteriores habian ocasionado. En 1479 sucedió Fernando á su padre en el reino de Aragon y en todas las posesiones que comprendia esta corona, uniendo así perpetuamente los dos tronos mas poderosos de España. Viéndose despues pacífico poseedor de sus inmensos estados, puso todo su conato en arrojar de la península á los mahometanos; que aunque reducidos al reino de Granada, se conservaban con una fuerza y poder que los hacia temibles. La victoria coronó, como veremos luego, todas las empresas de los Reyes Católicos.

(1) *Zurit. l. 20. = Marian. l. 25.*

la madrastra. Boabdil, que era el mayor, huyó desde Granada á Guadix con la Reina su madre, é interesaron en su defensa, no solo á los señores que vivian en aquellas inmediaciones, sino á todos los grandes del reino, indignados de la barbarie de Albohacen. Estando ausente de Granada este padre desnaturalizado, llamaron á Boabdil y le proclamaron Rey; lo que escitó una guerra civil entre los moros, y Fernando se aprovechó de ella para acabar de arrojarlos de España. Tuvo Boabdil noticia de este proyecto, y engreido con su primer triunfo, sin disimular ni usar de ningun miramiento, creyó que se hallaba en estado de resistir á un mismo tiempo á su padre y á los cristianos, y entró en Castilla con un ejército. Fue enteramente derrotado; quedó prisionero, y pasando en un momento desde el extremo de la presuncion al del mas vil abatimiento, ofreció á Fernando y á Isabel el homenaje perpétuo de la corona de Granada, un tributo anual de doce mil ducados, y por una vez la cantidad de dinero que quisiesen señalar. Aceptáronse estas proposiciones, añadiendo que habia de dar anualmente trescientos esclavos, y que se le mantendria en el trono.

Aunque los moros habian manifestado hasta entonces mucho ardor y entusiasmo por los intereses de Boabdil, desmayaron de todo punto al ver este tratado ignominioso. Quince gobernadores militares protestaron solemnemente la nulidad de semejantes pactos. Eran infinitas las gentes que abandonaban el partido del Príncipe y se pasaban al de su tío Zagal,

que se habia grangeado el aprecio de toda la nacion con el renombre de Valiente, y fingia favorecer al Rey su hermano. Llegaron á tal grado el descontento y la desercion, que no creyéndose Boabdil seguro en Granada, se retiró á Almería; y hallándose espuesto allí á mayores peligros, fue á echarse en los brazos de los castellanos. Zagal, digno hermano del bárbaro Albohacen, entró en Granada despues de la fuga de su sobrino, mandó dar muerte al Rey para reinar en lugar de él; y á fin de asegurar mejor la corona, hizo todo lo posible para que Boabdil experimentase la misma suerte en Almería. Pero estas atrocidades le hicieron tan odioso como lo habia sido Albohacen, y fueron causa de que volviesen á Boabdil muchos de los que le habian desamparado.

Por medio de estos vasallos, y con los socorros que le suministraron Fernando é Isabel, volvió á apoderarse de Granada. Pero la faccion contraria ocupaba todavía gran parte del reino, y muchas fortalezas de las mejores, en especial las importantes plazas de Almería, Baza y Guadix. Llevado de una impaciencia propia de sus pocos años, hizo grandes instancias á Fernando para que conquistase aquellas plazas, prometiendo que le entregaria la ciudad de Granada treinta dias despues que las hubiese conquistado. Ambicion insensata, cuya precipitacion le constituía en la clase de esclavo y vasallo, y le preparaba á toda prisa su total ruina. Aprovechándose los castellanos de estas divisiones de los infieles, habian agotado con cinco ó seis batallas la sangre y el dinero

del estado de Granada, y se habian hecho dueños de una infinidad de plazas (*).

42. En el año 1485 dió la universidad de París una prueba de la constancia de su celo por la conservacion de la sana doctrina (1). Un licenciado en teología, llamado Juan Laillier, habia sostenido en los egercicios públicos una série de proposiciones que se acercaban mucho á la impiedad del wiclefismo. Eran principalmente ofensivas de la autoridad de la Iglesia y de los obispos, del primado de la Silla apostólica, de la ley del ayuno, del culto de los santos, de las indulgencias y de la continencia clerical. Aun era mas chocante que las mismas cosas el tono de dogmatizador que habia tomado, esto es, la insolencia, la insulsa ironía y la falta de pudor. Censuró estas proposiciones la facultad de teología, obligó á Laillier á retractarlas públicamente, y decretó que no fuese admitido al doctorado. Recurrió el teólogo al parlamento, el cual remitió el asunto al obispo para

(*) No sabemos cuál de los angustos esposos se distinguió mas en esta guerra; ambos iban al frente de sus tropas; ambos participaban de los riesgos y fatigas del soldado; y los dos se coronaron de gloria por la felicidad con que egecutaron las operaciones militares, por el valor con que desbarataron las fuerzas del enemigo y por la generosidad y clemencia con que trataron á los vencidos. Apoderáronse en las primeras campañas de treinta plazas fuertes y otras tantas ciudades, sin contar las que se les rindieron sin resistencia, y llegaron por fin á acamparse en los alrededores de Granada, cuya conquista describe luego Berault con bastante estension.

(1) *D' Argent. Colec. Adán. 1484. p. 308.*

que lo viése y sentenciase con el inquisidor y cuatro doctores comisionados por la facultad. Los consultores del obispo lograron muy en breve que Laillier retractase espresamente todas y cada una de sus proposiciones en presencia del pueblo, supuesto que las habia predicado en varios parages con grande escándalo de los fieles. Inmediatamente, despues de esto, recibió del obispo la absolucion de todas las censuras en que habia incurrido. En seguida se formó una sumaria, en que sin consultar el prelado á los asesores que se le habian señalado, restableció al reo en sus funciones, honores y dignidades; le concedió el derecho de ser promovido al grado que deseaba, y le quitó toda la nota de infamia.

Descontenta la facultad, continuó negándole la borla, y queriendo el obispo hacerla la forzosa, interpuso apelacion adonde hubiese lugar. Con este motivo avocó á sí la causa el Papa Inocencio, espidió una bula elogiando el celo de los doctores, prohibió que se admitiese á Laillier al doctorado, y anuló la sentencia del obispo de París. Al contrario, mandó el Pontífice que se prendiese al reo, y que permaneciese en la cárcel, hasta que el arzobispo de Sens y el obispo de Meaux, á quien daba comision para continuar la causa, tomasen las providencias convenientes, á fin de asegurarse de la fe de un novador absuelto con tanta precipitacion. No ignoraban en Roma la facilidad con que semejantes dogmatizadores mudan de language, sin variar de opinion.

43. Por este mismo tiempo se celebró un concilio

en Lambeth, ciudad de Inglaterra, presidido por el arzobispo de Cantorberi (1), en que fue condenado Reinaldo Peacok, por haber incurrido en unos errores muy parecidos á los de Laillier. ; Tal es, á pesar de la distancia de los lugares, la uniformidad de la doctrina y de la conducta de la Iglesia! Los libros de Peacok, de los cuales se habian sacado ya muchas copias, fueron quemados en su presencia; y á pesar de sus retractaciones, se le depuso del episcopado, y se le encerró en un monasterio donde en muy poco tiempo murió de tristeza. Le sucedió el carmelita Juan Milverton, profesor de Oxford, que habiendo sido escomulgado por el obispo de Londres, huyó á Roma, donde sin atender el Papa á sus retractaciones ni á sus defensas, le puso en una prision y le tuvo en ella tres años. No hay que esperar buena fe, cuando se impugnan unos puntos de doctrina que son evidentemente parte de la enseñanza comun de la Iglesia; y las retractaciones que se hacen despues, llevan consigo la sospecha del mismo vicio que la publicacion del error. Era entonces arzobispo de Cantorberi Tomás Bouchier, cardenal del título de San Ciriaco, y el que entre todos los obispos de la iglesia británica ocupó mas tiempo la silla episcopal, á saber, cincuenta y un años, contados desde su primera consagracion para la silla de Wigorné, habiendo estado treinta y cinco años en la de Cantorberi: lo que no se habia verificado en ninguno de sus predecesores

(1) *Concil. tom. 14. pag. 1466.*

por espacio de ocho siglos. El Rey por su parte impetró una bula de Inocencio VIII para poner ciertos límites en Inglaterra á los privilegios de los asilos; y aunque lo llevaron á mal muchos obispos, el Sumo Pontífice, fiel intérprete de las máximas de la Iglesia, no miró como una prerogativa de la Religión lo que solo servia para fomentar los delitos.

44. En Paris condenó la facultad de teología doce proposiciones, que tenían mas de estravagantes que de heréticas, predicadas por el franciscano Juan Marchand, acerca de las prerogativas de San Francisco. Decia la primera, que habiendo sido arrojado del cielo por su orgullo Lucifer, príncipe de los ángeles, se habia reservado su lugar para San Francisco, que habia sido el mas humilde entre todos los santos. En la undécima se decia, que San Francisco baja todos los años desde el cielo al purgatorio el dia de su fiesta, saca de allí á todos los religiosos y religiosas de su orden y á cuantos visten su hábito, y se los lleva al cielo; así como el alma de Jesucristo bajó á los infiernos para llevar consigo las de los patriarcas. Hacía este deslumbrado comparaciones semejantes, y aun mas impropias entre Jesucristo y San Francisco, diciendo que se parecia el uno al otro de cuarenta modos, y llegando al extremo de llamar á este Santo *segundo Cristo*, y *segundo hijo de Dios*. Pero donde mas se manifestaba su loca y delirante imaginacion era en el pasage de las llagas.

45. Este favor, enteramente celestial por su naturaleza, y uno de los mas extraordinarios, aun en el

mismo orden de las cosas sobrenaturales, habia sido ya motivo de rivalidad y de altercaciones lastimosas entre los religiosos de Santo Domingo y los de San Francisco. Pretendian los dominicos que Santa Catalina de Sena, religiosa de su orden, habia sido favorecida con las llagas del mismo modo que San Francisco de Asís; y los franciscanos se empeñaban en que esta prerogativa se habia concedido solamente á su patriarca. Lograron estos preocupar de tal modo en favor suyo al Papa Sisto IV (que habia sido franciscano) que prohibió, pena de censura, pintar á la Santa con las llagas. Despues mitigó el decreto y levantó las censuras; pero no se disminuyó la acrimonia de esta estraña emulacion. ¿Es posible persuadirse que se honra á Dios ó á sus Santos, atribuyéndoles nuestras pasiones y flaquezas, y disputando para darles la preferencia? Pero el hombre se propone á sí mismo por objeto aun en aquellas cosas que al parecer tienen menos conexion con sus designios. Nos engreimos con las dignidades de nuestros amos, con el nombre de nuestros padres y con la santidad de nuestros patronos: miserables suplementos de la penuria personal, y que solo sirven para hacerla mas visible. Despreciando estas reflexiones, y atendiendo únicamente á la gloria mal entendida de su santo fundador, no se cansaba Juan Marchand de hablar y disputar acerca del privilegio de las llagas; de suerte que mas de la mitad de las proposiciones que se le condenaron, eran relativas á este artículo.

46. Otro hombre de muy diferente talento incurrió

en varios estravíos, que llamaron por aquel mismo tiempo la atención de la santa Sede. Juan Pico, Príncipe de Concordia y de la Mirándula, prodigio de ingenio y de erudición casi desde la infancia, defendió en Roma unas conclusiones públicas sobre todas las ciencias sagradas y profanas. Contendian hasta novecientas proposiciones, tomadas de autores latinos, griegos, hebreos y caldeos; y las sostuvo como hombre consumado en cada materia y en cada idioma. Conciliáronle muchos admiradores y muchos envidiosos. Habiendo sido censuradas algunas de ellas como heréticas, mandó el Papa Inocencio que se examinasen con particular cuidado. Se decidió que había trece proposiciones reprehensibles, con cuyo motivo prohibió el Papa, pena de excomunión, la lectura de las conclusiones, y citó al autor para que compareciese ante su tribunal. Aunque el Príncipe de la Mirándula estaba muy distante de ser herege, merecía con todo eso esta especie de castigo; porque hablando de nuestros misterios y de los puntos más delicados de nuestra Religión, usaba de unas expresiones nuevas, desconocidas de los santos doctores, y por lo mismo justamente sospechosas. ¡Tan importante es, en cualquier estado, no apartarse, por decirlo así, de los caminos reales en la carrera de las ciencias religiosas, y sacrificar á los usos de la santa antigüedad el deseo de singularizarse con las gracias del estilo y con las galas de una imaginación brillante!

Pero Pico se dejó arrebatar entonces del fuego

de la juventud, y de la embriaguez de la admiración pública, y en diez y siete noches hizo una larga y erudita apología, en que justificó perfectamente su catolicidad personal, determinando el sentido en que debían entenderse las expresiones equívocas, y confundiendo la ignorancia grosera de algunos censores; bien que todavía no tenían sus proposiciones la claridad necesaria, según se hallaban en las tesis. Algunos años después se sujetó con toda la sencillez evangélica al juicio de la santa Sede, y le dió el Sumo Pontífice un breve de absolución, en que se acredita del modo más auténtico la pureza de su fe. En el resto de su vida, que fue muy corta, se corrigió aquel hombre singular del espíritu de disputa que le había dominado en los primeros años de su juventud, y se dedicó exclusivamente al estudio de los libros santos, y á impugnar en sus escritos á los enemigos de la Religión. Tres años antes de morir renunció su principado, y se retiró á una casa de campo, donde se entregó de todo punto á los ejercicios de la piedad, de la penitencia y de la caridad para con los necesitados. La sensibilidad de su alma era igual á la belleza de su ingenio. Había tomado la resolución de distribuir entre los pobres los bienes que le quedaban, y de ir con un Crucifijo á predicar penitencia por las ciudades y por los campos, cuando murió en Florencia, en 1494, siendo de edad de treinta y dos á treinta y tres años. Quiso acabar sus días vestido con el hábito de los dominicos, á quienes había mirado siempre con mucha inclinación.

47. Al mismo tiempo que Inocencio VIII conde-
naba tesis y proposiciones poco exactas, promovía
con ardor otro asunto que le parecía no menos inte-
resante para el bien de la Religión. El Príncipe Zizim,
hermano del sultan Bayaceto, permanecía todavía
en Francia, y cuidaban de él los caballeros de Rodas,
los cuales le tenían en la encomienda del Burgo-Nue-
vo, confinante con la Marca y con Poitou. Siguiendo
Inocencio el ejemplo de sus predecesores, y cono-
ciendo las costumbres de aquel tiempo, mostraba
mucho empeño por reprimir á los turcos. Creyó que
el Príncipe Zizim le sería muy útil para este efecto,
y se le pidió al gran maestro de Rodas. El Rey de
Hungria, el de Nápoles y el sultan de Egipto, el cual
proponía obrar de acuerdo con los cristianos, hacían
también los mayores esfuerzos para tener á su dispo-
sición aquel personage ilustre y desgraciado. Pero
venció el Papa, y se puso Zizim en camino para ir á
Roma, acompañándole el gran mariscal de la orden,
después de haber dado su consentimiento el Rey de
Francia, en cuyos dominios habitaban, pero con la
condición de que los caballeros de Rodas habían de
responder del Príncipe turco, y que no se podría
disponer de él sin la anuencia del Rey, pena de diez
mil libras de oro (cincuenta y un millones y doscientos
mil reales). Algunos días después de su llegada
dió el Papa al gran maestro el capelo, con la cualidad
de legado de la santa Sede en toda el Asia. Así, pues,
se vió que el libertador de Rodas, siendo á un mis-
mo tiempo gran maestro y cardenal, hizo el papel

de prelado tan grandemente como el de héroe. Le
concedió también su Santidad el derecho de proveer,
sin escepcion ni reserva alguna, todos los beneficios
de la orden, incluso los que vacasen en la corte de
Roma. Las órdenes del Santo Sepulcro y de San Lá-
zaro fueron reunidas á la de San Juan de Jerusalem,
concediéndose al gran maestro la misma facultad en
cuanto á sus beneficios y rentas.

No hay personage que no esté espuesto á ser el
juguete de la política. Después de haber conspirado
Bayaceto, aunque inútilmente, contra la vida del Pa-
pa, le envió embajadores para tratar de alianza, y
los admitió el Pontífice con las demostraciones más
honoríficas. Salieron á recibirlos todos los cardenales
y los empleados de la curia romana; se les concedió
una audiencia pública en consistorio pleno, y se les
trató siempre como si fuesen ministros de un amigo
constante y fiel. Llevaban piedras preciosas de ines-
timable valor, y todas las producciones más esqui-
sitas del oriente, sin contar una suma de cuarenta
mil escudos de oro, destinada á pagar la pensión del
Príncipe Zizim, con cuyo motivo se suplicaba al Pa-
pa que le conservase en lugar seguro. Parece que
Inocencio aceptó estas proposiciones, y que se le re-
mitió igual cantidad de dinero en los años siguientes:
lo que dió lugar á algunas quejas contra este Pontífi-
ce, á quien se acusaba á pesar de todas las aparien-
cias de su celo, de que no quería sinceramente la
guerra contra los turcos. Pero él continuó percibien-
do la décima, concedida para este solo objeto. Poco

despues aprobó en el mes de Agosto ó Setiembre del año 1490 una cofradía con el título de la misericordia, para asistir á los reos condenados á muerte y cuidar de sus funerales.

48. Dos años antes habia espedido una bula para reunir á la corona de España los grandes maestrazgos de las órdenes de Calatrava, Santiago y Alcántara; lo que no se efectuó con toda formalidad hasta el año 1500 (*). De este modo adquirieron Isabel y Fernando trescientos ó cuatrocientos mil ducados de renta anual, producto que, unido con las décimas impuestas en los reinos de Castilla y Leon, en virtud de una bula del mismo año, puso al Rey Católico en estado de concluir la reduccion de los moros. Despues de las muchas ciudades que les habia tomado desde que tuvieron principio sus guerras civiles, se apoderó tambien de Almería, Guadix y Baza en cumplimiento de los tratados particulares en que habia convenido con el Rey Boabdil. Baza, que se miraba como la plaza mas fuerte del reino de Granada, fue acometida con el mejor egército que habia puesto Fernando en campaña. Sostuvo un sitio bastante largo; pero su conquista libró al Rey Católico del

(*) Mayor que la de las rentas era la adquisicion del poder que lograron los Reyes Católicos con esta reunion de los grandes maestrazgos á la corona; pues los maestros estaban esentos de la jurisdiccion real, y tenian tanto poder y parte en el reino, á causa de sus muchas riquezas y aliados, que se hacian temer de los mismos Reyes. La bula del Papa Inocencio VIII que autorizó esta reunion no se espidió, como parece suponer Berault, antes, sino despues de la toma de Granada.

enemigo mas formidable que tenia entre los moros. Muley, hermano del difunto Rey Albohacen, entregó con ella á los Reyes de España las demás ciudades que le reconocian por Soberano, y se le proporcionó una subsistencia conforme á su clase y nacimiento. Despues de esto tomó el partido de retirarse á África con tres ó cuatro mil moros, de los mas ricos é ilustres de la nacion.

49. Luego que Fernando se vió dueño de Guadix, Almería y Baza, advirtió al Rey precario de Granada, que pues él habia cumplido puntualmente el último tratado, y obligado además al Príncipe Muley á pasar el estrecho, era justo que por su parte le entregase la capital del reino, segun lo habia prometido; que en tal caso se le señalaría una pension de cuatro millones de maravedises, y se le cederian todos los lugares del territorio llamado el Coto de Andarax, con las rentas que produjese. Aun las ruinas del trono conservan el atractivo que es propio de su esplendor. Boabdil, á quien en cierto modo se intimaba que renunciase la corona, dió una respuesta poco satisfactoria, porque temia el resentimiento de los grandes si intentaba entregar la capital de su imperio. Viendo esto Fernando, y habiendo hecho todavía muchas instancias y tentativas infructuosas, se determinó á romper abiertamente, y á poner sitio á Granada. ®

Antes de acercarse á la plaza, hizo durante el invierno todos los preparativos convenientes para una espedicion de tanta importancia; y á entradas de

la primavera envió al marqués de Villena, gran militar, con diez mil hombres de infantería y tres mil caballos, para arruinar los lugares inmediatos á Granada y talar los campos, con el objeto de impedir la cosecha de granos, y de que refugiándose los habitantes á la capital, consumiesen mas pronto los víveres que hubiese en ella (1). Fue el mismo Rey á Granada con un ejército de cerca de cincuenta mil hombres, de los cuales la quinta parte eran de á caballo. Llevó consigo todos los grandes y la flor de la nobleza de los reinos de Castilla y Aragon. Todos ellos deseaban inmortalizar su nombre, y unian la esperiencia con el valor, supuesto que por la mayor parte se habian distinguido ya en las expediciones anteriores. Gonzalo Fernandez de Córdoba, hijo del señor de Aguilar, y conocido con el nombre de gran capitán, les servia á un mismo tiempo de modelo y de estímulo. Luego que el marqués de Villena concluyó su comision, pasó á reunirse con el ejército grande, y fueron todos á acamparse á una legua de Granada, resueltos á no apartarse de allí hasta haberse apoderado de la ciudad: por lo cual se hicieron unos atrincheramientos tan considerables, como si no hubieran de abandonarse jamás. Apenas estuvieron acabados, cuando llegó la Reina Isabel con los Príncipes sus hijos, como para dar á entender que de aquella empresa dependia toda la gloria y fortuna de Castilla y Aragon.

(1) *Naocl. Chron. ann. 1491. et 1492.* = *Zurit. l. 20. c. 8. y sig.* = *Marian. l. 25. c. 15. &c.*

Inmediatamente después de la llegada de la Reina, se prendió fuego en su tienda, y quedó reducida á cenizas con otras muchas: por lo que se tomó el partido de construir cabañas ó chozas de tierra, cubiertas con tejas, con calles como si fuese una poblacion; y trabajando todos de dia y de noche en fortificar sus respectivos barrios, se vió en poco tiempo una ciudad defendida con torreones, y cercada de murallas y de un foso profundo. Se la dió después el nombre de Santa Fe. No dudaron entonces los sitiados que se habia tomado la resolucion de continuar el sitio hasta apoderarse de la plaza, y esta persuasion en que estaban los desalentó sobremanera.

Su única esperanza estaba cifrada en una batalla campal, y se valieron de mil ardidés para obligar á Fernando á presentársela; pero este Príncipe, cuya prevision y sagacidad eran extraordinarias, comprendió perfectamente que bastaria el hambre para darle la victoria, sin derramamiento de sangre y casi sin peligro; y en efecto no se equivocó, porque á los ocho meses y diez dias de sitio, hallándose los moros combatidos de todos los horrores del hambre, sin recurso, sin esperanza y sin víveres, se entregaron por capitalacion el dia 2 de Enero de 1492. Se estipuló por una parte, que los sitiados entregarían á los Reyes de Castilla y Aragon la ciudad de Granada con todas sus adyacencias; y que en lo sucesivo, así los moros de la ciudad, como los que habitaban en las demás poblaciones de aquel estado, no reconocerian otros Soberanos que á la Reina de Castilla y sus

sucesores; y por otra parte, que Isabel y Fernando dispensarian su proteccion á todos los moros que quisiesen quedarse en España; los tratarian como á los demás vasallos; les conservarian la posesion de sus bienes, derechos y privilegios, sin permitir jamás que se les hiciese ningun agravio, ó que se procediese contra ellos sin las formalidades ordinarias de la justicia; que los que no quisiesen permanecer en España, podrian disponer libremente de sus posesiones, y se les darian navios para pasar á África; y en fin, que al Rey Boabdil se le concederia una pensión proporcionada á su primer estado, y lugar conveniente para su residencia. Este Príncipe se determinó á quedarse; pero la mayor parte de los musulmanes, sin escepcion de los que le habian sido mas fieles y adictos, le abandonaron para retirarse á África.

Se egecutó de buena fe este tratado, despues de lo cual el Rey y la Reina hicieron con mucha pompa su entrada en Granada. El cardenal de Mendoza, arzobispo de Toledo, tomó desde luego posesion de ella, precedido de la Cruz, que se llevaba en triunfo, é hizo tremolar en las torres mas elevadas esta bandera de nuestra salvacion, juntamente con la de España. Inmediatamente despues entraron Isabel y Fernando, y quedaron admirados al ver lo grande, hermoso y magnífico de la ciudad (1). Aseguran los historiadores que habia en ella sesenta mil casas, sin contar los edificios públicos, que eran muchísimos y tan ostentosos, que los vasallos del Rey Bulhar,

(1) *Dieg. de Mur. hist. rer. gest. contr. Maur. Murian l. 23. c. 1.*

el cual habia hecho la mayor parte de aquellos gastos prodigiosos, creyeron que sabia el arte de hacer el oro. Eran tan ricos sus ciudadanos, que la contribucion anual de aquella ciudad pasaba de un millon de ducados. Su poblacion y prosperidad eran un efecto de su hermosa situacion á orillas del Darro, de la pureza de sus aires, y de sus muchas fuentes que la hacian deliciosa á pesar del ardor del clima. Solian decir los moros que estaba el paraiso en la parte del cielo que forma el zenit de Granada. Tenia la ciudad cuatro leguas de circuito, y sus murallas mil y treinta torreones con almenas. Todavía es una de las mayores de España, y la mas agradable en el verano; pero ya no está conocida por lo que toca á riqueza y al número de sus habitantes.

Con la conquista de Granada se vió España enteramente libre de la dominacion de los musulmanes, que fue el azote de este reino casi por espacio de ocho siglos, contando desde la invasion de estos infieles, en el reinado de Rodrigo, el año 712. ¡Tan costoso es reparar el delito que se comete en un momento, pues esta irrupcion, á lo menos segun todos los autores que hablan de ella, tuvo por principio la incontinencia de un Rey y la venganza de un vasallo (*). La conquista de Granada honró á Fernando V y á sus sucesores con el título de *Católicos*, confirmado por el Papa Alejandro VI (**).

(*) Véase contra esta opinion, hecha casi general, la historia de los árabes en España, publicada por D. José Antonio Conde, Madrid 1820.

(**) Dióles este título Inocencio VIII, quien viendo en Don

Debe atribuirse sin duda alguna la restauracion de la España cristiana al carácter español, lento en el consejo y aun quizá en la accion, pero tan constante y enérgico, que sabe resistir al tiempo y vencer todos los obstáculos. Sin embargo, ¿quién podrá menos de conocer que anduvo aquí la mano del Todopoderoso, la cual, en tantas acciones como se han referido en el discurso de esta historia, imprimió de un modo visible el movimiento á las causas segundas, dió comunmente la superioridad á la mas débil, contrapesó por mucho tiempo la victoria y los reveses, la presuncion y el desaliento, y despues de todas las pruebas necesarias á su pueblo, cuando mediante el horror de la barbarie y de la impiedad musulmana formó de él una nacion digna de ser llamada Católica, le prodigó los triunfos y las conquistas, y en fin, limpió totalmente á la feliz Hesperia de las inmundas heces en que habia estado abismada por tantos siglos?

Fernando y en Doña Isabel dos baluartes inespugnables de la fe, los distinguió con el renombre de *Católicos*, que conservaron, han conservado y conservan con tanta gloria todos sus sucesores. El mismo Papa por sus bulas de 10 de Mayo y 8 de Diciembre de 1480, de 16 de Abril de 1487, de 20 de Mayo de 1488 y de 20 de Octubre de 1489 concedió á D. Fernando y á Doña Isabel el derecho de patronato en todas las iglesias y monasterios del reino de Granada, y demás tierras é islas ganadas á los mahometanos, ó que en adelante ganaren, para sí y sus sucesores; las tercias de lo conquistado y que conquistaren en dicho reino, y los diezmos de los moros de paz. Véanse las bulas en el apéndice al tomo octavo de la historia general de España, edicion de Valencia 1795. En el libro siguiente veremos añadirse nuevas glorias y timbres á las que decoraban ya en este tiempo el trono español.

RESUMEN

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS

EN EL LIBRO QUINCUAGÉSIMO-SESTO.

N.º 1. *Descubrimiento del nuevo mundo.* 2. *Descubrimientos de Cristóval Colón.* 3. *El padre Buell, primer misionero de América.* 4. *Rótulo ó inscripcion de la cruz del Salvador, hallada en Roma.* 5. *Muerte de Inocencio VIII.* 6. *Alejandro VI.* 7. *Intrigas y movimientos en Italia.* 8. *Maximiliano I, Emperador.* 9. *Usurpacion del ducado de Milán por Luis Sforzia.* 10. *Alborotos en Bohemia y Hungria.* 11. *Entrada y progresos de Carlos VIII en Italia.* 12. *Da este Principe un grande egeemplo de continencia.* 13. *Carlos VIII en Roma.* 14. *Su moderacion.* 15. *Muerte violenta del Principe Zizim.* 16. *Terror y abdicacion de Alfonso, Rey de Nápoles.* 17. *Intrigas de Alejandro VI, y sublevacion general de la Italia contra los franceses.* 18. *Batalla de Fornovo.* 19. *Espulsion de los moros de España.* 20. *Moros y judios arrojados de Portugal.* 21. *Vasco de Gansa dobla el Cabo de Buena-esperanza y penetra en las Indias.* 22. *Principio de la energia portuguesa.* 23. *Américo Vespucio da su nombre á los descubrimientos de Colón.* 24. *Consulta el Rey de Francia á la universidad de París con motivo de los procedimientos de Alejandro VI.* 25. *Decreto de esta*

Debe atribuirse sin duda alguna la restauracion de la España cristiana al carácter español, lento en el consejo y aun quizá en la accion, pero tan constante y enérgico, que sabe resistir al tiempo y vencer todos los obstáculos. Sin embargo, ¿quién podrá menos de conocer que anduvo aquí la mano del Todopoderoso, la cual, en tantas acciones como se han referido en el discurso de esta historia, imprimió de un modo visible el movimiento á las causas segundas, dió comunmente la superioridad á la mas débil, contrapesó por mucho tiempo la victoria y los reveses, la presuncion y el desaliento, y despues de todas las pruebas necesarias á su pueblo, cuando mediante el horror de la barbarie y de la impiedad musulmana formó de él una nacion digna de ser llamada Católica, le prodigó los triunfos y las conquistas, y en fin, limpió totalmente á la feliz Hesperia de las inmundas heces en que habia estado abismada por tantos siglos?

Fernando y en Doña Isabel dos baluartes inespugnables de la fe, los distinguió con el renombre de *Católicos*, que conservaron, han conservado y conservan con tanta gloria todos sus sucesores. El mismo Papa por sus bulas de 10 de Mayo y 8 de Diciembre de 1480, de 16 de Abril de 1487, de 20 de Mayo de 1488 y de 20 de Octubre de 1489 concedió á D. Fernando y á Doña Isabel el derecho de patronato en todas las iglesias y monasterios del reino de Granada, y demás tierras é islas ganadas á los mahometanos, ó que en adelante ganaren, para sí y sus sucesores; las tercias de lo conquistado y que conquistaren en dicho reino, y los diezmos de los moros de paz. Véanse las bulas en el apéndice al tomo octavo de la historia general de España, edicion de Valencia 1795. En el libro siguiente veremos añadirse nuevas glorias y timbres á las que decoraban ya en este tiempo el trono español.

RESUMEN

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS

EN EL LIBRO QUINCUAGÉSIMO-SESTO.

N.º 1. *Descubrimiento del nuevo mundo.* 2. *Descubrimientos de Cristóval Colón.* 3. *El padre Buell, primer misionero de América.* 4. *Rótulo ó inscripcion de la cruz del Salvador, hallada en Roma.* 5. *Muerte de Inocencio VIII.* 6. *Alejandro VI.* 7. *Intrigas y movimientos en Italia.* 8. *Maximiliano I, Emperador.* 9. *Usurpacion del ducado de Milán por Luis Sforzia.* 10. *Alborotos en Bohemia y Hungria.* 11. *Entrada y progresos de Carlos VIII en Italia.* 12. *Da este Principe un grande egemplo de continencia.* 13. *Carlos VIII en Roma.* 14. *Su moderacion.* 15. *Muerte violenta del Principe Zizim.* 16. *Terror y abdicacion de Alfonso, Rey de Nápoles.* 17. *Intrigas de Alejandro VI, y sublevacion general de la Italia contra los franceses.* 18. *Batalla de Fornovo.* 19. *Espulsion de los moros de España.* 20. *Moros y judios arrojados de Portugal.* 21. *Vasco de Gansa dobla el Cabo de Buena-esperanza y penetra en las Indias.* 22. *Principio de la energia portuguesa.* 23. *Américo Vespucio da su nombre á los descubrimientos de Colón.* 24. *Consulta el Rey de Francia á la universidad de París con motivo de los procedimientos de Alejandro VI.* 25. *Decreto de esta*

universidad á favor de la inmaculada Concepcion. 26. Instituto de las arrepentidas. 27. Virtudes y muerte de Carlos VIII. 28. Se establece el parlamento de Bretaña. 29. Bondad de Luis XII. 30. Repudio de la Reina Juana. 31. César de Borja en Francia. 32. El cardenal de Amboise. 33. Reforma de los dominicos y franciscanos. 34. Recobra Luis XII el Milanésado. 35. Principios de Jimenez de Cisneros. 36. Le obliga el Papa á aceptar el arzobispado de Toledo. 37. Su vida regular y austera. 38. Reforma á los franciscanos. 39. Su recibimiento en Toledo, y lo que hizo en esta ciudad. 40. Su sínodo para el arreglo de la disciplina. 41. Historia de Gerónimo Savonarola. 42. Rebelion en Granada. 43. Conversion del Principe Zegri. 44. Se opone Jimenez al pensamiento de traducir la Biblia en árabe vulgar. 45. Conversion de los granadinos. 46. Se reprimen en España los desórdenes que se cometian en el Nuevo-mundo. 47. Fundacion del colegio de San Ildefonso de Alcalá. 48. Instituto para la educacion y pureza de costumbres de las doncellas. 49. Instituto de la Anunciacion fundado por Santa Juana de Francia. 50. Muerte de esta Santa. 51. Muerte de Alejandro VI.

HISTORIA DE LA IGLESIA.

LIBRO QUINCUAGÉSIMO-SESTO.

*Desde la reduccion de los moros de España en el año 1492,
hasta la muerte de Alejandro VI en el de 1503.*

1. **T** ierras inmensas, cuyo nombre se ignoraba, un nuevo emisferio, un Nuevo-mundo, salvages y antipodas colocados hasta entonces entre las opiniones quiméricas y casi impías; tales son los espectáculos, que, variando la escena del universo á últimos del siglo quince, abrieron al Evangelio un campo mas vasto que cuando fue enviado del cielo. Habia llegado el mundo á aquella plenitud de los tiempos en que, segun los oráculos proféticos, debia alumbrar la luz aun en medio de las tinieblas de la muerte; y por medio de semejantes descubrimientos se proponia el Eterno cumplir toda la estension de sus promesas. Quería tambien volver á estrechar entre los hijos de un mismo padre unos vínculos de que apenas habia ya señal alguna; restablecer la armonía y las dulzuras

del comercio entre las innumerables ramas de la gran familia del género humano, y hacer que repartiesen recíprocamente entre sí los frutos y las delicias de sus posesiones aisladas.

En medio de los varios escesos á que dió lugar el descubrimiento del nuevo mundo, debemos admirar la sabiduría y el orden de la providencia, la cual se sirve de los mismos extravíos y pasiones de los hombres para distribuirles sus mas preciosos beneficios. La sed del oro llevó á los primeros europeos á todas las regiones de aquel inmenso país. Pero muy en breve fueron detrás de ellos unos varones apostólicos, sedientos únicamente de la salvacion de las almas de sus hermanos, por cuya causa llegaron hasta las estremidades de las tierras desconocidas, á las cuales riegan el Indo y el Ganges, hasta los vastos imperios de la China y del Japon, recorriendo todas las islas y penínsulas de lo mas remoto del Asia, las arenas ardientes de Etiopia, y en el otro emisferio desde la zona tórrida hasta los climas helados de los patagones é iroqueses.

2. El primer mortal que, dotado de una alma elevada y de un corazón inaccesible al temor, se atrevió á acercarse al otro emisferio, surcando mares sin número y sin término, fue el liguriano, eternamente memorable, Cristóval Colón ⁽¹⁾. Cristóval, hijo de un cardador, natural de Cogureto, aldea del territorio de Génova, y hombre meditativo y profundo,

(1) *Hist. Christ. Colomb. Ferd. Colomb. Marian. l. 25.*

viendo que el sol dejaba todos los días nuestro horizonte, no pudo persuadirse á que en la mitad de su carrera alumbrase solamente al Océano y á los monstruos que se ocultan en su seno. En fuerza de sus frecuentes meditaciones, y con el auxilio de los conocimientos de su suegro el portugués Peristielho, que habia descubierto las islas Canarias mas occidentales, concluyó que habia mas allá tierras habitadas de seres inteligentes, y formó el designio de ir á reconocerlas. Propuso su pensamiento al Rey de Portugal y á otros muchos Príncipes; pero todos le trataron como un visionario: ni le dieron al principio mejor acogida Fernando é Isabel, á quienes se dirigió igualmente. Pero el afortunado Fernando se determinó por último á aventurar tres caravelas, mandadas por Colón, á quien dió el título pomposo de almirante del Océano y virey de los reinos que conquistase (*).

(*) Colón hizo su primera propuesta al senado de Génova, quien la desechó como temeraria, tratando á su autor de delirante. Pasó despues á Portugal, y aunque su Rey Juan II le escuchó con agrado, sin embargo la comision encargada de examinar los planes, abusando de la confianza que de ella hizo Colón, se valió secretamente de un piloto inesperto para que hiciese aquel viage; el cual despues de haber divagado largo tiempo por los mares siendo el juguete de las olas, regresó á Lisboa donde para justificarse calificó de insigne locura y delirio el proyecto adoptado. Viéndose pues Colón tratado de visionario, determinó abandonar á Portugal, y mientras en 1484 se dirigia secretamente á España para entablar en ella negociaciones, envió á su hermano Bartolomé á Inglaterra para ver si podria sacar partido de Enrique VII. Los Reyes Católicos recibieron al principio á Colón con la mayor complacencia, pero empeñados en

El año 1492 zarpó Colón del puerto de Palos, en Andalucía, con rumbo á Canarias. Fue feliz la navegacion hasta la isla de la Madera donde ancló. Despues de haber descansado algun tiempo y hecho nuevas provisiones, volvió á dar la vela, y se internó hácia occidente por unos mares formidables, que nadie habia surcado hasta entonces. El amor de la gloria y la esperanza de la fortuna sostuvieron algun tiempo el valor de aquellos nuevos argonautas: pero al cabo de algunas semanas, en que veían continuamente por la sonda que se hallaban en un abismo sin fondo, y no descubrian ninguna costa, se acabó el entusiasmo, y ocuparon su lugar las inquietudes crueles, el arrepentimiento acompañado de la indocilidad, el desaliento y la desesperacion. No se pensaba mas que en

la conquista de Granada, y apurado el real tesoro por los exorbitantes gastos que les acarreaaba, se contentaron al principio con nombrar una junta de cosmógrafos para que examinasen el plan y manifestasen su parecer; y entretuvieron las esperanzas de Colón diciéndole que acabada la conquista de Granada atenderian á sus pretensiones. No le desanimó esta rēspuesta, aunque viendo perdidos ocho años en vanas solicitudes, resolvió pasar á la corte de Francia. Mas detenido por algunos sugetos amantes de la gloria de nuestra patria que supieron interesar en el proyecto á la gran Reina Isabel, tornó á abrir de nuevo las negociaciones. Finalmente, vencida Granada, pidió la Reina prestados diez y siete mil ducados sobre sus joyas, firmó con su Augusto esposo á 19 de Abril de 1492 el tratado por el cual Cristóval Colón recibia los títulos hereditarios de almirante y virey en todos los mares, islas y tierras que descubriese. Otorgáronsele otras gracias, y se le armaron tres caravelas ó navíos con unos ciento treinta hombres de tripulacion, con los cuales salió del puerto de Palos de Moguer á 3 de Agosto del mismo año.

la perspectiva de una muerte horrorosa, causada por el hambre en aquella inmensidad de aguas que no ofrecian ningun género de recurso. Cada dia se disminuían los víveres, y se aumentaba la distancia de los lugares donde se habian tomado. En fin, despues de borrascas horribles, y de lluvias continuas y tan oscuras que nada se veía sino cuando relampagueaba, llegando á faltarles el bizcocho y el agua, porque ya no se trataba de carnes, aceite, queso, manteca, &c. y degenerando en una rebelion declarada las quejas y las voces sediciosas de la tripulacion y de los oficiales, se descubrieron en la estremidad del horizonte unas moles de color azul obscuro, que segun se iban acercando á ellas, parecian mas elevadas. Por último, se vió claramente la tierra, y los que estaban ya desesperados experimentaron un gozo inesplicable. Se encontraron pueblos tratables y benéficos, que socorrieron sus necesidades mas urgentes; despues de lo cual costearon muchos centenares de leguas, yendo á parar á las islas Lucayas, al cabo de treinta dias de navegacion.

Desembarcaron en la principal de ellas, á la que dieron el nombre de San Salvador; pero al ver sus habitantes los navíos de Europa, prodigiosos en comparacion de sus canoas, huyeron á los montes. Solo pudieron los embajadores apoderarse de una muger, á la cual regalaron cosas de dulce, y habiéndola dado algunos adornos de vidrio, la dijeron que se fuese con los de su nacion. Este buen tratamiento cautivó á los isleños, los que volvieron con su Principe ó

cacique, hicieron amistad con los españoles, y les suministraron víveres en abundancia por collares de vidrio y otras bagatelas. Reconoció despues Colón otras muchas islas, á las que dió diferentes nombres, como Concepcion, Fernandina, Isabela, y en la de Cuanabai construyó un fuerte de madera, donde dejó treinta y ocho hombres de los suyos. Desde allí se internó hasta el golfo de Méjico, y fue á fondear á Cuba, donde reparó sus naves. La estension de esta última isla le hizo creer al principio que era el continente, en el cual descubrió despues la parte á que se dió el nombre de Florida. Descubrió tambien, bajando al medio día, la grande isla de Bocchio, la llamó española, y despues tuvo la denominacion de isla de Santo Domingo. Habia en ella cerca de dos millones de habitantes. Para inspirarles confianza, habia llevado Colón á bordo doce indios de las Lucayas. Le visitó el Rey, ó el principal cacique de Bocchio, entró en su navio, y comió con él. Habiendo encallado uno de los buques españoles en un arrecife, suministró aquel Príncipe trabajadores, por cuyo medio se logró poner en salvo todo lo que habia en él, y con la madera que se pudo aprovechar se construyó un fuerte en la ribera del mar. Dejó Colón en este fuerte algunos españoles, precediendo el consentimiento del cacique, cuando volvió á España á llevar por sí mismo las noticias de su expedicion.

Todos quedaron admirados al saber los progresos que habia hecho. Fue introducido en el consejo, para

hacer la relacion de tantas cosas extraordinarias, y presentó, como prendas de lo que podian prometerse, perlas, piedras preciosas, y oro en barras y labrado (1). El Rey le hizo noble, como tambien á toda su posteridad, y le dió por armas un mar de plata en campo azul, con cinco islas de oro, y el globo del mundo por cimera. Despues volvió á enviarle, con el título de almirante de las Indias, á conquistar aquellos ricos paises. De este modo hizo Colón diferentes viages desde España á las Indias, y desde las Indias á España, unas veces alabado como un hombre incomparable, y otras hecho blanco de la envidia, de la calumnia y de los tratamientos que deben experimentar solamente los rebeldes y traidores. En fin, murió favorecido del Rey, á 8 de Mayo de 1506, siendo de edad de sesenta y cuatro años. Algunos momentos de favor y mil disgustos fueron la recompensa que recibió Colón por la conquista de un mundo; y este es el premio ordinario de los mas brillantes servicios que se hacen á los señores de la tierra (*).

(1) *Barros Dec. 1. l. 3. c. 11.* = *Zurit. 2. 9. l. 1. c. 25.*

(*) El primer regreso de Colón á España y su presentacion en la corte, fue verdaderamente una marcha triunfal en la que se tributaron al descubridor del Nuevo-mundo todos los honores debidos. Recibiónle los Reyes Católicos con muestras del mayor cariño y aprecio, le confirmaron todos sus privilegios y títulos, y permitiéronle añadir al escudo de armas de su familia los de los reinos de Castilla y Leon. En su segundo viage á América encontró ya émulos envidiosos que le persiguieron con la calumnia, y llegaron á desconceptuarle en la corte. Mas habiendo tornado á España, se justificó

3. No sucede así con los trabajos que padecen por la gloria de Dios los héroes de la Religión. Por esto se vió en todos los países de Europa una multitud de Apóstoles, que arrebatados de un ardor aun mas activo que la sed del oro ó de la gloria, marcharon á aquellas tierras distantes, donde admiraremos despues sus divinas conquistas. El primero que pasó al nuevo emisferio fue el padre Buell, catalan, del órden de San Benito, acompañado de doce sacerdotes mandados y dirigidos por él. La bula en que el Sumo Pontífice le confirió la mision, es de 24 de Junio de 1493: con cuyo motivo conviene advertir, que el

tan plenamente, que convencidos los Reyes de sus justas razones le restablecieron en su confianza y le colmaron de nuevas mercedes, creándole duque de Veraguas y gran almirante de las islas occidentales. No por esto dejaron de perseguirle sus enemigos, y durante su tercer viage consiguieron á fuerza de intrigas que el Rey nombrase en su lugar á Francisco de Bobadilla, quien prendió á Colón, y cargado de hierros le enviaron á España. Justificóse de nuevo el héroe en la corte, Fernando é Isabel afligidos por sus desgracias le abrieron sus brazos y continuaron sus favores. Por último, despues de su cuarto viage, en el que tuvo tambien que sufrir grandes disgustos y peligros, agobiado por el peso de las fatigas, y agravadas sus enfermedades por la indecible tristeza que le causó la noticia de la muerte de la Reina, murió en Valladolid de un ataque de gota en 8 de Mayo de 1506, dejando dos hijos, de los cuales el primero heredó todos sus títulos y honores, y el segundo escribió la historia de su vida. Los trabajos y la gloria de este grande hombre han sido el objeto de varias composiciones literarias de todos géneros; diferentes Soberanos y cuerpos literarios han propuesto premios al que mejor escribiese su elógió; y el senado de Génova mandó erigir una estatua en su honor, sin duda para borrar el desprecio que de él hicieron cuando les presentó su plan.

Papa hacia donacion de aquellas nuevas regiones á los Reyes de España, en el supuesto y bajo la precisa condicion de que habian de introducir en ellas el Evangelio (*).

4. Participó el Rey Católico al Sumo Pontífice el descubrimiento del Nuevo-mundo, como la noticia mas interesante para la Iglesia, cuyo imperio iba á acrecentarse mas de una mitad. Poco antes le habia dado parte de la conquista del reino de Granada, y de la total estincion del mahometismo en los dominios de España. El mismo dia en que llegó á Roma la noticia de este triunfo, se descubrió en ella el rótulo ó inscripcion de la cruz de Jesucristo. Decian que Santa Elena, madre de Constantino el Grande, le habia enviado desde el oriente á aquella ciudad, y que habia estado oculto en la bóveda de la iglesia llamada Santa Cruz de Jerusalem, donde le encontraron unos albañiles que trabajaban en repararla. Por

(*) La bula de donacion publicada por Alejandro VI, dividia entre los españoles y portugueses todas las tierras que el genio de los descubrimientos habia dado ó podia dar á las dos naciones en las Indias y en la América, de modo que tirada una línea de polo á polo, cien leguas mas adelante de las islas Hespérides llamadas hoy del Cabo Verde, se adjudicase á Castilla todo lo que desde aquella línea se descubriese hácia el poniente, quedando lo demás asignado á Portugal. El dedo del Pontífice describia una línea sobre el globo, y las dos naciones consentían en tomarla como un límite sagrado que debería respetar la ambicion de una y otra. Esta es la célebre bula *Inter cætera* que tanto han calumniado los modernos filósofos, especialmente Marmontel en su obra titulada *los Incas*. Véase contra este impío la juiciosa defensa que hace de la bula el conde de Maistre, l. b. 2. cap. 14.

el mismo tiempo llevó al Papa un embajador del sultán Bayaceto el hierro de la lanza de la pasión, sacado del tesoro de las reliquias de que se apoderó Mahomet II cuando la conquista de Constantinopla. Acompañado el Papa de todo el clero, fue á recibirle en procesion con la solemnidad mas pomposa, y le trasladó con igual aparato á la iglesia del Vaticano, donde se ha conservado siempre con mucho respeto. Sin embargo, está en disputa la autenticidad de esta reliquia, y son varias las iglesias que pretenden poseerla, sucediendo lo mismo con el rótulo de la cruz, el cual se creía que estaba en Tolosa mucho tiempo antes del descubrimiento hecho en Roma. Esta ha sido la suerte general de todas las reliquias de la santa humanidad del Salvador: de donde inferiremos prácticamente, que estando seguros, como lo estamos, de poseer á Jesucristo todo entero en la Eucaristía, debemos recurrir á este manantial inagotable de toda gracia y de toda virtud, y abstenernos de unas discusiones y disputas que son casi siempre perjudiciales á la caridad, y muchas veces á la sencillez de la fe.

5. El día 25 de Julio de 1492 murió en Roma el Papa Inocencio VIII, á los sesenta años de edad y ocho de Pontificado, despues de haber recibido los sacramentos con afectos extraordinarios de piedad, y con particulares demostraciones de desprecio en orden á las grandezas frágiles del siglo. Con su espíritu de equidad y de conciliacion habia restablecido y consolidado de tal manera la paz de Italia, que, segun

dice Guicciardino, no era fácil imaginar cómo podia suceder que llegase á interrumpirse. Pero el carácter de su sucesor dió la solucion de este problema. En el Pontificado de Rodrigo de Borja, que sucedió á Inocencio el día 11 de Agosto de 1492, y tomó el nombre de Alejandro VI, se vió afligida la iglesia romana como en los tiempos de mayor calamidad, y fue tanto mas sensible su oprobio, quanto menos acostumbrados estaban todos á ver entronizada la disolucion en la Silla de Pedro.

6. Ascendió Borja al Pontificado, segun dicen muchos autores, por la via sacrilega de la simonia, pagando desde luego en dinero el voto de ciertos cardenales, cediendo á otros el gran número de oficios y beneficios que él tenia, y lisongeando la codicia, la ambicion y todas las pasiones de aquellos prelados, cuyas esperanzas no dejaron de salir muy fallidas. No se detuvieron en su culpable eleccion, ni por el temor de Dios, ni por la consideracion del respeto y decencia pública; pero fueron castigados con la ingratitude y perfidia de este Pontífice, el cual les quitó mucho mas de lo que les habia dado. Pero pasemos rápidamente por esta entrada á la dignidad pontificia, pues por mas odioso que sea este primer rasgo de Borja elevado á la Silla apostólica, apenas es capaz de fijar la atencion en la pintura de un Sumo Pontífice que reconocia públicamente una hija y cuatro hijos, y está desacreditado en las historias de España (1). Vivía con Lucrecia Vanosia, madre de ellos,

(1) *Onuphr. vit. Alex. VI.*

como si fuese muger propia, no obstante que estaba casada con Domingo Arimano, uno de los grandes de Roma. Colocó á todos estos hijos odiosos á espensas de la santa Sede, y los enriqueció, faltando á la buena fe, á la justicia, á todas las leyes divinas y humanas, y prodigando la sangre de los grandes y de sus propios cardenales. El que mas delitos le obligó á cometer fue César, su hijo segundo, el mas ambicioso, cruel y abominable de cuantos hombres han existido.

Obtuvo César al principio la dignidad de cardinal; dejó luego el estado eclesiástico, y fue duque del Valentinesado. Luis, que era el primogénito, fue duque de Gandía, murió sin hijos, y tuvo por sucesor en este ducado á su hermano Juan, abuelo de San Francisco de Borja. De este modo dispuso Dios que de un tronco infecto saliese la virtud mas pura. Los autores de la vida de este santo general de los jesuitas, debieron parar aquí la consideracion, y tener presente que la historia sagrada no admite otra nobleza que la que se funda en la virtud; bien que si hemos de confesar la verdad, Alejandro VI no era de la familia de los Borjas, sino por parte de su madre Isabel, hermana de Calisto III, cuyo nombre y armas tomó por concesion del Papa su tio. Tuvo por padre á Gofredo de Lenzoli, oriundo de una familia noble y antigua del reino de Valencia. Todos los historiadores conceden á Alejandro VI un talento singular, y un valor poco comun (1): cualidades que podian

(1) *Petr. Mart. ep. 118.*

formar de él un gran Papa; pero fueron armas funestas en manos de un furioso. Dicen que la noticia de su eleccion hizo derramar lágrimas á Fernando, Rey de Nápoles; Príncipe que tenia mucha esperiencia, y por lo mismo previó todas las calamidades que amenazaban á Italia. Como historiador me he visto precisado á pintar á este Papa con sus colores naturales, ya por no faltar á la verdad, y ya tambien por hablar las menos veces que me sea posible de un asunto que necesariamente ha de afligir á los verdaderos fieles (*).

7. Dió principio á su reinado Alejandro VI, haciendo concebir unas esperanzas bastante lisongeras. Se valió de su capacidad y de su firmeza de ánimo para asegurar la tranquilidad pública, y contener las muertes violentas y los robos. Mostró tambien no poca afabilidad, moderacion y equidad, y publicó unos decretos muy acertados, así para la administracion de justicia, como por el alivio de los pueblos. Pero no duró mucho esta ilusion, pues á la quietud de Italia, que poco antes se miraba como imperturbable, sucedieron rápidamente las turbulencias, el

(*) Grandes son los vicios y escesos que se imputan á este Papa, si se cree á los protestantes y aun á algunos historiadores católicos, aparecerá uno de los hombres mas criminales que han existido en el mundo. Pero muchos de estos enexos están en verdad exagerados, y algunos, como dice el mismo Natal Alejandro que nada malo le disimula, son de todo punto fabulosos. Véanse las notas al cap. 2 lib. 26 de la Historia de Mariana, y Escolano Historia de Valencia lib. 6 cap. 23.

trastorno y todos los desórdenes. Luis Sforzia, tutor, ó por mejor decir, opresor de su sobrino Juan Galeazzo, duque de Milán, fue el que encendió el fuego de la discordia; pero halló en el Papa cuanta facilidad podia apetecer para estenderla y fomentarla.

Poco satisfecho Luis con tener eternamente en tutela á su sobrino, sin embargo de que estaba casado y tenia dos hijos, pensaba en quitarle el título y la autoridad de duque (1). La duquesa, nieta del Rey de Nápoles, imploró con las mayores instancias el auxilio de su abuelo. Al principio representó Fernando á Luis con los términos mas comedidos, que teniendo ya el duque la edad señalada por las leyes, y además de esto, dos hijos que aseguraban la sucesion, no podia haber ningun obstáculo para confiarle el gobierno del ducado. Lo prometió Luis, y solo pidió tiempo para convocar los estados del Milanésado, á fin de dar cuenta de su tutela; pero aprovechándose de esta dilacion, tomó dinero á crédito, levantó tropas, puso las plazas en estado de defensa, é hizo todos los preparativos necesarios para consumir su usurpacion. Hallándose el napolitano sin fuerzas para castigar una mala fe tan manifiesta, recurrió á otras potencias, dirigiéndose desde luego al Papa. Aunque no habia pasado todavía un año desde la elevacion de Alejandro VI á la santa Sede, era ya demasiado conocido el grande interés que tomaba en el establecimiento de sus hijos: y habiéndole prometido el Rey de Nápoles que les daría los primeros feudos que

(1) *Guich. l. 1. = Comin. t. 5. p. 400. &c.*

vacasen en su reino, concedió el Papa todo lo que se le pedía.

Recurrió tambien Fernando á Pedro de Médicis, que acababa de heredar el poder y autoridad que habia adquirido entre los florentinos su padre Lorenzo (1). Digno hijo del gran Pedro de Médicis, primero de este nombre, y de Lucrecia Tornabonni, la cual estaba dotada de unas cualidades no menos eminentes; despues de haberse libertado Lorenzo del golpe fatal en que pereció su hermano Julian, habia triunfado de todos los enemigos de su casa por el afecto que le profesaba el pueblo de Florencia, y habia sido declarado gefe de la república. Acabó de hacerse dueño de los corazones con su generosidad, con la nobleza de sus pensamientos y de sus modales, con el lustre que constantemente procuró dar al estado, con su celo por los progresos de las artes y de las letras, y por el asilo y proteccion que concedió á los ilustres personajes que habian experimentado los rigores de la adversa fortuna, y á los sábios de su siglo, mereciendo ser mirado generalmente como protector de todos ellos. Se concilió el aprecio y la confianza de todos los Príncipes de Europa, los cuales le eligieron no pocas veces por árbitro de sus diferencias. Para darle el sultan Bayaceto una prueba de su amistad, le entregó uno de los asesinos de su hermano Julian, que se habia refugiado á Constantinopla. Habiendo

(1) *Ang. Pol. ep. l. 5. = Marchiav. hist. guichard. Paul. Jov. Elog. l. 3. c. penult.*

recibido del Rey de Egipto desde lo mas remoto de la Etiopia, donde está el nacimiento del Nilo, un camaleopardo, animal tan extraordinario que no se habia visto otro desde el tiempo de los antiguos romanos, se le regaló en testimonio de lo mucho que le estimaba. Lorenzo habia sido siempre benéfico, buen amigo, liberal y magnífico, pero voluptuoso, y aun llegó á sospecharse si tenia poca religion. La proximidad de la muerte y la asistencia del célebre dominico Gerónimo de Savonarola, despertaron en él tan perfectamente los principios de la fe, que murió con grande edificacion, llorando hasta el último aliento los extravios de su juventud. No tenia mas de cuarenta y cuatro años, y además de Pedro, el cual le sucedió, dejó otro hijo llamado Juan, que despues fue Papa con nombre de Leon X.

Pedro de Médicis habia heredado el poder, mas no el talento y capacidad de su padre. Al principio desechó unas proposiciones que se dirigian á hacer que se declarase contra Luis, con el cual acababa de unirse contra los venecianos; pero no desmayó por esto el Rey de Nápoles. Estaba casado Pedro de Médicis con una hija de Virginio de Ursinis, y éste, además de deber muchos favores al Rey Fernando, tenia un imperio prodigioso sobre su yerno. Logró Virginio persuadirle que los pactos concertados con Luis no debian detenerle en las circunstancias presentes, que los que se le proponian eran infinitamente mas ventajosos, y sobre todo que no llegarian á traslucirse jamás, ó por lo menos hasta que las

tropas de Nápoles estuviesen reunidas con las de Florencia. Sin embargo, Luis, que era sumamente desconfiado y astuto, y uno de los hombres mas taimados de su tiempo, tuvo arte para descubrir este misterio.

Como todos los Príncipes cristianos, y en especial los de Italia, iban ó enviaban á felicitar, segun costumbre, al Papa Alejandro por su exaltacion al Pontificado, mientras que Pedro de Médicis no pensaba en otra cosa que en ostentar su fausto y riquezas, y su orador Scipion de Arezzo trataba solamente de arrebatarse la palma de la elocuencia á su competidor Saunarazo, el intrigante Luis convertia sus sospechas en certidumbre, y urdia la trama con que habia de enredar al Papa en tales términos que se declase á su favor. Acababa de comprar Virginio de Ursinis, sin noticia del Pontífice, un territorio considerable con título de principado, dependiente de la santa Sede; y para su pago habia suministrado el Rey de Nápoles la suma de cuarenta mil escudos de oro, que no equivalia á la renta ó producto que dejaban en dos años aquellas posesiones. No se ocultó á Luis la utilidad que podia sacar de este incidente, tratando con un Papa que no perdía ocasion de enriquecer á su familia; pero cuando fue introducido en la audiencia, se contentó, como hombre sagáz, con presentar el cebo, haciendo los cumplimientos de estilo, y le vistió con unos colores propios para que se mirase como efecto de celo la codicia del Pontífice. Le espuso que la conducta de Virginio era

esencialmente ofensiva de los derechos de la santa Sede: que el Rey de Nápoles, que le había suministrado los cuarenta mil escudos, era mucho mas culpable que el mismo Virginio; que en todas ocasiones manifestaba aquel Rey su ódio á la casa de Borja, y que si se toleraba semejante injuria, el Papa, su familia y toda la iglesia romana estaban amenazados de los mayores peligros. El cardenal Ascanio, hermano de Luis y muy querido del Pontífice, apoyó fuertemente este discurso, y concluyó proponiendo una nueva liga contra la de Fernando y los florentinos; en una palabra, de tal manera se hicieron dueños de la voluntad del Papa, que la liga quedó resuelta al momento.

Entretanto el Rey de Nápoles no cesaba de solicitar la amistad del Papa, y para conseguirla, hizo que le entregase Virginio de Ursinis el principado que había adquirido con dinero del Rey. Con esto perdió Fernando los cuarenta mil escudos de oro, y además dió á Virginio posesiones del mismo valor y título en la provincia de la Pulla. Pero se estendian á mucho mas las miras de Alejandro VI, pues aspiraba á que el mayor de sus nepotes se casase con una de las hijas del Rey. Este es el hilo que debe seguirse para esplicar la conducta del Papa con respecto á los franceses, á quienes comprometió en la guerra de Nápoles, valiéndose luego de todo su poder para impedirlo, y evitar las consecuencias que podian resultar de ella. Lejos de querer favorecer á esta nacion, de la cual se mostró siempre enemigo, es probable

que solo pretendia alarmar al napolitano, para facilitar así el logro de su intento.

Como quiera que sea, volvió á coligarse con Luis Sforzia, y ámbos á dos de comun acuerdo enviaron embajadores á Francia, para sondear las disposiciones de aquella corte, y escitar al Rey Carlos VIII á emprender la conquista de Nápoles. Brizonnet y Vese eran entonces los grandes favoritos del Rey: Vese, hombre despreciable, había ascendido desde los mas viles oficios de la guardaropa del Delfin, hasta las dignidades de sumiller de corps y senescal de Beaucaire; y Brizonnet, desde presidente de la cámara ó tribunal de cuentas, á ministro de hacienda, aunque revestido del carácter eclesiástico. Para obligarlos á entrar en la trama italiana, se prometió á éste un capelo, y á aquel un principado en el reino de Nápoles. A pesar de la resistencia del consejo, el cual no pudo menos de desaprobar una espedicion tan arriesgada, les fue muy fácil conseguir que se decidiese á favor de ella el Rey Carlos, ya porque le estimulaba el deseo de gloria, y ya tambien porque se creía con mejor derecho que Fernando á los estados de Nápoles.

Antes de entrar el Rey en campaña, envió negociadores á Italia para tomar conocimiento de sus varias potencias, para facilitar el paso de las tropas, y para asegurar los víveres, municiones y demás objetos indispensables en una guerra cuyo teatro estaba tan distante. Se había anticipado el Rey de Nápoles por lo que hace al Papa, concediéndole en fin, para uno de sus hijos llamado Gofredo Borja, una hija

natural del duque de Calabria, con el principado de Squilace en dote, una pension de diez mil escudos, y el pago del gasto que hiciese una compañía de cien soldados. Alejandro, siempre pronto á recibir, aceptó la Princesa y el principado, pero sin querer entrar abiertamente en ninguna liga: por cuyo medio se libertaba de todo contratiempo, lograba la ventaja de acomodarse al curso de los sucesos, y estaba en disposicion de aprovecharse de todas las ocasiones que se presentasen para enriquecer á su familia. Gobernándose por estos principios, dió al embajador francés unas respuestas vagas y equívocas. Aparentó imparcialidad, y despues de haber sido el principal instrumento para que el Rey se resolviese á declarar la guerra, dijo que queria observar una neutralidad exacta. El embajador le ofreció beneficios en Francia para el hijo á quien pensaba hacer cardenal, y diferentes posesiones para los otros. Pero no se esplicó mas el Pontífice; y decidido únicamente á entregarse al que mas ofreciese, iba ganando tiempo para oír y examinar las varias ofertas.

Viendo el Rey de Nápoles que no podia contar con esta proteccion, y habiendo agotado inútilmente los demás recursos de su política para alejar la tempestad que le amenazaba, experimentó de improviso tan gran conmocion de terror, que le sobrevino una apoplejía, y murió á 25 de Enero de 1494. Aunque este Príncipe no dejaba de tener prudencia y sagacidad, parece que en los treinta y seis años que duró su reinado, se propuso gobernar como tirano mas

bien que como Rey; y así se dice que desde la muerte de Nerón no hubo otra menos sentida que la suya. Su hijo primogénito Alfonso, duque de Calabria, era por lo menos tan aborrecido como él de sus vasallos, y sin embargo le dejaron tomar posesion del reino, esperando que fuesen á darles libertad los franceses, cuyo ausilio habian implorado secretamente. Consiguió la investidura del Papa, mediante la cesion de dos principados, cada uno de treinta mil escudos de renta, y la manutencion de dos compañías de soldados, de cien hombres cada una, para los hijos del Pontífice, Juan y Gofredo, y pingües beneficios para César, que era todavía cardenal. Se desentendió el Papa de las pretensiones contrarias de Carlos VIII, y con una conducta que seria inesplicable en cualquiera otro hombre que no fuese Alejandro VI, al mismo tiempo que enviaba á su sobrino Juan de Borja á coronar á Alfonso, levantaba tropas para hacer guerra á este Príncipe, de acuerdo con Luis, y daba el mando de ellas á Próspero Colonna, adicto al partido de Francia (1). Sin embargo, no bastó el favor pontificio para sostener al nuevo Rey contra el ódio general de los napolitanos; y viéndolos este Príncipe mucho mas dispuestos á abandonarle, y tal vez á entregarle al enemigo, que á tomar su defensa, se consternó de tal manera, á pesar del valor que habia mostrado en mil ocasiones, y especialmente en la conquista de Otranto, que renunció la corona á favor del Príncipe Fernando su hijo.

(1) Guich. l. 1.

8. En el año precedente habia muerto el Emperador Federico VI, á 19 de Agosto, siendo de edad de setenta y ocho años, y contando cincuenta y cinco de reinado, el que fue uno de los mas largos y despreciables que se han conocido. Deshonró el trono imperial con su indolencia, cobardía y avaricia; y no obstante esto, echó los cimientos de la grandeza de su casa, efectuando el matrimonio de su hijo Maximiliano con la heredera de Borgoña. Maximiliano, primero de este nombre, fue reconocido por Emperador poco despues de la muerte de su padre, y se vió en él la mezcla mas estraña de vicios y defectos con las virtudes enteramente opuestas.

9. Uno de los primeros actos de su autoridad, fue dar la investidura del ducado de Milán á Luis Sforzia, el cual, por medio de un veneno lento, quitó poco despues este titulo, juntamente con la vida, al duque su sobrino y pupilo. El nuevo Emperador manifestó no obstante mucho celo en contener los progresos de los turcos, los que poco antes de la muerte de su padre Federico habian conseguido en Croacia una victoria brillante contra los cristianos, por la imprudencia de Berardino Frangipane, oriundo de una rama de esta ilustre casa romana, establecida desde muy antiguo en aquella bárbara frontera. Sin hacer caso Maximiliano de los muchos negocios que llamaban su atencion, acudió con su ejército para escarmentar á los infieles; y se retiraron estos tan precipitadamente, que bien puede decirse que huyeron.

10. Los vasallos de Ladislao, Rey de Bohemia y de Hungría, eran los que mas habian padecido con motivo de la victoria de los turcos; y los partidos que agitaban á aquellos dos reinos, inspiraban fundados temores de que habian de espermentarse mayores desgracias. A fin de restablecer la concordia entre los grandes de Hungría, envió el Papa al obispo de Trani, revestido con el carácter de legado, y encargado de reducir al gremio de la Iglesia á los bohemos, que estaban todavía imbuidos en los errores de los husitas. Se habia reforzado esta secta moribunda con la larga ausencia del Rey Ladislao, el cual, no hallando ninguna seguridad para su persona dentro de Bohemia, habia fijado su residencia en Hungría de un modo casi irrevocable. Ningun Soberano estuvo jamás tan espuesto como él á los peligros del hierro y del veneno, á las maquinaciones, á los insultos y á todo género de violencias. ¡Tales eran los frutos de la que llamaban reforma evangélica: y tan grande es el interés que tienen los Principes en sofocar en la misma cuna las novedades mas preconizadas en materia de religion! Todo lo que podia ser útil á la secta, ya fuesen ultrages, calumnias, traiciones, rebeliones y parricidios, era virtud para los sectarios. Sin embargo, la legacion del obispo de Trani tuvo al parecer un éxito tan feliz, que el Papa Alejandro creyó que debia dar gracias al cielo por las disposiciones de los bohemos husitas con respecto á la Iglesia, como se echa de ver en los breves que escribió con este motivo. Lo cierto es que solicitaron reconciliarse con

el Sumo Pontífice, con tal que se les cumpliesen las condiciones propuestas anteriormente por el Emperador Segismundo.

11. Por último, en el mes de Setiembre del año 1494 se puso en camino para Italia el Rey Carlos VIII con un ejército de veinticinco á treinta mil hombres, pero sin dinero, sin municiones, y sin mas recurso que su valor y el de sus tropas. Se esponia á un desastre casi inevitable, y experimentó desde luego la mas próspera fortuna que pudiera imaginarse. Sus progresos rápidos y sostenidos por espacio de cuatro meses, parecian una marcha triunfal. En ninguna parte hallaba resistencia, y á cada paso le presentaban las llaves de las ciudades y fortalezas. Quiso resistirle Sarzano, y esta plaza, que era la mas fuerte que tenian los florentinos, fue conquistada en tres dias. Desde allí pasó á Luca, donde entró en medio de las aclamaciones del pueblo, que le llamaba señor y libertador de la ciudad. Aun fue mayor la alegría y regocijo público en Pisa, cuya república subyugada por los florentinos, recibió al Monarca francés como á su verdadero redentor. No se atrevió á esperarle en Florencia Pedro de Médicis, y se escapó á Venecia; despues de lo cual, irritados los florentinos al ver el peligro en que los habia precipitado su inconsideracion, saquearon su palacio, que era el mas magnífico de Europa, confiscaron sus bienes, y le trataron en todo como á enemigo del estado. Entró el Monarca en la ciudad como conquistador con la lanza en la mano, y seguido de la tropa de á caballo, la mas

brillante que podía darse; se le presentaron las llaves de la plaza, se le prestó juramento de fidelidad, y se hizo con él un tratado de confederacion que se publicó en todas las ciudades de Italia. Los estados del Papa no hicieron mayor resistencia que la Toscana, á pesar de que habia entrado en ellos el duque de Calabria para defenderlos, y de que los Ursinis, que seguian el mismo partido, habian reunido el mayor número de tropas posible, y fortificado sus plazas que eran muchísimas. Virginio, cabeza de esta casa, adicto al Rey de Nápoles y condestable hereditario de este reino, se vió precisado á entregar sus fortalezas, y á dar sus hijos en rehenes al vencedor por garantes de su fidelidad.

12. No podia ya tener el Rey ningun obstáculo para entrar en Roma, donde contaba de seguro con las dos casas mas poderosas, esto es, los Colonnas y los Ursinis, aunque por otra parte era generalmente aborrecido y despreciado el Papa Alejandro. De consiguiente se dirigió Carlos á aquella capital, despues de haber puesto guarnicion en las plazas inmediatas y cortado los víveres que la pudieran suministrar: lo que escitó en Roma tal descontento, que era muy temible una sublevacion general. Pero antes de apartarnos mas de Asti, ciudad de Lombardia, fijemos la vista por algunos momentos en este campo de un triunfo, mas digno de nuestro asunto y mas glorioso para el jóven conquistador, el cual se venció allí á sí mismo, que la toma de las ciudades y la derrota de los ejércitos. Carlos VIII, cuyas costumbres no habian sido

hasta entonces las mas arregladas, encontró en su cuarto, al entrar en él por la noche, una doncella de singular hermosura que tenian encerrada allí los viles ministros de los placeres del Rey. Esta desgraciada víctima de la codicia de sus gentes estaba de rodillas, y lloraba con la mayor amargura delante de una imagen de la Virgen que habia al lado de la cama, conforme á las costumbres de un siglo en que se pretendia conciliar la licencia y tal vez la disolucion con las prácticas propias de la piedad. Preguntóla el Rey cuál era el motivo de su afliccion. „¡Ah Príncipe (le respondió aumentando sus lágrimas y sollozos) en el nombre de aquella á quien reverenciáis en esta pintura, y que no hubiera sido Madre de Dios si hubiese perdido el tesoro de su pureza, conservadme mi honor!” Despues de esto dijo que sus padres la habian vendido y entregado contra su voluntad, para mejorar de fortuna por este medio vergonzoso. El Rey, lleno de sentimiento y de una bondad (dice Felipe de Comines) que no tuvo jamás otra igual, la preguntó si no se habia presentado algun hombre de bien á pedirle por esposa, y ella le dijo que un ciudadano de Asti, pero tan pobre que le faltaba mucho para llegar á una medianía. Convencido y enternecido al ver el candor con que se esplicaba aquella infeliz, digna de mejor suerte, mandó Cárlos que se le presentase desde luego el pretendiente con los padres de la doncella; reprendió á estos con acrimonia, convino en los artículos del matrimonio, y pagó anticipadamente la dote. Hecho esto, les mandó que guardasen el mas

profundo silencio acerca de lo que habia pasado, y le guardó él mismo con mucha mayor escrupulosidad.

Esta accion heróica colmó de las mas abundantes bendiciones de la gracia al Rey Cárlos VIII, el cual pareció despues un hombre enteramente nuevo en punto de religion. Desde esta época notable empezó á arreglar seriamente su conducta, y aun sus palabras, que eran antes bastante licenciosas; pero en lo sucesivo fueron siempre conformes á las reglas del mas severo pudor, y espresaban las mas veces el temor de Dios, y el mas tierno afecto á sus pueblos (1). Atendió con particular cuidado á la conservacion del orden público, y á la restauracion de la disciplina eclesiástica, que es uno de sus principales apoyos, y reformó en cuanto le fue posible la pluralidad de beneficios y la residencia inútil de los beneficiados en la corte. Duplicó las limosnas; se acostumbró á confesarse con frecuencia; oía por sí mismo las quejas de sus vasallos; los conciliaba en sus disensiones; hacia que se administrase justicia con exactitud y brevedad; depuso á los malos jueces, y tomó providencias para nivelar el gasto de su casa con las rentas de sus posesiones, y para no imponer tributos sino en las necesidades extraordinarias, tomando antes el parecer de los estados ó córtes del reino.

13. Continuando el Rey su espedicion de Italia, se presentó delante de la ciudad de Roma. No pensaron los romanos en oponer ninguna resistencia, y mucho menos habiéndose persuadido, al ver que se

(1) *Comin. l. 8. c. 18.*

hundió de repente una parte de sus murallas, que el cielo quería entregar la ciudad á los franceses. El Papa se retiró al castillo de Sant-Angelo con solos dos cardenales, y el Rey hizo su entrada en la ciudad con hachas encendidas y con mayor pompa que en Florencia. Le salieron al encuentro todos los magistrados, y le presentaron las llaves en nombre del Pontífice y del pueblo romano. Puso en todas partes cuerpos de guardia, y no hubo diferencia entre esta toma de posesion y la de una plaza conquistada por asalto, sino en que se abstuvieron religiosamente de todo saqueo y de todo desórden. Diez y ocho cardenales, que habian abandonado al Papa, instaron al Rey para que se apoderase de su persona, é hiciese que se le formase causa segun las disposiciones canónicas. El cardenal de San Pedro *ad vincula* espuso que Dios habia conducido al Rey como por la mano á la ciudad de Roma para enjugar las lágrimas y dar fin al oprobio de la Iglesia; que en calidad de hijo primogénito de ella debia el Rey de Francia, á egemplo de sus predecesores, librarla de un intruso que habia adquirido el título de Papa á fuerza de dinero; que Alejandro era aborrecido en todo el mundo cristiano por su rapacidad, disolucion é impudencia, y que solo ocupaba la Silla de San Pedro para hacerla despreciable á los infieles, para autorizar la blasfemia y hacer que triunfase la impiedad.

14. Cárlos VIII, lleno de respeto á la Silla apostólica, y gobernándose al mismo tiempo por el dictámen de Brizonnet, creyó que estos consejos eran

demasiado violentos, y prefirió el medio de hacer tratados, á lo cual opuso el Pontífice muchas dificultades. Fue inútil la intimacion que se le hizo para que entregase el castillo de Sant-Angelo, pues se mantuvo inflexible, hasta que habiendo visto asestada contra el lugar de su refugio una artillería formidable, se figuró que iba á quedar enterrado debajo de sus ruinas. Entonces salió del castillo, despues de haber convenido en casi todo lo que se le habia propuesto, pero bien determinado, como lo acreditó la esperiencia, á cumplir solamente lo que era ventajoso. A pesar de su parcialidad ofensiva y de las intrigas mas odiosas, le rindió el Rey sus homenajes religiosos con tantas demostraciones de honor y reverencia, que para perpetuar el Papa la memoria de una sumisión tan lisonjera, mandó que se pintase este suceso en la galería del castillo de Sant-Angelo. Brizonnet, que era á la sazón obispo de San Maló, recibió el capelo de resultas de la primera conferencia que tuvo el Rey con el Papa.

15. Uno de los principales artículos del tratado entre las dos potencias, era que el desgraciado Zizim, hermano del sultan Bayaceto, habia de pasar desde las manos de Alejandro VI á las del Rey Cárlos, á fin de que sirviese de instrumento para realizar los designios que tenia con respecto al imperio de oriente, fundados en la donacion que de él le habia hecho Andrés Paleólogo, heredero de aquel imperio, como hijo primogénito del Príncipe Tomás, hermano del Emperador Constantino, que perdió la vida en el

sitio de Constantinopla sin dejar hijos. Este fue sin duda alguna el motivo porque Cárlos VIII hizo su entrada en Nápoles, segun la relacion de sus historiadores, en trage de Emperador, y fue saludado en aquella ciudad con el nombre de César Augusto. Pudo lisongearle este título mientras conservó alguna esperanza de llevar á Turquía la guerra de Italia, como lo deseaba; pero luego que desconfió de poder realizar este pensamiento, por haber perdido el reino de Nápoles, hizo tan poco caso de la donacion de Andrés Paleólogo, que la trasladó el Príncipe griego á los Reyes de España Fernando é Isabel, sin que diese Francia la menor señal de desaprobacion. El Príncipe Zizim fue entregado efectivamente al Rey Cárlos, y este Monarca salió de Roma con él para ir á Nápoles; pero en el camino se sintió el Príncipe turco acometido de unos dolores agudos, que acabaron con él en muy poco tiempo. Se dice, aunque sin ningun fundamento sólido, que murió cristiano. A pesar de la inclinacion con que miraba á las naciones cristianas, y con especialidad á los caballeros de Rodas, se habia mostrado siempre muy adicto á la ley de Mahoma. Dejó un hijo que abrazó verdaderamente el cristianismo, y á éste, habiendo sido hecho prisionero en Rodas, le quitaron la vida por orden de Solimán.

Hizo mucho ruido la muerte de Zizim, y casi todas las sospechas recayeron en el Papa, de quien se decia que le habia entregado á Cárlos VIII despues de haberle dado veneno, ya por resentimiento contra el Rey, cuya espedicion á Turquía deseaba ver

frustrada, ó ya por su pasion dominante del dinero y la elevacion de su familia. Además de que entregando Alejandro á Zizim perdía la pensión anual de cuarenta mil ducados que le pagaba Bayaceto por la guarda y manutencion de su hermano, le escribió el sultan que si daba muerte á este Príncipe, y enviaba su cadáver á algun puerto de Turquía, le daría trescientos mil ducados en recompensa para comprar un principado á favor de uno de sus hijos (1). Por otra parte, se lee en los anales turcos (2) que Zizim fue envenenado por un oficial de los genízaros llamado Mustafá, al cual envió Bayaceto con este designio, pretestando que su ida tenia por objeto el pago anual de la pensión, y corrió la voz de que lo habia egecutado con anuencia del Príncipe de Italia, que así llaman los turcos al Papa; y añaden los mismos anales, que sintió el Pontífice en la traslacion del cadáver, el cual fue llevado á Prusa ó Bursa, ciudad de Bitania, donde está el panteon de los Príncipes otomanos.

16. Aunque privado de Zizim, no por eso dejó Cárlos VIII de continuar su espedicion con la mayor actividad. Habia recorrido en cuatro meses toda la Italia, y en quince dias conquistó el reino de Nápoles. Al acercarse los franceses abandonó Alfonso la corona á su hijo, y salió precipitadamente de Nápoles, teniendo muy oculta su evasion. A cada paso se figuraba que le seguia los alcances el enemigo, y por la noche despertaba dando voces y diciendo que iba á caer en sus manos. El ruido del aire, el movimiento de las

(1) *Epist. Ital. Princ.* vol. 1. ep. 6. (2) *Launclav.* l. 16.

hojas, las mismas piedras y los objetos mas insensibles, aumentaban por momentos sus terrores pánicos. Logró pasar á Messina, y fue á encerrarse en un monasterio del Monte-Olivete, donde parece que hizo una vida egemplar, y reparó, lo mejor que pudo, los escándalos de su vida pasada. ¡Dichoso él, si conservó allí el grado de fuerza cristiana que es esencial á toda virtud, y cuya falta hace que todo el buen ejemplo que se da, sea solamente útil á los que le reciben! No tardó el Rey Fernando en verse obligado, como su padre, á huir de Nápoles, pero sin entregarse á la desesperacion, y reservándose para mejores tiempos.

17. No estaban estos muy lejos. La entrada triunfante del Monarca francés en la capital, y el establecimiento de su poder en todo el reino causaron gran sobresalto en Constantinopla. Los Príncipes de Italia, el Papa, cuyo sobrino, entregado en rehenes á Carlos VIII, habia desertado, los venecianos y el pérfido duque de Milán, sostenidos por el Emperador y por el Rey de España, formaron una liga, á fin de abatir á los franceses, los que con su altanería y mala conducta habian mudado enteramente las primeras disposiciones de los italianos con respecto á ellos. Cuando embriagado el Rey con sus triunfos hasta entonces no interrumpidos, se disponia á pasar á Grecia contra los turcos, tuvo noticia de la conspiracion general de los italianos contra él. Ya se habia asegurado de muchas ciudades marítimas de oriente, y habia preparado gran cantidad de armas para los cristianos del país que debian engrosar su ejército, habiéndole avisado

secretamente que se sublevaria toda la Grecia luego que llegasen allá su tropas. Por otra parte, Bayazeto no era belicoso, y le despreciaban tanto sus vasallos, que no era de esperar que hiciesen grandes esfuerzos para defenderle. Dícese que los venecianos y el Papa dieron aviso al sultan de este proyecto y de toda la correspondencia que tenia en oriente el Rey Carlos: por cuya causa perdieron la vida ó los bienes mas de cincuenta mil cristianos. Desde el principio de la expedicion de Carlos VIII habia enviado Alejandro VI agentes al gran Señor, de acuerdo con el Rey de Nápoles, para hacerle presente que aquel Monarca ambicioso iba á Roma con el designio de apoderarse de Zizim, de conquistar al paso el reino de Nápoles, y de dirigirse luego á Grecia y á Constantinopla; que al contrario, Alejandro no deseaba mas que la tranquilidad y sosiego de su Alteza, en consideracion á la sincera amistad que reinaba entre ellos; y que gobernándose por el mismo principio le advertia, sin perder un instante, que le importaba infinito detener en Italia, el mayor tiempo que le fuese posible, las armas de aquel Príncipe inquieto y capaz de qualquiera empresa por arriesgada que pareciese. Agradeció Bayazeto el aviso, envió embajadores al Papa para hacer un tratado formal, y se obligó, segun dicen algunos autores, á darle doce mil hombres de tropas veteranas, mitad de infanteria y mitad de caballeria. Al mismo tiempo pedia el capelo para Nicolás Cibo, arzobispo de Arlés. Sin embargo, parece que Bayazeto no llegó á enviar los doce mil hombres.

18. Despues de haber dejado guarnicion en las plazas mas importantes del reino de Nápoles, salió de allí el Rey Carlos con el resto de su egército, que no llegaba en todo á nueve mil hombres. Los italianos coligados contra él habian reunido ya de treinta y cinco á cuarenta mil, y fueron á acometerle en el desfiladero del Apenino, cerca de la aldea de Forno-vo en el ducado de Parma. A pesar de la desigualdad del número, que segun Guicciardini era menos considerable, pero siempre muy superior, la intrepidez del Rey en lo mas fuerte de la refriega, el celo de las tropas que le idolatraban, y la codicia italiana que se cebaba mas en el pillage que en la pelea, proporcionaron á los franceses una victoria completa. Al salir de Italia, cogió Carlos los mismos laureles que al entrar en ella; pero no sucedió así á los franceses que habia dejado para que defendiesen el reino de Nápoles, pues oprimidos con la multitud de enemigos ó naturales ó estrangeros, le perdieron casi tan pronto como le habian conquistado. Los napolitanos llamaron al Rey Fernando despues de haberle obligado á salir fuera de sus estados, y el Rey de España le envió tropas, de acuerdo con los venecianos, mandadas por el famoso Gonzalo Fernandez de Córdoba. Arruinados los franceses con sus propias victorias, y destituidos de toda esperanza de socorro, al mismo tiempo que se presentaban diariamente nuevos egércitos contra ellos, se vieron precisados á evacuar las demás, y hubieron de renunciar, á lo menos por algun tiempo, á aquella fatal conquista.

19. La indocilidad de los moros, y los continuos sobresaltos que causaban en España, obligaron á Fernando el Católico á tomar la providencia de proponerles, ó que abrazasen la Religion cristiana, ó saliesen del reino. Boabdil, á quien se dió una justa recompensa por las tierras y rentas que dejaba, se retiró á la corte del Rey de Fez, pasando igualmente á África los musulmanes mas acaudalados. Despues de esto mandó Fernando reparar las antiguas iglesias del reino de Granada, y fundó en él cuatro catedrales, la primera en la capital, con título de metropolitana, y las otras tres en Málaga, Guadix y Almería (*). La bula de ereccion es del mes de Abril de 1493 (1). En el mismo año entró Fernando en el goce de los derechos y rentas de los grandes maestrazgos de Santiago y Alcántara, y habia tomado ya posesion del de Calatrava desde el tiempo de Inocencio VIII, primer autor de estas concesiones. Entonces le confirmó tambien Alejandro VI el título de Rey Católico, y aun

(*) Esta espulsion de los moros de que habla aquí Berault fue la consecuencia de la rebelion que escitaron los que se habian refugiado en las Alpujarras juntamente con los que se hallaban domiciliados en las Castillas. El Rey, despues de haber abatido y castigado á éstos, marchó contra los de las Alpujarras, los derrotó y solo debieron su salvacion á aquellos montes inespugnables. Entonces fue cuando publicó S. M. el famoso decreto mandando que todos los moros que no abrazasen la Religion cristiana saliesen del reino. Diez mil fueron los que recibieron el agua del bautismo, y mas de cien mil los que pasaron á Africa. Mariana lib. 27 cap. 5.

(1) Bullar. l. 4. p. 230.

por hacerle mas favor, quiso despojar á los Reyes de Francia del de Cristianísimos y dárselo á él; pero lo impidieron los cardenales.

20. El Rey de Portugal obligó á todos los moros, y aun á todos los judíos establecidos en su reino, á salir de él en cierto término, so pena de quedar como esclavos si no lo cumplian. Obedecieron los moros y pasaron á África. Pero hubo mucha mas dificultad en cuanto á los judíos, porque no tenian ningun asilo. Para mayor desesperacion suya, les quitaban todos los hijos que no habian cumplido catorce años, y los bautizaban contra la voluntad de sus padres. Muchos de estos infelices quisieron mas precipitar á sus hijos en los pozos, que verlos bautizados; y otros se mataron á sí mismos. Persecucion no menos contraria á las máximas del Evangelio que á las leyes de la justicia, como discurre el célebre español Juan de Mariana, desmintiendo con su modo de pensar la opinion de los que juzgan de una nacion entera por las preocupaciones y el fanatismo de algunos individuos. „¿Se debe, ó se puede (continúa este sábio y juiciosísimo escritor) obligar á los hombres á que profesen una religion que miran con horror? ¿Es lícito, en caso de que lo resistan, privarlos de la libertad que recibieron del cielo, y quitarles sus hijos, que son el don mas inenagenable de la naturaleza? La religion y la razon reprueban unos homenages forzados que convierten el culto en hipocresía y sacrilegio (1).

Hizo tambien el Rey de Portugal que se dispensase

(1) *Marian. l. 26. n. 73.*

el voto de castidad perpetua á las órdenes militares establecidas en sus estados, y que se permitiese el matrimonio á cuantos las profesasen en lo sucesivo. El objeto de la dispensa fue remediar el escándalo de la vida licenciosa de aquellos caballeros, los cuales habian llenado el reino de hijos naturales. Pero de aquí resultó otro abuso, porque en vez de emplearse, segun su destino, contra los enemigos del nombre cristiano los cuantiosos bienes que la fe y la piedad habian proporcionado á dichas órdenes, recayeron en aquel tiempo en cortesanos voluptuosos que no habian visto jamás á un infiel armado.

21. El Nuevo-mundo se llevaba casi toda la atencion de Portugal y de España. Los portugueses, que habian reconocido ya todas las costas occidentales de África, aspiraban á formar establecimientos y hacer conquistas en las Indias orientales, de las que solo tenian noticias vagas, y aun no sabian el rumbo que debian seguir para ir á ellas por mar. Vasco de Gama, distinguido por su valor y esperiencia, salió de Portugal en el mes de Julio de 1496, con una flota y muchos oficiales hábiles; dobló el famoso Cabo de Buena-esperanza, que habia reconocido algunos años antes, y llegó felizmente á la isla de Mozambique, que está cerca de las costas orientales de África (1). Era abundante de frutos y ganados, y la habitaban negros idólatras, pero muy afectos á los musulmanes. Al principio trataron bien á los portugueses, teniéndolos por turcos; mas luego que se desengañaron, les

(1) *Marian. l. 26. = Maff. l. 11. = Barr. l. 4. c. 9.*

dieron malignamente un piloto, que con pretexto de dirigir su navegacion por unos mares desconocidos, quiso llevarlos al puerto de Quilloa, para que allí se les diese muerte. Descubrió Gama la traicion, y se alejó de aquel pais. Subiendo despues hácia el norte, llegó cerca de Melinda, á la parte superior de África, donde empieza el mar de las Indias. El Rey de aquel pais quiso ver al almirante europeo, pasó á su bordo, y le dió un piloto fiel, el cual le guió con tanta inteligencia, que en veintidos dias anduvieron cerca de setecientas leguas, y fueron á fondear delante de Calicut, en la península de la India, al lado de acá del Ganges. Los pueblos de esta region deliciosa, dotados de una índole tan feliz como su clima, dieron la mejor acogida á los portugueses. Convidaron á Gama á saltar en tierra; le llevaron á la capital, que distaba del mar como unas dos jornadas, y despues de haberle recibido honoríficamente el Zamorin, esto es, el Rey ó Emperador, le permitió establecer el comercio en sus estados.

Los mahometanos, que estaban esparcidos por aquellas vastas regiones de Asia, y se habian hecho dueños de casi todo su comercio, temieron desde luego, y no sin razon, que les habia de ser perjudicial semejante establecimiento, pues veian que la Europa iba á sacar en derecho las raras producciones que hasta entonces habian pasado á ella por sus manos. Por tanto, persuadieron al Zamorin, que Gama no era mas que un pirata. Presintió el portugués que no estaba seguro en la gran ciudad de Calicut;

salió de ella sin ser visto, volvió á donde estaban sus naves, y casi en el mismo instante quedó convencido de que sus recelos eran bien fundados; pues cuando quiso hacerse á la vela, se presentaron á impedirle el paso una multitud de buques de la India. Pero no tardó en alejar á unos, y destrozar á otros con su artillería. Vino despues á acometerle de noche un famoso corsario, llamado Timoju, y no fue mas feliz que los de la tentativa anterior. Habiendo descansado algunos dias, entró Gama en alta mar, y tomó la derrota de Portugal, llevando consigo muchos indios, y un moro llamado Moncaide, que recibió el bautismo. Tales fueron las primicias de los frutos apostólicos que dieron despues con tanta abundancia aquellas deliciosas regiones.

22. Con las relaciones de Gama y de sus compañeros de fortuna; el carácter del portugués, exaltado mucho tiempo habia con las guerras contra los moros, con la institucion de la caballería, á que dieron motivo las mismas guerras; con la costumbre que tenia la nobleza de vivir lejos de la corte, en sus haciendas y quintas, en medio de los retratos de sus padres y de las pinturas de sus hazañas; y en fin, con la posicion y los límites de la monarquía, contenida entre unos estados mucho mas estensos, con los cuales tenia que luchar continuamente, adquirió, luego que se unieron á todos estos principios de energía, el entusiasmo de los descubrimientos y el resorte de la codicia, tal grado de fuerza, de elevacion y grandeza, que tembló el imperio de Marruecos, todos los

bárbaros de África, los árabes y todos los asiáticos desde el mar Rojo hasta la China, ante una nacion que no tenia cuarenta mil hombres sobre las armas, es decir, un soldado contra ciento. Este pueblo acostumbrado á pelear contra los moros por su religion y por su patria, llevó las mismas disposiciones á las Indias, donde sus Reyes, el gran Manuel y el piadoso Juan III, se esmeraron tanto en establecer el reinado de Jesucristo, como la dominacion portuguesa. Veremos con una admiracion mejor fundada como coadyuvaron á sus designios unos hombres semejantes á los primeros Apóstoles.

23. Como si la division que el Papa habia hecho del mundo entre los españoles y portugueses, no hubiera dejado una porcion suficiente á cada una de estas dos naciones, iban á competencia en la actividad y en las conquistas. Aun no se sabia en Europa la fortuna de Gama, cuando el Rey de España, poco contento con las islas numerosas, y con la parte del continente que habia descubierto Cristóval Colón en el mar Atlántico, dispuso que Américo Vespucio, natural de Florencia, pasase á buscar nuevas islas y continentes (1). Salió de España Américo en el año de 1497, recorrió el golfo de Méjico, y reconoció las costas de las provincias de Paria, Venezuela, Nueva Granada, y la vasta region á que se dió el nombre de Tierra-firme, probablemente porque pretendió Vespucio haber sido el primero que habia descubierto el continente que está al otro lado de la línea. Del nombre

(1) *Maff. l. 2.*

de este aventurero eternamente memorable, tomó el de América aquel nuevo emisferio ó la mitad del mundo: honor que no consiguió jamás ningun conquistador ni potentado. Un año despues de este viage hizo Américo otro, no ya como mercader, sino como comandante de seis navios ó carabelas con pabellon de los Reyes Fernando é Isabel. Fue entonces á las Antillas, y pasando aquel vasto Archipiélago, llegó á las costas de la Guyana hácia la embocadura del gran rio de las Amazonas. No fue Américo mas afortunado que Cristóval Colón en el premio que debia esperar de España (*).

Informado de su descontento el Rey de Portugal, Manuel, llamado gloriosamente el Dichoso, porque su felicidad fue obra de su mérito, le llevó á su reino, y le dió tres navios para intentar nuevas aventuras en los mares Atlánticos. Recorrió las costas de África hasta el reino de Angola, al otro lado del ecuador, y

(*) Amercio Vespucio nació de una familia antigua de Florencia en 1451, y vino á España en 1490 con la idea de dedicarse al comercio. Apenas supo que Colón venia de descubrir el Nuevo-mundo, quiso participar de su gloria; presentóse á los Reyes Católicos, obtuvo el mando de cuatro buques y salió con ellos de Cádiz en 10 de Mayo de 1497. Hizo aun otro viage con el pavellon español, pero llamado despues por el Rey de Portugal, pasó á Lisboa desde donde emprendió nuevos descubrimientos, volviendo á Portugal en Junio de 1504. Llamado nuevamente á la corte de Sevilla, despues de la muerte de Cristóval Colón, se embarcó en 1507, en una flota española con el título de primer piloto. Por fin murió en las islas Terceras en 1516, despues de haber dado su nombre á la mitad del globo.

dirigiéndose despues á poniente descubrió las costas del Brasil, navegó por ellas hasta el rio de Paraguay, y llegó al pais de los patagones. Hizo otro viage con seis navíos, y se acercó mas al polo antártico, buscando paso para ir á las Molucas por la estremidad meridional del nuevo emisferio; pero el mal temporal, junto con la desgracia de haberle faltado las provisiones en medio de aquellos espacios desconocidos, le obligó á volver á Portugal, donde perdió la salud de resultas de tantos trabajos y fatigas, y murió pocos años despues.

24. La Francia tomaba poco interés en estas empresas, y tardó mucho en inclinarse á ellas, á pesar del imperio de la moda y del entusiasmo general de los europeos. El Rey Carlos VIII, en medio de la inconstancia propia de su edad, y de que hasta entonces no habia sido muy arreglado en sus costumbres, trataba de objetos mas sólidos y mas dignos, á lo menos intrinsecamente, de un Príncipe cristiano. La vida escandalosa de Alejandro VI y de sus hijos, de que habia sido testigo ocular, y quizá algun resentimiento que tuviese con este Pontífice, á causa de su conducta relativamente á los franceses, le inspiraron la resolución de tomar providencias eficaces para remediar tan grandes escándalos. Dirigió, pues, una consulta á la facultad de teología de París, preguntando si en virtud de los decretos de Pisa y Constanza, estaba obligado el Papa á congregarse de diez en diez años un concilio general, y si se le debía obligar á ello en aquellas circunstancias en que era manifiesto

el desórden en la Cabeza de la Iglesia, y tan grande y mayor que en sus miembros ⁽¹⁾. En caso de que suplicando ó intimando al Papa que le congregase, no quisiese egecutarlo, se preguntaba si los varios miembros de la Iglesia, de acuerdo con los Príncipes ó con los mas ilustres de entre ellos mismos, podian reunirse legítimamente en una necesidad tan estremada, y representar la Iglesia universal. La facultad deliberó en el dia 11 de Enero de 1497, y respondió afirmativamente.

25. El 23 de Agosto del mismo año volvió á reunirse para publicar, acerca de la Concepcion de Maria, un decreto que se habia dado en 9 de Marzo del año anterior, despues de tres juntas, en el que nada habia que desear en cuanto á la madurez de las deliberaciones, ni en cuanto á los verdaderos sentimientos de aquella piadosa compañía con respecto á la Madre de Dios. Dice, pues, que siguiendo las huellas de los antiguos, y deseando defender la doctrina que establece, que por un don singular fue preservada la bienaventurada Virgen Maria de la mancha del pecado original; se obligaba la facultad con juramento á sostenerla, y que estaba resuelta á no admitir en lo sucesivo en su cuerpo, sino á los que hiciesen este juramento, á privar de todo honor, y á escluir ignominiosamente á los que sostuviesen la opinion contraria, que, á juicio de la misma facultad, era falsa, errónea é impía. La misma junta censuró lo que se habia atrevido á afirmar un religioso dominico, esto

(1) *D' Argent. Coll. jut. t. 1. p. 335. &c.*

es, que nadie está obligado á creer, pena de pecado mortal, que la Virgen fue llevada al cielo en cuerpo y alma, porque no es artículo de fe. Decidió la facultad que esta proposicion era temeraria, escandalosa, impia, propia para disminuir la devocion á María santísima, y en fin, falsa y herética. No hay duda que se resintieron por algunas de estas calificaciones; pero mucho mas se ofendieron los fieles por la audacia que las habia motivado.

26. No tuvo tiempo Cárlos VIII para egecutar lo que se habia propuesto, así en órden á la reforma del clero de su reino, como á la edificacion general de la Iglesia. Desde la generosa victoria en que triunfó de sí mismo á favor de una vírgen, á quien habian puesto en peligro sus propios padres, continuaba edificando á su corte con una vida enteramente cristiana, y mucho mas con su celo por la correccion de las costumbres. Un santo franciscano, llamado Juan Tirseran, célebre predicador, habia establecido algunos años antes el instituto de las arrepentidas en honor de la Magdalena. Habia convertido los corazones mas depravados, y pasando del libertinage á la penitencia mas de doscientas mugeres, habian buscado inmediatamente bajo su direccion un asilo contra la reincidencia (1). Despues se acrecentó prodigiosamente su número, y se aumentaba de dia en dia. Segun las disposiciones en que se hallaba el Rey Cárlos, no dejó de proteger este instituto, y edificó una casa para las que le habian abrazado. Imitando Luis XII

(1) *Genubr. Chron. ann. 1494.*

estos modelos, las dió el palacio que habia ocupado siendo duque de Orleans, para hacer de él un monasterio; formó sus constituciones Simon, obispo de París, y las prescribió la regla de San Agustin. Fueron trasladadas despues á la antigua iglesia de San Maglorio, é insensiblemente vinieron á parar en religiosas agustinas.

27. Solo trataba el Rey del bien de la Religion y del alivio de sus pueblos. No proferia ninguna palabra libre, antes bien casi todas sus conversaciones recaian sobre las verdades eternas. Confesaba y comulgaba frecuentemente, y tenia singular complacencia en leer la sagrada Escritura. Muchas veces mandaba que le leyesen los registros del parlamento y los del tribunal de cuentas ó consejo de hacienda, para ver si se administraba bien la justicia, y hallar algun medio de disminuir los impuestos. En cada caso particular preguntaba qué era lo que hacia San Luis, porque esto se habia propuesto por modelo. Como no tenia mas diversiones que las que eran inocentes, convidó á la Reina el sábado, dia 7 de Abril de 1498, á ver una partida de juego de pelota, junto á los fosos del castillo de Amboise, donde se hallaban, y al pasar por una galeria abandonada, que debia ser demolida muy en breve, dió un golpe con la frente en una puerta demasiado baja, y cayó de espaldas. De allí á pocas horas le acometió un letargo tan profundo, que fueron inútiles cuantos remedios se hicieron para aliviarle. Sin embargo, volvió en sí dos veces, pronunció algunas palabras piadosas, como las que se le

habian oido decir en el discurso de casi todo aquel dia, y en fin, recordó tercera vez para dejar inconsolable á su pueblo, y espiró á los veintinueve años escasos. Habíase confesado dos veces en aquella semana; y el obispo de Angers, que era su confesor ordinario, le asistió hasta el último aliento. Tenia unas disposiciones tan perfectas, que en la última conversacion con algunos confidentes suyos, les dijo, que estaba sinceramente resuelto á no cometer jamás ningun pecado mortal, y á disminuir en cuanto le fuese posible el número de los veniales.

28. No fue la única persona que quedó afligida en extremo la Reina Ana de Bretaña, en quien idolatraba el Rey, y que le habia hecho instituir poco antes el parlamento de Rennes. Dos criados suyos cayeron muertos de repente al oír que acababa de espirar (1). „Yo creo (dice Felipe de Comines) que jamás dijo á alma viviente una palabra ofensiva.” En toda su vida despidió á ningun criado. Su bondad, su afabilidad y dulzura alcanzaban á todos. Ningun predecesor suyo fue enterrado con mas pompa ni con un sentimiento mas sincero. Siete mil hombres, entre grandes y empleados, todos vestidos de luto, y cuatrocientos hombres con hachas encendidas, fueron acompañando su cadáver desde Amboise á París.

29. Como no dejaba hijos, le sucedió, con nombre de Luis XII, el duque de Orleans, biznieto del Rey Carlos V, y primo de Carlos VIII en cuarto grado. Los estravíos de su juventud, que llegaron hasta

(1) *Santa Mart. hist. de la casa de Franc.*

el extremo de ponerle las armas en la mano contra el estado, daban á entender que seria un Príncipe turbulento y peligroso; pero fue prudente, moderado, compasivo, atendió á elegir ministros honrados y enemigos del interés, y consultó en todas las cosas á la razon y á la Religion (1). Elevado al trono en una edad madura, pues rayaba en los treinta y siete años, y habiendo sufrido muchas adversidades, habia adquirido una sensibilidad desconocida de la prosperidad constante, y aprendido por esperiencia propia los peligros del poder absoluto. Luego que tomó en las manos las riendas del estado, se esforzaron algunos á irritarle contra los que le habian mostrado mala voluntad en los últimos reinados, y especialmente contra Luis de la Tremonille, que le habia derrotado y hecho prisionero en la batalla de Saint-Aubin. „El Rey de Francia (respondió) no se venga de las injurias del duque de Orleans:” palabras que no fueron una vana ostentacion de generosidad, sino una esperiencia sincera de lo que sentia en su alma, y una regla constante de su conducta. La condesa de Beaujeu, le habia sido contraria en todos tiempos, y se valió, para mortificarle, de todo el influjo que habia tenido con su hermano Carlos VIII; pero lejos de vengarse de ella, ni aun la manifestó jamás el menor desagrado. Hizo una lista de todos los que le habian ofendido, á fin de precaverse de los movimientos imperceptibles de la venganza, teniendo siempre presente que Jesucristo habia muerto por ellos del mismo

(1) *Paul. Emil. in. Lud. XII. Mun. de Comin. l. 8. é ult.*

modo que por él. ¡Tal era el género de bondad del mejor de los Reyes de Francia! Su primer cuidado fue disminuir los impuestos en una sexta parte, y después llegó esta diminución hasta un tercio.

30. Este Príncipe, tan digno de ser dichoso, puesto que solo anhelaba á la felicidad pública, se habia visto precisado á contraer en la edad juvenil una obligación, que cuando no es libre en su origen, basta por sí sola para acibarar todos los gustos de la vida: necesidad casi desconocida de las clases mas comunes del estado, y que contrapesa todas las ventajas de los hijos de los Reyes. Se habia casado con la Princesa Juana, hija de Luis XI, y era este matrimonio tan contrario á su inclinacion, que habia protestado, pero muy en secreto, contra unos lazos que aborrecia de muerte. El temor de irritar al terrible Luis XI, y después á Carlos VIII, hermano de Juana, habia obligado al duque de Orleans á tener ocultos sus sinsabores. Luego que se vió Rey, pensó en salir de aquella opresion, haciendo que se anulase jurídicamente su matrimonio. Las circunstancias eran favorables por lo tocante á Roma, porque todas las cosas habian mudado de semblante en Italia, donde la multiplicacion de las potencias, y la complicacion de los intereses no podia sostenerlas mucho tiempo en un mismo estado. El Papa Alejandro se habia indispuerto con el Rey de Nápoles Federico III, sucesor de su sobrino Fernando, que murió sin dejar hijos; y el motivo de su resentimiento era haber negado Federico su hija á César de Borja, el cual habia pasado del estado

eclesiástico al secular. Los venecianos, coligados antes con Luis Sforzia contra los franceses, solo buscaban la ocasion de arruinarle, porque él hacia los mayores esfuerzos para impedir que se engrandeciesen mas. En cuanto á los florentinos, todos los partidos eran buenos para ellos, con tal que pudiesen recobrar sus plazas; y así es, que gobernándose todas estas potencias por sus miras particulares, solicitaron á porfia la alianza de Luis XII.

Habiendo pedido el Rey en estas circunstancias la disolucion de su matrimonio, nombró desde luego Alejandro comisionados para que examinasen y juzgasen la causa (1). Fundábase Luis en tres razones: primera, que él y Juana eran parientes en cuarto grado, y además habia entre ellos afinidad ó parentesco espiritual, porque Luis XI, padre de Juana, habia sacado de pila á Luis XII: lo cual era un impedimento dirimente antes del concilio de Trento: segunda, que él no habia prestado su consentimiento para este matrimonio, y solo le habia contraido en lo exterior y por violencia, pues Luis XI, Príncipe absoluto y vengativo, le amenazó que de lo contrario le quitaria los bienes de fortuna y la vida; y tercera, que siendo Juana sumamente disforme, era incapáz de tener hijos, y aun de consumir el matrimonio. Los lectores llevarán á bien que pasemos en silencio los interrogatorios, las deposiciones de los testigos, los escritos presentados por una y otra parte, y los largos y fastidiosos trámites de esta causa fatal. Lo que conviene

(1) *Pleit. MS. del divorc. de Luis XII. Bibliot. Real n. 5974.*

saber es, que no se condescendió ciegamente con los deseos del Monarca, y que se trató la materia con toda la imparcialidad y circunspeccion imaginable. A los tres obispos comisionados, se les dieron por asesores otros cinco entre obispos y arzobispos, y un gran número de doctores, los mas acreditados por su instruccion y rectitud. Acerca de los artículos en que no habia sido posible descubrir evidentemente la verdad por tratarse de una materia tan oculta por su propia naturaleza, se le tomó al Rey declaracion bajo juramento. En fin, decidieron los jueces que el matrimonio era nulo, y que Luis podia contraer otro. No especifican las razones que los movieron á juzgar así; pero verosimilmente seria la falta de formalidad en la expedicion del breve de dispensa del parentesco y afinidad espiritual, y además la constitucion corporal de la Reina, cuya enfermedad habitual aseguraba el Rey en los términos mas positivos.

Esta Princesa, enteramente muerta para el mundo, miró su repudio, no como un motivo de disgusto, sino como un favor del cielo, adonde podia ya fijar todo su afecto sin ningun obstáculo. Solo habia defendido su causa por el temor de pecar, ó de dar ocasion al pecado, si la abandonaba; y cuando supo la sentencia, no desplegó sus labios para quejarse. Al contrario, los parisienses manifestaron muy á las claras su disgusto, publicando que se habia cometido una injusticia atróz; hubo algunos predicadores que en sus sermones declamaron contra el Rey, y causó general sentimiento la suerte de una Princesa virtuosa

singularmente benéfica, hija, hermana y muger de Rey, y escluida del trono apenas habia llegado á ser Reyna. Sin embargo, se vió mucho mejor tratada que hasta entonces en lo tocante á los bienes de fortuna, pues la dió el Rey el usufructo del ducado de Berri, con otras posesiones que formaban una renta de treinta mil libras (como unos ciento veinte mil reales vellon.) Fijó la Princesa la residencia en Bourges, donde dió egemplo de las virtudes mas puras, fue la bienhechora universal de aquel pais, y fundó poco despues un nuevo órden de religiosas.

Viéndose ya libre Luis XII, se casó con la Reina viuda de Carlos VIII, Ana de Bretaña, no menos célebre por sus cualidades exteriores, que por las prendas de que estaba adornada su alma. No pasaba entonces de veintisiete años: y tuvo tanta parte en este matrimonio la política como la inclinacion, porque se habia estipulado con los estados ó cortes de Bretaña, que si Carlos VIII moria sin dejar hijos, antes que la duquesa, habia de casarse ésta con su sucesor. Es de notar, que esta Princesa, elevada dos veces al trono, subió á él una y otra vez por un medio bastante singular. Se habia casado con Carlos VIII, haciendo una especie de divorcio con Maximiliano de Austria, que la habia tomado por esposa hallándose ausente de ella; y luego se casó con Luis XII, despues del divorcio entre este Príncipe y Juana de Francia. Estaba dotada de virtudes sólidas, de una piedad rara, y de una delicadeza extraordinaria de conciencia; pero ni los gustos, ni la razon, ni los

escrúpulos están esentos del sacrificio de estas ilustres víctimas del estado.

31. César de Borja, que siendo cardenal diácono abandonó enteramente la profesion eclesiástica, habia llevado de Roma una bula del Papa, su padre, que regularmente contendria la autorizacion definitiva de los jueces encargados de decidir acerca del primer matrimonio del Rey, y se le dió, además del ducado del Valentinesado, una porcion de veinte mil libras tornesas, con una compañía de cien soldados mantenidos á costa del gobierno francés, casándole con Carlota de Albret, hermana del Rey de Navarra.

32. Al mismo tiempo que fue enviado á Francia para concluir la causa del divorcio, se le confió el encargo de llevar el capelo para Jorge de Amboise, arzobispo de Roan, y primer ministro de Luis XII, al cual sostuvo invariabilmente en las miras de beneficencia que le merecieron el nombre de padre del pueblo. Aunque el cardenal de Amboise no estaba dotado en grado eminente de todas las virtudes que distinguieron á los obispos de la primera edad de la Iglesia, tuvo sin embargo las que bastan para honrar á un prelado, y además reunió todas las cualidades sociales y políticas que hacen apreciables á los ministros y á los ciudadanos. Fue magnífico y modesto, liberal y económico, hábil y veráz, honrado y gran político, consejero y amigo de su Rey, enteramente adicto al Monarca, y celoso del bien de los pueblos. Teniendo que conciliar las obligaciones de legado de la santa Sede con los privilegios y las libertades de

su nación, las funciones paternales del obispado con el nervio del gobierno y el carácter de reformador de las órdenes religiosas con el tumulto de los negocios y la disipacion de la corte, dejó en todas partes señales de su bondad, reformó los abusos, cautivó las voluntades, y se grangeó la estimacion pública. Se le ha comparado y aun preferido á los cardenales mas célebres en el gobierno de los estados, á Gimenez, á Volsey y á Richelieu; pero sin degradar á nadie por elevar á Amboise, reduzcámonos á presentarle con los rasgos que le caracterizan. Gobernó sin orgullo: hizo grandes cosas sin oprimir á los pueblos: tuvo una autoridad absoluta en el reino, sin obscurecer la gloria de su Rey: le estimaron infinito sus diocesanos por los muchos y grandes beneficios que recibieron de él. Principió, consiguiendo una real orden, para que el tribunal de Normandía, llamado el Echiquier, fuese sedentario y perpetuo como los demás parlamentos. Se propuso vivir en paz con su cabildo, y se concilió la estimacion de todos los canónigos, tratándolos con un miramiento que acaso podria parecer excesivo; pero los hombres grandes nunca parecen mejor que cuando se abstienen de atropellar la flaqueza y las preocupaciones. Habiendo advertido que sus canónigos tenian particular complacencia de verle en el coro con el mismo traje que ellos, nunca se presentó en él de otra manera, sin embargo de que era legado, sino en los dias que celebraba de pontifical. Hizo muchos regalos á su capital, y llenó su diócesis de monumentos que manifiestan la grandeza de su

alma y de su ingenio. Tales fueron, entre otros, la famosa campana, llamada de Amboise, que es la obra mas considerable del reino en esta clase, y el palacio arzobispal de Gaillon, construido á espensas de los enemigos de Francia, y no con los bienes de la Iglesia, á los cuales consideró siempre como el patrimonio de los pobres. El cardenal de Amboise, legado apostólico y primer ministro, observó tan religiosamente este principio, que jamás quiso tener ningun otro beneficio con su arzobispado; y esto en unos tiempos en que reinaba el abuso de acumular en un mismo sugeto, no solo abadías, sino tambien los obispos. Como tenia una disposicion admirable para las funciones mas sublimes de la dignidad episcopal y de su mision apostólica, estendió felizmente su solicitud luego que se vió legado de la santa Sede, á las almas llamadas y consagradas por razon de su estado á la perfeccion evangélica.

33. Las comunidades, que en otro tiempo eran de tanta edificacion, se habian relajado de tal modo, con especialidad en París, que los magistrados clamaron altamente por su reforma. Movidó de sus justas quejas el ministro legado, les prometió que se emplearia en el restablecimiento general de la observancia regular, y empezó desde luego por los dominicos y franciscanos. Eran célebres estas dos comunidades, y habia en ellas un sinnúmero de estudiantes; pero con pretesto del trabajo del estudio y de los diferentes ejercicios de la escuela, se habian eximido de las austeridades, del retiro y recogimiento, y de toda regularidad, á

escepcion de algunas prácticas exteriores (1). Pasaron dos obispos al convento de la calle de Santiago, que era el de los dominicos, á intimarles una órden formal para que observasen la regla, y especialmente para que no saliesen de su casa sin necesidad legitima, pena de escomunion si contravenian á ello. Contenia esta casa cerca de cuatrocientos dominicos, la mayor parte estudiantes, y se quejaron agriamente de aquella providencia, como si el pretender que cumpliesen las obligaciones en que se habian constituido, fuese reducirlos á la condicion de esclavos. Pasados algunos dias intentaron defenderse á mano armada, y llamaron mas de otros mil y doscientos estudiantes, los cuales prorumpieron en mil amenazas, y declararon que estaban resueltos á aventurarse á todo trance: de modo que fue necesaria la autoridad del Soberano para reducirlos (2). Se obligó á los religiosos á salir del convento y de la ciudad, y á retirarse á otras casas de su órden, y fueron reemplazados por otros dominicos traídos de la provincia teutónica.

Los franciscanos ofrecieron tambien bastante resistencia; y habiéndoseles oido, se les mandó que se presentasen al ministro. El cardenal de Amboise deseaba el bien, por cualquier medio que pudiese conseguirse. Guiado por aquella moderacion que nunca honra mas á los hombres que cuando son mas poderosos, recibió las quejas con bondad, y bien informado de todo, determinó que fuesen á París á egecutar la

(1) *D' Anton. p. 329.* (2) *Prueb. de las Libert. de la Iglesia Galicana p. 800.*

reforma veinticuatro religiosos distinguidos por sus virtudes entre los conventuales, y sacados de las provincias del reino: con lo que se acabaron estos disturbios monásticos.

34. Contando de seguro Luis XII con el favor del Papa, ganó á los venecianos con el cebo del interés, hizo una paz sólida con sus vecinos, y no tardó en ponerse en campaña para la conquista del Milanesado. Este ducado, usurpado por los Sforzias, aventureros felices, le pertenecía incontestablemente por parte de su abuela Valentina Visconti, única heredera legítima de aquella casa. Correspondió el éxito á la justicia de sus derechos, porque en veinte dias quedó sujeta á las leyes del Monarca toda aquella grande y hermosa provincia. A la verdad, logró Luis Sforzia volver á entrar en Milán, valiéndose de las intrigas y supercherías á que estaba reducido todo su mérito; pero fue solamente para caer otra vez con mas oprobio y sufrir un castigo mas egemplar por sus perfidias contra los franceses, á quienes habia hecho la guerra como un salteador, desde que vió que las armas de su aliado Carlos VIII no estaban tan triunfantes en Italia. Fue cogido con su hermano el cardenal Ascanio, y encerrado en el castillo de Loches, en Turena, donde murió al cabo de diez años. Se confió al cardenal de Amboise el gobierno del Milanesado, y parece que solo se encargó de él para hacer alarde de su moderacion. Consiguió del Rey el perdon del cardenal Sforzia, el cual salió de la prision en que estaba en Bourges, y se le dió permiso para volver á Italia.

Despues de reprender á los ciudadanos de Milán, por su inconstancia y ceguedad, les concedió una amnistia general, y se contentó con imponerles una contribucion, que muy en breve quedó reducida á casi nada.

35. Al mismo tiempo que el cardenal de Amboise principiaba en Francia su feliz carrera, llamó tambien en España la atencion pública su digno imitador Gimenez de Cisneros (1). Habiendo nacido en un pueblo de Castilla, de un simple recaudador de rentas decimales; hallándose muy poco favorecido por lo que hace á los bienes de fortuna como al nacimiento, perseguido, encarcelado por su obispo, admitido despues en la orden de San Francisco, que parece debia cerrarle para siempre el camino de las grandezas, y dotado de un ingenio trascendental y de una probidad aun mas recomendable, habia casi envejecido sin tener mas reputacion que la de un predicador y director celoso, cuando la Reina Isabel, ilustre sobre todo por la eleccion de semejante ministro, le presentó la ocasion de manifestar hasta dónde rayaba su gran talento, con las noticias que la dió el cardenal Mendoza, arzobispo de Toledo, y mucho mas con la alta idea que formó de él aquella Princesa ilustrada; luego que le oyó hablar, le eligió por confesor suyo, teniendo entonces Gimenez unos cincuenta y seis años. Desde entonces fue el alma de su consejo y el móvil de todas sus empresas. Comunicábale la Reina todos los asuntos de estado, á pesar de que mostraba no

(1) *Gom. de Reb. gest. Gim. l. 10.*

querer mezclarse en ellos, y de que á fuerza de instancias logró que la direccion de la Reina no le obligase á permanecer en la corte, ni se le hiciese concurrir á ella sino para el preciso objeto de su ministerio. Fuera de este caso, desempeñaba las funciones comunes á todos los religiosos, hacia todos sus viages á pie, aun siendo provincial, vivia de limosna, gastaba unos hábitos burdos, no comia jamás fuera del refectorio, y por mas cansado que estuviese no permitia que se hiciese con él ninguna escepcion (*).

36. Habiendo muerto al cabo de dos años el arzobispo de Toledo, la Reina, que se habia reservado personalmente la disposicion de los obispados de Castilla, nombró á su confesor para esta primera dignidad de la Iglesia de España, no obstante que la solicitaban las casas mas principales del reino. Guardando Isabel el mas profundo secreto, sin comunicar

(*) Nació en Torrelagema en 1437. Estudió en Alcalá y en Salamanca; pasó despues á Roma, mas habiéndole robado en el camino volvió á España con sola una bula para la primera prebenda que vacase. Entonces fue cuando le aprisionó el arzobispo de Toledo, sospechando de él alguna travesura, y cuando encerrado en el castillo de Neida oyó de la boca de un santo religioso el anuncio de su futura dignidad y gloria. Puesto en libertad consiguió un beneficio en el obispado de Sigüenza, cuyo prelado, que lo era entonces el cardenal de Mendoza, le hizo su vicario general. Abrazó despues el instituto religioso en el convento de San Francisco de Toledo, mas oprimido por las muchas visitas y consultas, se retiró á la soledad llamada Castanel, donde estudió las lenguas orientales, y de donde le sacó la Reina Isabel para empeñarle en la grande é ilustre carrera, en la que dejó muy atrás á cuantos le habian precedido.

su pensamiento al interesado, mandó expedir la cédula, dejando en ella un hueco para poner el nombre del provisto, escribió en él de su propio puño *Francisco Gimenez*, y envió inmediatamente á pedir las bulas á Roma. Luego que las recibió, mandó que llamasen á su confesor, y al entregarlas le dijo: „Mirad lo que quiere su Santidad.” Quedó sorprendido Gimenez al leer el sobre que decia: *A nuestro venerable hermano Francisco Gimenez, electo arzobispo de Toledo*; besó respetuosamente las letras pontificias sin abrirlas; las devolvió á la Reina diciéndola: „Señora, esto no habla conmigo,” y se retiró inmediatamente con la firme resolucion de no aceptar. Fueron inútiles todas las diligencias de la Reina para obtener su consentimiento, y no hubo mas arbitrio que recurrir al Sumo Pontífice para que espidiese una orden formal, mandándole admitir el arzobispado. Le aceptó entonces con aquella nobleza y libertad que inspira el desinterés, pero con la condicion de que no habia de separarse jamás de la iglesia de Toledo, que no se habia de imponer ninguna pension sobre su mitra, y que se habian de conservar ilesos los derechos é inmunidades de aquella dignidad primada.

37. Tenia ya Gimenez cincuenta y ocho años; pero era de un temperamento tan robusto, que parecia que estaba en la flor de su edad. Gozaba de una salud en que no hacian impresion las fatigas del cuerpo, ni los trabajos del espíritu. Era de una estatura bastante alta, andaba con gravedad y señorío, tenia

la voz fuerte y agradable, la frente despejada y sin arrugas, los ojos hundidos, pero vivos y centellantes. Su talento, según dicen los historiadores de este grande hombre, era capaz de todo; y lo que absorvía todas las facultades de los demás era para él un juguete. Era tan extraordinaria su prudencia y penetración, que no había inconveniente que no previese, ó recursos que no hallase en las dificultades imprevistas: lo que le grangeó el alto aprecio que lograba en el consejo de España, que entonces era sin duda alguna el mas hábil de toda Europa. No se alteraba su firmeza con los sucesos que bastaban para dar al traste con todas las resoluciones: y así sucedió muchas veces que los asuntos mas desesperados tuvieron el éxito mas feliz. Gimenez protegió constantemente á los sábios, en cuyo número debe ser colocado él mismo; pero amaba mucho mas á los hombres de bien. Profesó siempre una probidad incorruptible, y aborrecia de tal modo la injusticia, que jamás la disimuló por ningún respeto, ni dejó de castigarla pudiendo hacerlo. En fin, tenia una piedad sólida y un celo no menos activo que ilustrado.

Sin embargo se le ha acusado de varios defectos, y ha habido quien se ha atrevido á decir que se abandonó al fausto y al orgullo, que se dejó dominar de la ambición, y que la sencillez con que vivió en los principios de su obispado, fue una pura hipocresía para alucinar á Isabel. Pero estos cargos necesitan unas pruebas irrefragables, que ni se han presentado, ni se presentarán jamás contra una virtud tan heroica,

que le movió á renunciar sinceramente, como lo confiesan todos, la ilustre silla de Toledo. La renuncia del obispado, señal la menos equívoca, y prueba segura por sí sola de la dignidad del sugeto que es elevado á él, debe obligarnos á mirar como presunciones temerarias las sospechas que dan por tierra con la basa de todas las virtudes episcopales y cristianas.

Aunque pasó de simple franciscano á ser primado de las Españas, no quiso hacer casi ninguna variación en su primer método de vida. Se acostaba y levantaba siempre sin que le ayudase nadie, no gastaba ningún género de ropa blanca, ni se quitaba el hábito de su orden, aun para descansar por la noche. Cuando acompañaba á la Reina, le preparaban una habitación espaciosa, pero él tomaba un cuarto sin mas muebles que una mesa, dos sillas y un jergon puesto en cima de tres tablas. No le ponian á la mesa mas que un plato de comida muy ordinaria, y si le presentaban alguna cosa delicada, la enviaba inmediatamente á los pobres enfermos. Además de los ayunos de la Iglesia, observaba puntualmente todos los que se prescribian por la regla y constituciones de su orden. Tenia siempre consigo un número bastante considerable de religiosos franciscanos, hombres de vida egemplar, para rezar en su compañía el oficio divino, y hacer los demás ejercicios acostumbrados del claustro. Sus criados eran pocos, y no había ninguno que no fuese absolutamente necesario. Toda su caballeriza consistia en una mula, en la cual subia á ratos,

cuando se sentia muy cansado, pues siempre viajaba á pie, y del mismo modo los que le acompañaban. A esto estaba reducido todo su tren y familia. Nunca quiso ni aun oír hablar de camareros, escuderos, gentiles-hombres, pages ni lacayos, aunque podia autorizarse para tener todo este aparato con la práctica invariable de sus predecesores. Por medio de esta economía y de una administracion perfecta de sus cuantiosas rentas, hizo inmensos bienes y desterró de su diócesis la indigencia.

Escitó muchas quejas esta sencillez desusada, y los que mas se ofendieron de ella fueron los obispos cortesanos, los cuales miraban aquella conducta como una censura pública de la suya, y le pintaron á la Reina con unos colores tan feos, que intentaron persuadirla que era un hombre sórdido y de bajos pensamientos, impropio para la dignidad de obispo, y capáz de envilecer el alto puesto en que se hallaba colocado. Isabel, que habia sido el único autor de esta eleccion, hubiera deseado que adoptando el nuevo arzobispo un método de vida mas conforme á la moda, impusiese silencio á los que criticaban su conducta; pero conocia la estremada firmeza de Gimenez en materia de conciencia. Sin embargo, cedió el arzobispo, porque halló menos inconvenientes en esto que en luchar contra la corte, contra los obispos, y contra el torrente general de la costumbre y de las preocupaciones, además de que se habia interesado tambien el Papa, á instancia de la Reina, para que no llevase las cosas tan al extremo. No se crea que

por esta condescendencia se disminuyese jamás su probidad rígida, ni su celo por la justicia, igualmente que la proteccion no interrumpida que dispensó á los hombres de bien, á los pequeños, y á los pobres contra todos aquellos de quienes sabia que estaban oprimidos. Debemos añadir aquí, que las mayores cosas que hizo fueron por la gloria de la Iglesia, y por los progresos de la Religion.

38. Suprimió, aunque no sin gran trabajo, los impuestos mas onerosos al pueblo, al cual protegió constantemente. Pero la mejor prueba que dió de su destreza al mismo tiempo, fue la reforma de los religiosos de su órden. Los franciscanos antiguos ó conventuales sentian verse reunidos á los observantes, á quienes amaba mucho Gimenez, como que habia vivido entre ellos. Penetraron su designio, aunque era el hombre mas reservado de todos los españoles, que seguramente saben mas que otro alguno el arte de callar; dieron parte anticipadamente á su general, y éste al Papa, el cual le encargó á él mismo el cuidado de la reforma. Salió inmediatamente de Roma, y pasó á España, donde estaba esperando Gimenez la misma comision, pues la habia hecho pedir por medio del embajador de sus Magestades Católicas. Admirado Gimenez, pero mas firme que nunca en su resolucion por el mismo obstáculo que encontraba en ella, tomó el partido de observar á su antagonista, á fin de aprovecharse del primer error ó descuido en que incurriese. Como estaba dotado de un talento singular para conocer á los hombres,

descubrió muy en breve que las había de haber con una persona fogosa y de poco juicio; que se perjudicaría más á sí misma, y frustraría sus designios mejor que cuantos se empeñasen en desbaratarlos. En efecto, en la primera audiencia que el general obtuvo de Isabel, declamó de un modo indecente contra Gimenez. Indignada la Reina, le preguntó si se había olvidado de quien era él, y con quien hablaba. „No, Señora (respondió), no me olvido de que hablo con la Reina Isabel, que es polvo y ceniza del mismo modo que yo.” La cosa quedó decidida en vista de esta insolencia, por la que vino á convertirse la causa de Gimenez en un asunto personal de la Reina, y quedó enteramente desacreditado el general franciscano. Hizo la Reina que se nombrase en Roma una nueva comisión para la reforma; y se declaró por jefe de ella á Gimenez, con facultad de poder substituir el poder que se le dió en la persona ó personas que fuesen más de su agrado. Egecutó la reforma, la consolidó de tal manera, y obvió con tanto acierto todo lo que pudiera destruirla, que subsiste actualmente casi en el mismo estado en que quedó entonces.

Si en Gimenez se veía este ardor para la reforma de las órdenes religiosas, no era de creer que dejase reinar los abusos en el clero de su propia iglesia. Ya se había explicado sobre este punto con los diputados del cabildo de Toledo, que fueron á cumplimentarle con motivo de su nombramiento: lo que puso en consternación á aquel cuerpo, en el que, como en otros muchos, se reputaban por privilegios las

relajaciones antiguas; y movido de sus recelos envió á Roma á su tesorero Alfonso de Albornóz, que era de una casa de las más ilustres de Castilla, á fin de prevenir al Papa y á los cardenales contra todo lo que pudiera emprender el nuevo arzobispo. Pero este ministro tan activo y tan vigilante, que era muy difícil sorprenderle, mandó que fuesen en seguimiento del enviado, al cual alcanzaron en el mar cuando ya se descubría la Italia, y le trajeron á España, donde, á pesar del esplendor de su cuna, estuvo preso año y medio. Hablando del rigor de este castigo, el cual no tenía otra causa aparente que la de haber ido á negociar á Roma sin el permiso de la Reina, decía Gimenez que la severidad de que usaba entonces, le eximia de la precisión de recurrir á ella otras muchas veces: diferenciándose en esto de aquellos ministros apocados que multiplican con su indolencia cruel los delitos y los castigos. Se egecutó este acto de vigor antes de que el nuevo arzobispo hubiese tomado posesión de su silla.

39. Era tan necesario á Isabel, que no pudo dejarla hasta después de tres años de haber sido electo, para ir á Toledo, ó á lo menos para poder ocuparse en la egecución de lo que meditaba. Por último, en este tiempo, mientras la corte estaba engolfada en las fiestas que se hacían con motivo del casamiento de la Infanta Juana con Felipe, archiduque de Austria, obtuvo el permiso para ausentarse, y marchó inmediatamente á su diócesis de Toledo, situada en el centro de España, la más considerable de sus ciudades

en otro tiempo, aunque ahora está reducida á ocho mil habitantes, capital del reino de los godos y de los árabes sus vencedores, era todavía entonces el lugar donde se celebraban las cortes de Castilla, y estaba sujeta á su arzobispo en lo espiritual y temporal. Este prelado era señor de otras diez y seis entre villas y ciudades, y tenia tantos vasallos, que sin hacer ninguna vejacion, podia poner sobre las armas de veinticinco á treinta mil hombres. Era tambien gran canciller de Castilla, é individuo nato del consejo de estado, con derecho para hablar inmediatamente despues del Rey: lo que junto con doscientos mil ducados de renta, y el título de primado de las Españas, le daba una autoridad casi igual en el estado y en la Iglesia. Fue recibido Gimenez con toda la pompa que exigian sus títulos, y el deseo de agradar á un favorito y á un ministro de su carácter. Aunque habia escrito al cabildo y á la ciudad que no le tratasen con ceremonia, salieron á recibirle estos dos cuerpos y casi todo el pueblo á distancia de una legua, y le hicieron á porfia cuantos honores pudieron imaginar.

Sin complacerse demasiado el arzobispo en estas demostraciones, y sin manifestar tampoco una indiferencia desdeñosa, respondió brevemente á cada uno con mucho agrado y cariño, y con una exactitud y presencia de ánimo admirable. En el mismo dia de su recibimiento, no obstante que duró la ceremonia desde la mañana hasta despues de puesto el sol, tomó posesion de su Iglesia, en la que habia la costumbre

de que el nuevo arzobispo jurase que conservaria los derechos y privilegios del cabildo. Observábanle los canónigos temblando por lo que habia ocurrido sobre este particular; pero el arzobispo generalmente generoso, se contentó con haberlos reducido á la sumision, y juró sin restriccion alguna que conservaria inviolablemente los derechos de la iglesia y del cabildo, y que en caso necesario se valdria de toda su autoridad para sostenerlos. En efecto, los sostuvo mas religiosamente que ninguno de sus predecesores; tal era la dureza aparente y la verdadera magnanimidad de Gimenez.

Despues del restablecimiento de la caridad fraternal y de la concordia religiosa, como la cualidad mas excelente de un obispo es la de ser padre de los pobres, quiso saber todas las necesidades, así de los vergonzantes como de los mendigos. Por espacio de muchos dias estuvieron continuamente abiertas las puertas de su palacio para que entrasen en él. Admitia y leía todos los memoriales; oía con una paciencia inalterable cuanto tenian que decirle, socorria desde luego las necesidades urgentes, y tomaba providencias eficaces, así para librarlos de las calamidades que padecian, como para impedir que volviesen á experimentarlas. Despues visitó los hospitales, escuelas é iglesias, se informó de sus cargas y rentas, y donde fue necesario suplió con sus propios bienes, usando de una liberalidad que rayaba en profusion. Corrigió tambien una irregularidad chocante en la catedral de Toledo, que es de las mas hermosas de España, pero

cuyo coro, que era una tercera parte mas estrecho que la nave, no correspondia ni aun á la mitad de toda la obra. Este gasto debió de ser prodigioso, atendida la augusta magnitud del beneficio; y sin embargo le hizo Gimenez por sí solo, no habiendo querido que contribuyese á él el cabildo en lo mas mínimo, aunque poseía inmensas riquezas.

Como amaba sinceramente al pueblo, y tenia mucho celo por la justicia, por el orden y por la honestidad pública, dió insignes pruebas de su buen gobierno, y de su liberalidad y magnificencia, luego que tomó posesion del arzobispado. Limpió su diócesis de usureros y de lugares infames, pero de un modo tan absoluto, que en ocho dias no quedó ni uno solo. Habiendo averiguado que con pretexto de una tolerancia menos peligrosa que la severidad, habian sostenido estos lugares de corrupcion algunos jueces, llevados de un sórdido interés, y que á este género de prevaricacion habian añadido otras muchas, llegando á dar sentencias notoriamente injustas, los obligó á que las revocasen por sí mismos, y mandó arrancar de los registros públicos aquellos monumentos de iniquidad. Condenó á alguno de ellos á pagar unas multas cuantiosas en favor de los pobres, los depuso usando de la autoridad que tenia como señor temporal, y dió sus plazas á otras personas cuya integridad le era conocida. Asimismo se informó de la conducta de los que habian prevaricado en el manejo de las rentas públicas, y despues de haberlos puesto en consternacion, haciéndoles creer que experimentarían

todo el rigor de las leyes, se contentó con una pronta restitution, obligándolos de este modo á agradecerle su clemencia. Pero adquirió una reputacion tan extraordinaria, especialmente entre las gentes del pueblo, con el buen uso que hizo de las sumas recobradas destinándolas al pago de las deudas y al aumento de las rentas de la ciudad, que aun el dia de hoy se oye con singular complacencia el nombre de Gimenez en toda la diócesis de Toledo.

40. Para restablecer por fin la disciplina eclesiástica, convocó á sínodo á su clero; y deponiendo entonces aquella gran severidad que prepara el camino para la reforma, pero que en sosteniéndola demasiado solo sirve para angustiar el espíritu, dió en particular sus consejos paternales á los que creyó que los necesitaban, y se contentó con formar aquellos sábios decretos, llenos de pensamientos no menos dignos de un grande obispo que de un gran ministro, y tan preciosos, que los pocos que nos han quedado nos hacen muy sensible la pérdida de los demás. Viendo que en muchas personas se reducía toda la religion á unas prácticas exteriores, cuyo espíritu no comprendían, mandó que todos los domingos y fiestas diesen los párrocos instrucciones sencillas y sólidas á los pueblos, y que enseñasen á los niños los principios de la doctrina cristiana; á cuyo fin hizo que se escribiesen sermonarios y catecismos. Para proporcionar á los sacerdotes la facilidad de decir misa con la pureza necesaria de conciencia, les permitió á todos que se absolviesen unos á otros, aun de los casos reservados

al obispo. Quiso que se mirase escrupulosamente por el honor de los eclesiásticos, aun en los pleitos que se siguiesen contra ellos, encargando que se despachasen estos con prontitud y con el menor estrépito posible. „Cuanto mas culpables son los sacerdotes (decia), tanto mas debe temerse hacerlos despreciables á los ojos del pueblo.” Huía de reprenderles en público, y lejos de creer que su envilecimiento pudiese dar ningun realce á su propia grandeza, parecia que la gloria y el oprobio de ellos le interesaba personalmente. Se mandó á todos los tribunales, así eclesiásticos como seculares, que decidiesen al golpe y sin causar costas los pleitos de poca importancia, y que en los de grande entidad se diese sentencia definitiva en veinte dias á mas tardar; y no se crea que se redujeron estas órdenes á unas especulaciones inútiles, porque nunca mandó Gimenez sin necesidad, y cosa mandada por Gimenez jamás dejó de egecutarse. En efecto, desde entonces mudó de semblante la iglesia de Toledo, y sirvió de egemplar á las demás diócesis de España.

Hizo tambien decretar en sínodo, que todos los feligreses se confesasen al principio de la cuaresma para disponerse á la comunión pascual, y que sin este requisito no fuesen admitidos á ella; como tambien que los párrocos enviasen al arzobispo una lista puntual de todos los que no la hubiesen recibido, y de los pecadores públicos y escandalosos. Se estableció asimismo que hubiese en todas las parroquias un registro, donde se escribiesen los nombres de los

bautizados, como tambien los de sus padres, madres, padrinos, madrinas, y aun los de algunos testigos, con el año, mes y dia en que se hubiese administrado el bautismo. Esta institucion, tan esencial por tantos títulos, era necesarísima por razon de los divorcios frecuentes y de mala fe, en un tiempo en que la afinidad contraida en la ceremonia del bautismo constituía un impedimento dirimente del matrimonio. Sin embargo, nadie habia tomado hasta entonces una providencia tan acertada, y despues de haber establecido Gimenez este método, le adoptó toda la cristiandad. Por lo demás, todas estas grandes obras, que bastarian por sí solas para honrar al obispado de mas larga duracion, fueron propiamente el primer ensayo de Gimenez, el cual las sostuvo con una constancia que fue objeto de la admiracion entre las demás qualidades sobresalientes de que estaba adornado.

41. Por este mismo tiempo adquirió en Italia una celebridad extraordinaria, aunque por diferente estilo, Gerónimo de Savonarola, religioso dominico (1). Fue su patria Ferrara, y Florencia el teatro de su gloria y de su oprobio. Gozó en ella por mucho tiempo de una veneracion universal, adquirió un crédito que no tenia egemplar en un hombre de su estado, fue reputado por un santo, por un apóstol, por un profeta, y fue el oráculo sin cuya consulta no tomaba jamás la república ninguna resolucion. Sus sermones patéticos hicieron conversiones innumerables y muy

(1) Guich. l. 3. = Comin. l. 8. = Nauclet. Chron. vol. 3. gener. 50.

43. Concurría en él la circunstancia de ser cabeza de esta casa, á la cual honraban los árabes con un respeto casi religioso. Era de alta estatura, bien formado, tenia gran talento, mucha probidad, y un valor que en nada cedía á las demás cualidades que le adornaban. Previendo Gimenez cuán ventajosa sería á la Religion y al estado la conversion de un grande tan acreditado entre los moros, quiso encargarse de ella por sí mismo, confiando en su feliz éxito por las noticias que tenia de que Zegri, hombre de gran penetracion y muy instruido, no gustaba mucho de los delirios del alcorán. Tuvieron los dos muchas conferencias, que acabaron de disipar las tinieblas del ilustre prosélito. Zegri pidió el bautismo por su propia voluntad, mostró mucha impaciencia por recibirle, y habiendo llegado el caso de administrársele tomó el nombre de Gonzalo de Córdoba, de quien era íntimo amigo desde la conquista de Granada, donde habian peleado cuerpo á cuerpo con un denuedo tan igual, que allí quedaron prendados uno de otro. Si cuando se muda de religion, es el desinterés la prueba mas segura de la sinceridad, jamás hubo cosa tan sincera como la conversion de Zegri. Gimenez le ofreció, por un efecto de su generosidad, una pension de cincuenta mil escudos sobre sus propias rentas, y no pudo conseguir de él que los admitiese, hasta que algun tiempo despues de haberle bautizado interpuso la autoridad y el nombre de su Magestad Católica, y entonces aceptó Zegri por respeto, pero con la condicion de que toda aquella suma habia de

emplearse en convertir al cristianismo las gentes de su nacion.

Este Príncipe se mostró siempre en lo sucesivo, no solo cristiano muy sincero, sino animado de un celo apostólico, y nadie trabajó mas eficazmente que él en la conversion de sus compatriotas. En todas ocasiones se gloriaba de ser cristiano, y manifestaba no tener mas que un sentimiento, que era el de haber tardado tanto en abrazar el cristianismo, diciendo que se le habia demostrado tan evidentemente la falsedad de su creencia, que no habia podido menos de abandonarla como hombre de verdad. Estando todos persuadidos de la rectitud y magnanimidad de este Príncipe, y preciándose de ser imitadores suyos cuantos moros distinguidos habia en Granada, no hubo ningun cristiano nuevo de alguna distincion que se avergonzase de su fe; ni los que perseveraron en el mahometismo, manifestaban aversion á las instrucciones cristianas. Añadiendo Gimenez á estas bellas disposiciones sus esfuerzos, su habilidad, sus liberalidades abundantes, el temor de los castigos merecidos por la rebelion, y luego la feliz sorpresa de una amnistía general, no hubo bastantes ministros para conferir el bautismo á los que le pedian, de suerte que fue necesario administrarle por aspersion, llegando á tres mil personas las que se bautizaron entonces. No dudamos que la prudencia de un hombre como Gimenez dictaría las debidas providencias para que el agua santificante cayese sobre todos y cada uno de los catecúmenos: y baste este solo egemplo,

sin repetir ahora lo que hemos dicho en una ocasion semejante, para confundir la temeridad de aquellos censores fastidiosos, que ponen el mayor cuidado en establecer una desemejanza escandalosa entre los tiempos primitivos y las últimas edades de la Iglesia.

44. Gimenez, tan digno de servir de modelo en los tiempos venideros, y que en efecto fue el primero que abrió el camino en muchas cosas á las generaciones futuras, dió pruebas en Granada de aquel talento universal que abraza todos los tiempos, y prevee todos los inconvenientes. El arzobispo de aquella diócesi, prelado de una piedad insigne, trabajaba por su parte en la conversion de los moros con todo el ardor que es capaz de inspirar á un santo obispo el amor de su propio rebaño. Gobernándose por este solo principio, y no consultando mas que la utilidad presente, quiso dar á los recién convertidos traducciones arábigas de la sagrada Escritura, del ritual, del misal, y generalmente de todos los libros eclesiásticos. Tambien estaba inclinado á hacer que rezasen el oficio divino en lengua vulgar, ó á lo menos una parte considerable de él. Gimenez, que tenia mas serenidad, y veía todos los objetos en sí mismos, prescindiendo de la preocupacion y de los intereses momentáneos, creyó que el plan del arzobispo de Granada podria traer unas consecuencias muy peligrosas. Acerca de rezar el oficio divino en lengua vulgar, dijo en dos palabras, que estaba en contra el uso de la Iglesia universal, y que una iglesia particular no podia dispensarse de él. En cuanto á la

traduccion de los libros divinos, sostuvo que disminuiria infaliblemente el respeto con que miraban los pueblos las cosas de la Religion; que de aquí resultaria una multitud de cuestiones, disputas, dudas y perplexidades que no eran capaces de satisfacer los ignorantes, y que por lo mismo no podrian menos de debilitar su fe; que entre las naciones antiguas que hablaban la lengua original de los libros santos, habian usado los padres y doctores de la Iglesia de una circunspeccion muy grande con el comun de los fieles; y que el mismo Jesucristo habia dado ejemplo de esto, pues en vez de ofrecer al pueblo, como lo egecutaba con sus Apóstoles, una idea clara de las cosas sagradas, le hablaba siempre con alegorias y parábolas. Se rindió á estas razones el arzobispo de Granada; no llegaron á hacerse las traducciones, y se conservaron religiosamente los usos de la iglesia romana.

45. Tan corto obstáculo fue este para la conversion de los granadinos, que en el discurso de algunos meses no quedó ni un solo mahometano algo visible en toda la ciudad de Granada. La misma proporcion siguió el torrente de las conversiones vulgares. Desde que aquellos pueblos recibieron la ley del vencedor, no solo se impedian entre ellos los insultos populares y las irrisiones del cristianismo, sino que se los obligaba á asistir á las instrucciones cristianas, fueron cayendo en el mayor desprecio los delirios de Mahoma, y no tenian mas apoyo que el de una costumbre ciega, sostenida únicamente por la hez del pueblo, ó

por los rústicos habitantes de las montañas. Agitados estos repentinamente de un instinto brutal, y desesperados al saber la novedad ocurrida en Granada, tomaron las armas y se reunieron en gavillas numerosas. Pero fueron sorprendidos en los desfiladeros con una celeridad de que no tenían ellos egemplar, y se les obligó á dar una batalla, en la cual quedó sofocada la rebelion con la muerte de casi todos los rebeldes. A los demás montañeses se les impuso la obligacion de destruir por sí mismos sus fuertes y atrincheramientos. Los principales de ellos fueron entregados en rehenes para asegurar la fidelidad de los demás.

46. Muy pronto halló Gimenez una materia nueva para el egercicio de sus talentos, ó por mejor decir, de su religion y de su incorruptible equidad, porque habiendo cometido varios escesos los nuevos poseedores de la isla de Santo Domingo, llamó á dos piadosos geronimianos que habian vuelto de aquel pais á quejarse de ellos, les dijo, que se esplicasen con entera libertad, sin perdonar á persona alguna, de cualquier clase ó condicion que fuese, é informado de todo, logró que se nombrasen comisionados integros para residenciar á los acusados, y con efecto se castigó severamente á los que resultaron reos.

47. En medio de tantos y tan varios asuntos, no perdió de vista el arzobispo de Toledo los cuidados propios de la dignidad eclesiástica en que estaba constituido. Habiendo ido á Alcalá, ciudad de su diócesi, en la cual habia estudiado siendo mozo, fundó en ella

el magnífico colegio de San Ildefonso, hizo tanto bien á aquella universidad, en nada inferior á ninguna de las de España, y puso los estudios en un estado tan floreciente, que aun ahora se gloria de tenerlo por fundador. Despues emprendió la grande obra de la Biblia políglota, en la que empleó á una multitud de sábios que acudieron de todos los paises, estimulados de su gran liberalidad, y los dirigió en todas sus tareas con la superioridad de sus propios conocimientos. Se trabajó en ella mas de doce años, y comparado este tiempo con la obra, debe parecer muy corto. Contiene la políglota el testo hebreo, la version de los setenta con una traduccion literal, la de San Gerónimo, y en fin, la paráfrasis caldéa de Onkelos sobre el Pentateuco. Además de esto hay un volumen adicional, ó sea suplemento, que contiene un diccionario de voces hebreas y caldeas, muy estimado de los sábios. Esta empresa costó prodigiosas sumas, sin contar los enormes gastos de la impresion. Dió Gimenez todo lo que le pidieron por los manuscritos antiguos, y alguno hubo que le costó cuatro mil ducados. El gasto total pasó de cincuenta mil ducados de oro: suma asombrosa para aquel tiempo. Hay sin duda algunos defectos que corregir en este ensayo extraordinario, despues del cual se han hecho otras políglotas mas perfectas; pero el genio creador de Gimenez brillará siempre, así en esta empresa, como en otras muchas cosas en que no tuvo ningún modelo que seguir, y obscurecerá la gloria de los que mas se han esmerado en imitar sus obras.

48. Fundó tambien en Alcalá, para las doncellas que tenían vocacion á la vida religiosa y que no podían realizar sus deseos por la pobreza en que se hallaban, un monasterio muy bien dotado, con prohibicion espresa, no solo de exigir cosa alguna de las pretendientas, sino tambien de recibir lo que ofreciesen por su propia voluntad. Advirtiéndole que estaba espuesto á un peligro muy próximo el honor de muchas doncellas, ya de la clase distinguida, y ya de la comun, por no tener con qué casarse, dió desde luego un millon y doscientos mil reales para colocar á las pobres. Al mismo tiempo contribuyó con ochocientos mil reales para rescatar los esclavos cristianos que estaban gimiendo bajo el yugo de los infieles. Se hallaba entonces en su diócesi, y son innumerables las limosnas y las demás buenas obras que hizo en ella en el espacio de tres meses. En este mismo tiempo dió la última mano á la restauracion de la disciplina entre su clero. Júzguese del grado de perfeccion á que llegaban sus ideas por el rasgo siguiente, elegido entre otros mil, porque es de los que mejor caracterizan á Gimenez. Para dar á entender con cuanta pureza y respeto se deben tratar nuestros augustos misterios, se mandó que el canónigo que estoviese de semana para la celebracion del santo sacrificio, y los dos que sirviesen de diácono y subdiácono, pasasen todo este tiempo en el claustro viejo, á cuyo efecto se habilitaron algunas habitaciones. Allí no podían entrar los seglares; los ministros sagrados estaban dedicados á la oracion ó á la lectura de libros

espirituales, y no tenían conversacion sino con algunos eclesiásticos de conocida virtud. Se observó esta disposicion en la iglesia de Toledo mucho tiempo despues de haber muerto Gimenez.

Pero dejemos una materia que no podemos apurar por razon del plan que nos hemos propuesto, y pasemos á los asuntos de Francia, muy unidos por entonces con los de España, ó por mejor decir, con los de Aragon, y en los cuales tuvo muy poca parte el ministro de Isabel (1). En consecuencia de un tratado hecho entre Luis XII y Fernando el Católico, se apoderaron fácilmente del reino de Nápoles estos dos Reyes, y le dividieron entre sí, segun los pactos en que habían convenido. Los españoles se quedaron con la Pulla y Calábria, y los franceses con lo demás del reino. De este modo se vió enteramente despojado el infeliz Federico, y tomó el partido de retirarse á Francia con la Reina su muger, los Príncipes sus hijos, y sus dos hermanas, la una repudiada por el Rey de Polonia, y la otra desposeida del ducado de Milán. ¡Ejemplo asombroso de las crueles vicisitudes de la fortuna, encarnizada contra una misma familia, en la cual se veían á un mismo tiempo tres testas coronadas reducidas á una especie de destierro (2)!

La desgracia de Federico dió motivo á un nuevo tratado entre los Reyes de Francia y Aragon. Se estipuló que Carlos de Luxemburgo, ó Carlos V, nieto de Fernando, se casaria con la Princesa Claudia, hija

(1) *Marian. lib. 27.* (2) *Histor. del Caballer. Bayar. c. 8.*

primogénita de Luis, y que los dos Reyes se desprendieran de la parte que les habia cabido en el reino de Nápoles á favor del Príncipe y Princesa. El archiduque Felipe, padre de Carlos de Luxemburgo, pasó á Francia con ocasion de este tratado, y lo firmó en su nombre y en el de Fernando, de quien era yerno y plenipotenciario. Pero habiendo variado las circunstancias, se indispusieron los dos Reyes, y llegando á las manos sus egércitos, perdieron los franceses en dos meses las batallas de Seminara y Cerignolo, y con ellas todo el reino de Nápoles, el cual quedó por Fernando, para pasar con los demás estados suyos á la casa de Austria.

Al mismo tiempo que trastornaban toda la Italia unas disensiones y guerras tan crueles, pusieron sin duda grandes obstáculos á la piedad de los fieles que querian ganar el jubileo secular. Decia la bula, que los extranjeros estarian en Roma quince dias para visitar las iglesias, y que los de la ciudad emplearian treinta en esta visita; pero el Papa se vió obligado á reducir este tiempo á cinco dias para los extranjeros y á siete para los romanos. Prolongó tambien la indulgencia hasta el año siguiente, sin que por eso fuese mas numeroso el concurso; y habiendo propuesto al mismo tiempo un proyecto de cruzada, no llegó á verificarse.

49. Confirmó Alejandro VI el santo instituto de la Anunciacion, fundado por la Reina Juana de Francia, á la cual habia repudiado Luis XII. La bula es del dia 12 de Febrero del año 1502. Enteramente

desprendida esta virtuosa Princesa de un mundo que la habia tratado con tanta dureza, formó el designio de inspirar á otras sus mismas ideas, y de reunir en una comunidad regular el mayor número de vírgenes cristianas que pudiese. Como su propia devocion se proponia por objeto el imitar á la Virgen Santísima con la perfeccion que la fuese posible, la regla que las dió fue un método práctico y preciso de esta imitacion, la cual redujo á diez artículos relativos á las diez virtudes principales de la Virgen, que, según la mente de la fundadora, son la pureza, la humildad, la caridad, la paciencia, la mortificacion, la prudencia, y mas especialmente la circunspeccion en las palabras, la oracion continua, el desprecio de los bienes del mundo, y la obediencia, que es la basa de toda la vida religiosa. Habiéndose puesto de acuerdo la Princesa con un santo religioso observante, llamado Gilberto Nicolai, que era su confesor, fue examinada la regla por el obispo de Albi, Luis de Amboise, el cual creyó descubrir en ella con tanta claridad el espíritu de Dios, que al momento pidió su confirmacion al Sumo Pontífice con las mayores instancias. El hábito de la orden consiste en un manto ó capa parda con un escapulario encarnado. Estas religiosas se pusieron, á egemplo de su fundadora, bajo la direccion de los franciscanos observantes, muy venerados entonces por sus egemplares virtudes.

50. Aunque la santa fundadora no tomó el hábito de la orden por creer que no era tan conveniente para sus designios benéficos como el aparato de su

dignidad, fue hasta el último aliento el modelo de las religiosas mas perfectas. El primer monasterio fue edificado en Bourges, donde se habia establecido la Princesa, y en el cual murió llena de virtudes y méritos el dia 4 de Febrero de 1504. Fue enterrada en la iglesia de sus religiosas, y permanció entero su cadáver hasta que le sacaron del sepulcro los sectarios sacrilegos de los últimos siglos, y le redujeron á cenizas en el año 1562. Algunos testigos, preguntados judicialmente, declararon, que aun entonces habia salido sangre del cadáver y habiéndose justificado otros muchos milagros, se permitió desde luego celebrar la fiesta de Juana, Reina de Francia, en los monasterios de su orden. Despues fue colocada con la mayor solemnidad en el número de los Santos.

51. Acerca de la muerte de Alejandro VI, sucedida á 18 de Agosto de 1503, hay variedad de opiniones; pues dicen unos, que este Papa murió envenenado, padeciendo las convulsiones mas horribles, y otros, que tuvo tiempo suficiente para recibir todos los sacramentos, y que murió despues de haber estado seis dias con calentura. Sea de esto lo que quiera, debemos confesar en honor de la verdad, que Alejandro tuvo algunas virtudes; que amó las letras, recompensó á los sábios, pagó puntualmente á sus tropas, que eran muchas, y fue el primero que puso á sus sucesores en estado de hacerse respetar en el mundo como Soberanos.

RESUMEN

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS

EN EL LIBRO QUINCUAGÉSIMO-SÉPTIMO.

N.º 1. *El cardenal de Amboise burlado por el cardenal de la Rovere en su pretension al Pontificado.* 2. *Eleccion y muerte de Pio III.* 3. *Eleccion de Julio II.* 4. *Ruina de César de Borja.* 5. *Muerte de la Reina Doña Isabel.* 6. *Juana la Loca, Reina de Castilla, bajo la regencia de Fernando.* 7. *Catalina de Aragon, casada en segundas nupcias con el Principe Enrique de Inglaterra.* 8. *Calistinos y hermanos de Bohemia.* 9. *Bula para la eleccion de los Papas.* 10. *Principio de la iglesia de San Pedro de Roma.* 11. *Progresos de los portugueses en las Indias.* 12. *Francisco de Almeida, primer virey.* 13. *El grande Alburquerque.* 14. *Judios degollados en Lisboa.* 15. *Muerte de San Francisco de Paula.* 16. *Casamiento de la Princesa de Francia Claudia con el duque de Angulema.* 17. *Liga de Cambray contra los venecianos.* 18. *Batalla de Agnadel.* 19. *Gimenez conquista á Orán.* 20. *Pedro de Navarra.* 21. *Modestia de Gimenez.* 22. *Liga de Fernando y de los italianos contra Francia.* 23. *Muerte del cardenal de Amboise.* 24. *Violencia de Julio II contra Francia.* 25. *Asamblea del clero en Orleans.* 26. *Julio II manda*

dignidad, fue hasta el último aliento el modelo de las religiosas mas perfectas. El primer monasterio fue edificado en Bourges, donde se habia establecido la Princesa, y en el cual murió llena de virtudes y méritos el dia 4 de Febrero de 1504. Fue enterrada en la iglesia de sus religiosas, y permanció entero su cadáver hasta que le sacaron del sepulcro los sectarios sacrilegos de los últimos siglos, y le redujeron á cenizas en el año 1562. Algunos testigos, preguntados judicialmente, declararon, que aun entonces habia salido sangre del cadáver y habiéndose justificado otros muchos milagros, se permitió desde luego celebrar la fiesta de Juana, Reina de Francia, en los monasterios de su orden. Despues fue colocada con la mayor solemnidad en el número de los Santos.

51. Acerca de la muerte de Alejandro VI, sucedida á 18 de Agosto de 1503, hay variedad de opiniones; pues dicen unos, que este Papa murió envenenado, padeciendo las convulsiones mas horribles, y otros, que tuvo tiempo suficiente para recibir todos los sacramentos, y que murió despues de haber estado seis dias con calentura. Sea de esto lo que quiera, debemos confesar en honor de la verdad, que Alejandro tuvo algunas virtudes; que amó las letras, recompensó á los sábios, pagó puntualmente á sus tropas, que eran muchas, y fue el primero que puso á sus sucesores en estado de hacerse respetar en el mundo como Soberanos.

RESUMEN

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS

EN EL LIBRO QUINCUAGÉSIMO-SÉPTIMO.

N.º 1. *El cardenal de Amboise burlado por el cardenal de la Rovere en su pretension al Pontificado.* 2. *Eleccion y muerte de Pio III.* 3. *Eleccion de Julio II.* 4. *Ruina de César de Borja.* 5. *Muerte de la Reina Doña Isabel.* 6. *Juana la Loca, Reina de Castilla, bajo la regencia de Fernando.* 7. *Catalina de Aragon, casada en segundas nupcias con el Principe Enrique de Inglaterra.* 8. *Calistinos y hermanos de Bohemia.* 9. *Bula para la eleccion de los Papas.* 10. *Principio de la iglesia de San Pedro de Roma.* 11. *Progresos de los portugueses en las Indias.* 12. *Francisco de Almeida, primer virey.* 13. *El grande Alburquerque.* 14. *Judios degollados en Lisboa.* 15. *Muerte de San Francisco de Paula.* 16. *Casamiento de la Princesa de Francia Claudia con el duque de Angulema.* 17. *Liga de Cambray contra los venecianos.* 18. *Batalla de Agnadel.* 19. *Gimenez conquista á Orán.* 20. *Pedro de Navarra.* 21. *Modestia de Gimenez.* 22. *Liga de Fernando y de los italianos contra Francia.* 23. *Muerte del cardenal de Amboise.* 24. *Violencia de Julio II contra Francia.* 25. *Asamblea del clero en Orleans.* 26. *Julio II manda*

en persona los egércitos. 27. Conciliábulo de Pisa. 28. Es trasladado á Milán. 29. Convocacion del concilio de Letrán. 30. Su apertura. 31. Desgracias de Luis XII. 32. El Rey Fernando se apodera de Navarra. 33. Muerte de Julio II. 34. Leon X. 35. Su prudencia y moderacion con respecto á los franceses. 36. Batalla de Novara. 37. Reconciliacion de los franceses con el concilio de Letrán. 38. Muerte de la Reina de Francia. 39. Segundo matrimonio y muerte de Luis XII. 40. Francisco I. 41. Decretos de reforma dados en el concilio de Letrán. 42. Victorias de Francisco I en Italia. 43. Conferencia de Bolonia. 44. Substituyese el concordato á la pragmática-sancion. 45. Muerte de Fernando el Católico. 46. Gimenez, regente de Castilla. 47. Muerte de Gimenez. 48. Fin del concilio de Letrán. 49. Conjuracion tramada contra Leon X. 50. Indulgencias publicadas en todos los paises cristianos.

HISTORIA

DE LA IGLESIA.

LIBRO QUINCUAGÉSIMO-SÉPTIMO.

Desde la muerte de Alejandro VI, sucedida en el año 1503, hasta el principio del luteranismo en el de 1517.

1. Los grandes hombres tienen sus defectos del mismo modo que los hombres vulgares; pero aun estos mismos defectos están manifestando la grandeza y elevacion de su origen. Tal fue en el cardenal Jorge de Amboise el deseo de obtener el Sumo Pontificado, aunque no le pretendió tanto por ambicion como por complacer á su Soberano, y apoyar el derecho que tenia á una parte de Italia. Pero justamente fue ésta la causa de que errase el golpe, á lo que contribuyeron tambien los artificios del cardenal Julian de Rovere, que supo aprovecharse para su propia utilidad de los recelos de aquella nacion suspicáz (1). El cardenal de Amboise tenia una confianza total en la Rovere, adicto al partido de Francia por espacio

(1) Guich. l. 6.

de diez años, odioso de consiguiente á la faccion española, y enemigo particular del duque del Valentinesado y de sus partidarios, de suerte que no parecia creible que este confidente tratase de hacer su negocio; además que habiéndose acercado á Roma las tropas numerosas que tenia todavia en Italia Luis XII, adquirió por este medio un nuevo apoyo el cardenal de Amboise, como lo conoció muy bien la Rovere, el cual buscó á Amboise, y le persuadió, que aun prescindiendo de este último recurso, que no dejaba de incomodar á todos sus amigos, no podia menos de verificarse su eleccion; que con respecto á los cardenales contrarios á su nacion le seria aquel arbitrio mas perjudicial que útil; que no dejarian de decir que le habian elegido por el temor de las armas francesas, y que tal vez irian á otra parte á elegir nuevo Papa. El cardenal de Amboise comunicó estas reflexiones al duque del Valentinesado, que era de su partido, el cual acusó á la Rovere de infidencia y de traicion; pero Amboise, menos versado que el duque en el arte de engañar, quedó tan persuadido de lo que le habia dicho la Rovere, que no fue posible darle á entender otra cosa, y no solo hizo que se alejase el ejército francés, sino tambien que saliese de Roma el duque con los oficiales y todos los militares que habia ya dentro de la ciudad. Inmediatamente levantaron los cardenales milicias urbanas para asegurar la tranquilidad pública, y despues de esto entraron en cónclave, en número de treinta y ocho. La Rovere, que conocia bien que aun no habia llegado

su tiempo, empezó á solicitar votos á favor de Piccolomini, cardenal de Sena, uno de los hombres mas honrados que habia en el sacro colegio, pero conceptuado por muy contrario á la Francia, como su tio Pio II. Por medio de esta disposicion, presentada con mucha destreza, no solo le proporcionó el astuto solicitador los votos de la faccion española, sino que se grangeó la confianza de sus Magestades Católicas. Temiendo los italianos tener un Papa extranjero, no dudaron un momento en unirse á esta faccion.

2. En efecto, fue elegido Piccolomini el dia 22 de Setiembre de 1503, y tomó el nombre de Pio III en memoria de su tio. Las intrigas del cardenal de Amboise no le produjeron otro fruto que el de experimentar el desagrado del nuevo Pontifice, los sarcasmos de los romanos, y el abandono de los Príncipes que se habian mostrado mas adictos á la Francia. Sin embargo, parece que no estaba todavia bien desengañado, cuando á los veinte dias pasó Pio III desde el trono al sepulcro. Segun los designios del cardenal Rovere, no era la tiara mas que un adorno colocado en la cabeza de aquel Pontifice casi moribundo, hasta que su interesado bienhechor hallase ocasion para condecorarse con ella.

3. Volvió á entrar en cónclave el cardenal de Amboise sin saber probablemente el estado de la intriga de su competidor; pero no tardó en saberlo, por que en el primer dia, que fue el 31 de Octubre, tuvo las dos terceras partes de los votos, antes de

cerrarse el cónclave, Julian de Rovere, cardenal de San Pedro *ad vincula*, y se dió por hecha la eleccion. Desde la exaltacion de su predecesor, cuya vida no debia ser muy larga, segun todos los indicios, se habia ocupado constantemente en asegurar el buen éxito de sus ideas. El ódio del nombre francés le proporcionó el favor de los españoles. Se aprovechó de la decadencia que empezaba á experimentar del duque del Valentinesado para atraerle á su partido, juntamente con los cardenales adictos á la casa de Borja, dándole esperanzas de que contribuiría á mejorar su suerte. Por lo que hace á los italianos, es verdad que le tenian por hombre inconstante, caprichoso, inquieto y nada enemigo de intrigas y enredos; pero al mismo tiempo sabian que era intrépido, y adicto defensor de los derechos de la santa Sede, y cumplidor de su palabra, cuando habia ofrecido dar alguna cosa. No obstante, para obtener los votos de los cardenales, prometió quizá (dice un autor italiano) mas de lo que quisiera dar siendo Papa (1).

Para indemnizar en cierto modo al cardenal de Amboise, le confirmó Julio II (que este nombre tomó el nuevo Papa) la legacion de Francia, con facultad para disponer de todos los beneficios del reino, y autoridad absoluta sobre el condado venesino. Francisco de Clermont Lodeve, arzobispo de Narbona, y sobrino de este competidor suplantado, fue por recomendacion suya uno de los cuatro primeros cardenales que creó Julio II. Es de notar, que en esta

(1) Guich. l. 6.

promocion empezó la ceremonia de cerrar la boca á los nuevos cardenales. Amboise, ministro celoso y buen patriota, se consoló mucho mas al ver que la plaza que él perdía, era ocupada por un hombre que, en su concepto, miraba con particular inclinacion á Luis XII: otro error, tan poco excusable como los precedentes. Si comparamos entre sí á los dos mayores ministros de su tiempo, daremos ciertamente la preferencia á Gimenez por el profundo conocimiento que tenia de los hombres; y es seguro, que hubiera salido mejor del laberinto de las intrigas italianas, ó que tal vez no se hubiera metido en él. Pero aun en medio de esta conducta, que sin duda alguna no es de alabar, manifestó siempre el cardenal de Amboise su carácter de dignidad y de moderacion. Tuvo la flaqueza de aspirar al Pontificado; pero solo se valió de los buenos oficios de sus amigos, sin recurrir á un tráfico indigno, á las liberalidades, ni aun á las promesas. No formó intrigas ni cabalas; antes de la eleccion, suspendió la marcha de las tropas francesas, por no atentar contra la libertad de los votos; no se quejó de los artificios de sus rivales, ni de la dobléz de sus falsos amigos; y despues de dos afrentas recibidas en muy corto tiempo, se sujetó gustoso á los autores de ellas. Pudo ser insultada su sencillez; pero se insultaba á la sencillez del justo, mas irreprochable sin duda, sino se hubiera manchado con alguna ambicion.

4. El Papa Julio, que se habia reconciliado por interés con el duque del Valentinesado, estaba

resuelto á arruinar una fortuna, fabricada casi toda ella á espensas de la iglesia romana, y desde luego quiso volver á ocupar las plazas que poseía el duque en la Romanía (1). No disponiendo ya éste de las fuerzas del estado de la Iglesia, viéndose abandonado de sus antiguos amigos y aun de sus propias hechuras, y estrechado fuertemente por los venecianos, los cuales pretendian tambien estender su dominacion á la Romanía, hizo con el Papa un tratado, por el que se obligaba á entregarle todas las plazas que tenia en aquella provincia. Habiendo tenido algun nuevo vislumbre de esperanza, no tardó en arrepentirse de este convenio, y avisó secretamente al gobernador que tenia en Cesena, que mandase ahorcar al que fuese á tomar posesion de aquella ciudad en nombre del Papa: lo que se egecutó en efecto. No pudo estar tan oculto este atentado, que no llegase á noticia del Papa antes que hubiese podido el duque ponerse en salvo. Se creyó en vista de esta infamia, que no debía guardarse ya ningun respeto ni miramiento. Se le prendió y se le encerró estrechamente en el castillo de Sant-Angelo, y luego en Ostia, á cargo del cardenal de Carvajal, hasta que se entregasen todas sus plazas á los oficiales del Papa. Tenia pensado el duque retirarse á Francia; pero Carvajal le hizo tomar la resolucion, de grado ó por fuerza, de pasar á Nápoles cerca de Gonzalo de Córdoba, diciéndole que le trataria mejor que los franceses. En efecto, recibió muchos obsequios del general español, el cual le dió un

(1) *Marian. l. 28. n. 47.*

tren correspondiente á un Príncipe, y repartió con él su bolsillo; pero inmediatamente participó este recurso al Rey de España, y le aconsejó que no tuviese ninguna confianza en un pícaro que le venderia á la primera ocasion, ó por mejor decir, en una fiera que solo podia dejar de hacer mal teniéndola sujeta con cadenas, como á los tigres y leopardos. El duque fue trasladado á España y encerrado en una prision, donde permaneció casi tres años, á cuyo tiempo se escapó, habiendo sobornado á los que le custodiaban, y fue á refugiarse á la corte de su cuñado el Rey de Navarra, donde perdió la vida poco despues de una escursion tumultuosa, mas parecida á un atropellamiento de salteadores que á una espedicion militar.

5. La muerte de Isabel, Reina de Castilla, sucedida á 26 de Noviembre de 1504, ocasionó muchos movimientos en Castilla y en todas las cortes de Europa (1). Esta Princesa, eternamente memorable por su piedad y por todas sus virtudes cristianas, por la estension y elevacion de sus ideas, por su prudencia, actividad y gran valor, era la principal gloria de su nacion, y aun del Rey su esposo, á pesar de las excelentes cualidades de que estaba adornado. A Isabel debe esta monarquía la conquista de las islas Canarias y del Nuevo mundo, la espulsion de los moros, las proezas de Gonzalo de Córdoba, y casi toda la preponderancia de que gozó por mucho tiempo en Europa, habiendo contribuido tambien en gran manera aquella Reina admirable á la egecucion de los

(1) *Marian. l. 28. n. 60.*

nobles proyectos de Fernando con sus exhortaciones y con su ejemplo. Tenia cincuenta y tres años cuando murió, y su esposo no pasaba entonces de treinta y siete (*).

6. En su testamento habia declarado la Reina á su hija Juana, muger del archiduque Felipe, por heredera de Castilla; y como Juana, llamada la loca, habia perdido efectivamente el juicio, confió el gobierno de este reino al Rey Fernando, hasta que llegase á la edad de veinte años el duque de Luxemburgo, hijo de Juana y de Felipe (1). Esta última prueba de aprecio, dada al Rey de Aragon contra las pretensiones del archiduque, estaba sujeta á muchos inconvenientes; y de ella resultaron en efecto aquellas negociaciones y facciones contrarias, y aquellos tratados sin número y sin consistencia, por los cuales tan pronto estaban amigos como enemigos los Príncipes de España y de Austria, los Reyes de Francia y de Inglaterra, y por consiguiente las potencias de Italia, que no tenían entonces mas movimiento que el que recibían de las extranjeras. No es nuestro ánimo desmenuzar y aclarar este caos fastidioso, y mucho mas

(*) Su muerte fue tan llorada quanto lo merecia su vida, su valor, prudencia y las demás virtudes tan eminentes en esta gran Reina, que la menor de sus alabanzas es haber sido la mas excelente y valerosa Princesa que tuvo el mundo, no solo en sus tiempos, sino muchos siglos antes. Su cuerpo se depositó en la Alhambra de Granada, donde fue tambien despues enterrado su augusto esposo. Véase su testamento en los apéndices á la Historia general de España, tom. 9. Valencia 1796.

(1) *Osoo. l. 3. Boonacurs. in Diar.*

teniendo, como tiene, muy poca relacion con el objeto que nos hemos propuesto. Bastará, segun nuestro método acostumbrado, decir cuando se presente la ocasion lo que necesite para unir y enlazar entre sí los diversos hechos, y para que puedan entenderse perfectamente las cosas eclesiásticas. Aun no habia pasado un año desde la muerte de Isabel, cuando Felipe se partió muy descontento á Castilla, donde al momento fue coronado Rey, y dejó Fernando el gobierno de este reino; pero habiendo muerto poco despues el nuevo Rey, eligieron las córtes á Fernando por regente: en lo que influyó mucho el cardenal Gimenez, el cual quedó poco despues encargado del gobierno, durante la residencia del Rey de Aragon en el reino de Nápoles, adonde se vió precisado á pasar con motivo de ciertas sospechas contra el gran Gonzalo que mandaba en aquellos estados (*).

7. La Reina Juana tenia una hermana menor

(*) Todos estos sucesos pertenecen mas á la historia civil que á la eclesiástica, por lo que remitimos á nuestros lectores para su perfecta inteligencia á la *Crónica de los Reyes D. Fernando y Doña Isabel*, escrita por Hernando del Pulgar; y á la *Historia general de España*. Sin embargo, no podemos menos de recordar aquí la heroica magnanimidad del Rey Católico, quien, á pesar de las instancias de los pueblos y Grandes del reino, de la inhabilidad de su hija Doña Juana, de estar ofendido de su yerno en muchas maneras, y de la facilidad con que hubiera podido apoderarse de todo, lo renunció todo con admirable grandeza de ánimo, y en el mismo dia que falleció la Reina salió por la tarde, y mandó alzar los pendones reales por su hija, como Reina propietaria de Castilla, y por el archiduque Felipe, como su marido.

llamada Catalina, que se habia casado, dos años hacia, con el Príncipe Arturo ó Artus, hijo primogénito del Rey de Inglaterra. Habiendo muerto Artus, y no queriendo el Rey, su padre, devolver doscientos mil escudos que habia llevado en dote Catalina, resolvió casarla con el Príncipe Enrique, su hijo segundo, y pidió al Papa Julio aquella dispensa fatal, cuyos efectos deplorables veremos mas adelante. Como Alejandro VI habia permitido ya á Manuel, Rey de Portugal, casarse sucesivamente con dos hermanas, siguió Julio este ejemplo, á pesar de las reclamaciones de muchos obispos. Sin duda alguna seria cosa temeraria limitar generalmente, aun en esta materia, el poder de los Sumos Pontífices; pero la condescendencia de Julio con respecto á Enrique VII, Príncipe desacreditado por su insigne avaricia, ¿tenia por ventura una causa bastante plausible? Quiso tambien el Rey de Inglaterra que se canonizase á Enrique VI, su predecesor, de la casa de Lancaster (de la cual era igualmente el mismo Rey), asesinado, como hemos visto, por orden de Ricardo III de la casa de York; mas no consiguió su intento, siendo el motivo de ello, segun Rapin Thoiras, el gasto que era preciso hacer para lograrle. ¡Así se perpetúan las preocupaciones en las sectas, abusando de la credulidad popular! Sin embargo, está demostrado por monumentos auténticos, que habiendo examinado el asunto con la debida madurez el Papa y los cardenales, declararon que habia mas simplicidad y aun fatuidad en la vida de Enrique VI, que virtudes eminentes confirmadas con

milagros, que son las que honra la Iglesia con culto público (1).

8. Los sectarios de Bohemia, tantas veces exaltados y abatidos, no cesaban de levantarse de sus caídas, aprovechándose siempre de la primera condescendencia para abandonarse á los últimos excesos de la rebelion y de la impiedad (2). La tolerancia del cáliz, ó la comunión bajo las dos especies, no habia bastado para aquietarlos, y estaban ya imbuidos en todos los errores impíos de los taboritas, esto es, de Juan Hus y de Wiclef. Los calistinos, ó los que se limitaban al cáliz, eran á la verdad mas numerosos, y se oponian á las pretensiones turbulentas de los otros. No obstante, se aumentaron estos últimos de tal manera, que llegaron á formar una secta particular, bajo la direccion del zapatero Pedro Relesiski, digno maestro de tales discípulos, el cual les dió desde luego un cuerpo de doctrina. Despues tuvieron por pastor á Matías Convaldo; eligieron por sí mismos sus ministros, y subsistieron en esta forma de gerarquía, ó por mejor decir, de latrocinio, hasta que vino Lutero á reforzar su partido con estas tropas honradas. Esta es la gente famosa á que se dió el nombre de *hermanos de Bohemia*.

Su doctrina ó su audacia era muy á propósito para agradar al falso reformador de Alemania, que se apropió las ideas de aquel populacho desenfrenado, quedando privado por consiguiente aun de la gloria

(1) *Rain.* 1504. n. 33. (2) *Bossuet. Variac.* tom. 3. lib. 11.

despreciable de la invencion en su monstruosa reforma. La misa, la transubstanciacion, las oraciones por los difuntos, el culto de los santos, y sobre todo la potestad del Papa, eran cosas que ofendian á los hermanos de Bohemia. Segun los discípulos del doctor zapatero, el Sumo Pontífice era el Anticristo; la iglesia romana, la ramera del Apocalipsis; los sacramentos de esta Iglesia, abominaciones; el culto de los Santos, de las imágenes y de las reliquias, idolatria; las oraciones por los difuntos, supersticion; el celibato eclesiástico, y los votos y ayunos, fatuidades y sujeciones pueriles. No celebraban mas fiestas que Navidad, Pascua y Pentecostes: decian que la Escritura era su única regla de fe: reprobaban todas las ceremonias de la Iglesia: solo usaban de la oracion dominical en la celebracion de la Misa: consagraban con pan fermentado, y no querian adorar á Jesucristo en la Eucaristía. Sus ministros eran unos simples legos, y tan ignorantes, á lo menos por mucho tiempo, que rebautizaban á todos los cristianos que iban á parar á su secta. A esto se atrevieron dos mil ó tres mil hombres sin ninguna instruccion, igualmente enemigos de los calistinos, contra los cuales se rebelaron, que de los católicos de quienes se habian separado mucho antes.

Los calistinos, que á escepcion del cáliz, convenian en todo lo demás con la iglesia romana, hicieron causa comun con los católicos para denunciar los errores de los hermanos á Uladislao VI, Rey de Bohemia y de Hungría. Presentaron los acusados una

confesion de fe para justificarse (1). En ella admiten como nosotros los siete sacramentos, y hablan en particular de la confesion auricular como de una cosa obligatoria. Acerca de la Eucaristía dicen espresamente que se recibe en ella el cuerpo y la sangre del Señor, bajo las dos especies del pan y del vino, y se esplican de un modo tan claro y terminante contra los defensores del sentido figurado, que se necesitaba toda la sutileza de los dogmatizadores, y el grande interés que tenian en aumentar su secta, para adoptar á unos hermanos que tan poco se les parecian. En los otros puntos de doctrina no se manifiestan muy distantes de las máximas católicas, escepto en los principios de la justificacion, en lo que fueron tambien los precursores de la justicia imputativa é irremisible, ó de la justicia que se adquiere con la fe sola, y no se pierde sino perdiendo ésta. No se esplican con la misma claridad, mejor diré con la misma dureza que Lutero, sino que dudan, titubean, quieren decir una cosa, y varían continuamente. De este modo preparaban los materiales de que se aprovecharon luego los corifeos de la reforma, y que despues de tantos bosquejos y retoques, ni se unieron mejor entre sí, ni dejarán de llevar eternamente el sello de la inestabilidad del entendimiento humano, único arquitecto de aquel edificio ruinoso.

La confesion de los hermanos de Bohemia fue desechada con desprecio por el Rey Uladislao; y se les prohibió, por medio de un edicto solemne, enseñar

(1) *Apolog. ap. Lyd. part. 4. p. 295.*

su doctrina y celebrar juntas, con órden rigurosa para que compareciesen en un dia determinado ante los magistrados de Praga á abjurar sus errores y reunirse á la Iglesia. Hicieron, aunque en vano, varias representaciones, en las que pretendian probar que habian tenido causas muy justas para separarse de la iglesia romana; protestaron delante de Dios que miraban con horror toda heregia, y sobre todo dijeron que la Religion de Jesucristo debia ser libre. Advirtió el Rey que su language era el mismo que usaban todos los hereges, y creyéndose autorizado para reprimir á aquellos perturbadores, no disminuyó en nada el rigor del edicto. Algunos años despues publicaron estos novadores otros escritos, que justificaron mas que nunca el poco caso que debe hacerse de las confesiones de las sectas, y el ningun fundamento que tiene su fe versátil y subordinada en todos tiempos al interés ó al capricho. En estas últimas obras desecharon la transustanciacion, y declaraban que por el Sumo Pontífice, de quien habian confesado que recibian los sacerdotes las órdenes, no entendian al Papa, sino á Jesucristo, llamado por San Pedro Pastor y Obispo de nuestras almas, y es en efecto (añadian) la única Cabeza del cuerpo de la Iglesia. Se los confundió con el argumento irresistible de sus variaciones y contradicciones, que son el borron mas notable de las novedades profanas de todos los siglos; y se vió que era necesario reducirlos al silencio para evitar que seduciesen á los incautos.

9. Habia algun tiempo que reinaban grandes abusos

en la eleccion de los Papas; y Julio II, que los conocia mejor que nadie, trató de remediarlos, sin embargo de que no era demasiado escrupuloso. Pero no es este el primer Pontífice, que sin tener bastantes méritos para ocupar la Silla apostólica, procuró darla mayor realce y promover los progresos de la Religion. Por una bula de 14 de Enero de 1504, se mandó que si en lo sucesivo se cometia alguna simonia en la eleccion de los Papas, así por parte del electo como de los electores, se tuviese la eleccion por nula; que se pudiese proceder contra él, como si fuese un herege, é implorar para su deposicion el ausilio del brazo secular; que los cardenales que hubiesen concurrido á la eleccion, fuesen privados del cardenato, y de toda dignidad y beneficio; y en fin, que los que no hubiesen tenido parte en la simonia, pudiesen elegir otro Papa, y convocar para ello un concilio general (1).

10. En el mismo año hizo Julio una promocion de nueve cardenales, y en el siguiente principió el edificio de San Pedro de Roma, que es el mas augusto de todo el universo, y se construyó por los modelos ó planes del célebre Bramante, que habia restablecido el gusto de la arquitectura antigua. El Papa colocó por sí mismo la primera piedra el sábado de la octava de Pascua, 18 de Abril. Se eligió para edificar esta iglesia magnífica el parage del Vaticano, donde Constantino el Grande habia construido antiguamente una basilica que estaba arruinándose. Se habia propuesto

(1) Bullar. Ful. II. t. 1. Const. 3. et 4.

Julio ver concluida aquella obra inmensa, y murió antes que se acabasen de echar los cimientos.

11. Las semillas del cristianismo que habian sembrado los portugueses en el reino de Congo, fructificaban en él con mayor abundancia de dia en dia por el cuidado y esmero del Rey Manuel, no menos diligente en establecer la dominacion de Jesucristo que la suya propia en todos los paises donde penetraban las armas portuguesas. En el año 1504 envió á aquel reino un gran número de piadosos y sábios misioneros, así para instruir á fondo á sus habitantes y confirmarlos en la fe, como para hacer nuevas conquistas espirituales, disponiendo que fuesen con ellos personas hábiles en todas las ciencias, artes y oficios, á fin de comunicarles, juntamente con los bienes eternos, todas las ventajas de la sociedad y de la civilizacion. Esta bondad, propia de un Rey, ó por mejor decir, de un padre, cautivó de todo punto el corazon de aquel buen pueblo, el cual recibió con la mayor alegría á los operarios evangélicos, y manifestó los mas vivos deseos de aprovecharse de sus divinas lecciones. Al mismo tiempo promovia Manuel los progresos del Evangelio en África, en las estremidades de Asia, y en las regiones casi desconocidas que llamamos ahora América.

Desde las playas mas orientales de la China hasta el estrecho de Magallanes era su nombre respetado de los pueblos y de los Príncipes, de los Monarcas y de los Emperadores, y de los mas orgullosos potentados, no menos que de los caciques y de los salvages

errantes (1). Envidiosos los venecianos al ver que pasaba á los portugueses el rico comercio de las Indias, escitaron contra ellos al sultan de Egipto, el cual les amenazó con la guerra, y declaró que arruinaria el santo sepulcro, y obligaria á todos los cristianos de levante á profesar el mahometismo: que era lo que al parecer debia poner en mas cuidado al piadoso Rey de Portugal. Para evitar el efecto de estas amenazas pasó á Italia el guardian de los franciscanos de Jerusalem, se presentó al Papa, y le suplicó que interpusiese su mediacion con el Rey. Convencido el Pontífice, envió al franciscano á la corte de Manuel, y enterado este Príncipe de cuanto le espuso, no hizo mas que reirse de sus temores, y respondió al Papa que el único sentimiento que tenia era no haber dado mayores motivos para las quejas del sultan, pero que nada temia con el auxilio del cielo, y que esperaba quemar en una misma hoguera el libro del alcorán y el sepulcro de su autor. Pedia al Vicario de Jesucristo que exhortase á todos los Príncipes cristianos á contribuir á un objeto tan piadoso. Por lo demás, el gran Manuel, no menos prudente que intrépido y bien instruido en los intereses de las cortes, sabia que el celo del egipcio no era de tal naturaleza que le moviese á sacrificar los considerables tributos que sacaba de los peregrinos de Palestina. Así se lo dijo al franciscano, y le despidió dándole cuantiosas limosnas para la tierra santa. Los efectos acreditaron la verdad de sus congeturas, porque viéndose

(1) Barros. Dec. 2. l. 2. c. 6. = Oson. l. 4.

despreciado el mahometano, no inquietó á los cristianos que residian en sus estados.

12. Esta magnanimidad del Rey de Portugal era trascendental á todos aquellos á quienes confiaba su autoridad. Sus almirantes y oficiales habian conquistado ya en el mar de las Indias bastantes posesiones para formar un estado nada despreciable. El primer virey que estableció en él fue Francisco de Almeida, que salió el día 25 de Marzo del año 1505 con una escuadra de veintidos navios, y orden de construir en los puestos mas ventajosos de África y de Asia, fuertes y ciudadelas, para poder hacer escursiones ulteriores, y tener un asilo en caso necesario (1). Llevaba Almeida el encargo de enviar las riquezas de la India en algunos navios, y conservar los demás con las tropas y oficiales, para formar en la India un imperio permanente y respetable á sus vecinos. Cumplió perfectamente sus órdenes, y aun hizo mas de lo que se le habia mandado: edificó fortalezas, conquistó ciudades y provincias, triunfó de los egipcios, de los árabes, y de los habitantes del pais: sojuzgó reinos, venció Reyes, los hizo tributarios, y egecutó tales hazañas, que hay volúmenes enteros que no tratan de otra cosa. Este admirable oficial pereció miserablemente en una pendencia que tuvo su tripulacion con los cafres en las costas de África.

13. El grande Alburquerque, que fue su sucesor, ensalzó mucho mas la gloria y el poder de los portugueses en las Indias (2). Antes de tomar posesion del

(1) Barros. Dec. 1. y 2. (2) Ibid. 2. l. 2.

gobierno, se apoderó, al paso, de la isla de Ormuz, situada en la embocadura del golfo pérsico, abundante de oro, plata y piedras preciosas, y con la comodidad de tener dos puertos que formaban de ella la escala mas favorable para el comercio, y la mas frecuentada de los negociantes de todas las naciones. Despues se hizo dueño de la ciudad de Goa, en la costa occidental de la península de la India al lado de acá del Ganges, plaza de la mayor importancia, que vino á ser la capital del imperio portugués en aquellas regiones, y la metrópoli de todas las iglesias que se erigieron en él (1). Un Crucifijo que se encontró en unas ruinas, confirmó la idea que ya se tenia de que el Apóstol Santo Tomás habia llevado allí la fe cristiana, y con ella el culto de las imágenes, el cual llega por consiguiente hasta el tiempo de los Apóstoles. El año inmediato hizo Alburquerque la conquista de Málaga, casi tan importante como la de Goa, pues con ella quedaba dueño de la península que está al otro lado del Ganges (2). Tomó un sinnúmero de ciudades, puertos é islas; cogió y quemó navios y escuadras enemigas; limpió de piratas aquellos mares, aterró á todos los bárbaros; hizo su nombre formidable á los imperios mejor constituidos, los cuales enviaron embajadores para solicitar su amistad; en una palabra, todo su virreinato fue un tegido de acciones heróicas, prodigiosas y tan poco posibles en el órden natural, que pensaria quizá con menos

(1) Barros. Dec. l. 4. y 5. (2) Ibid. l. 6.

juicio el que las atribuyese á los débiles recursos que tenia en su mano, que al favor del cielo, á quien los atribuía el mismo Albuquerque. Creyó éste que debia en gran parte la fortuna de sus armas al Apóstol Santiago, Patron de España, y en agradecimiento envió á su iglesia una porcion de joyas. Animado de una fe viva y de unos principios sólidos de Religion, fue este grande hombre un modelo perfecto de equidad, humanidad y beneficencia. Venció á los habitantes de la India; pero los trató con un amor paternal, no haciendo diferencia entre ellos y sus compatriotas. En efecto, para formar de los dos pueblos una misma nacion, al paso que se iban convirtiendo, y recibian el bautismo las doncellas indianas, disponia que se casasen con ellas los portugueses, y si no tenian dote le pagaba él de su propio bolsillo. De este modo se fundó tan perfectamente el nuevo poder de Portugal en la union de los corazones y en la reciprocidad de los intereses, que á pesar de la enorme distancia de los lugares, del transcurso de los siglos y del furor de tantas revoluciones, parece que aun en el dia es imposible destruirle. Si no se halla en el grado de esplendor á que le elevó el heroismo, y si decayó de él en poco tiempo, debe atribuirse esto á que la superioridad del poder produce la opulencia, la opulencia engendra la voluptuosidad, y la voluptuosidad acaba con el valor y con todas las virtudes que constituyen á los héroes.

14. La alegría que causaban diariamente en Lisboa unos triunfos tan rápidos y tan considerables,

fue interrumpida por una conmocion que tuvo un origen muy pequeño. Habia en la iglesia de los dominicos un Crucifijo, colocado en una urna de cristal. Algunas personas poco instruidas, que estaban oyendo misa, quedaron atónitas al ver los rayos de luz que reflejaba el cristal, y empezaron á gritar *milagro, milagro*. Un judío recién convertido se rió de su simplicidad, y procuró desengañar á los demás concurrentes. Pero preocupado el pueblo con la idea de que el judío se esplicaba así en desprecio de la religion, se llenó de furor, empezó á llamarle relapso y renegado, echó mano de él, le sacó de la iglesia arrastrándole por el suelo, le maltrató cruelmente, y le arrojó por último en una hoguera. Se aumentaba por instantes el número de los fanáticos, se oía por todas partes una gritería horrible, y dentro de pocos momentos fue general el desorden. Entró el populacho feróz en las casas de los judíos recién convertidos, quitó la vida á cuantos encontró en ellas, y robó todo lo que tenían. Duró tres dias enteros esta carnicería horrible, sin que fuese posible calmar la sedicion. Se regulan en dos mil las personas degolladas, entre las cuales murieron muchos cristianos viejos, ya por equivocacion, y ya por la malignidad de sus enemigos particulares, los cuales se aprovecharon de la ocasion para satisfacer su venganza. No pudo menos de indignarse el prudente y piadoso Rey Manuel al ver un celo tan contrario á la Religion: y hechas las averiguaciones mas escrupulosas, fueron castigados con pena capital los principales autores de la conmocion,

quemados sus cadáveres, y esparcidas las cenizas al viento.

15. San Francisco de Paula, fundador de los religiosos mínimos, murió en Francia á 2 de Abril de 1507, en el convento de Plessis de las Torres (1). Ocho dias antes habia sido confirmada su regla en la última forma que acababa de darla despues de algunas variaciones. Supo con tanta certeza que estaba muy próxima la hora de su muerte, que no quiso recibir ningun alivio ni socorro humano, diciendo que todo lo que se hiciese seria inútil y contrario á los designios de Dios. Despues de exhortar á sus discípulos á la caridad fraterna, al amor de la regla que habian profesado, y particularmente á la exacta observancia de su cuaresma perpétua, mandó que le llevasen á la iglesia, donde, con una cuerda al cuello y los pies descalzos, recibió la comunión. Murió en el dia siguiente, que fue viernes santo, á los noventa y un años, habiendo manifestado en su muerte, del mismo modo que en el discurso de su larga vida, cuánto amaba la virtud de la humildad, que es la basa de todas las demás.

Parece que el cielo quiso demostrar especialmente en su siervo la verdad del oráculo del Evangelio: *el que se humilla, será ensalzado*. Francisco de Paula, de humilde nacimiento, sin bienes de fortuna, y sin conocimiento de las cosas del mundo, fue quizá el mas sinceramente honrado entre todos los hombres, el mas deseado de los grandes, y el mas rodeado de

(1) *Bolland. Sc. Baill. ad 2. April.*

su grandeza. Tres Monarcas franceses, en cuyos reinados pasó una gran parte de su vida este obscuro y santo calabrés, le honraron á porfía. Luis XI se tuvo por feliz al ver que este santo hombre, como él le llamaba siempre, cedió por fin á sus repetidas instancias. Carlos VIII quiso que fuese padrino del Delfin; y Luis XII le visitaba con frecuencia, y le hacia varias espresiones de cariño. Todos tres protegieron y favorecieron á los discípulos del mismo modo que lo habian egecutado con el maestro: lo que contribuyó infinito á los rápidos progresos que hizo esta órden en Francia y en toda la cristiandad. Las virtudes de Francisco, acrisoladas, por decirlo así, y canonizadas en vida por los cortesanos juiciosos, los cuales no le daban otro nombre que el de siervo de Dios, y sus muchos y ruidosos milagros, cuya narracion ocupa obras voluminosas, fueron causa de que en tiempo de Julio II se hiciese la súplica de que se le colocase solemnemente en el número de los Santos: lo que se egecutó tres años despues de su muerte, en el Pontificado de Leon X. Su cuerpo se conservó entero en la iglesia de Plessis, hasta que los calvinistas manifestaron su furor impío contra la Religion católica, consumiéndole en una misma hoguera con el *Lignum Crucis* de aquella iglesia. Aseguran que se sacaron de las llamas la mayor parte de sus huesos.

16. En el mismo mes en que murió San Francisco de Paula, sanó tan repentinamente la Princesa Claudia, despues de haber hecho oracion por su salud

en el sepulcro del Santo, que toda la corte miró esta curacion como un milagro. Aunque siempre era muy apreciable la vida de aquella Princesa, lo era entonces mucho mas, porque acababa de desposarse con el conde de Angulema, heredero presuntivo de la corona, despues de haber sido prometida al duque de Luxemburgo. Era heredera natural del ducado de Bretaña, y se la habia ofrecido dejarla tambien el ducado de Borgoña, las conquistas de Italia, y algunas otras posesiones bastante considerables: lo que obligó á los grandes á pedir que se convocase á cortes para deliberar acerca de un asunto tan importante al imperio francés. En efecto, se celebraron las cortes en la ciudad de Tours, y todos los que concurrieron á ellas, apelaron unánimemente al corazon paternal del Rey contra la primera obligacion ó empeño, tan perjudicial á la patria. Las cortes de Bretaña unieron su voto al comun parecer de la Francia; y Luis XII, que pagaba á sus pueblos el amor que estos le profesaban, cedió sin dificultad, luego que se le hizo ver que el empeño que habia contraido era efecto de una sorpresa, que no podia enagenar de aquel modo los bienes de la corona, y que todo contrato que se opone á una obligacion natural é indispensable, es de ningun valor y efecto. De consiguiente quedó resuelto el matrimonio del conde de Angulema con la Princesa: y aunque parecia que era de temer el resentimiento de la casa de Austria, no pudieron menos de estimar aquellos Príncipes la sábia y justa política de la Francia. Poco despues formaron con ella y con las

potencias de Italia una liga formidable contra los venecianos.

17. Embriagada Venecia con su gloria y con su rápida elevacion, se habia aprovechado de los continuos disturbios de Italia para apoderarse de lo que mas la pareció convenirla en toda la estension de aquel pais (1). Destruido el poder del duque del Valentinesado, se apropiaron todo lo que pudieron coger de sus despojos, sin respetar el patrimonio de la Iglesia, en el que debian refundirse naturalmente (2). Habian usurpado al imperio las ciudades de Padua, Verona, Treviso y Roveredo, con todo el Friul. El Rey de Francia la pedia la restitucion de Brescia, Bérgamo, Cremona y otras muchas posesiones antiguas pertenecientes al ducado de Milán. El Rey de Aragon solicitaba la devolucion de Brindis, Otranto, gran número de plazas menos considerables, y muchos puertos escelentes que ocupaban en el reino de Nápoles. Julio II, muy celoso de la grandeza temporal de la santa Sede, fue el primero que se empeñó en sostener sus pretensiones. Despues de haberse insinuado con los venecianos en los términos mas moderados, pero sin conseguir ningun fruto; trató sériamente de formar una liga entre todos los Soberanos que tenian motivo para quejarse, como él, de las usurpaciones de Venecia. Como sabia que Luis XII estaba muy apasionado por la Italia, envió desde luego un nuncio á Francia, donde fueron aceptadas inmediatamente sus proposiciones casi sin ninguna

(1) *Machiav.* l. 6. (2) *Guich.* l. 18. = *Mar. Fer. Bellefor.*

reclamacion. Igual acogida hallaron con el Emperador Maximiliano y con Fernando, Rey de Aragon. Se ajustó, pues, la liga famosa de Cambrai, cuyo nombre tomó del lugar donde se reunieron los ministros de los principales Soberanos. No quiso firmar el nuncio, diciendo que no tenia plenos poderes para ello; pero el cardenal de Amboise firmó por el Papa, con el título que tenia de legado suyo en Francia. A escepcion del gran Manuel, Rey de Portugal, ocupado únicamente en estender su gloria y su religion por el Nuevo-mundo, todos los potentados de Europa tomaron parte en esta guerra; con la esperanza de repartir entre sí los despojos de aquella república, á la cual miraban ya como aniquilada. Para mover á los florentinos á que se declarasen tambien contra ella, se les abandonó la ciudad y la república de Pisa. A los demás Príncipes de Italia les bastó el honor de que se hiciese mencion de ellos, para subscribir gustosos á la voluntad de los Monarcas coligados.

Aunque no desaprobó el Papa lo que habia firmado en su nombre el cardenal de Amboise, dió á entender con su conducta que no se habian interpretado muy bien sus intenciones, y que si presentó tantos actores en la escena, fue solo para lograr sus fines particulares, los que volvió á proponer á los venecianos, luego que los creyó suficientemente intimidados. Efectivamente, lleno de consternacion el senado, hubiera accedido á la demanda del Papa, reducida á la restitution de Rimini y de Faenza, si con este sacrificio hubiera podido prometerse la pacífica posesion

de las demás conquistas; pero juzgó que el Pontífice tenia otras miras, y que despues de haber conseguido las dos ciudades con que fingia contentarse, pediria otras muchas. Por consiguiente no quiso convenirse con Julio, y aceptó el Pontífice la liga de Cambrai.

18. Uno de los artículos de este tratado decia que el Rey de Francia habia de dar principio á la guerra. Varios incidentes le impidieron pasar los Alpes con la prontitud que deseaba, y que promovia el Papa con mas empeño que otro alguno; pero luego que atravesó los montes, se echó de ver que venia un enemigo terrible, con la toma de Treviglio, y la prision del noble Justiniano Morosini, que era el gobernador de la plaza; con las correrías de las guarniciones francesas de Laico, Lodi y Plasencia, y con el destrozo que hicieron hasta las mismas puertas de las mejores fortalezas de la república. Solo esperaba Julio II el estruendo de la artillería de los franceses para fulminar los rayos del vaticano. Al momento espidió un monitorio concebido en los términos mas terribles, pues intimaba en él á los venecianos que reparasen sus malversaciones y atentados en el espacio de veinticuatro dias, y que restituyesen los territorios que habian usurpado, como tambien los frutos percibidos, pena de entredicho, y de quedar autorizado cualquiera para apoderarse de sus bienes, y reducir á los mismos venecianos á la condicion de esclavos, sin que se les pudiese dar auxilio ni asilo, pena de incurrir en iguales censuras. Pero el senado apeló del Papa al concilio, como lo habia hecho en otras ocasiones, y

espuso que el Pontífice salia de los límites del poder paternal, y enteramente espiritual del Vicario de Jesucristo. Luego que Julio tuvo noticia de esta apelacion, la condenó por otra bula, en la que manda que todos los que la violen ó aprueben su violacion, sean tenidos por cismáticos y hereges; los declara incurros en todas las penas que contiene, y quiere que sean precipitados con Datan y Abiron en el abismo infernal.

Entretanto daban los franceses otros golpes mas terribles. Despues de haberse apoderado de algunas nuevas plazas, y de haber dado algunos combates particulares, procuraron reducir al enemigo á una batalla campal. Pasaron el Adda casi á su vista, sin que tratase de disputarles el paso. Pero hallándose en una posicion muy ventajosa el ejército de Venecia, que constaba de cuarenta mil hombres, y no teniendo el Rey mayor número de tropas, creyó que no debia aun acometerle: y hubo algunos generales franceses que fueron de dictámen que era necesario esperar para esto la llegada de las tropas imperiales. No obstante, habiendo obligado á los venecianos á salir de sus atrincheramientos, insultando algunas de sus plazas, se arrojaron los franceses sobre la retaguardia, é insensiblemente fue haciéndose general el combate. Al principio tuvieron los venecianos alguna ventaja, y esto mismo fue la causa de su derrota. En el primer choque arrolló su infanteria á la francesa, y se lisongeaba ya con la esperanza de una victoria completa; pero la artillería de los franceses, que estaba oculta

entre unas malezas, hizo un fuego tan terrible que desbarató en un momento las huestes enemigas. La caballería, que aun no habia entrado en batalla, se precipitó entonces entre aquella confusion y desorden, haciendo tan terrible estrago, que solo pensó el enemigo en huir del campo funesto, en que dejaba ocho mil muertos. Su general, el célebre Albiani, fue derribado del caballo, perdió un ojo de una lanzada, y quedó prisionero (1). Los oficiales mas distinguidos que lograron salvar la vida, perdieron tambien la libertad. Toda la artillería y bagages cayeron en manos de los vencedores, los cuales no llegaron á perder quinientos hombres, ni un solo oficial de graduacion. Este fue el éxito de la memorable jornada de Agnadel, llamada así por razon de la aldea en cuyas inmediaciones se peleó el dia 14 de Mayo del año 1509. Viéndose vencedor Luis XII, se apeó inmediatamente del caballo, y se postró en el campo de batalla para dar gracias al Dios de los ejércitos. Poco despues mandó construir en el mismo parage una capilla dedicada á la santísima Virgen, con la advocacion de Santa María de la Victoria: monumento respetable de la piedad del hijo primogénito de la Iglesia, y tan respetado en efecto, que subsiste todavía.

Habiendo perseguido el Rey á los fugitivos hasta muy cerca de Venecia, mandó disparar quinientos ó seiscientos cañonazos al aire, ó de modo que hiciesen poco daño; pero bastó esto para llenar de consternacion á toda la república. Brescia, Bérgamo,

(1) *Guich. l. 8.*

Cremona y las demás ciudades que se habian cedido al Rey por el tratado de Cambrai, no esperaron á que se las intimase la rendicion, antes bien llevaron casi todas ellas á toda priesa las llaves al vencedor, y fueron á implorar su Clemencia. Pisquiera, que se atrevió á resistir, fue tomada por asalto, y se espieron en ella las barbaries cometidas en Treviglio por sus usurpadores. En diez y siete dias recobró el Monarca francés todas las ciudades pertenecientes al ducado de Milán.

No pararon aquí las pérdidas de la desgraciada república. Despues de haber fulminado Julio II sus anatemas, puso en campaña un ejército que se apoderó de Rávena, de Rimini, de Cervia, y generalmente de todas las plazas usurpadas á la Iglesia. Cardona, Virrey de Nápoles, hombre inepto y tan apocado, que Julio le llamaba siempre Madama Cardona, no dejó de recobrar todas las plazas y territorios que habian sido antes de aquel reino. Acobardados los venecianos, luego que puso sus tropas en estado de pelear, redujeron sus pretensiones á las islas y pantanos de su golfo, y enviaron órdenes formales á los gobernadores de Otranto, Brindis, Trani, y de todas las plazas de tierra firme situadas en aquel pais, para que las entregasen á los españoles sin hacer ninguna resistencia. Por fin, se apoderó de Trieste el Emperador con muy pocas tropas sin disparar un cañonazo, y volvió á ocupar todas las plazas de Friul. Entre la multitud de Príncipes ó señores de Italia, fueron muy raros los que no consiguieron una satisfaccion

efectiva de los agravios reales ó supuestos de los venecianos.

Se hallaba Venecia en el último apuro, y todos insultaban sin temor á aquel leon meribundo. Pero la salvó el esceso mismo de su desgracia. En el momento en que iba á dejar de existir la primera república de Italia, se estremeció Julio II al preveer las consecuencias de aquella catástrofe: porque los tres grandes estados, con quienes habia hecho causa comun, iban á adquirir en la Italia una preponderancia que acabaria con todos sus Príncipes, y limitaria prodigiosamente su propia ambicion. Estaba disgustado el Papa con Luis XII, y mucho mas con el cardenal ministro que le habia disputado la tiara, por lo que toda su vida le miró como un rival formidable. Por lo demás, ya habia recobrado todas las posesiones de la santa Sede, y no pretendia ninguna parte de los despojos de Venecia. Los venecianos, que se veían sin fuerzas, sin valor, y sin mas recurso que la política ó la astucia, tomaron el partido de abandonarse á la discrecion del Papa. La potencia de Italia que menos caso hacia de los rayos del Vaticano, como lo habia manifestado poco antes, dió la mas humilde satisfaccion á Julio II, el cual les concedió la absolucion y les hizo firmar las condiciones que tuvo por mas convenientes.

19. Mientras que el Rey Fernando estaba ocupado con la guerra de los venecianos, le comunicó Gimenez un proyecto de conquista en África, que le habian presentado con planes exactos de todas las plazas

maritimas que ocupaban en ella los moros (1). El Rey alabó el proyecto, pero dijo que era necesario esperar ocasion para ponerle por obra. Gimenez, que era incapáz de proponer ninguna cosa intempestivamente, lo habia considerado todo con su gran perspicacia antes de determinarse á manifestar sus intenciones: y viendo que no era bien recibido su pensamiento, ó á lo menos que no se egecutaba con la brevedad que él queria, tomó por su cuenta la empresa, y solo pidió la aprobacion del Monarca para atacar á Orán en el reino de Argel, que era la plaza donde veía que las armas españolas podrian coger mas laureles. Consintió Fernando, aunque con algun recelo, por parecerle muy arriesgado el proyecto. No podia menos el Rey de estimar á su ministro, ni de tratar con distincion á un hombre tan necesario, y en prueba del particular aprecio que le merecia, le consiguió el capelo con el título de cardenal de España, cuyo honor no tenia mas que un solo egemplar desde el establecimiento de la monarquía, y le dió el empleo de inquisidor general, superior en cierto modo al cardenalato por razon de sus derechos y privilegios.

Así como Gimenez se encargó de todos los gastos de la espedicion, así tambien pidió que si lograba el objeto que se proponia, habia de considerarse la ciudad de Orán como propia de la iglesia de Toledo, la cual percibiria todas sus rentas hasta verificar el total reintegro de lo que le hubiese costado la conquista.

(1) *Vit. Xim. per Gom. lib. 4. = Marian. lib. 29. = Chat. tom. 1. pag. 300. &c.*

No hubo dificultad en acceder á una solicitud tan razonable, y solo se trató ya de proceder á la egecucion. Todo lo suministró Gimenez, escepto los navíos y galeras, porque quiso el Rey contribuir por su parte con este auxilio. Los grandes que se esplicaban con mas moderacion trataban su proyecto de quimérico y estravagante; pero el pueblo, que estaba enteramente decidido á su favor, la nobleza ordinaria y los eclesiásticos le ensalzaban hasta las nubes. Ya veían á la España en posesion de las dos orillas del mar, su comercio libre y floreciente en todas las costas, los moros agoviados con las cadenas en que habian gemido los españoles, y el cristianismo restablecido en aquella parte del mundo donde estuvo tan floreciente en otro tiempo. Bastaba esta sola empresa, segun pensaban ellos, para immortalizar á su autor, aun cuando no tuviese el éxito deseado. Animados de estas disposiciones, contribuyeron todos á proporcion de sus facultades, quién con dinero, y quién sirviendo personalmente en la armada. En particular el cabildo de Toledo mostró tanto celo en promover los designios de su arzobispo, que muchos canónigos vendieron hasta la vagilla de plata y los ornamentos propios de que se servian en la iglesia. De este modo se puso Gimenez en estado de sostener la guerra todo el tiempo que fuese necesario para realizar su proyecto, además de que podia destinar á este fin las cuantiosas rentas de su silla y los sueldos de todos sus empleos. Pero tuvo que luchar con Pedro de Navarra, que mandaba bajo sus órdenes la armada de

que el mismo Gimenez era general en jefe. Este soldado aventurero, de tan obscuro nacimiento, que no tuvo otro nombre que el del pais en que habia nacido, sin educacion, sin ningun respeto, y deslumbrado con el realce que le habian dado las armas, no podia llevar en paciencia el verse subordinado á un eclesiástico, y llegó su furor al extremo de amotinar el ejército contra el mismo que le habia levantado. La moderacion y destreza del cardenal Gimenez en estas circunstancias delicadas, son quizá la mejor prueba de la firmeza de su carácter y de los recursos de su ingenio, en medio de tantas acciones brillantes como ilustraron su vida. A pesar de estos tropiezos, y dificultades, se dedicaba constantemente el piadoso prelado, ya por sí mismo, y ya por medio de un gran número de eclesiásticos y de religiosos egemplares que se habia asociado, á merecer la proteccion del cielo, inclinando á los soldados á reconciliarse sinceramente con Dios en el sacramento de la confesion; y tuvo la complacencia de saber que habia comulgado la mayor parte de ellos.

Salieron por fin de Cartagena, y al dia siguiente, que fue el de la Ascension, descubrieron las costas de África. Tuvieron la felicidad de entrar de noche en el puerto de Mazalquivir, desembarcaron al momento, ocuparon todo el terreno necesario para las evoluciones, y se formaron las tropas en batalla. Al rayar el dia, quedaron sumamente sorprendidos los moros que ocupaban las alturas inmediatas, de ver al ejército cristiano marchar en buen orden contra

Orán, que no distaba mas de una legua, pues jamás hubieran creido que se intentase entrar de noche en un puerto herviado de escollos. Sin embargo, se tranquilizaron con la confianza que les inspiraba el considerable número de sus tropas, avanzaron con el mismo orden que sus enemigos, y fueron á apostarse á una altura que habia entre el puerto y la ciudad. Pusieronse en movimiento los cristianos despues de haber dejado en el fuerte de Mazalquivir al arzobispo de Toledo, para lo cual fueron necesarias las mas eficaces instancias, porque queria él acompañar al cuerpo de batalla para animar á los combatientes, y ya que no iba él, mandó que llevasen delante de su ejército su cruz episcopal, y que se pusiese igualmente en las banderas la señal de nuestra salvacion, para recordar de continuo á los soldados que el triunfador de las potestades infernales iba tambien á disipar sus ministros. Cedieron en efecto los moros, y fue muy grande su consternacion al ver que un destacamento del ejército cristiano se habia apoderado, desde el principio de la batalla, de una puerta de Orán, mediante una inteligencia secreta que habia en la plaza. Cogido por todos lados el ejército de los infieles, huyó su caballería á rienda suelta, y quedando abandonada la infantería, hicieron en ella los cristianos una carnicería horrible. Quedaron mas de cinco mil hombres en el campo de batalla, sin contar los heridos y prisioneros, que fueron muchos mas. Aseguran los historiadores que el ejército de Gimenez no perdió mas de treinta hombres. Una parte de él siguió el

alcance á los fugitivos, y les mató mucha gente; y otra marchó á Orán, para acabar con la resistencia que hacian todavía algunos habitantes desesperados, la que solo sirvió para consumir su ruina. Todos fueron pasados á cuchillo, hombres, mugeres y niños, á escepcion de ocho mil que quedaron en clase de esclavos, y de cuatro mil fugitivos que se retiraron á Tremezen. Se puede formar juicio de la estension y poblacion de Orán por el número de sus tiendas, que llegaban á mil y quinientas, esto es, mas de las que puede haber (dice un historiador contemporáneo) en tres ciudades de las mejores de España (1). Esta plaza, que era entonces la mas importante de toda el Africa, permanece todavía en poder de los españoles, aunque en un estado muy diferente (*).

20. Es indecible el gusto que recibió el Rey Fernando, cuando supo el feliz éxito de esta empresa. Volvió Gimenez á España, luego que dejó arregladas todas las cosas en su conquista, pareciéndole sin duda que no estaba bien un obispo á la frente de un ejército, aun cuando fuese con el título de defensor de la patria y de la Religion. Contento con haber triunfado á pesar de todos los obstáculos, y temiendo tal vez cansar á la fortuna, previó por otra parte, que si Pedro de Navarra quedaba general en jefe, redoblaría su ardor en una espedicion, cuya gloria seria para

(1) *Fer. Juun.*

(*) Tuvieron que abandonarla en los últimos terremotos, que la dejaron casi enteramente arruinada, y en los que perecieron muchísimos españoles.

él solo: y en efecto, no se engañó en su modo de pensar, porque aquel capitan, en quien competia la habilidad con la aspereza y desabrimiento, se apoderó de Bugia y de Trípoli, é hizo tributario el reino de Argel.

21. Puede asegurarse que Gimenez no se habia retirado verdaderamente del teatro de la gloria, si se considera que la modestia que manifestó al llegar á España, le grangeó mas reputacion que cuantas acciones brillantes habia egecutado en África. Fue tal, que impuso silencio y causó admiracion á sus mismos émulos, y aun á sus mas declarados enemigos. Hasta entonces se le habia acusado de vanidad; y se echó de ver que lo que es efecto de esta pasion en las almas comunes, procedia en él de la profundidad de sus designios y de la elevacion de sus pensamientos. Mostró siempre, no un desden afectado, sino aquella indiferencia natural que no puede ser obra del arte, así en las alabanzas directas, como en todo lo que es capaz de lisongear á las almas mas delicadas. Habiéndole convidado el Rey á que pasase á la corte á recibir los honores que merecia por los servicios inestimables que acababa de hacer al estado y á la Religion, le dió gracias sencillamente, y le suplicó llevase á bien que fuese á descansar de sus fatigas en el seno de su amada grey. En efecto, tomó el camino de Alcalá, ciudad de su diócesi, ó por mejor decir, fue á ella por caminos escusados, á fin de huir del concurso de los pueblos y del magnífico recibimiento que le preparaban todas las ciudades por donde habia

de pasar. No quiso que se le hiciese ninguna función ni obsequio en Alcalá, no obstante que era señor de ella, así en lo temporal, como en lo espiritual. Si alguna vez le hablaban de sus victorias, y se le daba el nombre de defensor de la Religión y vencedor de los infieles, atribuía siempre sus triunfos á las oraciones de las almas humildes y piadosas.

Entre los grandes de Castilla que hasta entonces se habian declarado contra Gimenez, hubo muchos que se hicieron panegiristas suyos, y algunos que quisieron emparentar con él por tener parte en su gloria. Casó á su sobrina Juana de Cisneros con un caballero de la casa de Mendoza, una de las mas ilustres de España, y la dió un dote conveniente, aunque no tan considerable como hubiera podido dárselo, y aun para esto hubo que vencer muchas dificultades, sin embargo de que era naturalmente generoso, porque estaba tan persuadido á que los bienes de la Iglesia solo deben emplearse en buenas obras, deduciendo lo que se necesita para la modesta manutención del titular, y hasta entonces habia arreglado tan inviolable su conducta á esta máxima, que siempre estaba temiendo contravenir á ella; de suerte que no se resolvió hasta que se le hizo entender, que lo que daba á su sobrina no equivalia con mucho á lo que debia percibir del botin de Orán, y que de estos bienes podia disponer con entera libertad. Pero quiso indemnizar, por decirlo así, á la Iglesia y á los pobres de lo poco que daba á sus parientes: á cuyo efecto edificó casi al mismo tiempo varias iglesias, y adquirió

muchas posesiones para su universidad de Alcalá, tan útil á la Religión. Este hombre extraordinario y fecundo en invenciones ventajosas á los pueblos, formó tambien y realizó el proyecto de los pósitos del reino. Las profundas reflexiones que hizo, fundadas en una triste y larga esperiencia, le convencieron de la necesidad de proporcionar á Castilla la Nueva un fondo de subsistencia, menos desigual que sus cosechas anuales: mandó construir en Toledo unos almacenes espaciosos y magníficos, de los cuales hizo donación á la ciudad; puso en ellos á su costa cuarenta mil fanegas de trigo, para que se distribuyesen á los pobres en caso de carestía, y dejó un fondo para reponer perpétuamente esta cantidad de granos. Lo mismo ejecutó, á proporción de los lugares, en Alcalá, en Torrelaguna, su patria, y en Cisneros, de donde tomó nombre su familia. El acueducto que hizo en Torrelaguna para conducir á ella las aguas de que escaseaba, las demás obras útiles con que hermoseó aquel pueblo, y el almacén de trigo ó el pósito, le costaron cerca de un millon de reales. De este modo, despues de haber escitado Gimenez la admiración de su siglo, como general y conquistador, se portó tambien como buen pastor y padre del pueblo.

22. El Papa Julio, que se hallaba ya en posesión de las plazas y territorios usurpados por los venecianos, no se contentó con quebrantar el tratado de Cambrai, y volver la espalda al Rey de Francia, sino que formó contra esta nación el proyecto de una liga, en que debian entrar con él el Emperador Maximiliano,

los Reyes de Aragon é Inglaterra, y los suizos (1). Maximiliano tuvo sus razones particulares para no tomar parte en esta confederacion. Las circunstancias singulares en que se hallaba Fernando, le obligaron á declararse á favor del Pontifice. Habiéndose negado á los suizos el aumento que pedian de ochenta mil reales sobre la pension que les daba la Francia, bastó esto para que se separasen de Luis XII. Enrique VIII, Rey de Inglaterra, desde el día 22 de Abril del año 1509, en que murió su padre Enrique VII, dejándole inmensas riquezas, Príncipe naturalmente entusiasta, estremado en sus resoluciones, y precipitado en su conducta, como se verá mas adelante, se preciaba entonces de una adhesion sin límites á la santa Sede, y condescendió gustoso con los deseos del Papa, ya porque se trataba de incomodar á una potencia que rivaliza con la Inglaterra, y ya tambien porque con los ahorros de su padre esperaba conseguir el fin que se proponia. Concluyóse, pues, sin dificultad la nueva liga, destinada á arrojar enteramente de Italia á los franceses.

23. Se creyó no obstante que la muerte del cardenal de Amboise, ocurrida en estas circunstancias, podia causar alguna novedad en las disposiciones del Papa, el cual estaba principalmente irritado contra la Francia por la total confianza que hacia Luis XII de su ministro. El cardenal de Amboise, digno de mas larga vida, murió en el año 1510, á los cincuenta

(1) *Marian. lib. 29. = Guich. lib. 8. y 9.*

de su edad, en la ciudad de Leon, donde se vió precisado á detenerse con motivo de un cólico y de la gota que le atormentaba cruelmente. En su testamento, que se habia otorgado algunos meses antes, instituíó por universal heredero á su sobrino el señor Chaumont; pero declarando en términos espesos, que todo lo que se hallase procedente de los bienes de la Iglesia, se distribuyese entre los pobres, que son (añadia) sus legítimos herederos. Las mandas que dejaba á favor de los infelices y de una multitud de iglesias, disminuían considerablemente del total de cien mil escudos los bienes que procedian de las rentas de sus empleos y de la generosidad del Rey. Se asegura que jamás pidió nada á su amo, y que si recibió las gratificaciones que le daba, fue solamente cuando conocia que en caso de rehusarlas se habia de ofender su Magestad. No se estrañará que un ministro como este encargase á sus parientes que no solicitasen jamás el ministerio. Sintió mucho el haber empleado en estas brillantes funciones una parte del tiempo que hubiera deseado dedicar por entero al cuidado de su diócesis. Lloró el Rey la muerte de su ministro y de su amigo, y mandó que se le hiciesen unas exequias magníficas. Se enterraron las entrañas en los celestinos de Leon, y se llevó el cuerpo de aquel pastor amado á su iglesia de Roan. Aunque el ministro de Luis XII no tenia una penetracion tan extraordinaria como el de Isabel, al cual igualaba en la probidad, y le escedia en la sensibilidad y en la dulzura de carácter, hizo una carrera, si no tan

brillante, á lo menos tan ventajosa para el pueblo y mas tranquila. No se preciaba de caminar con rapidéz al fin que se proponia, ni de conseguir las cosas á viva fuerza, sino que esperaba con paciencia, y se aprovechaba oportunamente del momento favorable para el logro de sus designios, y solo le parecia inasequible lo que ofrecia una imposibilidad absoluta.

24. Lejos de contribuir la muerte del cardenal de Amboise á reconciliar al Papa y al Rey, solo sirvió para hacer mas ruidoso su rompimiento. Pidió Julio los bienes que habia dejado el cardenal difunto, como un espolio á que pretendian los Papas tener derecho. Respondió Luis, que cualesquiera que fuesen las prerogativas de los Papas, no se estendian á los bienes de los cardenales que muriesen fuera de los estados de la Iglesia. Es verosimil que el Pontífice esperaba esta respuesta, y que no sintió tener este primer pretexto de desconfianza, al cual añadió muy en breve otros muchos. Persuadidos de que la muerte del cardenal ministro dejaba en el consejo un vacío difícil de llenar, y que causaria, á lo menos por algun tiempo, mucha incertidumbre y perplejidad en las operaciones, dió orden á sus tropas para que atacasen inmediatamente á los aliados de Francia, hizo algunas tentativas contra Génova, donde habia guarnicion francesa, y saliendo mal todas estas empresas, pidió al Rey varias plazas que decia ser propias de la santa Sede. El Rey, que penetró fácilmente la intencion del Papa, respondió con sequedad, que no queria: y fundado el Pontífice en esta negativa, le escomulgó,

puso su reino en entredicho, y le dió al primero que pudiese apoderarse de él, fulminando las mismas penas y censuras contra todos los Príncipes que siguiesen el partido de los franceses. Pero habiendo previsto que el uso que hacia de la potestad apostólica escitaria mas bien la indignacion que el terror, estrechó fuertemente á sus aliados para que diesen principio á las hostilidades, y se presentó él mismo á la frente de sus tropas.

En efecto, se hizo poco caso en Francia de aquellas censuras evidentemente nulas, y en cierto modo hubiera sido de desear que hubiesen merecido aun menos atencion. Así pensaron los grandes y el parlamento, aconsejando que se enviasen á Italia nuevos refuerzos, en vez de celebrar juntas eclesiásticas, por cuyo medio se habria evitado una fermentacion que estuvo para sumergir á la Iglesia en un cisma deplorable. El orden y la razon exigen que cada una de las dos potestades se contenga en su esfera, y que los Reyes manden los egércitos, y los Papas presidan los concilios. Pero sucedió todo lo contrario por uno de aquellos temperamentos que no satisfacen á nadie, y por una incertidumbre pusilánime, que dió á entender lo mucho que habia perdido Francia con la muerte del cardenal de Amboise. Sin embargo, el principio fue respetable por parte del Rey, el cual se creyó obligado á tomar consejos eclesiásticos en una causa en que se trataba de la Cabeza de la Iglesia. Como quiera que sea, lo cierto es, que mientras Julio II iba mandando las tropas que habian de servir contra

Luis XII, se ocupaba este Príncipe en congregar prelados y doctores para que sentenciasen contra Julio.

25. La junta ó asamblea que se habia convocado en Orleans, se trasladó casi inmediatamente á Tours, y allí, sin mas demora, se decidieron una multitud de cuestiones espinosas propuestas por el Monarca (1). Preguntaba con especialidad, si un Príncipe ofendido por el Papa en sus derechos temporales, puede rechazar la fuerza con la fuerza, y aun apoderarse por algun tiempo de las posesiones de la Iglesia; si en estas circunstancias puede socorrer á sus aliados por los mismos medios; si en el caso de que confundiendo el Papa la autoridad espiritual con la temporal, pronuncie una sentencia y fulmine censuras, hay obligacion de someterse á ella; y en fin, si abusando el Papa de su poder contra los Príncipes en la forma que se ha dicho, pueden estos retraerse de su obediencia, interrumpiendo con él la comunicacion acostumbrada, y atendiéndose al derecho antiguo. La respuesta fue, que podia egecutarse todo esto, y que en caso de semejante substraccion de obediencia, debia observarse la pragmática-sancion, como fundada en los decretos de los concilios. Añadieron los prelados, que era necesario ante todas cosas amonestar al Papa, segun las reglas evangélicas de la caridad; que si se obstinaba en su empeño, se le intimaria que convocase un concilio general, y que entonces se podria proceder á la egecucion de lo que se habia propuesto.

(1) *Prueb. de las Libert. de la Iglesia Galic. p. 379.*

La llegada del obispo de Gurek, ministro plenipotenciario del Emperador Maximiliano, y uno de los mas célebres negociadores de su tiempo, sirvió para confirmar á Luis XII en el proyecto de convocar un concilio general. Hay quien asegura que este Emperador habia concebido el estravagante designio de hacerse Papa (1): y el docto Mariana dice positivamente, que el objeto de este Príncipe en sus conexiones con el Rey de Francia para la convocacion de un concilio, era conseguir que fuese depuesto Julio, y que le eligiesen á él en su lugar (2).

26. No se intimidó el Pontífice con lo que se intentaba contra él, antes bien, luego que llegó á su noticia, fulminó públicamente censuras contra cualquiera que obedeciese el decreto del clero de Francia, y contra los eclesiásticos que asistiesen á sus juntas, ó al concilio que quisiese celebrar. Escomulgó al duque de Ferrara, aliado de Francia, á las tropas francesas que peleaban á favor del duque, y á todos los oficiales que servian en Italia, ya fuese bajo las banderas de Luis XII, ó ya los pagase éste, aunque fueran mandados por otros. Pero al mismo tiempo experimentaba unas inquietudes y angustias crueles. Los Bentivoglios, á quienes el Papa habia arrojado de Bolonia, propusieron al mariscal de Chaumont, que sorprendiese esta ciudad mientras estaba en ella el Papa con toda su corte; y si no se hubiera retardado un dia la espedicion por la imprudente seguridad del

(1) *Monita. polid. ad S. Y. R. Princ. Francof. ann. 1609.*

(2) *Marian. l. 30.*

mariscal, no se hubiese libertado el Pontífice de caer en manos de sus mayores enemigos. Habiendo llegado Chaumont casi á la vista de Bolonia, se empeñó en diferir el golpe hasta el dia siguiente, á pesar de las instancias que le hicieron los Bentivoglios, para que entrase en la ciudad sin perder un momento: lo que, junto con algunas proposiciones ilusorias de composicion, frustró enteramente la empresa proyectada. Llegó en este intervalo un socorro de tropas españolas, que puso en libertad al Papa, y llenó de ignominia al general francés por no haber sabido aprovecharse de una ocasion tan favorable. El sentimiento que le causó este suceso, y la mofa que de él hicieron en Francia, donde se atribuyó toda su reputacion pasada al favor de su tio el cardenal de Amboise, le causaron una tristeza tan grande, que bastó para quitarle la vida. Algunos dias despues de esta aventura estuvo tambien el Pontífice muy espuesto á caer en manos del caballero Bayardo, que en esta ocasion delicada, sostuvo perfectamente, del mismo modo que en todas sus expediciones, el título que se le daba de caballero sin tacha. Debió Julio su evasion á la casualidad ó al capricho del tiempo, que habiéndose revuelto de improviso, le obligó á retroceder, en vez de continuar el camino donde le esperaban.

Habia acabado su Pontificado, si hubiese caido en manos de sus enemigos, y hubiera hecho en el concilio que se iba á abrir en Pisa, el mismo papel que hizo en Constanza Juan XXIII, al cual se parecia en muchas cosas. Pero en vez de verse reducido al triste

estado de cliente de los Emperadores, tuvo la felicidad de incorporarse con sus tropas y con sus aliados, y se mantuvo en el alto grado de poder á que habian llegado los Pontífices romanos, así por su diligencia, como por los esfuerzos de su predecesor Alejandro VI. Sin acordarse de los peligros á que acababa de estar espuesto, y sin atender á su dignidad ni á los nuevos cargos que iba á suministrar al concilio que se congregaba contra él, volvió á ponerse á la frente de algunas tropas, acompañado de tres cardenales, marchó al egército que sitiaba á Mirándula, y se alojó en la cabaña de un aldeano, espuesta á la artillería de la plaza.

Estaba á caballo de dia y de noche, sin embargo de que tenia ya setenta años, de que se hallaba muy achacoso, y á pesar de lo riguroso del invierno, y de la nieve y granizo que caía con frecuencia. Visitaba las trincheras, avivaba las faenas, animaba á los soldados, iba y venia continuamente á las baterías, y por fin, estableció su cuartel tan cerca de ellas, que las balas que llegaban mataron á muchos criados suyos. Últimamente, se rindió la ciudad por falta de socorros. Entró Julio por la brecha, como general vencedor, con toda la ostentacion y vanidad que pudiera mostrar un militar de veinte años. Entretanto los cardenales y obispos, que no hubieran dejado de asistir en gran número al concilio de Pisa si se hubiese cambiado la suerte del Papa, lo hicieron tan al contrario, que en vez de ser considerados, aun por los que eran menos adictos al Papa, como personas

que representaban la Iglesia universal, y como jueces de los Sumos Pontífices, no formaron mas que un conciliábulo de rebeldes y cismáticos, ni tuvieron jamás otro concepto.

27. No renovaremos aquí los tristes sentimientos que ha escitado en nuestros lectores la relacion de las protestas, citaciones, moniciones, procedimientos y sentencias injuriosas; pronunciadas en Basilea contra el Vicario de Jesucristo por unas asambleas tumultuarias de clérigos y prelados que no conocian sus verdaderos intereses. Basta haber pintado una sola vez los deplorables efectos de la discordia clerical. En una palabra, el concilio de Pisa, trasladado despues á Milán y á Leon, fue puntualmente en su época mas brillante lo que habia sido el de Basilea y Lausana en el último período de su degradacion. Cinco cardenales, quejosos del Papa ó condescendientes con los Reyes, á saber, Brizonnet, Prie, San Severino, Carvajal y Borja, le convocaron en nombre del Emperador Maximiliano y del Rey Luis XII. Asistieron á él cuatro con poderes de otros tres, acompañados de los arzobispos de Leon y de Sens, de catorce obispos franceses, de los abades del Cister, San Dionisio y algunos otros, de los diputados de las universidades de Paris, Tolosa y Poitiers, y de una turba inquieta de teólogos y juristas. Odet de Foix, señor de Lautrec, comisionado por el Rey cristianísimo, era el protector del concilio.

Por parte del Emperador no asistieron embajadores ni prelados, pues aunque este Príncipe mandó

celebrar en Amburgo una junta de eclesiásticos á favor de aquella empresa, la trataron todos de sediciosa y cismática. Tal fue tambien la idea que se formó de ella en todas las naciones cristianas, sin exceptuar á los franceses. Despues de la gloriosa y fatal batalla de Rávena, en que murió en el seno de la victoria á los veintitres años de edad, el valiente Gaston de Foix, duque de Nemours, y sobrino del Rey de Francia, fue llevado á Milán con otros muchos prisioneros el cardenal de Médicis, que era entonces legado de Julio II, y despues fue Papa con nombre de Leon X; y no solo le trataron con honor, sino que la mayor parte de los militares franceses le pidieron humildemente la absolucion de las censuras en que creían haber incurrido declarándose contra la santa Sede. No se atrevian á enterrar en lugar sagrado á los camaradas que morian de resultas de las heridas, sin que les hubiese dado antes permiso para ello el mismo legado: todo lo cual se hacia á vista del conciliábulo, trasladado ya desde Pisa á Milán, y sin oposicion ninguna de los que gobernaban la ciudad y todo el ducado en nombre de Luis XII.

28. Tuvo este desdichado concilio ocho sesiones (1), y solo tres de ellas se celebraron en Pisa. Los habitantes de esta ciudad miraban á los padres como escomulgados, y especialmente el clero de la catedral, en tales términos, que habiendo ido á ella los prelados en procesion, les negó la entrada en el coro, y los ornamentos necesarios para celebrar el santo

(1) *Act. II. Conc. Pis. p. 84. &c.*

sacrificio. Habiéndose quejado los padres á los magistrados, que eran florentinos y contemporizaban con la Francia, se obligó al clero á que los recibiese en el coro, pero permitiéndole que se retirase al entrar ellos, y que no los hablase ni tratase de ningun modo. Estas humillaciones, juntas con un principio de conmocion popular que daba motivo para temer mayores desórdenes, los obligó á ir á continuar sus sesiones á Milán, bajo la proteccion del gobierno francés. Tuvieron cinco sesiones en esta ciudad, sin adquirir por eso mayor reputacion. No llegaban obispos de Alemania: y cediendo el Emperador á las instancias del Papa, además de que le parecia que los franceses no se portaban con la actividad necesaria, propuso á Luis XII unas condiciones exorbitantes que no pudieron ser admitidas, y abandonó á Luis y á su concilio. Entonces hicieron una guerra viva á la Francia todos sus enemigos: fue reconquistado Milán; y habiendo pronunciado los padres del concilio un decreto de suspension contra el Papa Julio, se refugiaron á Asti, y despues á Leon, continuando en el empeño de que se tuviese aquella asamblea por un concilio ecuménico, á lo que les movia mas bien la vergüenza de verla disuelta tan de repente, que el deseo que tuvieron de prolongar sus operaciones. La celebracion de este concilio, así en Pisa como en Milán, duró desde el primer dia de Noviembre de 1511, hasta el 21 de Abril de 1512.

29. No estuvo ocioso el Papa en este intervalo. Despues de haber perseverado algun tiempo en una

cruel perplejidad, se determinó por último, siguiendo el consejo del cardenal del Monte, á oponer concilio á concilio, como lo habia hecho Eugenio IV con feliz éxito contra los padres de Basilea. Por consiguiente, espidió una bula en 18 de Julio de 1511, convocando un concilio ecuménico en San Juan de Letran, el dia 19 de Abril del año siguiente, y mandando á todos los obispos de la cristiandad que concuriesen á él para el dia prefijado, so pena de perder sus dignidades y beneficio (1). Por otra bula espedida contra los cardenales Brizonnet, Borja y Carvajal, sin hacer mension de los que eran menos célebres, les advierte que sino se presentaban en Roma en el término de sesenta y cinco dias, se les privaria de sus beneficios y del cardenalato. Habiendo espirado este término, los declaró realmente incursos en dicha privacion, comprendiendo en ella al cardenal de Cosenza, á quien habia perdonado hasta entonces por respetos politicos. Del mismo modo queria tratar á los cardenales de Albert y San Severino; pero se opuso á ello tan fuertemente la mayor parte del sacro colegio, que temió causar un rompimiento escandaloso entre aquellos prelados, los cuales no le eran muy afectos. La pesadumbre que tuvo con motivo de esta oposicion, y la violencia que fue necesario hacerse para reprimir los ímpetus de su genio fogoso, le produjeron una enfermedad peligrosa (2). Cayó en un desmayo tan considerable, que sus criados le tuvieron por muerto; pero volvió de él, y habiendo

(1) Bull. t. 2. Jul. II. Const. 17. (2) Guich. l. 10.

recobrado todas sus fuerzas , despues de haber estado bastante débil por algun tiempo , y de haber experimentado algunos síntomas convulsivos , abusó mas que nunca de su poder , porque no contento con haber puesto en entredicho á toda la Francia , escomulgado al Rey , y absuelto á sus vasallos del juramento de fidelidad , tuvo la idea risible de privar á la ciudad de Leon de la posesion en que estaba de celebrar ferias francas , y trasladó esta prerogativa á Ginebra , sin otro motivo que el de haber dado asilo aquella ciudad á los padres de Pisa (1).

30. Las consecuencias de la batalla de Rávena le desconcertaron sus planes por algun tiempo. Entonces dió oídos á proposiciones de paz , y difirió la apertura del concilio de Letran; pero habiendo invadido poco despues todos sus aliados y enemigos de la Francia los estados cismontanos y ultramontanos de Luis XII , resucitaron sus esperanzas , y abrió el concilio á 3 de Mayo de 1512. El dia 10 del mismo mes se celebró la primera sesion formal. Asistia el Papa en persona , con quince cardenales , setenta y nueve entre obispos y arzobispos , y seis entre abades y generales de órdenes religiosas. El número de los prelados llegó despues hasta ciento y veinte , por la mayor parte de Italia. Se declararon en esta primera sesion los motivos porque se habia congregado el concilio , que se redujeron , segun costumbre , además de la estincion del cisma , á la reforma tantas veces anunciada sin ningun efecto , á la paz entre los Príncipes

(1) *Rain. ann. 1512. n. 92. y 93.*

cristianos , y á la guerra contra los infieles. En la segunda sesion , celebrada siete dias despues , pronunció un discurso el general de los dominicos , Tomás de Vio , que fue luego cardenal con el titulo de Cayetano , en el que declamó fuertementé contra el concilio de Pisa , despues de lo cual se leyó la bula de confirmacion del nuevo concilio , á que accedieron todos los padres. La tercera sesion se difirió hasta el 3 de Diciembre , á causa de algunas enfermedades contagiosas , y para dar tiempo á que llegasen las personas que se esperaban ; especialmente los ministros del Emperador , el cual se habia separado de la alianza de los franceses.

31. Entretanto adquirieron tal superioridad los enemigos confederados de esta nacion , que la fue imposible conservar sus conquistas en Italia. La ciudad de Génova fue una de las primeras que se rebelaron. Maximiliano Sforzia , hijo de Luis , volvió á entrar en el ducado de Milán , cuyos pueblos estaban gozosísimos de tener su Príncipe particular. Trivulce y la Palisse , que eran los generales franceses , se vieron reducidos á una imposibilidad absoluta de sostener la campaña , por haber sacado Luis XII bastantes tropas para resistir al Rey de Inglaterra , y haberse retirado seis mil alemanes , vasallos del Emperador. Despues de muchas maniobras bien entendidas , en que echaron el resto del arte de las marchas , campamentos y todo género de estratagemas , tuvieron á gran felicidad llegar al Piamonte con las reliquias de sus egércitos. Los aliados de Luis XII fueron víctimas

de su fidelidad y de la mala fortuna de aquel Príncipe, no solo en el país de los Alpes y del Apenino, sino tambien al otro lado de los Pirineos.

32. En este tiempo se apoderó de Navarra el Rey Católico, para redondear sus estados, y porque, como dicen algunos autores españoles, habia escomulgado Julio II á Juan de Albret, poseedor de aquel reino, por ser cómplice del cisma de Luis XII, y abandonado su país al primero que le ocupase; aunque hay otros que aseguran que no hizo mas que advertir al Rey de Navarra que no se mezclase de ningun modo con los que turbaban la paz de la Iglesia, amenazándole con espresiones generales si no le obedecía (*).

(*) La verdadera causa de la conquista de Navarra fue la siguiente. Arrojadlos franceses de Italia, juzgó necesario el Rey Católico fortificar y guarnecer las fronteras de sus estados de España, para desvanecer qualquiera tentativa por parte de Francia; mas se le oponia un obstáculo digno de la mayor consideracion. Los Soberanos de Navarra veían á D. Fernando triunfante de todos sus enemigos, le consideraban como á un Monarca emprendedor y feliz en todos sus proyectos; y temiendo que se apoderase del reino, llamaron y recibieron en todas las plazas fuertes guarniciones francesas. En vano les propuso el Monarca español que se separasen de la Francia, representándoles el peligro que amenazaba á sus estados mientras que ocupase el enemigo una parte de la península, y ofreciéndoles custodiar y garantizar su reino; negáronse á todas sus representaciones y ofertas, y entonces, atendiendo Fernando á su seguridad, arrojó á los franceses, y logró en poco tiempo reunir la Navarra alta á la corona de Castilla. Otra semejante negativa, por parte de Juan y Catalina de Albret, le dió ocasion para terminar la conquista de toda la Navarra y la de las plazas que aquella Reina poseía en Cataluña.

Habia enviado Enrique VIII al Rey Fernando un ejército auxiliar con pretesto de apoderarse de la Guiena, y restituirla á la Inglaterra. Luego que desembarcaron las tropas inglesas, y se acamparon cerca de Fuenterrabia, pidió Fernando el paso al Rey de Navarra, con algunas plazas fuertes para unir á los españoles con los franceses, y trabajar de comun acuerdo en impedir el cisma de Francia. Negóse Albret á esta solicitud, y trató el Rey Católico de interesar á las tropas inglesas para que contribuyesen con las suyas á la conquista de Navarra: á lo que respondió el general inglés, que, segun las instrucciones que tenia, nada podia hacer su ejército contra aquel reino. Sin embargo, permaneció acampado en las inmediaciones, produciendo el mismo efecto que si fuese un ejército de observacion, de suerte que Fernando conquistó aquel reino en una campaña, despues de la cual se retiraron los ingleses con motivo del estrago que hacian en ellos el hambre y las enfermedades. Es de notar que, aunque Julio II hubiese depuesto al Rey de Navarra, no se habria verificado esta revolucion, á no haber sido por la funesta discordia entre Luis XII y aquel Pontifice: y aun podemos añadir, que á pesar de esta guerra eclesiástica, no hubiera experimentado Juan de Albret semejante desgracia, si hubiese tenido las cualidades con que se sostienen los imperios. „D. Juan (le decia despues muchas veces la Reina Catalina, su muger), si vos fueseis Catalina y yo Juan, reinariamos todavía.”

33. El dia 3 de Diciembre de 1512 se celebró la

tercera sesion del concilio de Letrán, con mucho regocijo del Papa Julio, pues vió que el gran negociador de Alemania, Mateo Laug, obispo de Gurck, renunciaba con énfasis, en nombre del Emperador, todo lo que se habia egecutado en la asamblea de Tours, y despues en el concilio de Pisa, y que adheria al de Letrán, como á la única reunion legitima de la Iglesia universal. Se leyó una bula que anulaba todo lo hecho en Pisa, en Milán y en Leon, y se confirmó el entredicho fulminado contra el reino de Francia, sin olvidar la grave supresion de las ferias de aquella última ciudad. En la sesion cuarta, celebrada á 10 del mismo mes de Diciembre, se combatió fuertemente la pragmática-sancion, establecida por Cárlos VII, suprimida por Luis XI, restablecida por Luis XII inmediatamente despues de su exaltacion al trono, y siempre tan mal vista en Roma como apreciada en Francia, donde se observó con mas ó menos puntualidad, segun las disposiciones recíprocas de ambas cortes. Despues de haber perorado largamente contra ella un abogado consistorial, se espidió un decreto, en que se citaba á todos los fautores de la pragmática, de cualquier clase y dignidad que fuesen, para que se presentasen en el concilio en el término de sesenta dias. La quinta sesion se celebró mas de dos meses despues de la cuarta, á 16 de Febrero de 1513. Durante este intervalo cayó el Papa en una enfermedad que le impidió asistir á ella, y debió dar fin á todos los estraños espectáculos que estaba presentando, hacia dos años, en la Cátedra de San Pedro. Concurrieron

á dicha sesion ciento treinta y cinco prelados, presididos por el cardenal de San Jorge, obispo de Ostia; y en ella se decretaron penas muy severas contra la simonia que se cometia en la eleccion de los Papas, y se hizo otro monitorio á la iglesia de Francia, para que respondiese acerca de la pragmática-sancion.

Conociendo Julio que se acercaba su última hora, conservó toda la presencia de ánimo y la firmeza que habia mostrado en todas las ocasiones. Recibió los últimos sacramentos el dia antes de morir con grandes demostraciones de piedad, y arregló con mucha serenidad el órden de su funeral, previniendo que no hubiese en él ninguna magnificencia. Despues declaró á los cardenales, que á ellos solos, y no á los padres del concilio, les tocaba elegir su sucesor; y que podian conceder el derecho de votar á los cardenales ausentes, pero no á los cismáticos, designando con este nombre á los gefes del concilio de Pisa. „Como Julian de la Rovere (añadió), les perdono con toda la sinceridad de mi corazon; pero como Julio y Cabeza de la Iglesia, debo vengar sus derechos; y los excluyo de la eleccion.” La gloria de Julio II habia llegado al mas alto grado, y aun escedido á sus propias esperanzas. Habia llenado este Papa del terror de su nombre la Italia y toda la Europa; veía á sus pies á aquellos mismos que se le habian mostrado mas enemigos: el cardenal de Luxemburgo le pedia humildemente la paz en nombre de Luis XII: la Reina Ana, que se estremecia solo al oír nombrar el

cisma, y el duque de Valois, heredero presuntivo de la corona, le escribían casi con la misma sumisión; pero el lúgubre espectáculo del sepulcro le presentaba con los mas negros colores todos los objetos que por tanto tiempo le habian deslumbrado. Maldijo sus laureles y sus triunfos, y repitió muchas veces en los últimos momentos de su vida (1): „Ojalá no hubiera llegado jamás á ser Papa, ó á lo menos hubiera empleado todas las fuerzas de la Iglesia en perseguir á los enemigos de la Religión! ¡Ay de mí, que conozco mi obligacion cuando ya no es tiempo de cumplirla!” Murió Julio II en la noche del 20 al 21 de Febrero de 1513. Tenia entonces setenta y dos años, y habia ocupado la Silla apostólica nueve años, tres meses y veinte dias. Hubiera sido un grande hombre, si hubiese tenido que gobernar cualquiera otro imperio que no fuese el de la Iglesia; y no fue un Papa tan perfecto como debia desearse, porque á trueque de atender á la grandeza temporal de la Iglesia, turbó la paz que gozaba ésta, trastornó su disciplina, y no cuidó de su verdadera gloria.

34. El dia 11 del mes siguiente le sucedió el cardenal de Médicis, tomando el nombre eternamente memorable de Leon X, y le inmortalizó, entre otras cosas, con la restauracion de las letras. No tenia mas de treinta y seis años, y era cardenal desde los catorce. Su eleccion fue obra de los cardenales mozos, bien que todo el sacro colegio se declaró unánimemente á su favor; pero el cardenal Petrucci, que no

(1) *Aru. Feron. in Lud. XII. Bud. de Arse.*

pasaba de veinte años, llevado de una indiscrecion de que dió en lo sucesivo pruebas mas fatales, exclamó al anunciar la eleccion al pueblo romano, que debia atribuirse á la gente jóven. Leon estaba dotado, á pesar de su corta edad, de una prudencia y reserva, y sobre todo de una moderacion, que muy en breve dió lugar á que se le pusiese con Julio en el mismo género de paralelo que el leon y el cordero. Consiguió con su habilidad y su talento para insinuarse, lo que no habia podido lograr Julio con su genio precipitado y violento. Un mes despues de su eleccion, y en el mismo dia en que fue hecho prisionero el año anterior en la batalla de Rávena, hizo su entrada solemne en Roma, montado en el mismo caballo que tenia entonces, con la magnificencia y aparato de un Monarca. Hasta entonces se habian contentado sus predecesores con presentarse en aquella ceremonia sin mas ostentacion que la de ser llevados en una silla de manos; pero habiéndole preguntado los cardenales cómo queria que se le tratase, respondió que como á Soberano. Dicen que el gasto de esta solemnidad y el de la coronacion, que era una parte de ella, ascendió á cien mil escudos de oro. Como Leon habia nacido en el seno de la opulencia, y de un fausto dirigido por el talento, aprendió allí á portarse con una esplendidez que pudo tener sus excesos, pero que causó una feliz revolucion en su siglo, y particularmente en las artes.

35. Deseaba los progresos de las letras, y por lo mismo no podia menos de amar la paz, que es su

elemento, si se me permite explicarme así. Este artículo fue uno de los primeros en que dió á entender cuanto se diferenciaba de su predecesor. Instruido Luis XII de estas disposiciones, trató desde luego de conciliarse la benevolencia del nuevo Pontífice, y para ello se valió de la mediacion de Julian de Médicis, su hermano. Esta casa habia estado casi inviolablemente adicta á la Francia, cuya proteccion contribuyó no poco á que llegase al alto grado de autoridad y valimiento, que los hizo por último Soberanos absolutos de su patria. Por haberse mostrado favorable Pedro de Médicis, segundo de este nombre, al partido del Rey Carlos VIII, fue espatriado por los florentinos, los cuales establecieron durante este destierro un gobierno aristocrático. Si Julian II, hermano de Leon X, siguió el partido del Papa Julio, fue porque debia su restablecimiento á este Pontífice, que pretendió castigar así á los florentinos, por haber pretendido que se celebrase contra él un concilio en Pisa. Pero no dejaba Julian de tener un residente cerca de Luis XII, en calidad de gefe de la república de Florencia (1). Habló el Rey á este ministro del modo mas lisongero, así del Papa, como de su familia. Julian, que lo supo muy pronto, lo participó inmediatamente á su hermano el Papa, recomendándole con eficacia los intereses de aquel Monarca. Nada de esto era necesario para un Pontífice naturalmente inclinado á la moderacion y suavidad, y que por otra parte tenia el mayor interés en disipar al principio de su Pontificado

(1) *Rain. ann. 1513. n. 54.*

hasta las sombras del cisma. Respondió con un breve, que debia publicarse, y en que, además de los testimonios constantes del afecto de los Reyes Cristianísimos para con la santa Sede, manifestaba el Papa su agradecimiento por los muchos beneficios que habian hecho á la casa de Médicis. Por último, rogaba Leon á su hermano que continuase con celo aquella obra dichosa de mediacion y de paz, y que no omitiese diligencia alguna para convencer al Monarca de la benevolencia de toda la curia romana. Aun hizo mas, porque pasados algunos meses, envió á Francia, en calidad de legado, al cardenal de Guibé, prelado venerable por sus virtudes, y mediador agradable al Rey, con el cual habia procurado continuamente reconciliar al difunto Papa.

Antes que el legado se pusiese en camino, y luego que se presintieron las nuevas disposiciones del Monarca, salieron de Leon dos de los cardenales que autorizaban el concilio de Pisa, con el objeto de pasar á Roma y hallarse en el cónclave. Pero se hizo la eleccion antes que desembarcasen en Liorna. Al momento que pusieron el pie en tierra fueron arrestados, y noticioso de ello el nuevo Papa, mandó que los condujesen á Civita-vecchia, y que estuviesen allí presos, tratándolos no obstante con honor hasta que se examinase su causa. En medio de tantos cuidados, continuó lo mas pronto que le fue posible las operaciones del concilio que habia celebrado ya cinco sesiones en tiempo de su predecesor, y dió principio celebrando la sesta el dia 27 de Abril, como unas seis

semanas despues de su coronacion. El promotor del concilio reclamó en ella la continuacion de los procedimientos empezados contra los fautores de la pragmática-sancion, y concluyó pidiendo que se declarase á los franceses reos de contumacia (1). Pero el Papa, que deseaba grangearse el afecto de esta nacion por medios muy diferentes, no juzgó oportuno seguir el rigor de la ley, y ni aun dió respuesta alguna. Parecióle que bastaba establecer una congregacion para examinar este asunto, y todo lo que en general tuviese relacion con la reforma de las costumbres. Al mismo tiempo se establecieron otras dos, la primera para tratar de la fe, y la segunda para la estirpacion del cisma y la pacificacion de los Príncipes. En la sesion séptima, celebrada el dia 17 de Junio, se manifestaron con mas claridad los prudentes miramientos de Leon X con respecto á la iglesia y á la corona de Francia, pues decretó en ella que el tiempo de la monicion, significada ya repetidas veces á los prelados de Francia, no empezaria á contarse hasta despues de la sesion octava, la cual se difirió hasta el mes de Diciembre (2).

36. En este intermedio experimentó la Francia nuevas calamidades, las que, juntas con la prudente conducta y habilidad del Papa, acabaron de vencer la resistencia del Rey. Obstinándose Luis en recobrar el Milanésado, se habia unido con aquellos mismos venecianos á quienes habia querido destruir, y en efecto le faltó poco para arruinarlos: ¡tan grande

(1) *Conc. t. 14. p. 131. &c.* (2) *Ibid. p. 156. &c.*

es el imperio que egerce la política aun en los mejores Príncipes! Animados los franceses de su acostumbrado ardor, fueron conquistadores luego que llegaron al país que se proponian conquistar. Génova volvió á abrirles las puertas. Milán y casi todas las ciudades comprendidas en este estado, siguieron á porfia el mismo egemplo. Alviani, que mandaba el egército veneciano, hizo unos progresos casi tan rápidos en el resto de la Lombardia; pero una sola expedicion marchitó todos estos laureles, y con ellos se perdieron todas las tierras donde se habian cogido. La batalla que ganaron cerca de Novara los suizos, asombrados de su propio triunfo, convirtió la orgullosa imprudencia de los franceses en un terror pánico, que los obligó á pasar los montes en el mayor desorden, y á huir llenos de consternacion al seno de su patria. Habiendo quedado solos los venecianos, fueron rechazados de puesto en puesto, y derrotados finalmente cerca de Vicenzia por los españoles. El nuevo Papa, que queria tener á Luis XII por amigo al otro lado de los montes, pero no á las puertas de Roma, no trató de oponerse á sus enemigos, antes bien favoreció, aunque con gran reserva, á todos los aliados de su predecesor, que se habian declarado contra la Francia. Por lo interior de este reino penetró otro egército suizo, hasta el centro de Borgoña, y sitió á la capital. El Rey de Inglaterra adquirió mucha fama en la batalla, ó por mejor decir, en la derrota de Guinegate, á la que se dió el nombre de *batalla de las espuelas*, para insultar á la caballería

francesa, que habia hecho mas uso de ellas que de las armas. Este Príncipe y el Emperador se apoderaron despues de Terouane y de Tournai.

37. Tanto número de desgracias acumuladas en el espacio de cuatro á cinco meses, y las exhortaciones de la Reina Ana, sostenidas por el Papa, á cuyo efecto se valia de su legado, obligaron al Rey á abreviar sus negociaciones con este Pontifice y con el concilio de Letrán. Fue enviado á Roma el obispo de Marsella, Claudio de Scissel, hombre de grande habilidad y talento, no á ofrecer satisfacciones por los excesos á que habian obligado á Luis los estraños procedimientos del Papa Julio, sino á desaprobar el concilio de Pisa, y adherir al de Letrán. Se habian conocido ya los deseos del Papa, y le causó tanto gozo esta conducta, que se encargó de rehabilitar inmediatamente á los cardenales de Carvajal y de San Severino, que estaban presos en Civita-vecchia. Dispuso pues que pasasen á Roma en secreto, á fin de evitar las quejas de algunos cardenales demasiado escrupulosos; y habiendo atraído á su modo de pensar á los demás individuos del sacro colegio, los introdujo de noche en el palacio del Vaticano. Al otro dia se presentaron en el consistorio con hábitos morados, como si fuesen unos simples sacerdotes, se pusieron de rodillas, y leyeron un escrito, por el cual renunciaban el cisma, condenaban todas las actas del concilio de Pisa, aprobaban las del concilio de Letrán, y confesaban que habian sido separados justamente del número de los cardenales. Les dió

el Papa la absolucion, los restableció en la comunión de la Iglesia, y en su primera dignidad, y luego les impuso por penitencia que ayunasen un dia á la semana toda su vida. Se quitaron pues los hábitos morados, y el maestro de ceremonias les vistió la púrpura. De los otros tres cardenales fautores del concilio de Pisa, habia fallecido ya Francisco de Borja, y la reconciliacion de Prie y de Brizonnet fue comprendida en la del Rey, su amo, sin necesidad de que pasasen á Roma.

Se hizo solemnemente esta reconciliacion el dia 17 de Diciembre en la sesion octava, habiendo dado antes las disposiciones necesarias. Presentaron los embajadores del Rey una declaracion formal, en que decia este Príncipe, que habiendo cesado todo motivo de desconfianza con la muerte del Papa Julio, y considerando que el Emperador y algunos cardenales, despues de haber sostenido el concilio de Pisa, se habian separado de él y adherido al de Letrán, se sujetaba él mismo á las advertencias del Papa Leon, renunciaba aquella primera asamblea, mirándola como un conciliábulo, admitia la de Letrán como único concilio legítimo, y prometia disolver en el término de un mes el conciliábulo que continuaba todavía en Leon. Prometió tambien enviar al Papa seis prelados y cuatro doctores de los que habian asistido á él, á fin de que pidiesen la absolucion para sí y para sus cómplices.

Leida esta declaracion, pidieron el proto-notario Caraccioli y el orador ó embajador de Maximiliano

Sforzia, que se impidiese al Rey de Francia tomar el título de duque de Milán en sus edictos y manifiestos, supuesto que el restablecimiento de Maximiliano en aquel ducado era obra de la santa Sede. El obispo de Marsella, embajador del Rey, replicó inmediatamente, é hizo ver cuán inoportuna era semejante solicitud, atendiendo al tiempo y al lugar en que se instauraba. Lo conoció así el Papa, y respondió con su ordinaria prudencia, que debía dejarse el asunto en el estado en que se hallaba, sin perjuicio de las partes interesadas. Apenas se acabó este altercado, cuando uno de los procuradores del concilio presentó al Sumo Pontífice un recurso concebido en términos muy fuertes contra lo que se llamaba en Provenza derecho de pase, esto es, contra la posesion en que estaba el parlamento de aquella provincia de no permitir la egecucion de las letras apostólicas, especialmente de las que eran relativas á la provision de los beneficios, hasta haberlas examinado y añadido á ellas su decreto aprobatorio. El Papa y el concilio no hicieron tampoco sobre este punto mas que una simple monicion, citando al parlamento para que compareciese en Roma en el espacio de tres meses, cuyo término se prorogó despues por mas de un año; y hasta que murió Luis XII, y convino su sucesor con Leon X en otros artículos mucho mas interesantes para toda la nacion, no desistió el parlamento de Provenza, y esto por cierto tiempo, de la costumbre que miraba aquel Pontífice como injuriosa en su persona al Padre comun de los fieles.

38. Affligido Luis XII con tantos reveses como habia experimentado en el discurso del año 1513, se mostró aun mas sensible á la muerte de la Reina Ana, que sucedió á principios del año siguiente. Se vistió de luto, estuvo encerrado algunos dias sin ver á nadie, y mandó que saliesen de la corte todos los bufones y comediantes. Era acreedora la Reina á estas demostraciones por su talento, por su grandeza de alma, por su piedad, por su caridad generosa y compasiva, y por el celo con que promovió los progresos de las letras. Tuvo sin embargo algunos vicios de carácter ó de genio que dieron en que entender aun al Rey su marido. Mas no por eso dejaba de ser buen esposo Luis, padre del pueblo; y solia decir hablando de la Reina: „¿Qué hemos de hacer? Una vez que tiene las virtudes propias de su sexo, es necesario disimularla los defectos que en cierto modo le son naturales.” No obstante, debemos advertir, que cuando esta Princesa se dejaba llevar de su genio, reparaba su falta con una generosidad extraordinaria y con una prontitud, que por decirlo así, hacia escusables aquellos primeros movimientos. Suplicó á su confesor que no la absolviese antes, y no llevaba á mal que la reprendiesen en tales casos algunas otras personas. Su antipatia constante á la condesa de Angulema, es uno de los lunares mas considerables que se notan en su vida, pues hizo todo lo posible para impedir el matrimonio de la Princesa Claudia, su hija mayor, con el heredero presuntivo de la corona, y si cedió en este punto, fue por las grandes y repetidas instancias

que la hicieron los estados ó cortes del reino, movidos del interés esencial que le resultaba de aquel enlace.

39. Agoviado el Rey con el peso de las calamidades; lleno de sinsabores, de pesadumbres, y reducido al último apuro, recurrió á las negociaciones; pero aunque sus tratados le dieron algun desahogo, no le fueron en realidad mas ventajosos que sus guerras. El haberse separado del concilio de Pisa, le reconcilió hasta cierto punto con el Papa Leon, el cual trabajó con mas disimulo, pero no con menos eficacia, para contener á los franceses al otro lado de los montes. Renata, su hija segunda, dotada con el ducado de Milán, y prometida en matrimonio al nieto de Fernando el Católico, sirvió para confirmar una tregua con este Monarca. Para atraer á su partido al Rey de Inglaterra, se casó con su hermana, llamada Maria, despues de un año de viudez: ¡matrimonio aun mas deplorable que la cruel separacion que le ocasionaba! Luis, que tenía ya cincuenta y tres años, y estaba tan quebrantado de salud, que necesitaba un régimen particular y tratarse con mucha delicadeza, encontró la muerte al lado de su nueva esposa en menos de tres meses. „El buen Rey, dice un autor antiguo (1), se olvidó de su edad y de su complexion. Alteró, por complacer á la Reina, todo su método de vida. En vez de comer á las ocho, como solia hacerlo, debia haber comido al medio dia, y en vez de acostarse á las seis, se acostaba muchas veces á media noche.” Murió en el primer dia del año 1515.

(1) *Brantome.*

La memoria de Luis XII será siempre preciosa, á pesar de todas las calamidades de su reinado, de que muchas empresas suyas fueron temerarias, y de que su conducta fue bastante equívoca en varias ocasiones. Se le reprende mas particularmente por haber repudiado á una Princesa que en el reinado anterior habia sido causa de que se le restituyese la libertad; pero aquella separacion era un sacrificio que exigia el bien del estado y la felicidad de sus vasallos: móvil de todas sus acciones y regla de sus pensamientos. Nada deseó con mas ardor que llegar á hacerle feliz, y si no lo consiguió disminuyendo mas de una mitad las contribuciones públicas, sin que le obligasen jamás á ponerlas en el estado antiguo los reveses que experimentó, se conocieron sus buenas disposiciones, y su nombre es inmortal. ¡Tan cierto es que la gran virtud de un Rey y el sólido fundamento de su gloria, es el amor de su pueblo! El mejor panegirico de este Príncipe son las palabras que decian llorando por las calles los habitantes de París: „Ha muerto el padre del pueblo, el Rey Luis el bueno.” Respetó siempre la Religion, y observó fielmente todas las obligaciones que impone, luego que la Reina Ana se hizo dueña de su corazon.

40. El duque de Valois, biznieto del primer duque de Orleans, abuelo del Rey difunto, le sucedió á los veintiun años de edad con el nombre de Francisco I. Tenia el título de duque de Valois desde que Luis XII añadió este ducado al condado de Angulema, que fue el primer estado de Francisco: y por

esta razon se dió el nombre de Valois á los Príncipes descendientes de él, aunque provenian de la rama de Orleans. No se dudó que continuaria las empresas de su predecesor, cuando con el título de Rey de Francia tomó tambien el de duque de Milán, por parte de su muger Claudia, Princesa de Francia, que descendia, como su padre Luis XII, de Valentina Visconti. Lleno el jóven Monarca de fuego y de valor, y dotado de una fuerza extraordinaria, y de una destreza igual en los egercicios militares, no le lisongeaba la potestad suprema, sino en cuanto le proporcionaba medios para intentar y egecutar grandes cosas. Sus inclinaciones generosas, su noble ingenuidad, su franqueza y modales afables, le grangearon el amor de todos los grandes. Tenia tambien aquella estension y elevacion de talento que acompaña á la inclinacion á las letras, y se aumenta con su cultivo. Con tantas bellas cualidades, no podia menos Francisco I de empezar una carrera brillante. Lo primero que hizo, fue renovar y confirmar todas las alianzas de su predecesor, y entró inmediatamente en Italia, pasando por Saboya, que estaba entonces muy unida con la Francia, y por otra parte no tenia plazas fuertes que pudiesen estorbárselo. Al mismo tiempo logró que se pusiese á sus órdenes el general español Pedro de Navarra, que despues del gran Gonzalo, era reputado por el mejor militar de su siglo. Navarra se habia hecho particularmente célebre con la invencion de las minas, de las cuales hizo el primer uso en Nápoles, para el sitio del castillo del Huevo. A fin de

proporcionarse el Rey Francisco la suma de dinero que necesitaba, hizo venales los empleos de la judicatura por consejo del canciller de Prat, el cual le persuadió tambien que podia aumentar los impuestos, y cargar nuevas contribuciones sin auuencia de las córtes, y contra el órden antiguo del reino. ¡ Tales son los frutos del espíritu de conquista, aun cuando los Reyes son buenos!

41. Antes del fallecimiento de Luis XII se habia celebrado, á 5 de Mayo del año anterior, la sesion nona del concilio de Letrán, en la que se trató principalmente de la reforma, como tambien en la décima. El Papa dió principio á ella absolviendo á los prelados fautores del concilio de Pisa, los cuales trataban, segun la promesa del Rey, de obedecer á la citacion romana, y estaban detenidos en el camino por el temor de caer en manos de los enemigos de Francia; pero se les habia mandado que pasasen á Roma lo mas pronto que les fuese posible. Se hizo despues, para la reforma de la curia pontificia, un decreto muy estenso, pero poco satisfactorio para Francia y Alemania, pues apenas se tocaban en él los motivos de queja que tenian estas dos potencias (1). Sus disposiciones mas notables se reducian á que no se eligiesen obispos antes de la edad de veintisiete años, ni abades antes de los veintidos; que no se depusiese á ningun prelado sin haber oido á las dos partes; que nadie pudiese ser trasladado contra su voluntad de un beneficio á otro; que solo se diesen

(1) *Conc. t. 14. p. 219. &c.*

encomiendas en cuanto fuesen necesarias para conservar los derechos de la santa Sede; que los curatos y las dignidades que no llegasen á doscientos ducados de renta, no se diesen en encomienda, ni aun á los cardenales; que no se hiciese ninguna desmembracion ni union de iglesias, sino por una causa razonable, espresada en el derecho; y en fin, que no se concediese dispensa para poseer mas de dos beneficios incompatibles. No se habia llegado todavía á la regularidad primitiva, como lo acredita este último artículo; pero á lo menos se iban acercando á ella, y se preparaba el camino para aquella pureza de disciplina, cuya restauracion estaba reservada á la sabiduría y á la autoridad indisputable del santo concilio de Trento.

En la sesion décima, celebrada á 4 de Mayo de 1515, se examinó lo concerniente á los montes de piedad para socorrer á las personas necesitadas, tomando la seguridad de quedarse interinamente con algunas prendas, que debian venderse si no se devolvía el dinero en el tiempo prefijado; y se decidió, que semejantes préstamos no eran usurarios, porque todo lo que producian además del capital, se invertia en la conservacion de aquellos establecimientos (1). Manifestando despues el concilio cuánto deseaba que se aumentasen los fondos de un modo absolutamente gratuito, nos da á entender, que, á pesar de su utilidad indubitada, no dejaban de tener tambien algun peligro, á lo menos por el egeemplo que se daba en

(1) *Ibid.* p. 249. et seq.

ellos: porque en tratándose de codicia, es cosa averiguada que los mejores establecimientos están espuestos á imitaciones viciosas.

Por otro decreto relativo á la libertad eclesiástica y á la dignidad episcopal, se manda, que los cabildos esentos no puedan valerse de esta prerogativa para vivir con menos regularidad, ni para eludir la correccion de sus superiores naturales; que aquellos á quienes la santa Sede habia dado esta comision, usasen de vigilancia, y cuidasen de castigar á los delincuentes; que si dejasen de egecutarlo, se lo advirtiesen en primer lugar los ordinarios; y que si despues de esto no cumpliesen todavía con su obligacion, les formasen causa los mismos ordinarios, y la remitiesen á Roma. Se permite á los obispos diocesanos visitar una vez al año los conventos de monjas, sujetos inmediatamente á la santa Sede; y se declaran nulas todas las esenciones que se concedan en lo sucesivo sin justas causas, y sin haber oido antes á las personas interesadas. En cuanto á los pleitos concernientes á los beneficios, si éstos no son reservados, y su renta no pasa de veinticuatro ducados, se manda que se decidan en primera instancia por el ordinario, y que no se apele de esta decision hasta que haya sentencia definitiva, á menos que una de las partes tema justamente el peso de la autoridad y del favor, ó tenga alguna razon equivalente, de la que pueda presentar una probanza semiplena distinta del juramento.

La renovacion de las letras y la invencion de la imprenta, que estaba ya estendida por todas partes,

dió motivo á que se formase otro decreto. Se prohibe imprimir ningun libro sin que se examine primero en Roma por el vicario de su Santidad y por el maestro del sacro palacio; y en los demás parages por el obispo diocesano, ó por el inquisidor del distrito, los cuales pondrán en él su aprobacion, firmada de propio puño, pena de excomunion, que se fulminará sin demora alguna. Hubo tambien, con motivo de la pragmática sancion, otra especie de decreto, que contenia una citacion perentoria y final, cuyo término era el día primero de Octubre para todos los obispos, abades y demás eclesiásticos de Francia implicados en aquel negocio; añadiendo, que pasando el tiempo prefijado, se procedería á dar sentencia definitiva, y serian condenadas como contumaces las personas interesadas: lo que se verificaria en la sesion siguiente.

42. Antes que llegase el término de esta amenaza, prosperaron en Italia las armas francesas de tal modo, que entró en mucho cuidado el Pontífice, cuando ya solo trataba de amenazas. Despues de haber prometido al Rey que permaneceria neutral en la guerra del Milanesado, acababa de coligarse contra él con el Emperador, con el Rey Católico, con el duque de Milán y con los suizos, y habia hecho todo lo posible para separar de los franceses á los venecianos y á todos sus aliados. Despreciando el jóven Monarca todos los peligros, y desbaratando todas las tramas con su celeridad, atravesó los montes, y penetró hasta las puertas de Milán, antes que el ejército del

Papa y el del Rey Católico se hubiesen unido con los suizos, los cuales vinieron á hallarse en la precision de defender casi por sí solos al duque Maximiliano Sforzia. No desmayaron por esto, antes bien estimulados de la esperanza de vencer ellos solos á un gran Rey, viendo por otra parte que sus tropas, que pasaban de cuarenta mil hombres, se hallaban en estado de medirse con el ejército francés, que no era muy superior á ellas, y cediendo á las fuertes instancias del cardenal de Sion, enemigo entusiasta de los franceses, el cual no cesaba de traerles á la memoria el título, que tenian entonces bien merecido, de defensores de la santa Sede, y la batalla de Novara, presentada con menos esperanza, y ganada con mas gloria, se acercaron tan confiados y resueltos como si fuesen á una victoria segura, aunque con poco ruido, y sin pifanos ni tambores, á fin de sorprender al enemigo, y trabar prontamente la refriega con las tropas de á pie, porque tenian muy poca caballeria. Apenas habia entrado en accion el ejército del Rey, cuando se precipitaron con furor adonde estaba su artilleria, con ánimo de asestarla contra las tropas de á caballo. El condestable, que mandaba la vanguardia, sostuvo su ímpetu hasta que acudió el Rey á socorrerle con el cuerpo de batalla. Dando ejemplo á todos el jóven é intrépido Monarca, queria que le conociesen por la cota que llevaba, sembrada de flores de lis de oro, y por la corona que sobresalía por encima del morrion. Acometió, yendo delante de sus tropas de caballeria, penetró hasta el centro de los

batallones, hizo una carnicería horrible, y recibió muchos golpes que no pasaron de la armadura que le defendía. Fue muy sangriento el combate, pues llegó á hacerse general, peleando todos con furor y obstinacion. Despues de cinco horas de pelea se retiraron los combatientes, porque la obscuridad de la noche no les permitia conocerse unos á otros. Hubo pues una suspension que cesó muy en breve, como que era violenta y forzada por una y otra parte. El Rey pasó la noche encima de una cureña, sin quitarse las armas, y durmió con una seguridad profunda un sueño tan digno de un héroe, como el lecho que habia escogido.

Al despuntar el dia, empezó de nuevo la batalla con mas furia que el dia anterior, y duró cuatro horas sin que se decidiese todavía la victoria. En fin, desesperando los suizos de adelantar nada por el frente, hicieron un movimiento para embestir por la retaguardia. Entonces fueron desbaratados por el duque de Alenzon, y haciendo el Rey en el mismo instante unos esfuerzos prodigiosos, los desbarató tambien por otro lado con ochocientos hombres de á caballo. Desde aquel punto se batieron en retirada, aunque con bastante buen orden y en tal disposicion que, habiendo querido perseguirlos Alviani, advirtió muy pronto que los que cedian el campo á los franceses no temian las lanzas italianas. Así se explica el historiador de España (1); y sin embargo ha habido algunos autores italianos que han atribuido al general de

(1) *Marian. l. 30. n. 126.*

Venecia esta victoria memorable, que tomó el nombre de la aldea de Marignano, en cuyas inmediaciones se dió la batalla, á algunas leguas de Milán, en los dias 13 y 14 de Setiembre de 1515. Perdieron los suizos en estos dos dias quince mil hombres, y los franceses de cinco á seis mil de sus mejores tropas, con un gran número de oficiales de graduacion y de singular mérito.

Esta brillante espedicion con que principió Francisco I su carrera, difundió por todas las cortes la admiracion de su valor y de su buena fortuna. El Papa, que habia negociado con tanto artificio para frustrar los intentos del Rey, no sabia que hacerse. Ya no era tiempo de intrigas ni de enredos. El vencedor se hallaba en los límites de Toscana, y podia oprimir á los Médicis sin dificultad ninguna. Desde allí no habia que hacer mas que una escursion para entrar en los estados de la Iglesia, de suerte, que la política de Leon X se vió precisada á aplaudir un triunfo que le llenaba de despecho, y á felicitar con los demás Príncipes de Italia á un Rey que no hallaba ya ningun obstáculo en aquel pais. Por fortuna reunia este héroe con las virtudes marciales los sentimientos superiores de la fe cristiana, y tenia un respeto sincero á la Religion y á sus ministros. Considerando por otra parte cuanto influia el Papa, juntamente con los florentinos, en el sistema de los asuntos de Italia, recibió á su nuncio con mucha bondad y distincion, se mostró muy dispuesto á admitir cualquier composicion que fuese razonable, y

concluyó desde luego un tratado preliminar sobre puntos de discusion muy importantes. Quedaban todavía por arreglar otros muchos artículos, especialmente en materias eclesiásticas; lo que dió motivo á pensar en una conferencia entre el Papa y el Rey, y se acordó que se abocarían en Bolonia.

43. Movidos los cardenales de cierta delicadeza escesiva, y aun poco juiciosa en aquellas circunstancias, no aprobaban que hiciese un viage el Padre Santo para ir á verse con el Rey (1). Pero Leon X que alcanzaba mas que todos ellos, y conocia mejor que nadie los derechos de la tiara, juzgó de distinto modo y con mucho acierto, pues evitó con su prudente conducta el fatal extremo á que se habia reducido Alejandro VI por esperar en Roma al Rey Carlos VIII con su egército. Fue el Papa el primero que se puso en camino para Bolonia, cuyos habitantes, por efecto de una adulacion, en que seguramente habia mas simpleza que impiedad, le enviaron un pálio magnífico para su persona, y otro muy inferior para el Santísimo Sacramento, que se llevaba delante de él, segun la costumbre de los Papas cuando van de viage. Pero Leon destinó su pálio al Santísimo, y no quiso ninguno para sí.

Nombró el Pontífice dos cardenales para que fuesen á las fronteras de los estados de la Iglesia á recibir al Rey, y otros cuatro prelados para que se adelantasen con el mismo objeto hasta las cercanías de Parma. Salió Francisco con una escolta de seis mil soldados

(1) *Rain. ann. 1515. n. 24. et seq.*

alemanes pagados por él, y de mil y doscientos franceses; pero para entrar en Bolonia no quiso mas gente que su guardia regular y los criados que necesitaba. Allí le estaban esperando veinte cardenales, vestidos todos de púrpura y presididos por el decano: y despues de haberle hecho una arenga en que la elocuencia italiana no dejó de prodigarle los elógios, le condujeron, al son de mil instrumentos y de las campanas de toda la ciudad, por en medio de un gentío inmenso que habia á una y á otra acera de las calles, sin ningun desórden ni confusion, hasta la habitacion que le estaba preparada en el mismo palacio en que residia el Papá. Fue aun mas vistoso el espectáculo cuando, despues de comer, le introdujeron en el consistorio, donde se presentó un Rey, que á los veintidos años era mirado ya como un héroe, y uno de los Papas mas célebres á la edad de cuarenta. Habiendo hecho el Rey el debido acatamiento al Sumo Pontífice, le dijo con semblante risueño: „Padre Santo, tengo mucho gusto de ver cara á cara al Sumo Pontífice, al Vicario de Jesucristo. Yo soy hijo y siervo de vuestra Santidad, y estoy pronto á obedecer todas sus órdenes.” Leon X, que entre todos los hombres de su siglo era el que se esplicaba con mas nobleza, y hacia particular estudio en usar siempre de palabras halagüeñas con cuantos andaban á su lado, se valió de este talento en una ocasion en que su cortesania podia ser tan útil á su política.

En la celebracion solemne de los santos misterios, que muy rara vez omitian los Papas cuando eran

visitados de los Reyes, no se contentó el Monarca francés con tributar al Pontífice los honores acostumbrados, sino que al ir el Papa á su trono para tomar allí los ornamentos pontificales, se empeñó el Rey en servirle de caudatario, por mas que hizo Leon para impedirselo. Francisco respondió á todo, que tenia á mucha honra en servir al Vicario de Jesucristo, aunque fuese en la cosa mas mínima. Aunque se le habia puesto una silla, no quiso hacer uso de ella, y se estuvo de pie hasta la consagracion, del mismo modo que los officiantes, poniéndose luego de rodillas, y permaneciendo en este estado hasta la comunión, con el mayor recogimiento y compostura. Eran tantas las personas que quisieron comulgar de mano del Papa, que fue preciso apartar la turbamulta, para que solo se acercasen los mas distinguidos: lo que dió motivo á un oficial francés para decir á voces: „Padre Santo, pues no tengo la fortuna de recibir la comunión de vuestra Santidad; pero no pudiendo deciros mi pecado al oído, os declaro públicamente que he peleado con toda mi fuerza contra el difunto Papa Julio. En verdad (replicó el Rey con su viveza é ingenuidad natural) que me hallo yo en igual caso: y la mayor parte de los que le acompañaban hicieron igual confesion. No estrañeis, Padre Santo (continuó el Príncipe), que hayamos resistido al Papa Julio, porque era nuestro mas furioso enemigo, y en mi vida he visto hombre mas terrible en los combates. Mas á propósito era para mandar egércitos, que para ocupar

la Silla de San Pedro.” Leon X les concedió inmediatamente la absolucion de las censuras en que pudiesen haber incurrido. Por este solo rasgo se puede ver hasta qué punto honraban los Monarcas franceses á los Sumos Pontífices, en medio del fuego de la edad y del entusiasmo de la victoria. El carácter de Francisco I no permite dudar que este Príncipe seguia los movimientos de su corazon y los verdaderos sentimientos de su Religion, sin embargo de que trataba con un Papa que le habia dado justos motivos de queja, y de que no se hallaba ya en disposicion de temerle.

44. Con el talento que tenia Leon X para insinuarse, logró en esta conferencia todo lo que quiso, á pesar de la suerte contraria de las armas. Dejando á un lado las ventajas temporales, que nada tienen que ver con nuestro objeto, tuvo la felicidad de esterminar la hidra formidable que veían las imáginaciones ultramontanas en la pragmática-sancion. Conferenciando Francisco I con Leon X, le suplicó que suspendiese sus procedimientos y los del concilio de Letrán contra aquel célebre decreto. Pero el sagáz Pontífice, sin contradecirle abiertamente, le propuso que seria mejor hacer un nuevo reglamento que dejase satisfechos á los dos partidos. Agradó al Rey este arbitrio, y nombró desde luego para su egecucion al canciller de Prat, que estaba ya prevenido; despues de lo cual salió de Bolonia sin esperar la conclusion ni los incidentes que podian sobrevenir, y sobrevinieron efectivamente muy en breve. Apenas estaba

el Rey en Milán, adonde le llevó su canciller el nuevo código de disciplina que acababa de formar con los cardenales de Ancona y de los cuatro Santos Coronados; cuando puso el Papa varias restricciones á algunos artículos en que ya habian convenido: y sin embargo se ratificó el tratado, porque el Rey queria absolutamente salir de este asunto. Pero la nacion francesa las miró como una verdadera estorsion: y en efecto, á no haber sido por esta especie de violencia que experimentó la disciplina de la iglesia de Francia por parte del concilio de Letrán, ó con motivo de él, es de presumir que la disciplina del santo concilio de Trento no hubiera hallado tampoco en Francia la resistencia y los obstáculos de que hablaremos despues. A lo menos se puede establecer por máxima general, que vale mas ganar poco con la persuasion, que avanzar á todo con la autoridad ó con el artificio.

Pero la alteracion que se hacia en la disciplina galicana, no era, ni con mucho, tan considerable como se creía; pues quedaban una porcion de artículos, ó absolutamente idénticos, ó muy semejantes en el concordato y en la pragmática-sancion: por egemplo, todo lo relativo á la abolicion de las reservas, á los decretos apostólicos en favor de ciertas personas, al modo de juzgar á los clérigos y de despachar las causas mayores, á los privilegios de los graduados, al establecimiento de los canónigos magistrales, á las penas contra los eclesiásticos concubenarios, y á la comunicacion con los escomulgados que no hayan

sido delatados, ni sean notorios. Apenas habia diferencia esencial entre estos dos códigos de disciplina, sino en la materia de las elecciones. Por el concordato quedan abolidas éstas en las catedrales, abadías y prioratos, y se concede al Rey el nombramiento á estos beneficios, pagando sus titulares las anatas á la santa Sede (1). Para los obispados debe nombrar el Rey en los seis primeros meses de la vacante á un doctor ó licenciado, ya sea teólogo ó jurista, que tenga veintisiete años y las demás cualidades que para ello se requieren. Si carece de ellas el sugeto nombrado, se conceden al Rey tres meses para nombrar otro; pero si este segundo nombramiento no es mas acertado que el primero, tiene derecho el Papa para proveer por sí el obispado. Tambien le corresponde elegir los sucesores de los prelados que mueran en la corte de Roma. En cuanto á los Príncipes de la sangre, á los grandes señores y á los religiosos mendicantes, que por razon de su estado no pueden aspirar á los grados, no impide este defecto que sea válido su nombramiento. Tampoco se necesita estar graduado para ser nombrado válidamente á las abadías y á los prioratos conventuales, y basta la edad de veintitres años; pero está obligado el Rey á nombrar religiosos de la misma orden que los súbditos á quienes han de gobernar. El concordato concede tambien al Papa el derecho de preferencia ó prevencion sobre los coladores y patronos eclesiásticos, y manda á todos los coladores en general, que no confieran los curatos

(1) *Conc. Hard. t. 9. p. 1867. et seq.*

de los pueblos sino á personas que por lo menos tengan el grado de maestros en artes, ó que hayan estudiado teología ó derecho por espacio de tres años. El Papa se reservaba igualmente el derecho de disponer de un beneficio por cada colador que tuviese cincuenta. Esto es lo que se llamaba mandato apostólico, abrogado despues en el concilio de Trento, el cual condena este género de reservas.

Una mudanza tan repentina y tan considerable en la apariencia, por lo tocante al gobierno de la iglesia galicana, llenó de admiracion y de disgusto á casi todos los franceses, los cuales no se aquietaron hasta que el tiempo y la costumbre fueron desvaneciendo sus primeras ideas. Sin embargo, contrapesando bien los perjuicios y las ventajas respectivas del concordato y de la pragmática-sancion, es difícil decidir á cuál de los dos se ha de dar la preferencia. Quejábanse mucho los franceses de las intrigas, violencias y manejos simoníacos que se usaban en las elecciones, segun el estado en que se hallaban entonces, y Leon X aseguraba que todos aquellos desórdenes eran manifestos en Roma, adonde no cesaban de acudir los electos en solicitud de absoluciones y dispensas (1). Por otra parte, ¿qué influjo no tenian los Soberanos en las elecciones? La pragmática les concedia la facultad de intervenir en ellas con súplicas y buenos oficios. ¿Pero las súplicas y recomendaciones de los Reyes, dejan de producir el mismo efecto que las órdenes mas positivas? Y en caso de no condescender

(1) *Marc. de Concord. l. 6. c. 9.*

con ellas, ¿que inconvenientes tan funestos podrian resultar? En muchas circunstancias influia tambien de un modo muy eficaz la corte de Roma en estas elecciones, supuesto que el Papa estaba en la posesion de confirmarlas; y confesaba la misma pragmática que tenia derecho para reformar sus defectos. Sin embargo de que esto era un manantial de disputas, de pleitos ruidosos, intrigas y alborotos, no pudo menos el clero de Francia de manifestar una especie de desesperacion al ver que de un solo golpe quedaba su ídolo convertido en polvo, y que se desterraba para siempre el brillante simulacro de sus derechos primitivos. El parlamento y las universidades tomaron su partido, y se entusiasmaron del mismo modo que él. Apelaron al futuro concilio; resistieron á la voluntad, á las exhortaciones y á las amenazas del Monarca; le molestaron con quejas y recursos, y la autoridad legal que adquirió el nuevo código fue obra del acto mas absoluto del poder supremo. No se acabaron las agitaciones con el registro, sino que mucho tiempo despues, en las varias ocasiones en que se trataba de ponerle en egecucion, experimentó el Monarca descontentos, quejas y resistencias efectivas. Se necesitan siglos para curar los males, aunque sean imaginarios, del cuerpo entero de una nacion.

Entretanto se confirmó el concordato á 19 de Diciembre de 1516, en la sesion undécima del concilio de Letrán, en la que se publicó una bula sin otro objeto que éste. Aunque era poco temible que prevaleciese despues la pragmática-sancion, se abrogó

formalmente por otra bula. ¡Tanto deseaban los romanos acabar de todo punto con una disposicion que para ellos era un monstruo esterminador en la Iglesia de Dios! Triunfaron con una especie de insulto, ó á lo menos no se portaron con la debida moderacion, atendida la facilidad generosa de Francisco I, que habia sido el autor de su victoria. En estas bulas se llama la pragmática obra de la depravacion francesa, y de una depravacion que no tenia ni aun apariencia de autoridad, como que procedia de un concilio proscripito por el Sumo Pontífice; „porque siendo el Vicario de Jesucristo (se dice en ellas) superior á todos los concilios, puede convocarlos, trasladarlos y disolverlos, como se vé, no solo por los testimonios de la Escritura, de los padres, de los Papas y de los santos cánones, sino tambien por los concilios mismos.” Esto era sin duda lo que debía demostrar, y lo que no demuestra la bula de Leon X, á no ser que hablando de los principios de la Clementina *Litteris*, aunque suprimida por el concordato (1), se quisiese hacer pasar por demostracion todo lo que se contiene en la bula de un Papa, á pesar de que solo esté allí por via de narracion, y de que depongán contra ello los testigos ó los monumentos públicos. Esta es sin duda una de las razones que tuvieron muchos teólogos, especialmente entre los franceses adictos al antiguo régimen, para no considerar á este concilio de Letrán como general. Lo cierto es, que el mismo Belarmino permite dudar de su ecumenicidad. Por lo

(1) *Concord. art. 3º.*

demás, se prohíbe en él, con las penas mas graves, restablecer en ningun tiempo la pragmática-sancion, ó hacer el menor uso de ella (*).

Hubo todavía en esta sesion dos decretos notables. El primero, que trata de las reglas que deben observarse para el santo ministerio de la palabra, prohíbe, pena de escomunion, que en lo sucesivo se admita á las funciones de predicador á ningun clérigo secular ó regular, por mas privilegios que pretenda tener, sin que haya sido antes examinado acerca de las costumbres, edad, doctrina y prudencia; sin acreditar que hace una vida egemplar, y sin tener por escrito la aprobacion formal de sus superiores. Después de haber sido aprobados en estos términos, se les manda que espliquen desde el púlpito las verdades del Evangelio, segun la interpretacion de los padres y de los santos doctores, sin referir milagros que no tengan la autoridad competente, sin citar historias apócrifas, ni decir ninguna cosa que no sirva de edificacion; y que se dediquen á inspirar horror al vicio, y á hacer amable la virtud, sin ofender jamás la caridad con palabras injuriosas, ó demasiado acres, ni prorumpir en gritos descompasados, que, sobre ser contrarios á la gravedad apostólica, están muy distantes de poder contribuir á la conversion del pecador. El segundo decreto, que trata de los religiosos,

(*) No olvidemos que es un francés el que habla; así no estrañaremos que se atreva á pedir demostraciones ó pruebas del poder supremo de los Papas, y que dude de la ecumenicidad del concilio de Letrán.

se reduce á confirmar sus privilegios, moderando sin embargo las facultades que tenian, á fin de restablecer la buena armonía entre ellos y el clero secular, como se habia intentado otras muchas veces.

45. Durante las negociaciones de Francisco I con Leon X, tuvo tambien que tratar aquel Monarca con Carlos, archiduque de Austria, el cual, viendo al Rey Fernando, su abuelo, acometido de hidropesía y amenazado de una muerte próxima, queria contar con el auxilio de la Francia para asegurarse la sucesion de este Principe. Se obligó, pues, á restituir la Navarra despues de la muerte de Fernando, y Francisco le prometió su asistencia, añadiendo, que le daria en matrimonio á Renata, Princesa de Francia. Pero habiendo tenido noticia de este tratado el Rey Católico, y llevándole muy á mal, hizo testamento, y dispuso de Navarra, Aragon y Castilla á favor de su nieto Fernando, sin embargo de que era Carlos el primogénito. Agravóse la enfermedad del Rey despues de esta disposicion, y consultando á algunos doctores, que eran individuos de su consejo, acerca de lo que acababa de egecutar, se opusieron al testamento con unas razones tan poderosas, que desistió de él, y mandó que le quemasen en su presencia. De consiguiente, declaró á Carlos heredero de Castilla, de Aragon y de las demás coronas reunidas á estas, y tomó todas las providencias posibles para asegurar la egecucion de su voluntad. Nombró al cardenal Gimenez regente del reino; y despues de haberse confesado con un religioso dominico, murió con el hábito

de Santo Domingo, en Madrigalejo, casa de recreo, situada en la provincia de Estremadura, el dia 23 de Enero de 1516, á los sesenta y tres años de edad, treinta y siete de reinado en Aragon, y veinticuatro en Castilla (*).

(*) Las historias antiguas y modernas no presentan un conjunto de hechos y cualidades tan memorables como las que reunió en su persona y reinado el inmortal Fernando V. No pretendemos reducir á una nota todo su elógió; sin embargo, no podemos prescindirnos de presentar algunos rasgos. Era Fernando de buena estatura y bien formado; de una fisonomía interesante, color moreno, ojos negros, mirar severo y penetrante; su magestad y nobles modales inspiraban respeto á los mas audaces, era activo, tan infatigable como hábil, capaz de seguir los proyectos mas estensos y arriesgados. Sus armas victoriosas lograron detener los progresos de Francia, que queria dominar la Italia; y despues de haber inclinado á Inglaterra á armarse contra los franceses, abandonó esta alianza para concluir una paz ventajosa, de lo que deriva seguramente el ódio que estas dos naciones han profesado siempre contra la memoria de Fernando. Llamáronle el *pérfido*; los italianos por el contrario le llamaron el *piadoso*; y la nacion española, que le debió su riqueza, su gloria y su prosperidad, el *sábido* y el *prudente*. No hubo en efecto Rey que trabajase con mas conato por la felicidad de sus súbditos: dictó leyes sábias, disminuyó los impuestos, reformó el clero, castigó á los magistrados que no seguian el espíritu de las leyes, y libertó los vasallos de Murcia y de Cataluña de la tiranía de algunos señores. Afable con dignidad, escuchaba y consolaba á sus súbditos, dando muchísimos ejemplos de generosidad y de clemencia. Supo conquistar y conservar lo conquistado: engrandeció sus dominios con las conquistas de Granada, de Nápoles, de Navarra, de Orán, de las costas de África y con el descubrimiento del Nuevo-mundo. En una palabra, fue hábil político, administrador exacto, sabio legislador, reformador esclarecido, creador de una vasta y poderosa monarquía, y á quien la posteridad mirará siempre como al Rey mas grande y heróico de su siglo.

46. Se admiró mucho Gimenez de esta nueva distincion, y mas cuando creía que ya no se contaria con él para esto, por haberse retirado de la corte y de todas las concurrencias brillantes. No obstante, persuadido de que las dignidades que vienen á buscarnos son para nosotros comisiones de la Providencia, salió de su diócesi, al primer aviso que tuvo del consejo de España, para trasladarse á Guadalupe, donde estaban aquellos ministros. El dean de Lovaina, que habia sido preceptor del archiduque Carlos, y fue despues Papa llamándose Adriano VI, fue enviado á España por este Príncipe, el cual le habia destinado á la regencia, y quiso disputársela á Gimenez; pero no era bastante atleta para luchar con un antagonista tan terrible. Gimenez hizo desde luego presente al consejo, que el gobierno del reino de Castilla, segun las disposiciones de la Reina Isabel, pertenecia al Rey Fernando hasta que el archiduque llegase á la edad de veinte años; y que no teniendo este Príncipe mas que diez y seis, habia podido su abuelo disponer de la regencia como de un derecho real, que nadie le habria disputado si hubiese vivido mas tiempo. Añadió despues de esto, que por la última voluntad de la Reina Isabel, los estrangeros quedaban formalmente escluidos del gobierno de Castilla. Fue desechado el dean, y tuvo por gran felicidad que quisiesen darle el título de vice-regente, sin mas prerogativa que la de firmar despues del cardenal los despachos y provisiones que muchas veces eran contrarias á su propio dictámen. Se vió obligado el archiduque á pasar

por esto, y envió desde Bruselas létras patentes acompañadas de una carta particular para el cardenal, en que le trataba con una estimacion y aprecio poco comun cuando habla un Soberano con un vasallo suyo.

Tuvo despues por conveniente el archiduque asociar á Gimenez un caballero flamenco, llamado la Chau, hombre mucho mas hábil, segun la opinion pública, que el dean de Lovaina. Fue recibido este cólega con el mayor honor y distincion; pero en nada disminuyó la autoridad de Gimenez, el cual continuó gobernando con la misma independenciam. Igual suerte tuvo el otro asociado Amerstof, de una de las casas mas ilustres de Holanda, hombre confiado, emprendedor y muy á propósito, segun se creía, para coartar el poder del regente. Pero no habia resistencia para Gimenez. Todo cedia al talento extraordinario de este héroe, el cual, á pesar de su nacimiento nada ilustre, de no tener ningunas conexiones ni apoyo, y de serle contrarios la mayor parte de los grandes, sus cólegas y el consejo del archiduque, obró siempre con una firmeza uniforme, con dignidad y aun con imperio cuando convenia, sosteniendo la autoridad real con tanta magestad como pudiera hacerlo el mas poderoso Monarca. En menos de dos años pagó las deudas enormes de la corona; suprimió las pensiones abusivas que agotaban el real erario, recobró los estados que sin causa legítima poseían los grandes, los cuales eclipsaban en cierto modo la magestad suprema; los obligó á obedecer como á los menores

vasallos; terminó gloriosamente las guerras estrangeras y las civiles; libertó al clero y al pueblo del yugo de una tiranía aristocrática; y ejecutó todo esto, no solo sin aumentar, sino disminuyendo considerablemente los impuestos. Estableciendo, contra la costumbre y las preocupaciones de la corte de Castilla, un cuerpo permanente de cuarenta mil soldados, no defraudó de un solo aldeano á las labores del campo, de un artesano á los talleres, ni de un mercader al comercio.

Cuando empezó á tomar estas providencias vigorosas, se atrevieron á preguntarle algunos dependientes del difunto Rey, ¿quién le había dado facultad para proceder así? Les señaló Gimenez algunas tropas de su guardia, y les dijo, que el poder que tenia para que se ejecutase la voluntad del Rey, consistia en la fuerza de aquellos hombres animosos: „y éste (añadió, echando mano al cordon de San Francisco que llevaba en el hábito de su orden), éste me basta para sujetar á los vasallos soberbios.” Al mismo tiempo mandó disparar algunos cañonazos en el patio de palacio, y dijo: „Esta es la última razon de los Reyes.”

Máxima equívoca, interpretada por las circunstancias, y empleada oportunamente en aquella ocasion. Gimenez, no menos desprendido de su título, que cuidadoso de realzar su dignidad, le dejó lo mas pronto que le fue posible, haciendo proclamar al archiduque Rey de Castilla, contra el dictámen de las córtes. Entonces fue cuando usó con mas valentía de aquel imperio neutral y absoluto, que consiste en la

superioridad del talento. Estando empeñados todos en proclamar á la Reina Juana, que continuaba en su estado de demencia, mandó con resolucion al corregidor de Madrid que saliese á proclamar Reyes de Castilla á Juana y á su hijo Carlos. Obedeció el corregidor, aplaudió el pueblo, y prestaron su consentimiento las córtes. No sucedió esto en Aragon, donde era regente el arzobispo de Zaragoza, y no el de Toledo, pues no quisieron las córtes dar al archiduque el título de Rey hasta despues de muerta la Reina Juana (*).

47. Gimenez, separado del gobierno á los ochenta y un años, cedió á la malignidad de un veneno que le habian suministrado, sin que nunca se pudiese averiguar quién habia sido el autor de aquel crimen. Su muerte, ilustrada con los mas grandes sentimientos

(*) Pasó el Rey Carlos á España desde los Países-Bajos, donde era ya Soberano, en 1517. Fue recibido en Villaviciosa, y á su tiempo tomó las riendas del gobierno, habiéndole prestado juramento de fidelidad las córtes de Castilla, reunidas en Valladolid en 1518; las que pidieron al mismo tiempo la confirmacion de sus privilegios, principalmente los dos señalados, 1.º: que solo podrian obtener empleos y dignidades los naturales del país, y 2.º: que seria prohibida toda extraccion de moneda fuera del reino. Reuniéronse tambien en Zaragoza las córtes de Aragon, en las que se suscitó la cuestion de si convendria ó no dar á Carlos el nombre de Rey, viviendo la Reina Doña Juana, su madre, á quien pertenecia la corona de Aragon. Este asunto retardó mucho la proclamacion del Rey, pero al fin se hizo con unánime consentimiento de todas las clases del estado.

de piedad y religion, acaeció á 8 de Noviembre de 1517: y la iglesia de España ha solicitado varias veces la canonizacion de tan virtuoso prelado.

48. El dia 16 de Marzo del año en que murió el cardenal Gimenez, tuvo fin el concilio de Letrán con la sesion doce, despues de haber durado cinco años en dos Pontificados. Casi no se hizo mas en esta última sesion que publicar la bula del Papa, que aprobaba todo lo que habia decidido el concilio; despues de lo cual fueron despedidos los padres, no obstante las representaciones de muchos de ellos dirigidas á que se trabajase mas seriamente en la disciplina.

49. Pasado algun tiempo, se descubrió una conjuracion tramada contra la vida del Papa. Eran los autores de ella dos cardenales, á saber: Alfonso Petrucci, cardenal de Sena, y Bendinelli de Sauli, siendo él principal de ellos Petrucci, irritado personalmente con motivo de haberle obligado á salir de Sena con sus hermanos, porque fomentaban el espíritu republicano en aquella ciudad, reunida poco antes al estado de Florencia. Entraron otros cardenales en esta conjuracion, ó á lo menos la supieron y no la revelaron. Petrucci, jurídicamente convicto, fue ahogado en la prision, y Bendinelli no sufrió mas pena, á instancia del Papa, que la de un encierro perpétuo, y aun éste fue conmutado poco despues por el Pontífice en una multa. Los cómplices, que eran de familias poco considerables, fueron descuartizados. Creyendo Leon que no debia ya contar con

el afecto del sacro colegio, le renovó casi enteramente, creando treinta y un cardenales en una sola promocion, la mas numerosa que se habia visto hasta entonces. Fue comprendido en ella Alfonso, Infante de Portugal, aunque no pasaba de ocho años; pero declaró el Papa, que no se le consideraria como miembro del sacro colegio hasta que llegase á los catorce.

50. El año 1517, tan fecundo en sucesos memorables, merece sobre todo formar época por razon de las indulgencias plenarias que hizo publicar Leon X en todo el mundo cristiano, á favor de los que contribuyesen con sus limosnas, así á los gastos de la guerra contra el sultan Selin, que tenia consternada á toda la Europa despues de haber subyugado el Egipto, como á la construccion de la magnífica iglesia de San Pedro de Roma, que pensaba dejar concluida. Aunque por lo comun tenian los agustinos el encargo de predicar las indulgencias en Alemania, se comisionó entonces para esto á los dominicos. El agustino Juan Staupitz, vicario general de esta orden, se ofendió de semejante providencia, y enardeció al fogoso Martin Lutero, que vestia su mismo hábito. Este fue el origen del cisma, de la heregía y de la impiedad mayor, mas furiosa y obstinada que persiguió á la Iglesia y á república cristiana. El competidor maldiciente de los predicadores de las indulgencias, quienes á la verdad eran algo reprehensibles, confundió en el furor de sus declamaciones las indulgencias mis-

mas con la persona de los predicadores; y una vez roto este eslabon de la cadena de las verdades católicas, incurrió en todos los escesos capaces de sepultarlas en las mas densas tinieblas, si fuera posible que pereciese la obra de Dios.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MÉXICO
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

RESUMEN

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS

EN EL LIBRO QUINCUAGÉSIMO-OCTAVO.

N.º 1. *Lutero descubre su sistema en conclusiones públicas.* 2. *Multitud de falsos doctores.* 3. *Causas de la invasion de las falsas doctrinas.* 4. *Nacimiento y carácter de Lutero.* 5. *Sus primeros escándalos.* 6. *Le favorece el elector de Sajonia.* 7. *Lutero comparece ante el legado Cayetano.* 8. *Muerte del Emperador Maximiliano.* 9. *Conducta del nuncio Milticio.* 10. *Eleccion del Emperador Cárlos V.* 11. *Melanchton.* 12. *Carlostadio.* 13. *Zuinglio.* 14. *Erasmus solicitado por Lutero.* 15. *Conferencia de Leipsiek entre Eckio y Carlostadio.* 16. *Lutero escribe al Papa.* 17. *Sus primeros escritos.* 18. *Errada politica de Cárlos V.* 19. *Espedicion de Cortés á Méjico.* 20. *Descripcion de la ciudad de Méjico.* 21. *Sublevacion de los megicanos contra los españoles.* 22. *Conquista de Méjico.* 23. *Descubrimientos de Magallanes.* 24. *Lutero condenado en Roma.* 25. *Furores y estravagancias de este heresiarca.* 26. *Es condenado en la dieta de Worms.* 27. *Su retiro al castillo de Westberg.* 28. *Es censurado por la universidad de Paris.* 29. *Enrique VIII escribe contra Lutero.* 30. *Muerte de Leon X.* 31. *Eleccion de Adriano VI.* 32. *Lutero desavenido con Carlostadio.* 33. *Diferentes escritos*

mas con la persona de los predicadores; y una vez roto este eslabon de la cadena de las verdades católicas, incurrió en todos los escesos capaces de sepultarlas en las mas densas tinieblas, si fuera posible que pereciese la obra de Dios.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MÉXICO
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS Y ARCHIVOS

RESUMEN

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS

EN EL LIBRO QUINCUAGÉSIMO-OCTAVO.

N.º 1. *Lutero descubre su sistema en conclusiones públicas.* 2. *Multitud de falsos doctores.* 3. *Causas de la invasion de las falsas doctrinas.* 4. *Nacimiento y carácter de Lutero.* 5. *Sus primeros escándalos.* 6. *Le favorece el elector de Sajonia.* 7. *Lutero comparece ante el legado Cayetano.* 8. *Muerte del Emperador Maximiliano.* 9. *Conducta del nuncio Milticio.* 10. *Eleccion del Emperador Cárlos V.* 11. *Melanchton.* 12. *Carlostadio.* 13. *Zuinglio.* 14. *Erasmus solicitado por Lutero.* 15. *Conferencia de Leipsiek entre Eckio y Carlostadio.* 16. *Lutero escribe al Papa.* 17. *Sus primeros escritos.* 18. *Errada política de Cárlos V.* 19. *Espedicion de Cortés á Méjico.* 20. *Descripcion de la ciudad de Méjico.* 21. *Sublevacion de los megicanos contra los españoles.* 22. *Conquista de Méjico.* 23. *Descubrimientos de Magallanes.* 24. *Lutero condenado en Roma.* 25. *Furores y estravagancias de este heresiarca.* 26. *Es condenado en la dieta de Worms.* 27. *Su retiro al castillo de Westberg.* 28. *Es censurado por la universidad de Paris.* 29. *Enrique VIII escribe contra Lutero.* 30. *Muerte de Leon X.* 31. *Eleccion de Adriano VI.* 32. *Lutero desavenido con Carlostadio.* 33. *Diferentes escritos*

de Lutero. 34. Su traduccion de la Biblia es combatida por Gerónimo Emser. 35. Toma de la isla de Rodas por Soliman II.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

HISTORIA

DE LA IGLESIA.

LIBRO QUINCUAGÉSIMO-OCTAVO.

Desde el principio del luteranismo en el año 1517, hasta el establecimiento de la heregía de Zuinglio en el de 1523.

1. **A**l espirar el año anterior, era el luteranismo una sola chispa, y desde el de 1518 pasó á ser un grande incendio. Acometió el falso reformador á los abusos de las indulgencias, y despues á las indulgencias mismas: luego á la potestad de las llaves por la cual se conceden, á la virtud del sacramento de la penitencia para la remision de los pecados, y en general á la virtud de todos los sacramentos, á la que substituyó la de sola la fe; de suerte que, segun sus principios, el que recibia los sacramentos con fe, recibia los efectos aun cuando el ministro no tuviese potestad alguna. De aquí la invencion monstruosa de la justicia imputativa, y de la inutilidad de las buenas obras para la justificacion. Segun este sistema, nada hay nuestro en lo que nos justifica; y somos justos á

los ojos del Señor, porque nos imputa la justicia de Jesucristo, la que podemos apropiarnos, y en efecto nos la apropiamos por la fe. La justicia imputativa trae consigo la justicia inamisible y compatible con todos los crímenes. Atribuyendo á la fe tan extraño mérito, el libre albedrío, cuya cooperacion debe entrar en las buenas obras, perdía todo su valor y casi toda su existencia. Tales fueron las conclusiones públicas sostenidas en este año en la universidad de Witemberg. Despues de haber establecido Lutero todos los principios de subversion que acabamos de referir, llegó al extremo de afirmar que el libre albedrío pecaba mortalmente todas las veces que obraba por sí mismo, y que solo era potencia activa con respecto al mal. Esta doctrina monstruosa, en vez de escitar el horror de que solo era merecedora, produjo por todas partes una emulacion que añadió á ella de dia en dia impiedades y absurdos incomprensibles.

2. Melanchton, profesor de lengua griega en Witemberg, fue el primero que se juntó al gefe de la imaginada reforma; y á pesar de la rectitud natural de su alma, de la moderacion de su carácter y de los remordimientos continuos de su conciencia, aplaudió al visionario que le alucinaba, y fue constantemente el mas celoso de sus discípulos. Otro amigo de Lutero, Carlostadio, canónigo y arcediano de Witemberg, solo rompió con él para impugnar con menos reserva el Sacramento adorable de nuestros altares. Entre las rocas de la Suiza, Zuinglio, párroco de Zurich, agitado de la misma manía, aniquiló todo cuanto

este Sacramento tiene de adorable, reduciéndole á una simple figura del cuerpo de Jesucristo: tuvo bien pronto por cooperador al ex fraile OEcolompadio, párroco de Basilea, que fue de los primeros que procedieron á la reforma por la vía de la apostasia. En Strasbourg, depósito de la seduccion para la Francia y Alemania, el dominico Martin Bucero abrazó á un mismo tiempo las impiedades inconciliables de Lutero y de Zuinglio. Osiandro, en Prusia é Inglaterra, el extravagante y disoluto Osiandro, el blasfemo á quien el mismo Calvino representa como un ateaista, persuadió que el hombre era justificado por la justicia substancial de Jesucristo, por la justicia que es el mismo Dios, la cual hace del hombre un cristiano, no por gracia sino por naturaleza. La Francia despues de haber repelido por largo tiempo el contagio extranjero, á fuerza de respirar su aire apestado se vió repentinamente gangrenada hasta en sus mas nobles partes. A los primeros ímpetus de Calvino, hombre de poca edad, sin autoridad, sin carácter, sin teología, y aun de natural triste y displicente, los hombres constituidos en dignidad en el estado y en la Iglesia, los comandantes de los egércitos, las personas de sangre real, abandonaron la religion de sus padres, y tomaron el espíritu de rebelion por el del Evangelio.

¿Qué diremos de los anabaptistas de la baja Germania, de los puritanos de Inglaterra, de los socinianos esparcidos desde Ginebra hasta las embocaduras del Danubio y del Borístenes? Pero temamos insistir

demasiado sobre unos objetos que no pueden menos de afligir la consideracion cristiana. Hemos dicho lo bastante para señalar la causa de los males que lloramos, y para buscar los remedios. ¿Cuál fue, pues, el origen fatal de este diluvio repentino de sectarios, de fanáticos, de blasfemos y de impíos que en el discurso del siglo diez y seis acometieron á la nave de San Pedro sumergiéndola casi sin recurso en el mismo hecho de aparentar que la querian conducir por mejor rumbo? A fuerza de oír á una multitud de censores sin mision y sin reserva pedir la reforma de la Iglesia en su Cabeza y en sus miembros, se persuadieron de que ya no habia parte alguna sana en todo el cuerpo.

3. Tal fue la primera causa del desprecio y enojo de los pueblos contra la autoridad eclesiástica. La segunda causa que hubo, y seria en vano querer disimular, fue que entre los falsos celosos que pedian la reforma, habia algunos animados de un interés sincero por el bien de la Iglesia, y del dolor religioso que les inspiraba el conocimiento de sus males y de sus necesidades. Así, pues, la reforma, tan largo tiempo reclamada y eludida, fue á lo menos en parte la que causó en la Iglesia los tristes desórdenes que vamos á describir.

4. Un fraile audáz y protegido fue el autor inmediato y el consumidor. Martin Lutero, nacido en Islebia, en Sajonia, en 10 de Noviembre de 1483, de Juan Lottero ó Loter, y de Margarita Linderman, tenia todas las cualidades propias para este funesto

destino. Aunque su padre no fue mas que un oficial ocupado en el trabajo de las minas, le dedicó á los buenos estudios, de modo que Lutero adquirió bien pronto gran reputacion de elocuente y erudito: la impresion que le causó la muerte de uno de sus condiscípulos, herido de un rayo á su vista, fue tan grande que contra la voluntad de sus padres entró en la orden de San Agustin. Sus superiores le procuraron el doctorado y una cátedra de teología en la universidad de Witemberg, nuevamente fundada por el elector Federico de Sajonia, que se preciaba de atraer á ella los sugetos de mérito, y se interesó hasta un punto incomprendible en favor de este fraile turbulento. Esto fue lo que dió principalmente un libre curso á aquel genio presuntuoso, arrebatado y despreciador de todo lo que él no habia ideado. Quería sujetar la facultad misma de la palabra, tiranizar las opiniones, y trató con ultraje y con brutalidad á todos los que se atrevieron á contradecirle, sin respetar los títulos mas sagrados y augustos. Finalmente, era incapáz de retractar lo que una vez habia asentado. En cuanto á su exterior, tenia una fuerza de cuerpo que igualmente sostenia el trabajo y el placer, el temperamento bilioso y prodigiosamente irascible, la vista penetrante y encendida, la voz extraordinariamente fuerte y al mismo tiempo agradable, el aspecto fiero, intrépido y altivo, lo que sabia ocultar bajo una apariencia de modestia y de mortificacion cuando la juzgaba mas útil á sus fines que el tono de imperio; pero siendo mucho mas violento que hipócrita,

hacia pocas veces este papel. Reconocemos además que su disolucion consistia mucho mas en los principios que en las costumbres. Mientras permaneció en el claustro, su vida pasó por bastante regular; y al revés de lo que comunmente sucede, el entendimiento corrompió su corazon.

5. A la edad de treinta y cinco años, en el grado eminente de reputacion en que estaba ya en Witemberg, levantó con audacia el estandarte de la heregía, para no retroceder nunca, y para avanzar de dia en dia con atrevimiento mas determinado, á pesar de todos los obstáculos y precipicios. No dió lugar á los remordimientos y á las reflexiones, hasta que vió con asombro que sus tristes sucesos escedían á sus esperanzas. Despues de haber declamado contra los abusos que le parecieron reprehensibles en los cuestores y predicadores de indulgencias, hizo sostener repetidas veces conclusiones públicas, en que la temeridad de las aserciones iba siempre en aumento: las fijó en las puertas de la iglesia de Witemberg, y tuvo la audacia de enviarlas al arzobispo de Maguncia. Sin negar al principio que la Iglesia tuviese la potestad de conceder indulgencias, y diciendo por el contrario anátéma en términos espresos á cualquiera que negase la verdad de las indulgencias del Papa, pretendia sin embargo que eran una mera relajacion de las penas canónicas, y por consiguiente que no alcanzaban á los muertos, pues no les procuraban alivio alguno. Adelantó hasta decir que las satisfacciones superabundantes é infinitas de Jesucristo no entraban en

el tesoro de las indulgencias, cuya virtud aniquilaba insensiblemente con mil esplicaciones semejantes.

Enlazando una materia con otra, pasó de las indulgencias á la justificacion; es decir, á la gracia santificante que nos hace agradables á Dios. Se habia creido hasta entonces, que para ser justificado era necesario tener en sí la justicia; así como para ser sábio ó virtuoso es preciso tener la ciencia ó la virtud. Pero no cuadrando una idea tan sencilla con el genio del novador, quiso que lo que nos hace justos y agradables á Dios fuese nada en nosotros: que nuestra justificacion se obrase precisamente porque Dios nos imputase la justicia de Jesucristo, la cual nos apropiamos por la fe. Y esta fe no consistia en creer firmemente todas las verdades cristianas en general, sino en creer especialmente cada uno en el corazon, y sin la menor duda que todos nuestros pecados nos eran perdonados. Quedamos justificados, repetia sin cesar el heresiarca, al punto que creemos serlo; no solo con aquella certeza moral que escluye el temor y la agitacion, sino con una fe tan firme como la que es necesaria para creer que Jesucristo ha resucitado.

Unas aserciones tan estrañas en sí mismas, y propuestas con tanta publicidad, pusieron en conmocion primero á toda Alemania, y despues á toda la Iglesia. El dominicano Tetzal, gefe de la comision de las indulgencias, publicó inmediatamente en Francfort sobre el Oder, proposiciones del todo contrarias; y como era inquisidor de la fe, hizo quemar públicamente las del dogmatizador. Por desgracia cayó en

escesos opuestos que perjudicaron infinitamente á la bondad de su causa. Otro inquisidor dominicano, llamado Juan Hostrat, exhortó al Papa á no emplear mas que el hierro y el fuego para libertar á la Iglesia del hijo de perdition que caminaba á derribarla. Por otra parte, el sábio Eckio, que profesaba la teología en Ingolstad, combatió la heregía naciente con tanta sabiduría como nervio y erudicion. Pero Silvestre de Prierio, compañero de los dos inquisidores que acabamos de nombrar y maestro del sacro palacio, publicó un escrito en que hacia al Papa superior á todos los concilios, atribuyéndole una autoridad que los mismos romanos desaprobaban: circunstancia de que se valió el novador para hacer odiosa esta potestad á los alemanes. Tan cierto es que en la defensa de la fe es muy importante no usar de otras armas que de la misma fe; y no dar lugar á la diversion recurriendo á sistemas y á principios litigiosos que dejan á los enemigos de la Religion la misma ventaja que á sus defensores. Sin embargo, Lutero, contra su natural, respondió á estos adversarios con bastante moderacion. Escribió asimismo en términos muy respetuosos á Gerónimo de Brandebourg, su obispo natural; y de un modo todavía mas sumiso al Sumo Pontífice, protestando que recibiría el juicio de su Santidad como el de Jesucristo que hablaba por su boca. Puede creerse que este genio fogoso é incapáz de disimular largo tiempo, estaba verdaderamente en la disposicion que manifestó entonces, y cuya sinceridad afirmó con frecuencia en lo sucesivo, diciendo que en aquella

época no habia salido todavía de sus antiguos errores. Como quiera que fuese, esta conducta le ganó bastantes protectores. Persuadiéronse de que su heregía era una preocupacion de los ignorantes y de los prevaricadores que descubria.

6. Esto fue lo que le concilió principalmente la benevolencia de su Soberano, el duque Federico III, elector de Sajonia, Príncipe generoso, lleno de probidad, pero de una piedad tan destituida de luces, que no obstante haber sido muchas veces el juguete del rigorismo y de la virtud fingida, apenas puede concebirse cuánto se dejó alucinar hasta este punto. El Emperador Maximiliano vió con ojos bien diferentes esta doctrina. Consternado de los disturbios que habia escitado al nacer en una buena parte del imperio, escribió al Papa Leon, suplicándole diese cuanto antes su sentencia, cuya puntual egecucion le prometia. Ya el maestro del sacro palacio habia notado de heregía los dogmas de Lutero, y el Papa en consecuencia le habia citado á Roma dentro de sesenta dias (1). Leon X escribió luego al elector de Sajonia, para darle aviso de esta citacion. No solamente le rogaba que negase toda proteccion á Lutero, sino que le exhortaba á ponerle en manos del cardenal Cayetano, legado en Alemania. Se estendió hasta amenazar con pena de excomunion, y de privacion de bienes á todos los que le protegiesen, lo que no impidió al elector, y á su universidad de Witemberg volver á

(1) *Rain. ann. 1518. num. 90. &c.*

escribir fuertemente al Papa en favor del acusado. Pedían que á lo menos fuese juzgado el negocio en Alemania, é hicieron tales instancias, que el Papa consintió en ello, pero con la condicion de que se trataria en Suabia donde Lutero habia de comparecer ante el legado que se hallaba en Augsbourg. Pretendia el elector que los eclesiásticos de Alemania no podian ser citados fuera de sus paises, y que sus causas debian juzgarse en sus propios lugares. La universidad añadia, que Lutero nada habia proferido contrario á la doctrina de la Iglesia: que solo podia reprendérsele el haber soltado en el calor de la disputa algunas proposiciones algo atrevidas, y que ni aun habia dado jamás por decisiones, puesto que solo podia escuchar y seguir la voz de la Iglesia.

7. Aunque el juez, sacado de la órden de Santo Domingo, no fue agradable á Lutero, no le recensó: el duque Federico mandó que compareciese en este tribunal, y Lutero se dirigió en efecto á Augsbourg, habiendo antes pedido y obtenido del Emperador un salvo conducto. El legado le recibió con mucha bondad, sin querer no obstante entrar en disputa, lo que no convenia en efecto ni á su dignidad de cardenal, ni á su oficio de juez. Despues de haberle representado las funestas consecuencias que podia tener este negocio, y traído á su memoria sus protestaciones de docilidad y respeto á la Iglesia, le dijo en dos palabras que era necesario revocar los errores contenidos en sus escritos, y prometer que no los sostendria mas. Lutero respondió que no creía haber enseñado errores, y que

le rogaba señalase algunos en la doctrina que habia publicado. El legado le manifestó dos principales, el primero negar que los méritos infinitos de Jesucristo sean el tesoro de las indulgencias, y el otro que para volver á la gracia de Dios, basta creer como de fe que todos nuestros pecados nos son perdonados. Lutero, cuyo objeto no era seguramente el de instruirse, dijo que en esto nada habia asentado que no fuese conforme á las santas Escrituras; pero el cardenal firme en alejar la discusion, no cesó de estrecharle á que se retractase, le amenazó con censuras eclesiásticas, y le prohibió volver á ponerse en su presencia si no obedecia. Entonces el novador acordándose de la suerte de sus precursores Juan Hus y Gerónimo de Praga, no pensó mas que en retirarse de Augsbourg. Aprovechándose del primer momento favorable, partió sin despedirse de nadie, despues de haber hecho fijar un acto de apelacion del Papa mal informado, y refiriéndose en todo cuanto habia escrito ó predicado al sentimiento de las universidades de Basilea, de Friburgo y Lovaina, y sobre todo á la de Paris, á la que llamaba la antorcha y madre de todas las ciencias. Esta escuela distinguida no tardó en reconocer el caudal que debe hacerse de estos elogios de los sectarios. Lutero escribió además al legado, escusándose de su partida oculta, y aun de haberle hablado con un modo poco respetuoso; pero al propio tiempo escribió á otras partes, y hasta Roma al mismo Papa, quejándose de la dureza y tiranía insupportable: tales son los términos, con que este cardenal

queria obligarle á confesar errores, sin hacerle ver en qué habia errado.

Tal fue la crisis, despues de la cual este espíritu enfermo y lánguido en la fe, la perdió enteramente, sin que en adelante se mostrase capáz de remedio. Caminó de estravíos en estravíos, de excesos en excesos: no trabajó en mas que en fabricar nuevos errores, en arruinar la autoridad del Papa, de los concilios, de los santos padres y de toda la tradicion, hasta no reconocer en fin por juez mas que la palabra de Dios; bastante luminosa por sí misma decia, y que los Papas solo procuran corromperla á fin de establecer sobre el sentido falso que le dan su dominacion tiránica. Se ha vituperado la conducta del cardenal Cayetano, y diferentes censores le acusan de dureza, ó á lo menos de sequedad con Lutero. Habria podido, dicen, sofocar el luteranismo en su nacimiento, y prevenir las consecuencias eternamente deplorables, ateniéndose á la profesion que hacia Lutero de someterse al juicio de la iglesia romana. Trasladadas luego al Pontífice las razones que proponia el novador en defensa de sus aserciones, se habria sin embargo impuesto silencio á los dos partidos, como él mismo lo pedia, hasta que el Papa hubiese terminado la diferencia por una sentencia definitiva. Reconociendo el elector de Sajonia, la universidad de Witemberg y toda Alemania la autoridad de la Cabeza de la Iglesia, Lutero, que protestaba tan solemnemente reconocerla tambien, no habria podido dispensarse de someterse á ella, pues de otra suerte hubiera sido abandonado

de todos como un seductor y un impostor. Así raciocinan estos observadores tardíos y vanos, que ven todos los males cuando ya son irreparables. No hay hombre alguno constituido en ministerio que no sea culpable, á lo menos de imprudencia, en su tribunal, sobre todo cuando se trata de defender la Religion. ¿No es, por el contrario, mucho mas verosímil, que de cualquiera manera que se hubiese procedido con el seductor de la Germania, nada habria contenido su temeridad indómita? El carácter de los hombres es casi únicamente el que determina esta suerte de acontecimientos: la suerte está echada, por decirlo así, luego que nacen perturbadores de cierta casta. ¡Desgraciados los lugares y tiempos, en que el cielo los permite para que se cumpla el oráculo evangélico sobre la necesidad del escándalo!

El cardenal Cayetano, temiendo con razon comprometerse, no dió respuesta alguna á la carta de Lutero; pero envió á decir al duque de Sajonia lo que acababa de pasar en Augsbourgo, la evasion clandestina de Lutero, sus aserciones evidentemente contrarias á la fe, su obstinacion en sostenerlas, sus falsas apariencias de docilidad y la infraccion de todas sus promesas (1). Le advirtió en fin, que se iba á proseguir este negocio en Roma, y le instó á que pusiese á este herege en sus manos, ó á lo menos le arrojase de sus estados. Lutero habia prevenido estos pasos al salir de Augsbourgo, y escribió al duque que se habia pretendido sojuzgarle y no dirigirle: que él no

(1) *Epist. Luth. ad Frid. t. 11.*

pedia mas que ser desengañado si vivia en el error; pero que mientras no se trabajase en convencerle junto con tantos sábios que pensaban como él, la corte de Roma solo ofrecería al mundo cristiano una nueva prueba del despotismo que se arrogaba. Tenia al mismo tiempo cerca de este Príncipe dos patronos poderosos; á saber: el vicario general de los agustinos Juan Staupicio, hombre intrigante y sutil, y Jorge Spalatino, secretario de Federico, cuya ciega prohibición dirigia él á su arbitrio. El elector respondió al legado, y antes de enviar su carta se la enseñó á Lutero que llegó de Augsbourg á Sajonia en estas circunstancias (1). Decia en ella que era cosa injusta calificar á nadie de herege, sin haberle convencido de heregia; que no habia enviado su súbdito á Augsbourg para que únicamente se le oprimiese, y para que se le forzase á retractarse antes del juicio, y aun del mismo exámen de la causa: que hombres muy hábiles de muchas universidades no creían ser su doctrina impia ni herética, aunque no favoreciese las máximas de sus perseguidores: en fin, que por estas pretensiones de una autoridad arbitraria, no privaria á sus estados y á su universidad de un hombre que le era apreciable por los dos títulos de vasallo suyo natural, y de un profesor de los mas idóneos para hacer florecer las ciencias que se creía obligado á proteger. Así el elector, bien lejos de desterrar á Lutero ó de enviarle á Roma, tomó en su favor aquel grado de interés, que no solo le precipitó en el cisma y heregia,

(1) *Epist. Frider. ad Coy. ibid.*

sino que contribuyó infinitamente á la perversion de toda la Alemania.

El heresiarca viéndose apoyado, y previendo sin embargo su condenacion en Roma, donde el legado escribia al elector que iba á juzgarse esta causa, no obstante su apelacion al Papa y todas sus protestaciones de sumision á la autoridad pontificia, produjo un acto nuevo, en que afirmando que el Papa Leon no era mas infalible que San Pedro que fue reprendido por San Pablo, apelaba de todo lo que Roma pudiese hacer contra él al concilio general, que es superior al Papa.

8. La muerte del Emperador Maximiliano que aconteció algun tiempo despues el dia 12 del año 1519, facilitó mucho las maniobras del heresiarca. Este Príncipe conocido especialmente por su carácter lleno de contradicción, laborioso y negligente, obstinado y fácil, emprendedor é irresoluto, el mas avaro y el mas pródigo de los hombres: Maxiliano tenia no obstante una adhesión incontrastable á la fe de sus padres, y mucho celo por el honor de la Sede apostólica. El momento en que faltó fue tanto mas funesto á la Religion, quanto el gran protector de Lutero, vicario nato del imperio como elector de Sajonia, quedaba hecho árbitro del gobierno germánico. Esta circunstancia fue la que sirvió principalmente para fortificar el partido del novador, y estenderle tan rápidamente. Bien pronto se habló de él en todos los países de Alemania como de un apóstol suscitado por Dios para remediar los abusos que infestaban la Iglesia,

y para restablecer á los fieles en la pureza y santa libertad del Evangelio. Esto le hizo tan orgulloso, que apenas quiso dar oídos al nuncio Milticio, noble sajón, comisionado del Papa, cuyo camarero era, para presentar por honor la rosa de oro al duque Federico, y suplicarle negase su protección á un herege declarado. No solo perseveró el duque en una adhesión tan poco razonable, sino que recibió el presente del Papa con una indiferencia que llegó hasta el desprecio (1). Este devoto de secta, que no siempre había observado la pureza del Evangelio, conservaba un secreto rencor contra el Papa Leon, por no haber concedido á un hijo natural suyo las bulas gratuitas para un beneficio.

9. En cuanto á la conferencia del nuncio y de Lutero, Milticio tomando en ella un medio enteramente contrario al del cardenal Cayetano, hizo conocer que un exceso jamás se enmienda con el exceso contrario, y que el espíritu orgulloso de los hereges es mas difícil de ganar por la lisonja que por la firmeza y por el rigor mismo. Le alabó con bajeza, y le trató de un modo enteramente indigno de su carácter, pues llegó al extremo de sacrificar á la soberbia de Lutero al dominicano Tetzel, que tenía á lo menos el mérito de haber sido el primero en combatir al heresiarca. Reprendiendo á este religioso los abusos y disturbios que había ocasionado, le habló en términos tan ásperos y aun injuriosos, que le abismó en una tristeza que le causó la muerte, moviendo á compasión al

(1) *Pallavic. t. 1. c. 13.*

mismo Lutero. El nuncio no adelantó paso alguno sin duda con esta política inhumana: todo lo que pudo ganar se redujo á que Lutero escribiese al Papa una carta de sumisión, ó por mejor decir de atención, en la que despues de exaltar la potestad pontificia haciéndola superior á todas las cosas, menos á Dios, concluía declarando en términos formales que jamás se retractaría. Empeñó además de esto el nuncio al capítulo general de los agustinos de Alemania, que se celebraba entonces en Sajonia, á que solicitase que este fraile seducido volviese al seno de la Iglesia, y este medio de súplica y de deferencia solo sirvió para persuadirle que le temían. De aquí resultó una segunda carta al Papa tratándole como á su igual, y casi como á inferior, queriendo buenamente concederle la paz, con la condición de que no le hablase mas de retractar cosa alguna de cuanto había profesado ó escrito, ni de reconocer otra autoridad que la palabra de Dios, que nos ha dejado, decía, una libertad perfecta, contra la cual solo puede atentar la tiranía.

10. El imperio vacante tenía por competidores á los Reyes de Francia y de España, que no se ocultaban uno á otro sus pretensiones opuestas, y que los promovieron con una nobleza de sentimientos, ó á la menos de conducta, cual podía desearse antes de la decisión. Francisco I, con la probidad y franqueza que le eran naturales, comunicó su designio á Carlos V, su concurrente: le representó que aspirando los dos á un cetro poseído en diversos tiempos por sus

predecesores respectivos, y administrado por unos y otros para bien de los pueblos, no debian sus hijos ascender á él con otros fines: que una concurrencia permitida no debia injuriar á uno ni á otro, ni debilitar los vínculos de amistad que los unia. En la situacion peligrosa en que se hallaba la Alemania, agitada en lo interior por las facciones, y amenazada por fuera de los turcos, Francisco tenia muchas cosas que abogaban en su favor: tales eran su valor y sucesos militares, su buena fortuna y la conducta prudente que habia tenido hasta entonces; pero estas mismas consideraciones fueron las que dieron lugar á las mas fuertes oposiciones. Temieron que llegase á ser demasiado poderoso, y que subyugase la Alemania. Carlos por el contrario, Príncipe jóven de veinte años, naturalmente sério y disimulado, pasaba entonces por un talento mediano, poco valiente, y por consiguiente mucho menos temible: tenia además la ventaja de ser de estirpe alemana, y de poseer estados en la baja Alemania. Sin embargo, Leon X, que no dejaba de mezclarse en los negocios de primer orden, se esforzaba á separar del imperio á estos dos grandes competidores, temiendo que su poder absorbiese el suyo y trastornase la Italia, en donde Carlos poseía el reino de Nápoles, y Francisco el ducado de Milán.

La corona imperial, segun Erasmo (1), fue ofrecida por todos los demás electores al duque Federico de Sajonia; y este Príncipe, no obstante su inclinacion á la heregia, generosamente no la admitió, y

(1) *Erasm. 13. Epist. 4.*

propuso al Rey de España, como el mas propio para ceñirla gloriosamente. Carlos V fue en efecto electo Emperador en Francfort, en 28 de Junio de 1519, y coronado en Aquisgran en 23 de Octubre del año siguiente. En reconocimiento hizo presentar á Federico treinta mil florines de oro, y este Príncipe tuvo tambien la generosidad de no admitirlos. Y habiéndole suplicado que permitiese á lo menos distribuir diez mil á su familia, respondió que eran dueños de recibirlos, pero que los que tomasen un solo florin, no estarian el dia siguiente en su servicio. Apenas hubo dado esta respuesta, partió inmediatamente para evitar que se le importunase mas. Tales son en el protector de Lutero las cualidades recomendables, á las que hacemos gustosamente justicia, aunque logró torcerlas el reformador hipócrita.

11. Los grandes y los sábios cayeron igualmente en este lazo. Entre los últimos, Felipe Melanchton fue la primera víctima de la sorpresa, y persistió en la ilusion con la mayor constancia, á pesar de todas sus perplejidades y remordimientos. Este jóven, nacido en 1497 en el palatinado del Rhin, y recientemente llamado por el duque Federico para enseñar el griego en Witemberg, era suave, moderado, grande humanista, y muy aplicado al estudio de las lenguas doctas: estaba poco versado en las antigüedades eclesiásticas y en la sólida teología; pero inclinado, sin embargo, á profundizar en las especulaciones abstractas de la Religion, era atormentado desde algun tiempo antes por las contrariedades aparentes que habia

hallado en la lectura superficial de los santos padres. En tiempo de Melanchton, muchos obreros no predicaban mas que indulgencias, peregrinaciones, limosnas hechas á los monasterios, y otros egercicios fructuosos para aquellos ministros interesados, que parece reducian toda la religion únicamente á su práctica. Lutero por el contrario lo atribuía todo á Jesucristo, como es justo, pero no segun la doctrina de la Iglesia, la cual, sin quitar absolutamente al hombre sus facultades, mira como un efecto de la gracia todo quanto hace de bueno en el órden de la salvacion, hasta el buen uso de su libre albedrío. Lutero, el orador mas vehemente de su siglo, manifestaba sus nuevos pensamientos bajo el aspecto mas original y sorprendente, los revestia de sentencias y de figuras encantadoras y de todos los adornos de su lengua nativa, y se atraía los aplausos de todo el mundo. Así pues Melanchton, sencillo y crédulo, como la mayor parte de los buenos ingenios, se sintió como arrebatado por un hechizo invencible. Lutero le pareció superior á todos los hombres, un varon suscitado de Dios, un verdadero profeta. Hasta entonces habia tenido el heresiarca una vida arreglada, y conservaba el lenguaje de la devocion, que daba á entender haber cultivado con bastante buena fe en el claustro. Sus afectos de envidia y de soberbia, su audacia y su obstinacion indómita, se ocultaban todavía bajo la máscara del celo. Si proponia dogmas asombrosos, se sometia al Papa, y reclamó el concilio, que, ya siglos habia, reclamaba toda la cristiandad.

Para conocer, en fin, todo el peligro en que cayeron tantos literatos despues de Melanchton, y para precavernos contra esta especie de tentaciones que se renuevan en todos los siglos, traigamos á la memoria los principios de las últimas doctrinas proscritas por la Iglesia. ¿No se cubrian como el luteranismo y la impiedad naciente de los sacramentarios, con el velo especioso de la regularidad, de la justicia cristiana, de la caridad pura, del restablecimiento de la moral y de las máximas primitivas, del gusto de las letras, y de la elegancia de la dicción? ¿Pero qué trabajos, qué solitudes y circunspeccion, qué perseverancia ha sido necesaria, sin embargo, para disipar, ó á lo menos para desacreditar la preocupacion inaudita de que se puede tener la fe sin la sumision á las decisiones unánimes de este cuerpo apostólico, cuya autoridad debe perpetuarse sin interrupcion hasta el fin de los siglos?

Melanchton, á la verdad, experimentó agitaciones continuas y remordimientos crueles, al ver los excesos á que Lutero se precipitaba, y como él decia, la cólera de este implacable Aquiles, las fogosidades horribles de este nuevo Mario (1). Veía á todos los fieles sublevarse contra este extraño reformador, sin exceptuar aquellos que pretendian como él rectificar la Iglesia. Veía aniquilarse el ministerio eclesiástico, sucederle la tiranía y la anarquía, que aun es mas funesta, arruinarse toda la disciplina, quedar el sacerdocio avasallado á la magistratura, hervir mil

(1) *Lib. 4. Epist. 240.*

sectas impías bajo el estandarte de la reforma, desencadenarse la discordia, preparar sus armas la rebelion, y asolar á todo el orbe cristiano los partidos y las guerras civiles. Esta sola perspectiva le rasgaba las entrañas, y en lo sucesivo se le oyó invocar la muerte á cada instante. Sus ojos no dejaron de derramar lágrimas durante el largo curso de treinta años; y el Elba con todas sus ondas, nos dice él mismo, no habria podido prestar bastante agua para llorar tantas desgracias (1). Pero su genio subyugado le arrastraba detras de Lutero; y aunque no le podia disculpar ni sufrir, era siempre su ídolo. Tanto importa en materia de fe tener el alma libre de preocupaciones, respecto de los maestros mas famosos por su saber, y aun por su virtud.

12. Lutero, en el principio de su rebelion contra la Iglesia, atrajo igualmente á sí á Andrés Bodestein, llamado Carlostadio, por el lugar de su nacimiento en Franconia, canónigo, arcediano, profesor de teología en Witemberg, y dean de esta universidad, donde habia dado la borla de doctor á Lutero. Era tal su ignorancia ó estravagancia, que llegaba á ser falta de sentido comun (2). No es menester otra prueba que el modo con que esplica las palabras de la consagracion, y cuyos absurdos manifestaremos oportunamente mas adelante. Por último, era insolente y grosero, de una cólera brutal, artificioso sin embargo, inquieto y enredador, sin piedad, sin humanidad, y mas judío que cristiano, segun Melanchton,

(1) *Lib. 2. Ep. 20.* (2) *Zuinglio. Epist. ad Math. Alber.*

que fue naturalmente moderado. Contrajo amistad con Lutero desde que le oyó predicar contra las indulgencias.

13. En el mismo tiempo y con la propia ocasion de la publicacion de indulgencias, Ulrico ó Ulderico Zuinglio, echó en la Suiza, su patria, los fundamentos de la secta de los sacramentarios. Este jóven disipado y audáz, que despues de haber servido algun tiempo en la carrera de las armas, habia abrazado el estado eclesiástico, no tardó mucho en arrepentirse de una obligacion que le estrechaba al celibato, al cual no podia acomodarse, como lo dice ingenuamente en sus obras; y así luego que oyó hablar de la libertad evangélica predicada por Lutero, abrazó de todo su corazon esta doctrina cómoda, pero sin declararse abiertamente. Aguardó á dar este paso en Zurich, cuando una especie de elocuencia que habia recibido de la naturaleza, y que consistia en enunciarse con facilidad y limpieza, le hizo llamar de un curato de aldea, al curato principal de aquella ciudad. Entonces esparció públicamente los nuevos errores, y aconsejó la lectura de los escritos de Lutero. Vino á ser en adelante uno de sus mayores adversarios, porque tomó una ruta del todo contraria á la de este heresiarca, con el fin de salir de su clase subalterna, y hacer el papel de cabeza de partido. No solo aniquiló el dogma de la presencia real, y todo cuanto Lutero habia conservado del culto cristiano, sino que por defender el libre albedrío, vino á caer en el pelagianismo, y colocó en el cielo, al lado de Jesucristo

sectas impías bajo el estandarte de la reforma, desencadenarse la discordia, preparar sus armas la rebelion, y asolar á todo el orbe cristiano los partidos y las guerras civiles. Esta sola perspectiva le rasgaba las entrañas, y en lo sucesivo se le oyó invocar la muerte á cada instante. Sus ojos no dejaron de derramar lágrimas durante el largo curso de treinta años; y el Elba con todas sus ondas, nos dice él mismo, no habria podido prestar bastante agua para llorar tantas desgracias (1). Pero su genio subyugado le arrastraba detras de Lutero; y aunque no le podia disculpar ni sufrir, era siempre su ídolo. Tanto importa en materia de fe tener el alma libre de preocupaciones, respecto de los maestros mas famosos por su saber, y aun por su virtud.

12. Lutero, en el principio de su rebelion contra la Iglesia, atrajo igualmente á sí á Andrés Bodestein, llamado Carlostadio, por el lugar de su nacimiento en Franconia, canónigo, arcediano, profesor de teología en Witemberg, y dean de esta universidad, donde habia dado la borla de doctor á Lutero. Era tal su ignorancia ó estravagancia, que llegaba á ser falta de sentido comun (2). No es menester otra prueba que el modo con que esplica las palabras de la consagracion, y cuyos absurdos manifestaremos oportunamente mas adelante. Por último, era insolente y grosero, de una cólera brutal, artificioso sin embargo, inquieto y enredador, sin piedad, sin humanidad, y mas judío que cristiano, segun Melanchton,

(1) *Lib. 2. Ep. 20.* (2) *Zuinglio. Epist. ad Math. Alber.*

que fue naturalmente moderado. Contrajo amistad con Lutero desde que le oyó predicar contra las indulgencias.

13. En el mismo tiempo y con la propia ocasion de la publicacion de indulgencias, Ulrico ó Ulderico Zuinglio, echó en la Suiza, su patria, los fundamentos de la secta de los sacramentarios. Este jóven disipado y audáz, que despues de haber servido algun tiempo en la carrera de las armas, habia abrazado el estado eclesiástico, no tardó mucho en arrepentirse de una obligacion que le estrechaba al celibato, al cual no podia acomodarse, como lo dice ingenuamente en sus obras; y así luego que oyó hablar de la libertad evangélica predicada por Lutero, abrazó de todo su corazon esta doctrina cómoda, pero sin declararse abiertamente. Aguardó á dar este paso en Zurich, cuando una especie de elocuencia que habia recibido de la naturaleza, y que consistia en enunciarse con facilidad y limpieza, le hizo llamar de un curato de aldea, al curato principal de aquella ciudad. Entonces esparció públicamente los nuevos errores, y aconsejó la lectura de los escritos de Lutero. Vino á ser en adelante uno de sus mayores adversarios, porque tomó una ruta del todo contraria á la de este heresiarca, con el fin de salir de su clase subalterna, y hacer el papel de cabeza de partido. No solo aniquiló el dogma de la presencia real, y todo cuanto Lutero habia conservado del culto cristiano, sino que por defender el libre albedrío, vino á caer en el pelagianismo, y colocó en el cielo, al lado de Jesucristo

y de la santísima Virgen, á Hércules, Teséo, Sócrates, Numa, padre de la idolatría romana, Scipion, epicúreo, Catón, suicida, con una multitud de adoradores é imitadores de los falsos dioses. Zuinglio, cuya vehemencia le hacia entre los suyos otro Lutero, necesitaba de un Melanchton, y le halló en OEcolampadio.

14. Erasmo tenia muchos talentos y celebridad para que dejase de ser buscado sucesivamente por estos gefes artificiosos de partido. Este holandés, del talento mas bello, y el hombre mas sábio de su siglo, á quien se debió principalmente la restauracion de las letras humanas, el arte de la crítica, el gusto de la antigüedad, y que fue de los primeros que trataron las materias de la Religion con la dignidad conveniente, era natural de Rotterdam, abrazó casi á su pesar la vida religiosa en los canónigos regulares de Stein, y fue ordenado sacerdote por el obispo de Utrech. Recorrió despues las escuelas mas célebres de Francia, Inglaterra é Italia, donde estableció relaciones de amistad con todos los sábios de Europa, y ganó el aprecio de los grandes mas dignos de estimacion. Obtuvo del Papa Julio II la dispensa de sus votos, y Paulo III concibió el designio de hacerle cardenal; pero Erasmo, apasionado únicamente por las letras, no quiso dar paso alguno para ascender á esta dignidad. Tenia tan poca ambicion, que rehusó las grandes ventajas que el Rey Francisco I, tan liberal con los sábios, le ofreció para fijarle en Francia. Revestido por Carlos V del título de consejero de

estado, con una pension de doscientos florines, se estableció en la ciudad de Basilea, donde pasó la mayor parte de sus dias. Su nacimiento fue tan obscuro que no se le conoce con otro nombre que con el que recibió en el bautismo de Desiderio ó Deseado, que segun el uso de los sábios de su tiempo, le trasladó en griego por la palabra Erasmo. De esta suerte Melanchton cambió tambien su nombre alemán de Schuatzerd, que significa tierra negra.

Un hombre del mérito y reputacion de Erasmo era un refuerzo precioso para Lutero, el cual no omitió ofertas lisongeras y testimonios de estimacion para atraerle á su partido. Erasmo le respondió de un modo muy honesto, mas sin comprometerse. Dióle además lecciones de modestia, de caridad y de moderacion; exhortándole sin embargo á no caer en la ignorancia y en las preocupaciones de muchos predicadores de su tiempo, lo que pudo parecer sospechoso en aquellas circunstancias, y sublevó en efecto muchos católicos celosos contra él. Habiánle reprendido ya muchas bufonadas poco religiosas, censuras muy libres contra los padres, y notas equívocas sobre la Escritura santa; de tal manera, que pasaba por vacilante en la fe, por haber llegado hasta suministrar á Lutero los materiales de su heregía; por lo que se decia vulgarmente ó que Lutero era Erasmo, ó que Erasmo era Lutero. Sin embargo, él se defendía de estas acusaciones, y se quejaba de ser infamado por los alemanes, como enemigo de la faccion luterana, mientras que el partido católico le tenia

por luterano (1): destino comun á todos aquellos que quieren avenirse bien con dos partidos contrarios, cuando es tan digna de vituperio la neutralidad, estando asegurada la fe, que al fin prevalece sobre el error. Erasmo siguió al principio este plan vicioso, y favoreció al novador sin querer no obstante separarse de la Iglesia. Instado muchas veces á escribir contra la heregia naciente, pues le imponia una obligacion de egecutarlo la sola celebridad de sus talentos, se escusó de egecutarlo alegando razones bastante frivolas. Decia que le causaba temor el irritar á un hombre violento apoyado de muchos Soberanos: que no tenia bastante conocimiento de sus escritos, aunque la impietad escitaba la indignacion en cada página; y que se le acusaria de un falso amor de gloria, y de sentimientos cobardes, si combatiese contra un enemigo ya humillado. Abatido ya en efecto este enemigo de la Religion, cubierto canónicamente de infamia, por haberse condenado á las llamas sus libros, escribia el escrupuloso Erasmo que no se atrevia aun á vituperarle ni á defenderle, hallaba en sus obras documentos preciosos, y le reprendia simplemente de darlos de un modo muy duro, y de quebrantar las leyes de la prudencia mas bien que las de la piedad (2).

Sin embargo, luego que vió el cisma absolutamente declarado, escribió contra su autor; pero por espacio de mucho tiempo todavía con timidez y con una cobarde política. Esplicábase con mas energia

(1) *Erasm. I. Epist. 2.* (2) *Id. Epist. 2.*

cuando trataba de él familiarmente con los católicos, en cuya comunicacion tuvo siempre el cuidado de mantenerse, y de los cuales muchos le colmaron de magníficos elógijs, mientras que otro grande número se recelaba de él, y atribuía únicamente al deseo de gloria la firmeza con que al fin se declaró contra Lutero y sus secuaces: juicio ó preocupacion que fue largo tiempo la opinion dominante de los varones mas piadosos y venerables. Tal es el premio del miramiento escesivo en favor de los corifeos de secta y de partido. El tiempo, á cuya prueba solo puede estar la verdadera fe, rompe la venda de los ojos de la posteridad, cae la máscara de la hipocresia, la heregia se descubre con todos sus atributos, y por un aplauso efimero gozado entre aquellos que le fueron adictos, se incurre en una infamia eterna en que se forma á lo menos una reputacion equívoca por siglos enteros.

25. Juan de Eck, llamado comunmente Eckio, menos célebre que Erasmo en las bellas letras, pero excelente teólogo, lleno de erudicion, de sagacidad, de facilidad en producirse, y sobre todo de un celo magnánimo que no se desmintió jamás, ha dejado una reputacion del todo diferente (1). Carlostadio, muy adicto todavía á Lutero, cuyas primeras conclusiones combatió Eckio, tomó la defensa de estas aserciones escandalosas; y en su apología pidió al doctor ortodoxo una conferencia pública. Fue aceptado el desafio, y señalada la ciudad de Lipsick para

(1) *Colch. de Act. et Scrip. Luther. ann. 1519.*

lugar de la disputa. El obispo de Mersbourg, en calidad de diocesano, quiso impedir un certámen en que se esponia de algun modo la causa de la Religion al juicio del pueblo; mas deseándole con intenciones rectas el Principe Jorge de Sajonia, primo hermano del elector, y señor de Leipsick, creyeron que se podia sin peligro hacer escepcion de la regla general y comunmente muy fundada. Esta esperanza no fue engañosa: sin embargo, Lutero, ya por no creer el partido igual entre Carlostadio y el docto Eckio, ó ya porque su orgullo no queria triunfo en que no pudiese ser el héroe, se presentó al combate acompañado de Melanchton y de algunos otros admiradores; pero no tuvo motivos de lisongear su presuncion.

Carlostadio fue al momento vencido; y volviendo tres veces al combate, otras tantas vió confirmarse su derrota y agravarse su oprobio. Habia tomado el libre albedrio por materia de la disputa: fue forzado hasta el absurdo de sostener, que esta facultad, despues de la caída del primer hombre, no podia hacer mas que lo malo sin la gracia, no solo sin la gracia de auxilio, llamada actual, sino tambien sin el hábito de la caridad ó la gracia santificante; de donde se le reducía á concluir, que todo hombre que no está en estado de gracia, no puede mas que pecar, ó como sus intérpretes modernos lo han explicado despues, que todas las obras y las oraciones mismas del pecador son nuevos pecados. En quanto á la práctica del bien, le llevó de consecuencia en consecuencia hasta decir en términos formales, que la voluntad solo

contribuye á él como recipiente de la gracia, la cual le obra sola en el hombre y aun de tal suerte, que no hay alguno, por justo y santo que pueda ser, que no peque hasta en las buenas acciones que Dios hace en él. Como se habia convenido por una y otra parte en no adelantar cosa alguna que fuese contraria á la doctrina de la Iglesia católica, no fue difícil á Eckio convencer al novador por la confrontacion de sus novedades inauditas con la enseñanza de todas las escuelas y de todas las iglesias.

No obstante la derrota y la afrenta de Carlostadio, Lutero, que presumia tanto de sí mismo, no vaciló en reemplazarle en la palestra, en la que manifestó mucho espíritu y erudicion. ¿Pero qué pueden todos los talentos humanos contra la verdad católica, cuando ésta es presentada con todo su esplendor y su fuerza? Esta segunda disputa, que duró diez dias, versó sobre el purgatorio, cuya existencia sostuvo Lutero no poderse probar por la Escritura: sobre las indulgencias, que tenia por inútiles: sobre la remision de la pena, que queria fuese inseparable de la culpa: sobre la penitencia, la que aseguraba ser falsa, y reprobaba en el caso de haber tenido principio en el temor; y en fin y principalmente, sobre la primacia del Papa, que decia ser solamente de derecho humano, y de ningun modo de derecho divino. Eckio tuvo la complacencia de demostrar al heresiarca soberbio, que en todos estos puntos contradecia á la fe constante de la Iglesia; mas no fue menor su obstinacion en sostenerlos, y en atribuirse la victoria sobre lo

que le ponía en contradicción con la doctrina de todas las iglesias y de todos los siglos. Pero la verdad triunfó tan visiblemente á los ojos mismos de los simples fieles, que el Príncipe Jorge permaneció mas firme en la antigua creencia, perseverando en ella sin vacilar hasta el fin de sus dias. Desde entonces las universidades de Colonia y de Lovaina condenaron las proposiciones del novador, y la de París, que él habia aceptado espresamente por juez de esta conferencia, juzgó del mismo modo luego que fue instruida con exactitud de lo que en ella habia pasado.

16. Lutero, sosteniendo todavía su respeto aparente al Papa, y estrechándole los agustinos, congregados en capítulo, á someterse á su autoridad, le escribió por condescender con sus compañeros, y aun le dedicó un libro que daba á luz pública bajo el título de la libertad cristiana; mas esta satisfaccion y homenaje fingidos, no eran mas que una nueva injuria. Toda la satisfaccion que ofrecia en su carta era de guardar silencio, si sus enemigos, es decir, los defensores de la creencia católica, le guardasen por su parte. Pero llegando el caso de acometerle, estaba firmemente resuelto á replicar; y por lo que hacia á retractaciones, „nadie, añadió, se lisongee de haberme oido cantar la palidonia. Vuestra Santidad, continuó, puede, no obstante, poner fin á todas estas controversias con una sola palabra, avocándose el negocio á sí, y poniendo silencio á los dos partidos.”

17. En cuanto al libro que tuvo la osadía de dedicar á la Cabeza de la Iglesia, era un fárrago de nuevas

paradojas, concernientes sobre todo á su extraño sistema de la justificación obrada por sola la fe, sin el concurso de las buenas obras, que llegaba á declarar por inútiles á la salvación. Publicó en el mismo tiempo otros dos escritos igualmente escandalosos: el uno sobre la confesión, dirigido al elector de Sajonia, y el otro sobre los votos: en uno y otro puso todos los principios de la horrible doctrina que no cesó de descubrir en todo el resto de su vida.

No quedaba duda alguna sobre la última condenación que merecía este novador audáz. Empezaba ya á murmurarse de las lentitudes empleadas por la corte de Roma con un peligro tan grande de la Religión, y en todas partes se hablaba con temor de los progresos que hacia el error, á favor de la inacción y de la negligencia. Los dominicos de Alemania, los mismos agustinos sublevados contra su indócil y herege compañero, escribieron al Papa Leon, que si era una falta de política, era un crimen en materia de fe no contener el mal en su origen (1): que la rapidéz de sus progresos debia compararse á la de los incendios: que el arrianismo no fue en su principio mas que una centella, que fácilmente habria podido apagarse en la ciudad de Alejandría donde se encendió, y que por haberse mirado con indiferencia abrasó despues á todo el mundo cristiano: que Juan Hus y Gerónimo de Praga habrian causado los mismos estragos, á no haber sido por la pronta y prudente severidad del

(1) *Sleidan. comment. l. 2. p. 50. = Cochl. de act. et scrip. Luth. ad ann. 1520.*

concilio de Constanza. El docto Eckio hizo por su parte el viage á Roma, donde fue recibido con el acogimiento que merecian su celo y sus luces, y persuadió la necesidad de aprovechar los instantes para salvar la Religion en la Germania. Como estaba mucho mejor instruido que los otros teólogos de los sentimientos de Lutero, á quien habia observado tan de cerca, sirvió principalmente para formar la censura que se resolvió pronunciar contra el herejarca.

18. Antes de esto, movido el Papa del peligro de la Alemania, y de la comparacion que todos hacian de los desórdenes escitados por Lutero, con los que habia causado el arrianismo en el antiguo imperio, habia instruido el ánimo de Carlos V, estrechándole á enviar desde España órdenes oportunas para contener á aquel turbulento novador. El peligro se aumentaba de un momento á otro: no era ya solo el elector de Sajonia quien sostenia al predicador de la licencia preconizada bajo el nombre de libertad cristiana; gran número de señores, de militares audaces, de capitanes famosos, la nobleza ansiosa de recobrar las bellas posesiones que sus ascendientes habian donado á la Iglesia, oían con entusiasmo cuanto el predicador propalaba contra el poder abusivo, el fausto y la corrupcion del clero. El Emperador respondió, que en Alemania no era tan fácil contener á las personas como en Italia: que por otra parte no habia recibido todavía la corona imperial, y que antes de esta ceremonia no podia ejercer jurisdiccion alguna

en el imperio: que despues de su coronacion convocaria una dieta general, en la que mandaria comparecer á Lutero; y que, siendo en ella reconocido culpable por los señores, seria entregado, segun las leyes, á los ministros de su Santidad. Esta respuesta da á entender que no advirtió el Emperador que hay algunos casos que no están sujetos á la observancia literal de las reglas. La observancia de éstas debe tener lugar en los casos ordinarios; pero en los momentos de crisis, en que el dilatar es perder la ocasion, no hay duda que la observancia literal de las reglas debe ceder al espíritu, que es el que sirve de guia á la letra de la ley. Sin culpar no obstante las intenciones de Carlos V, es preciso decir, que, á pesar de su celo por la verdadera Religion, no acertó al principio con los verdaderos medios, y dió algunos pasos inútiles. Esto lo conoció despues claramente á costa de una esperiencia funesta á sus pueblos y á su propia grandeza. Algunos, envidiosos del mérito y fortuna de este Monarca (que logró llevar prisionero á su antagonista Francisco I, Rey de Francia), esparcieron sus maliciosas sospechas de que aspiraba á la monarquía universal, y que su ambicion miraba como oportunas las diferencias que se aumentaban en punto de religion. Pero se opone á esta idea aquel celo, que alaban muchos autores, con que llevó á su fin el concilio de Trento, á pesar de tantas dificultades.

19. En el mismo año de 1520, en que los sectarios de la Germania, despues de haber apurado el arte de la ficcion y de la impostura, rompieron los nudos

aparentes que los unian todavía á la Iglesia, el vasto imperio de Méjico, rodeado de mares inmensos que la águila romana jamás habia atravesado, se abrió á las armas del Emperador cristiano, y al reinado mas feliz de Jesucristo ⁽¹⁾. En medio de las gavillas salvages y aisladas de la América, en una tierra muy sana y fértil, así en granos como en oro, se habia formado en menos de ciento treinta años, segun las relaciones españolas, un estado poderoso, cuya longitud de norte á mediodia era de quinientas á seiscientas leguas, la latitud de unas doscientas, y la poblacion tan considerable que ascendian sus egércitos á mas de quinientos mil combatientes. Los españoles esparcidos ya, primero en la grande isla de Santo Domingo, y despues en la de Cuba, mas grande y rica todavía, adquirieron las primeras noticias de esta nacion numerosa al tiempo de ir á probar nuevas aventuras en el rio de Tabasco, bajo la direccion de Juan de Grijalva. Pero Grijalva, aunque valeroso é inteligente, no tenia ni grandeza en sus designios, ni firmeza de alma, como eran menester para seguir la carrera que se le presentaba. Todo el uso que hizo de la fortuna que le brindaba con sus favores, no atreviéndose á interpretar por sí los términos de su comision, fue dirigir la noticia de su descubrimiento al gobernador de Cuba Diego Velazquez, quien desaprobó las niñedades de esta subordinacion inoportuna.

Era preciso para esta espedicion un gefe del todo diverso, y uno de aquellos hombres raros que son el

(1) *Conq. de Méj. por D. Antonio de Solís.*

único fenómeno de una série de siglos. Despues de algunas deliberaciones sobre muchos concurrentes, recayó la eleccion, por uno de aquellos decretos supremos que deciden de la suerte de los imperios, en Fernando ó Hernan Cortés, nacido de familia noble y antigua en Medellin, ciudad de Estremadura: tenia un alma elevada y llena de energia, de un valor y actividad á prueba de todos los trabajos y peligros, de una constancia que adquiria nueva consistencia en los obstáculos; pero sin obstinacion y sin temeridad, no abandonando á la suerte lo que era del resorte de la prudencia, á la cual suplía entonces aquel instinto marcial que es todavía una guia mas segura. Tomaba siempre consejo, y nunca se empeñó en hacer prevalecer su dictámen, sino porque realmente era el mas acertado. Finalmente, era de un carácter suave, franco, afable, de una generosidad que cautivaba la confianza y le encadenaba todos los corazones, festivo y placentero en el trato ordinario de la vida, insinuante y persuasivo en las conferencias y negociaciones, fecundo en medios, y pronto en hallar recursos; en fin, lleno de honor, de probidad, de rectitud, y aun mas de fe y de religion. Cortés fue en una palabra todo lo que debia ser el héroe destinado á fundar y á cimentar el doble imperio de una nueva España, y de una nueva iglesia en el Nuevo-mundo. Por viva que fuese su passion á la gloria, jamás al parecer se debilitó en él por la sed del oro tan contagiosa en su tiempo, y manifestó todavía mucho mas ardor por el establecimiento del reino de Jesucristo.

Solo se halla un vicio reprehensible en su empresa: vicio del espíritu y no del corazón, defecto de su siglo mas bien que de su persona. Los Príncipes de la Europa, y particularmente los de España, estaban persuadidos de que podían invadir las tierras de los infieles sin quebrantar el derecho de gentes, con tal que estableciesen en ellas las leyes del cristianismo; y el Papa Alejandro VI, repartiéndoles bajo esta condicion las islas orientales y occidentales, no les habia dejado la menor duda en que el celo de la fe formaba un título de justicia. Tal fue la máxima fundamental de la conducta de Cortés, á que se añadió el horror de las tiranías execrables de Méjico, en donde la naturaleza humana se hallaba en la degradacion mas injuriosa. La causa de la naturaleza y de su Autor, de Dios Criador y Padre de todos los hombres, fue la que Cortés pretendió vengar, porque los vió sacrificados como brutos, y aun peor que éstos, sobre los altares de los demonios: divinidades homicidas que en plena libertad se complacian de embriagarse con sangre humana, y que en las tinieblas de una supersticion, reinaban casi tan absolutamente como en las del infierno.

Antes de penetrar en la ciudad de Méjico, fue Cortés mil veces testigo de estos horribles sacrificios: luego que se hubo apoderado de aquella capital, descubrió en lugares subterráneos enormes montones de cadáveres de hombres, de mugeres, de niños arrancados del seno de sus madres, de cabezas acumuladas hasta las bóvedas. Muchos presentaban todavía en su

figura espantosa y en la contraccion de sus miembros, las convulsiones de la desesperacion con que habian espirado. El modo ordinario de hacerles morir, era estenderlos en tierra, tan fuertemente atados y sujetos, que casi los tenían sin aliento, mientras que les abrian el pecho para arrancar su corazón, y presentarle palpitando al ídolo colocado sobre su trono en frente de la víctima. Los idólatras estaban persuadidos á que nada le era tan grato como las convulsiones de la muerte y los gritos de la desesperacion.

Para no perder un momento el enemigo del género humano sin este cruel placer, habia en el templo muchos troncos de árboles en fila, bastante inmediatos unos de otros, y traspasados de gran número de agujas de hierro, en las cuales estaban metidas por las sienas una multitud innumerable de cabezas humanas. Cuando éstas se secaban, tenían cuidado los sacrificadores de substituir otras frescas, de modo que el número estuviese siempre completo. Horrible espectáculo, que contemplaban aquellos idólatras sin remordimiento por haberse transformado la inhumanidad en devocion, y haber sofocado la costumbre de la supersticion hasta los sentimientos elementales de la naturaleza. La sola entrada del templo, en cuya portada colgaban por trofeos haces de serpientes, excitaba el horror y el espanto. Por lo demás, los mejicanos habian apurado toda la magnificencia de su arquitectura en este templo principal, dedicado al Dios de la guerra, y tan espacioso, que danzaban en

él comodamente de ocho á diez mil idólatras en sus fiestas. En el centro del edificio se elevaba una pirámide prodigiosa que escedía en altura á todas las torres de la ciudad; y terminaba, no obstante las justas proporciones de disminucion, en una plataforma de cuarenta pies en cuadro. Habia otros siete templos, casi de la misma anchura, en la sola ciudad de Méjico; y hasta dos mil de un órden inferior. Apenas se hallaba una calle que no tuviese adoratorio, y su dios tutelar. Lo mismo sucedía á proporcion con respecto á las observancias y barbaries idolátricas en el resto del imperio. Se calcula que esta carnicería sacrilega costaba anualmente la vida á mas de veinte mil personas; á lo que añadian toda la brutalidad de la antropofagia. Las carnes de aquellas espantosas víctimas se repartian entre todos los devotos idólatras que se creían santificados por unos escesos desconocidos aun de las bestias feroces.

Trasportado Cortés fuera de sí mismo, se sentía animado de una fuerza mas que humana, cuando se miraba como el instrumento escogido del cielo para romper el yugo del infierno, y restablecer á sus esclavos en la libertad de hijos de Dios. Quinientos hombres de á pie, con unos veinte de á caballo, le parecieron un egército suficiente para dar principio á esta empresa. Su tropa adquirió á lo mas un aumento doble en lo sucesivo, parte con los refuerzos que recibió de España, y parte por medio de la victoria que consiguió de los soldados que Velazquez, envidioso de su propia obra, envió para arrancarle la gloria que

él hizo brillar primero á sus ojos. Pues este hombre grande tuvo que luchar á un tiempo contra una multitud innumerable de bárbaros, y contra sus compatriotas aguerridos, que espusieron su constancia, así como su valor y talento, á las mas duras pruebas. Pero convencido en todas partes de la verdad de una mision, que la firmeza de su valor le confirmaba sin cesar, no vió en la multiplicacion de obstáculos mas que un acrescentamiento de esplendor para su corona.

Partió de la Habana por el mes de Febrero de 1519, y fue á desembarcar cerca de la costa oriental de Méjico, en la isla de Cozumel, donde hizo recomendable el nombre español por las pruebas de humanidad y beneficencia que dió á aquellos insulares, que eran muy humanos, y cuya voluntad se aseguró sólidamente. Habia hecho comprender á sus tropas cuánto importaba al bien del estado y de la Religion, cuyos intereses se proponian sostener, el adquirirse una buena reputacion desde el principio de su carrera. Su religion fue bien pronto afligida por el espectáculo de las mas deplorables supersticiones; mas él para contenerlas solo se valió de la misma bondad natural de aquellos idólatras, y del afecto que se habia conciliado de ellos por medio de su dulzura y de su buena conducta. Habia en Cozumel un ídolo célebre, del mismo nombre que la isla, cuya veneracion se estendia hasta lo interior de aquel continente, de donde atraía continuamente concursos numerosos de peregrinos de todas lenguas y provincias. Por esto

los insulares, acostumbrados al comercio de los extranjeros, se admiraron menos que otros de la llegada de los españoles. Un día en que era mas numeroso el concurso de estos peregrinos, y en que un sacerdote del ídolo predicaba en pie en medio de la multitud, exaltando mucho su poder, se acercó Cortés al Príncipe ó cacique, y le dijo, que para mantener la sincera amistad que entre sí habian contraído, era necesario que tuviesen una misma religion, que es el único vínculo duradero de los corazones; y llamándole aparte con su intérprete, le representó lo mejor que pudo lo absurdo de la idolatría y la verdad del cristianismo. El cacique tenia un juicio sano, y habia llegado para él el momento del Señor: fue arrebatado de admiracion, y manifestó conocer á lo menos el engaño en que hasta entonces habia vivido. Quiso, sin embargo, conferenciar con los principales de la nacion, y particularmente con los sacerdotes, á quienes por un efecto de su rectitud natural dejaba la autoridad suprema en materia de religion.

Consternados los sacerdotes á la sola propuesta de abandonar sus dioses, protestaron en nombre del cielo, que si alguno, cualquiera que fuese, se atrevia á cometer el mas leve atentado contra su culto, experimentaríamente el castigo mas terrible. Reconociendo Cortés que el triunfo de la fe no tenia contra sí otro obstáculo que un vano terror, descubrió su determinacion á sus soldados acostumbrados á leerla en su frente: al momento se arrojaron contra el ídolo, y le precipitaron del altar hecho

pedazos. El primer objeto de admiracion para los idólatras fue esta misma destruccion que reputaban imposible. Mas despues de algunos momentos, cuando vieron el cielo sin rayos, y sus dioses sin venganza, su temor se convirtió en desprecio, y empezaron á avergonzarse de haber prodigado sus adoraciones á unos dioses tan débiles. De esta manera pudieron penetrar las luces de la fe en el corazon de aquel buen pueblo, del que la mayor parte se convirtió en poco tiempo. Aficionáronse tanto al cristianismo, que ha subsistido despues en esta isla, aunque los naturales del pais han permanecido dueños de ella. Entretanto los cristianos, divididos en varios cuerpos, derribaron todos los templos, cuyo número era grande. Sobre las ruinas del principal y de sus escombros construyeron prontamente una capilla, en la que colocaron una imágen de la Santísima Virgen, y pusieron una grande cruz á la entrada. Luego que se concluyó la capilla, uno de los dos sacerdotes que acompañaban á Cortés en su espedicion, celebró en ella la misa, á la cual asistieron el cacique y gran número de indios, confundidos con los españoles, con una reverencia que les inspiraba, así la virtud de los divinos misterios, como la admiracion natural de nuestras augustas ceremonias.

Cortés mostró la misma religion en todas las ocasiones. Si hacia alianza con una nacion, manifestaba mas ardor en hacerla abrazar el Evangelio, que en sujetarla á las leyes de España. Si reducía alguna otra por la fuerza de las armas, los trofeos mas gloriosos

que creía poder erigir, eran segun la importancia de la victoria, una iglesia ó una capilla que edificaba en el campo de batalla. Este espíritu fue el que le hizo construir en Tabasco, adonde fue desde Cozumel, una iglesia, bajo la invocacion de nuestra Señora de la Victoria, despues de haber tomado á viva fuerza aquella ciudad ó poblacion, fortificada segun acostumbraban los indios, y de haberlos derrotado en batalla campal en número de cuarenta mil, con el puñado de gente que habia traído de Cuba, y sin haber recibido todavía algun refuerzo (1). Hazaña que parecería fabulosa, si no se observase que ésta fue la primera batalla dada por los europeos en aquellos paises remotos, donde la mosquetería, el cañon, y sobre todo los combatientes de á caballo, que aquellos bárbaros tenían por divinidades semejantes á los centauros de la mitología, desconcertaron todo su valor, y la grande constancia con que volvieron repetidas veces al combate.

Luego que el tiempo y las ocasiones pudieron convencerlos de que los españoles no eran dioses, ó que la vida de estos dioses no estaba á la prueba de las flechas, de la honda y de la maza, Cortés, dotado de talentos propios á todas las situaciones, no aventuraba nada al valor sin el concurso de la mas sábia política. Empezó por fundar un nuevo establecimiento independiente del gobernador de Cuba, y bajo la obediencia inmediata del Rey de España. La silla de este nuevo gobierno fue llamada Villa-rica, á causa

(1) *Sol. l. 1. c. 19.*

del oro que abunda en aquel pais, y se le añadió el nombre de Vera-Cruz por haber saltado en ella á tierra el viernes santo. Luego que se eligieron oficiales públicos, hizo Cortés dimision del poder que le habia sido confiado y revocado por Velazquez. Despues fue electo por aquellos magistrados, en nombre de toda la colonia, para gobernar bajo la sola autoridad del Rey. Esta ceremonia, no obstante su irregularidad, sorprendió á los españoles de su comitiva, y aun parece que le hizo mas venerable á los indios; por lo menos en estas circunstancias buscó su amistad el Principe de Zempoala, gefe de una nacion respetada por sus vecinos. Dejó Cortés el cuidado de justificar su conducta en España á sus futuros sucesos, pero hizo inmediatamente alianza con esta importante nacion, limítrofe y grande enemiga de los megicanos, de los cuales sufría frecuentes insultos. Tales fueron los primeros auxiliares que procuró adquirir; y apenas hubo ganado su amistad, quemó sus buques para poner á sus soldados en la necesidad de vencer ó morir.

No habia logrado, sin embargo, atraer á los de Zempoala al cristianismo. Todo lo que pudo ganar al principio sobre sus ánimos, despues de haber destruido un ídolo, al cual acababan de sacrificar un hombre, fue hacerles conocer, como á los habitantes de Cozumel, que se insultaba impunemente á sus frá- giles divinidades, y que los cristianos eran mas poderosos que los dioses de la India, pues disponian sin peligro y á su arbitrio de su suerte. Contentóse

por entonces con escitar en ellos las luces de la razon, y preparar el camino á las operaciones de la gracia, removiendo los obstáculos que debilitaban sus impresiones. En lugar del ídolo destruido se erigió un altar, y colocaron en él una imágen de la Virgen, despues de haber purificado el templo, en el cual se esmeraron particularmente en borrar las manchas de sangre humana que miraban los idólatras como los mas santos adornos (1). No se debe pasar aquí en silencio la resolucion piadosa y magnánima de un soldado encanecido en la milicia, llamado Juan de Torres, natural de Córdoba. Habiéndose inhabilitado para las marchas forzadas y demás trabajos de una espedicion tan penosa, se ofreció á quedar solo en medio de los de Zempoala, nacion medio sometida, para consagrar en ella su vejez á promover el culto de la santa imágen que quedaba, y el respeto del lugar santo en que estaba espuesta: accion digna igualmente de un héroe y de un cristiano; pues que resplandeció en ella no menos intrepidez que religion.

El espíritu de fe habia pasado del general á todo su egército, y muchas veces los dos misioneros que le acompañaban, creyeron deber oponerse al ardor demasiado impetuoso de su celo. Así pues el padre Bartolomé de Olmedo, de la órden de la merced, impidió derribar los ídolos de Tlascala, como lo habian practicado con los de Zempoala. A mas de la imprudencia de semejante proceder en esta poderosa

(1) *Sol. J. 2. c. 12.*

y altiva república, representó que la violencia no era menos contraria al Evangelio que á la política: que podria muy bien esterminar los ídolos de los templos, mas no arrancarlos de los corazones: que el establecimiento del Evangelio era obra de la persuasion, de la dulzura y de la paciencia; y que para hacer cesar el error era un medio muy malo hacer odiosa la verdad. Siguieron estas sábias máximas en Tlascala, y la série de sucesos nos va á manifestar sus felices resultados. A la alianza de esta república debieron principalmente los españoles la conquista de Méjico.

Los tlascaltecas belicosos y muy celosos de su libertad, y sobre todo de no caer bajo el dominio de los megicanos, eran mas respetables por su carácter lleno de energía, que por la estension del pais que habitaban, el cual no tenia mas que cincuenta leguas en circuito: pais montuoso y de difícil entrada, cubierto de fortalezas, construidas sobre la cima de las montañas, y con valles fertilísimos: era tan sano y poblado, que tenian continuamente en pie un egército de cuarenta mil hombres. En caso de necesidad podian juntar un número mucho mas considerable por medio de las alianzas que habian contraído con la mayor parte de sus vecinos, en perjuicio de los mismos Emperadores de Méjico, de cuya devocion habian separado provincias y naciones enteras. Habia mucho tiempo que estaban en guerra continua con estos déspotas formidables; y se hallaban entonces en el mas alto grado de su poder, por quanto las

tiranías de Motezuma, que reinaba en el imperio, aumentaban de día en día el número de tráfugas y de sus confederados.

Instruido Cortés del estado floreciente de aquella república por los de Zempoala, sus aliados, no omitió medio alguno para entrar igualmente en confederación con ella; pero esta potencia aristocrática y desconfiada era muy celosa de su libertad para que accediese á semejante designio. Sin dar una respuesta precisa á los mensajeros de Zempoala, que le enviaron y que retuvo con pretextos especiosos, mandó salir su milicia compuesta de cuarenta mil hombres, encargándola secretamente que combatiese con los españoles. Propusieron negar esta providencia si era batida por estos extranjeros, á quienes miraban á lo menos como hombres extraordinarios; y si alcanzaban victoria, parecia poco difícil reconciliarse con los zempoales que los acompañaban en calidad de auxiliares. En el espacio de algunos días se dieron hasta dos batallas campales, hallándose en la segunda el ejército de Tlascala con una fuerza de diez mil hombres mas que en la primera: pero Cortés supo sacar partido de sus aliados, y consiguió, no sin grandes esfuerzos de valor y de talento, dos victorias completas. Hizose la paz inmediatamente, y fue tanto mas sólida, quanto estaba cimentada sobre el aprecio del valor, en una nacion que le miraba como la primera de las virtudes. Por otra parte, Cortés y los suyos se portaron en Tlascala con una prudencia y una moderación que se estendió hasta extinguir todo recelo,

y con una equidad y generosidad que les ganaron todos los corazones. De aquí adelante no se trató mas que de llegar á Méjico.

Habia ya reconocido aquellas cercanías, y conversando en las fronteras con diferentes vasallos del Emperador, habia visto que todos murmuraban secretamente, y que los corazones estaban sublevados contra Motezuma (1). Es un monstruo de orgullo y de ferocidad, decia entre otros á Cortés el Príncipe de Quibislan, que no contento con aumentar sus tesoros con nuestras calamidades, hace tambien del honor de sus vasallos la materia de su tiranía, nos arrebató nuestras hijas y nuestras mugeres con la violencia mas injuriosa, y despues de haberlas hecho servir á sus placeres infames, hace correr su sangre sobre los altares de sus dioses, de los cuales, dice, que él es el mas grande, y se manifiesta el mas cruel. Pero el temor sofocaba las quejas en secreto, y los desgraciados, que solo podían desahogarse en los lugares mas ocultos, temblaban de que el eco de sus gemidos resonando en las bóvedas llegase á descubrirlos. Mientras que el cacique conferenciaba con Cortés, vinieron á decirle que seis comisarios de Motezuma, encargados del cobro de los tributos, habian venido repentinamente á los pueblos vecinos, y que solo distaban algunos pasos. Perdió el color al momento, y sin acabar de proferir la palabra que habia comenzado, se alejó precipitadamente, sin detenerse á dar la razon que le obligaba á ello. Nada le valió esta

(1) *Lib. 2. c. 9.*

circunspeccion servil: los ministros de la opresion le citaron, junto con los demás caciques comarcanos, les acriminaron el haber recibido en su distrito unos extranjeros sospechosos, y en castigo les pidieron veinte de sus vasallos, sobre el número ordinario que ofrecian para ser inmolados á los dioses en espacion de su imprudencia.

Cortés era muy hábil para que dejase de aprovecharse de estas vejaciones insoportables, así como del ódio general que escitaban. Hizo llamar segunda vez á los caciques, y les dijo que no temiesen cosa alguna: que miraba como una injuria hecha á su persona la órden bárbara que les habian intimado: que habia ya cesado el tiempo de egercer semejantes tiranías, especialmente á su vista y en un pueblo que solo era culpable por haberle manifestado benevolencia. Para alentar su valor, tomó la resolucion atrevida de prender y aprisionar á los comisarios de Motezuma. Tratólos no obstante con mucha humanidad, dándoles á entender, que el objeto de apoderarse de sus personas no era otro que el de substraerlos de los atentados de los descontentos; y en fin, los puso en libertad despues de haberlos convencido tan eficazmente de que le eran deudores de sus dias, que le pidieron una escolta para conducirlos hasta que estuviesen fuera de aquellas tierras donde habian creido que peligraba su vida. Hizo luego valer este buen oficio para con Motezuma, pidiéndole con instancia el permiso de presentarse á él en calidad de embajador del Príncipe mas poderoso del oriente. El honor de recibir esta

embajada, que encarecia Cortés infinitamente, no lisongeó de modo alguno á Motezuma, quien hizo lo posible para evitarla, sin atreverse, no obstante, á emplear la fuerza abierta contra estos extranjeros temibles. Habíanse esparcido entre los megicanos estremadamente supersticiosos una infinidad de oráculos y de predicciones que anunciaban la llegada de unas tropas invencibles, venidas de los climas donde nace la aurora, cuya fuerza acarrearía la ruina del imperio. Esto ató las manos á Motezuma, le privó de consejo y de valor, é hizo en cierto modo posibles á los españoles los sucesos prodigiosos en los cuales no podemos sin embargo desconocer aquella impresion extraordinaria que el Motor supremo da á las causas segundas cuando quiere mudar la suerte de los imperios. Este Príncipe, abandonado al terror y á la supersticion, no tuvo ya otros recursos que los de las almas débiles, las esplicaciones y los rodeos, la multitud de embajadas, las negociaciones prolongadas, el atractivo de los regalos, los artificios y estratagemas, en una palabra, todos los arbitrios de una política cobarde, en la que procedió además con pasos inciertos y vacilantes sin objeto y sin consecuencia. Si la fuerza del talento constituye la de los imperios, un estado regido por semejantes manos, debia naturalmente caer en las de Cortés, fuese cual fuese la desproporcion entre los medios de la defensa y los del ataque.

Abierto en fin el camino de Méjico por la perseverancia del español, partió éste de Tlascala, despues

de haber hecho colocar una grande cruz sobre una altura, recomendándola con instancia á los magistrados: predicacion muda que derramó insensiblemente la semilla del Evangelio en aquella tierra salvage, donde al cabo de quatro años produjo abundantes frutos. Los historiadores de aquel tiempo aseguran que el cielo mismo veló por el honor del instrumento de nuestra salud; y que durante aquellos quatro años se observó constantemente de dia y de noche una nube brillante situada perpendicularmente en forma de columna sobre aquella cruz. Si puede ponerse en duda este prodigio, es á lo menos incontestable que aquella cruz, no solo subsistió durante todo aquel tiempo, sino que los indios, aun los mas distinguidos, no cesaron de venerarla, inclinando la rodilla en su presencia, como lo habian visto hacer á los españoles cuando iban allí á orar: esto con perjuicio de sus templos, los que fueron infinitamente menos frecuentados que antes. Juzgaban que no podian hacer otra cosa mejor que imitar á aquellos huéspedes extraordinarios, que creían inspirados del cielo, cuyos enviados se decian.

Cuando se puso en marcha el ejército español, le siguió una gran multitud de tlascaltecas y de sus varios aliados, reunidos por las órdenes del senado para socorrer á sus amigos, y algunos autores aseguran que su número llegaba á cien mil hombres. Lisongeadó sin duda Cortés de una amistad tan generosa, les manifestó, no obstante, que entrando en Méjico como embajador, no le convenia presentarse en aquella corte con fuerzas tan grandes. Conservó solamente

algunos destacamentos escogidos con sus gefes (1). Estos consistian, segun la relacion del mismo Cortés, en seis mil hombres, que redujo despues á algunos centenares cuando estuvo cerca de la ciudad de Méjico; pero todos los demás quedaron de reserva para marchar á su socorro en caso de necesidad. En Cholula, ciudad mejicana, la primera que le recibió dentro de sus muros y que contaba veinte mil familias, se complació de ver reunidos todavía bajo su estandarte los seis mil valientes tlascaltecas. Despues de haber sido introducido en ella con regocijos y honores extraordinarios, descubrió una conjuracion tambien tramada por las órdenes de Motezuma, que hubiera sido insuficiente todo su valor, á no ocurrir el de sus generosos auxiliares. Despues de haber castigado esta traicion, que fingió atribuir solamente á los habitantes de la ciudad, continuó su ruta; y para no hacer de un traidor tímido y reservado, un enemigo furioso, manifestó hácia la persona de Motezuma tanta mas confianza, quanto menos motivo tenia de tenerla. Frustrando por último diferentes celadas que continuaron poniéndole en el resto del camino, llegó con los españoles á la vista de Méjico.

20. Esta ciudad está situada en medio de una vasta llanura, rodeada de altas montañas, de donde se precipitan una infinidad de arroyos que forman en el valle diferentes lagos ó estanques, y en lo mas bajo del terreno dos lagos principales coronados y divididos con mas de cincuenta poblaciones grandes, de las

(1) Sol. l. 5. c. 5.

cuales muchas equivalen á ciudades distinguidas⁽¹⁾. Tezcucó, donde llegaron primero los españoles, al oriente del gran lago tenía, según algunos autores de aquella nación, una extensión dos veces mayor que Sevilla. Ictapalapa, un poco más adelante hacia el mediodía del lago, contaba también diez mil casas de dos y tres pisos. Este pequeño mar podía tener unas treinta leguas de circuito, y los dos lagos que le formaban, el uno de agua dulce y el otro de salada, estaban separados por un buen dique construido de mampostería, á fin de que no viniesen á confundirse, pues sacaban del uno agua muy sana para beber, y del otro una sal excelente que enriquecía el país. En medio del lago de agua dulce, bajo la zona tórrida, aunque templada por el poco calor del sol y el soplo de un céfiro continuo, se elevaba la gran ciudad de Méjico, la cual por la multitud de sus palacios, la altura de sus torres y de sus edificios públicos, anunciaba su imperio sobre tantas otras ciudades colocadas al rededor como para tributarla homenaje. Contábanse en ella setenta mil familias, por la mayor parte muy numerosas por la multitud de mugeres extraordinariamente fecundas en aquella region. Comprendía dos cuarteles principales, y como dos ciudades, el uno habitado por el comun del pueblo con el nombre particular de Tlatelulco, y el otro llamado propiamente Méjico, donde residían la corte y la nobleza. Entrábase á la ciudad por tres calzadas solamente, construidas en medio de las aguas con inmenso gasto,

(1) *Ibid.* c. 13.

y cortadas de trecho en trecho por puentes levadizos, la primera de dos leguas de largo hacia la parte del mediodía, por donde los españoles hicieron su entrada, la segunda al norte de una legua, y la tercera poco más corta al occidente. En esta especie de prision fue donde el magnánimo Cortés no vaciló encerrarse con cuatrocientos cincuenta españoles y seiscientos indios; pero su misma temeridad heroica fue el recurso más útil á sus designios, por cuanto no permitió que se creyese que un héroe semejante era solo hombre.

El megicano le reverenció como al más poderoso de los dioses, y le prodigó los honores que no rendía á sus divinidades domésticas. No contento con haber mandado salir á su encuentro los grandes más distinguidos y los Príncipes de su misma sangre, salió en persona á bastante distancia de la ciudad acompañado de toda su corte, en la que se hallaban hasta mil y doscientos nobles, marchando en dos líneas, descalzos, con los ojos bajos, y en un silencio tan respetuoso como si asistiesen á una fiesta de religion. Bajó él mismo de su litera, y dió algunos pasos hacia Cortés, quien había saltado del caballo al acercarse, y caminaba á su encuentro. El español se inclinó profundamente, y el Emperador bajó la mano hasta la tierra llevándola luego sobre sus labios: señal de honor inaudita de parte de aquellos Príncipes, y particularmente de Motezuma, para quien el orgullo era la primera de las virtudes, y que apenas inclinaba la cabeza delante de sus ídolos. Este primer acogimiento

realzó prodigiosamente la idea que los indios habían concebido ya de los españoles. En el mismo día Motezuma pasó á visitar á Cortés en uno de los palacios imperiales que le había dado para su alojamiento, á donde tuvo encargo de conducirle el primer Príncipe de la sangre. Este edificio era una especie de fuerte ó castillo, bastante capaz de contener todo el ejército español, construido de piedras cortadas, y flanqueado de torres que podían hacerle una plaza de armas. El primer cuidado de Cortés fue el de reconocer todas sus partes, distribuir sus guardias, montar sus cañones, y ponerse en estado de sostener un sitio en caso de necesidad.

En la primera visita que le hizo Motezuma, el héroe cristiano, después de haberle dado gracias por un favor tan singular, nada tuvo por tan interesante como el de hacer brillar á sus ojos los primeros rayos de la verdad (1). Dijole que venía á su corte como embajador del Príncipe mas poderoso de la tierra: „Príncipe, prosiguió, tan generoso como poderoso, que solo se complace en señalar su poder con sus beneficios. Si quiere abrir el comercio y formar una estrecha alianza entre las dos monarquías, es con el fin de haceros participante de sus bienes, y del mas precioso de todos, que es la verdad. Él os declara por mi boca, á vos y á todos vuestros vasallos, que vivís en el error mas funesto, adorando á dioses insensibles, obra de vuestras manos y de vuestra imaginación. No hay mas que un Dios verdadero, principio

(1) Sol. l. 3. c. 11.

eterno de todas las cosas. Su poder infinito es quien formó de la nada los cielos que giran á nuestra vista, la tierra que nos sostiene, y el primer hombre de quien todos procedemos; y tienen igual obligación el meicano y el español, el Monarca y el vasallo, de adorar á este primer Autor de nuestro sér, bajo la pena de ser precipitados en hogueras eternas, de las cuales vuestros volcanes los mas horribles no son mas que una débil imagen. Y el espectáculo encantador de la naturaleza, la voz de la razon, el sentimiento de la conciencia ¿no os han dicho antes que nosotros lo que el gran Monarca de oriente, penetrado de vuestra infelicidad é infortunio, me encarga repetiros como lo que mas le interesa? Ved lo que os propone como el medio mas eficaz para establecer una amistad duradera, y una confederacion sólida entre las dos coronas. Los corazones no se unen perfectamente cuando los ánimos están separados, y no puede subsistir union entre los hombres á menos que la Religion forme los lazos.”

Estas palabras hallaron poca acogida en el espíritu del meicano. Respondió brevemente, que todos los dioses eran buenos, y que el de los cristianos podía ser todo lo que ellos decían sin perjudicar á los suyos. Y volviendo la hoja, „descansad al presente, le dijo; estais en vuestra casa, sereis tratado con todos los respetos debidos á vuestro valor y á la dignidad del Príncipe que os envia.” Como había recibido de ellos á su arribo algunas bagatelas europeas de cristal y esmalte, miradas en Méjico como maravillas

inestimables, y temia sobre todo dejarse vencer en liberalidad, les dió por su parte regalos magníficos de oro y joyas: despues de lo cual se retiró á su palacio.

Al dia siguiente pidió el embajador su audiencia solemne, y la obtuvo tan prontamente, que le fue llevada la respuesta por los maestros de ceremonias encargados de introducirle en aquella misma hora. Halló en el camino muchos objetos dignos de admiracion, recorriendo una ciudad que hacia un contraste tan singular con las habitaciones de los salvages que rodeaban aquel imperio. Además de la grandeza de los edificios públicos, vió con admiracion las casas de los nobles, es decir, la parte mas principal de aquella capital, todas de piedra, agradables á la vista y de construccion sólida. Las del órden popular eran menos capaces, menos elevadas y de una altura desigual; pero unas y otras, ó estaban colocadas en linea recta, ó á lo menos formaban calles muy transitables, y de trecho en trecho bellas y grandes plazas. En muchos sitios en lugar de calles habia canales sacados del lago, dejando en las orillas terraplenes para el tránsito de las gentes. Estos canales estaban cubiertos de una infinidad de barcas y de góndolas, en número que se dice ascendia á cincuenta mil. Pero lo que arrebató á los españoles fuera de sí, fue el primer aspecto del palacio imperial, edificio cuya altura parece fabulosa, en una nacion que no tenia el uso de nuestras máquinas, y de una estension tan prodigiosa, que se entraba á él por treinta

puertas correspondientes á otras tantas calles (1). La fachada principal que ocupaba el frente de una plaza inmensa, era toda de diferentes jaspes, rojos, negros y blancos, mezclados con gusto, muy bien labrados y adornados de escultura. Coronaba la puerta principal un grifo, teniendo un tigre en sus garras, y estas eran las armas del Emperador.

Despues de haber atravesado una hilera casi infinita de salas y de salones brillantes de oro, colgados con telas de algodón y de pelo de conejo, las únicas que se conocieron en Méjico, ó de tegidos de plumas de una finura inimitable, y de una viveza de colores todavía mas maravillosa, debajo de unos techos de cedro, de ciprés y otras maderas odoríferas, Cortés fue presentado al Emperador, junto con los principales oficiales de su comitiva. Volvió otra vez al artículo de la Religion, ó á lo menos de la ley natural, sostenida de la fe y tan débil sin ella; y esta segunda exhortacion no fue absolutamente inútil. Echó en cara á Motezuma, como una brutalidad contraria á la naturaleza, el sacrificar hombres y alimentarse de sus carnes; y el bárbaro desterró desde entonces de su mesa estos manjares horribles, sin atreverse, sin embargo, todavía á prohibirlos á sus súbditos; y permitió á los españoles el egercicio público de su Religion. Los ingenieros y un gran número de oficiales tuvieron órden de convertir inmediatamente en iglesia, como lo pedia Cortés, una de las piezas principales del palacio que habitaba. Al cabo de algun tiempo,

(1) *Ibid.* c. 12.

prohibió el Emperador generalmente sacrificar hombres y comer carne humana; pero cuando lo hizo, ya estaba, aunque en medio de su capital, bajo el poder del pequeño número de españoles que admitió al principio: revolucion tan unánimemente afirmada, y tan distante del curso ordinario de los sucesos, que sería tan poco razonable el combatir su verdad, como el buscar en ella la verosimilitud.

21. Despues de un acogimiento tan lisongero, como empezasen por el contrario á manifestar desconfianza y perplejidad el Emperador y los grandes de Méjico, llegaron á Cortés dos fieles tlascaltecas, disfrazados de megicanos, para llevarle una carta que le dieron secretamente. Venia de Veracruz, y le noticiaba, que á Juan de Escalante, á quien habia dejado allí por comandante, le habia acometido un general de Motezuma por orden de este Emperador, y que, despues de una insigne victoria, habia muerto de resultas de las muchas heridas recibidas en el combate. Otros siete españoles perecieron del mismo modo, y á uno de ellos, que quedó en poder de los enemigos, le habian cortado la cabeza, y la enviaron á la corte. Confirmaron este suceso las relaciones de algunos indios, del número de los auxiliares de Cortés: amigos celosos, que, derramados de intento entre los megicanos cuya lengua entendian, habian oido decir que algunos dias antes se habia presentado á Motezuma la cabeza de un español, y que, despues de haberla considerado con una complacencia mezclada de espanto, habia dado orden de ocultarla cuidadosamente.

Oyeron además lisongearse á los megicanos, que no habia cosa mas fácil que cortarles la retirada rompiendo sus puentes, y otras proposiciones igualmente sospechosas. Todos estos indicios combinados parecieron mas que suficientes para precaverse contra la traicion por los medios mas eficaces y estremados.

Túvose consejo, y Cortés, cuya grandeza de alma nunca se manifestaba mejor que en los grandes peligros, fue de dictámen de apoderarse de la persona de Motezuma. A pesar de las dificultades asombrosas que presentaba semejante empresa, todos los suyos cedieron, así al imperio natural que tienen las almas superiores sobre los que solo han nacido para obedecer, como á la memoria de tantos sucesos pasados, en que habian visto su heróica resolucion coronada con el éxito mas glorioso. No dejó de infundirles aquella audacia mas que humana, por una inspiracion del cielo, que no los habia empeñado en la carrera para abandonarlos en la necesidad. En una palabra, el mismo peligro de la empresa fue el que impelió á la egecucion; y la osadía incomprendible de la egecucion, la que facilitó su buen éxito. El Emperador de Méjico, á la primera propuesta que le hizo Cortés de ir en su compañía á aposentarse entre los españoles, pálido y trémulo cayó en tal estupor, que pareció que el cielo, así como á otros muchos potentados idólatras, le habia arrancado el valor y el juicio. Cortés palió lo mejor que pudo su determinacion, protestándole que sería tratado por los españoles con mayor respeto todavía que por sus propios vasallos. El débil

Emperador se contentó con lamentarse del oprobio que semejante paso imprimiria en la dignidad imperial. Como sus quejas, á las cuales Cortés, naturalmente elocuente, se esforzaba á satisfacer, se prolongasen demasiado tiempo, segun parecia á los otros oficiales españoles que entraron con su gefe, y estaban bien armados segun su costumbre, uno de ellos dijo con impaciencia: ¿á qué vienen tantos discursos? Prendámosle ó démosle muerte. Motezuma, que le oyó hablar, preguntó al intérprete lo que decia aquel hombre irritado. Señor, respondió el intérprete, todo lo arriesgais, si no cedéis inmediatamente á las instancias de esta nacion. Vos conoceis su audacia y la fuerza superior que la sostiene. Si vais con ellos, se-reis tratado con todo el respeto que os es debido; pero si resistís mas tiempo, no os disimulo que vuestra vida está en peligro. El sobresalto que le causaron estas pocas palabras fue decisivo. Al momento se levantó de su silla, y dijo á los españoles: me entrego á vosotros con confianza; vamos á vuestro alojamiento, así lo quieren los dioses, pues que me determino á ello.

Mandó preparar inmediatamente sus literas, dió parte á sus ministros, y les encargó publicasen que iba de su plena voluntad y por razones de estado que habia conferenciado con sus dioses, á pasar algunos dias en el cuartel de los españoles; y al punto partió con ellos, esto es, con seis oficiales, incluso Cortés, y treinta soldados de un valor experimentado. Hubo en el tránsito un concurso prodigioso de pueblo,

atraído por un acontecimiento de que dudaban aun viéndole con sus propios ojos; pero no se experimentó el menor desórden. El Emperador les decia desde su litera, que para satisfacer su inclinacion, iba á pasar algunos dias con los ilustres extranjeros, sus amigos; y habia dado orden á sus ministros de castigar con pena de muerte á los que ocasionasen el mas leve desórden. Por otra parte, Cortés habia apostado sobre la ruta escuadras bien armadas en todas las bocacalles, centinelas avanzadas en las calles vecinas á su palacio, y guardias dobles en lo interior de éste. Por medio de una vigilancia continua, y de los infinitos miramientos que tuvieron constantemente con el Monarca, que le hicieron casi amar su prision disimulada, se conservó la tranquilidad pública hasta que Cortés fue obligado á salir de Méjico para ir á combatir las tropas que contra él envió el gobernador de Cuba. El comandante que dejó en su lugar, no le llenó perfectamente. ¿Y quién era capaz de reemplazar á este hombre singular? Los mexicanos se amotinaron, se agavillaron y se rebelaron abiertamente, luego que este ángel tutelar de la España dejó de estar al frente de sus banderas. Y cuando, despues de haber vencido las tropas enviadas de Cuba, se puso en marcha para Méjico, todo se hallaba en aquella capital en confusion y desórden. Los bárbaros, en su ausencia, habian experimentado que los españoles no eran invencibles, ó á lo menos no eran inmortales. Las nubes de saetas y piedras habian hecho correr la sangre de las venas de aquellos que tenian por dioses, y

habian estinguido el rayo en sus propias manos.

Cortés hizo todos sus esfuerzos para restablecer la calma y el orden público; pero el mal no era ya capáz de remedio, ni era mas eficaz el vigor que la persuasion, no obstante haber traído un refuerzo de dos mil hombres de Tlascala, casi tan formidables á Méjico como los españoles cuya disciplina comenzaban á aprender. El exceso de temor en los megicanos habia degenerado en desesperacion, y la desesperacion en un furor que substituía al valor. Previendo Motezuma su última catástrofe de los españoles irritados contra sus vasallos, y de sus vasallos encarnizados contra los españoles con los cuales podian confundirle, se presentó sobre un terrado á los rebeldes, é hizo la última prueba de su autoridad para reducirlos á su deber. Un resto de aquella veneracion que habia llegado al extremo de idolatría, suspendió por algunos momentos el furor; pero arrebatados luego de mayor cólera, ya porque hubiesen elegido un nuevo Emperador, ó porque estuviesen determinados á elegirle, le gritaron injuriosamente, que el cobarde prisionero de los españoles no era ya su Rey, y que debia quitársele inmediatamente el cetro y la corona. Al mismo tiempo, una piedra arrojada por una mano diestra, en medio de un diluvio de flechas, le hizo en la cabeza una herida tan profunda, que murió de ella á breve rato. Despues de este delito no quedaba ya á los españoles otra esperanza que la retirada, pero la retirada debia colocarse por sí misma en el número de las fortunas inesperadas.

Los españoles estaban alojados en el centro de una ciudad inmensa y circundada de una multitud innumerable, en la que el exceso del miedo se habia convertido en una ciega y brutal intrepidez. Si tuvieron la felicidad de ganar una puerta de la ciudad, solo consiguieron hallarse en un paso el mas peligroso; es decir, en una de aquellas estrechas y largas calzadas, que eran sus únicas salidas, batidas de una y otra parte por las aguas del lago, cuya ventaja conocian los megicanos, y en donde se habian reservado desplegar su valor. Como eran tres las calzadas que allí habia, sin contar algunas otras menos transitables, pero que podian absolutamente servir en caso de necesidad, no quisieron ponerse sobre las armas hasta que el enemigo hubiese hecho su eleccion, á fin de cargarle todos juntos en su posicion menos favorable, sin perder momento para reunirse. Así, pues, la obscuridad de una noche lluviosa que los españoles habian escogido para huir de la ciudad, les fue menos útil al intento, que el plan de ataque concertado por sus enemigos (1). Cortés habia distribuido sus tropas de la manera siguiente: la vanguardia se componia de doscientos españoles, de los mejores soldados de Tlascala, y de cuarenta caballos. La retaguardia era un poco menor. El resto del ejército formaba el cuerpo de batalla en que iban los prisioneros, el bagage, la artillería, y un cuerpo de reserva de cien hombres valerosos para la guardia del general, y para los lancas á que éste los llamase. Atravesaron la ciudad en

(1) Sol. l. 4. c. 18.

este orden sin recibir insulto alguno y sin observar el menor tumulto. Avanzaron con el mismo orden sobre la calzada hasta su primera cortadura, cuyo puente levadizo hallaron destruido sin que esto los sorprendiese. Ya lo habian previsto, y la vanguardia llevaba de prevencion un puente ambulante que echaron en pocos minutos. Intentaron usar de igual expediente en las dos cortaduras que les quedaban que pasar; pero el peso de los caballos y de los cañones hundieron de tal modo el puente entre las piedras de los dos macizos en que estrivaba, que no fue posible sacarle, ni tuvieron siquiera tiempo de intentar este trabajo.

Tal era el sitio donde los bárbaros aguardaban su presa. En el momento de mayor embarazo de los españoles, una infinidad de barcas y de canoas armadas, aproximadas por una y otra parte al favor de la noche y del silencio, acometieron tan rápidamente, que se hallaron oprimidos de un diluvio de flechas en el mismo instante en que oyeron su tumulto y horribles clamores. Seguramente habria perecido todo el ejército español, si los indios hubiesen observado en la refriega el orden en que se habian convenido para el ataque; pero la disciplina era para ellos un estado violento, y no tardó su valor desenfrenado en producir entre ellos el mayor desorden. Cayeron sobre el enemigo con tanto tumulto y confusion, que las primeras canoas se estrellaron contra la calzada, y los que las seguian, en vez de defenderlas, aceleraron su ruina. El cañon y los mosquetes hicieron un estrago

espantoso en aquella multitud desordenada y medio desnuda; pero los españoles, ó por mejor decir las fuerzas humanas, no eran suficientes para acuchillar á cuantos abordaban. Los indios mas distantes, no pudiendo abrirse camino entre los que les precedian, ni sufrir la lentitud de los remos; se echaron á nado: luego, á beneficio de su natural agilidad y de sus armas fijadas en tierra, treparon por la calzada, mas en tan gran número, que lo que parecia deber asegurar el éxito de su empresa, consumió su derrota. Habiendo aflojado en extremo el combate sobre las orillas del lago atestadas de montones de cadáveres, solo se trató de hacer frente mas adelante sobre un terraplen descubierto y no muy ancho. De este modo la superioridad del número vino á ser inútil á los indios, y la estrechez del campo de batalla, antes tan perjudicial á los españoles, se convirtió en ventaja suya. Algunos cañones colocados en línea recta en el ancho de la calzada, la cubrieron en breves instantes de tantos cadáveres, que, segun varios autores, no necesitaron de otra cosa para poner la segunda cortadura ó foso á nivel con el camino. Como el último foso estaba inmediato á la tierra y tenia poca profundidad, pudieron las tropas vadearle, y ganaron tranquilamente la llanura, en la que tuvieron la felicidad de no hallar megicanos que lo impidiesen. Tal era la turbacion que su última derrota les habia causado. En aquel puesto, no obstante, habrian podido los bárbaros prometerse la mayor ventaja sobre unos enemigos, la mayor parte heridos, estenuados de fatiga, y con

agua hasta mas arriba de la cintura. El egército cristiano miró esta inadvertencia ó esta ceguedad de los infieles, como un rasgo muy singular de la Providencia del Señor sobre su pueblo. De esta suerte llegó felizmente á la orilla la vanguardia y el cuerpo de batalla, despues de lo cual el héroe generoso que no los habia abandonado en lo fuerte del peligro, retrocedió hasta la retaguardia, cuya suerte fue mucho menos afortunada, pero casi únicamente por culpa suya: es decir, por haberse dejado llevar de la codicia y del amor al botin. Una buena parte de aquella division sobrecargada de oro y plata, no pudo llegar á la primera cortadura de la calzada, hasta que los megicanos hubieron destruido el puente, y quedó abandonada á su desgracia. Cortés recogió sus reliquias, y reunió el grueso del egército al rayar el dia.

Aunque fuera de Méjico y vencedor de los megicanos, no estaba ni con mucho esento de peligro. Aquella nacion, generalmente sublevada, la capital recobrada de su asombro, los paises comarcanos, las provincias remotas, todos se confederaron para perseguir á los extranjeros, y esterminarlos enteramente antes que saliesen de los límites del imperio. Cortés tuvo, sin embargo, la dicha de arribar á Tlascala, aunque apurado todo el arte de las marchas, y despues de haberse visto precisado á medirse en batalla campal con doscientos mil bárbaros, cuyo valor y encarnizamiento igualaron su número (1). Toda la intrepidez europea no era suficiente á romperlos, ó á

(1) *Lib. 4. c. 20.*

lo menos á impedirles volver sin cesar al ataque; cuando reconociendo aquel hombre grande que este teson no podia dejar tarde ó temprano de aniquilar su pequeño egército, tomó inmediatamente una de aquellas resoluciones que solo nacen en el espíritu de los héroes. A vista del estandarte imperial de los megicanos, en cuya conservacion fundaban la salud del imperio, llamó á sus mejores oficiales, é hizo señal á los mas valerosos de su guardia, y dando todos juntos riendas á sus caballos, mas formidables á los bárbaros que el mismo cañon, rompieron los batallones, y sin darles tiempo de reunirse fueron en derecha al estandarte, que estaba enarbolado sobre la litera del general en gefe. El general español acometió con la lanza en ristre al megicano, le derribó bañado en su sangre, y se apoderó del estandarte. Este golpe fue el decisivo. Los megicanos rindieron todas sus banderas, y arrojaron sus armas para facilitar la fuga. La derrota fue tan considerable y rápida, que en breves momentos solo quedaron vivos en el campo de batalla los españoles y sus aliados.

22. Desde entonces se encaminaron sin dificultad al pais de Tlascala, donde concertaron despacio los medios de subyugar á Méjico. Pusieron en accion todas las fuerzas de aquella república, juntaron á ella sus antiguos aliados y los que adquirieron de nuevo, se procuró estar de inteligencia con algunas de las mismas provincias de Méjico, que se armaron unas contra otras; y en muy poco tiempo se vió Cortés al frente de unos egércitos comparables en número á los

del enemigo. Sin embargo, fue necesario todavía dar muchos combates, y hacer prodigios de valor contra el nuevo Emperador que eligieron los megicanos, y que se manifestó infinitamente mas digno de mandarlos que Motezuma. No nos estenderemos mas en la relacion individual de estas operaciones, puramente militares y ajenas de nuestro objeto bajo este punto de vista, y aun habriamos reducido mas la narracion sobre esta materia, no obstante su brillantéz, á no haber sido indispensable alguna individualidad para dar á conocer la conducta de la Providencia con aquel conquistador, el mas extraordinario del Nuevo-mundo; pero este gran cuadro ocupará el lugar de otros muchos que hubiera sido preciso bosquejar para conseguir el mismo fin.

En menos de dos años formó Cortés su plan, y consumó su empresa. El 8 de Noviembre de 1519 hizo su primera entrada en Méjico, como embajador, ó por mejor decir, como aventurero, y entró en esta capital, como conquistador y victorioso, el 13 de Agosto de 1521. Inmediatamente participó á Carlos V, que acababa de conquistarle una Nueva-España, mas estensa y mucho mas rica que la antigua. Los primeros tributos de oro de aquellas tierras, que enviaba al mismo tiempo, hicieron creible lo que, sin esta circunstancia, habrian colocado en el número de las fábulas ó sueños. Uniendo, como lo hacia en toda ocasion, los sentimientos de la Religion á los del heroísmo, no dejó de anunciarle que el Evangelio producía frutos admirables en aquellos paises infieles,

que el Príncipe de Isucan, el Rey de Tezcuco, y los dos principales senadores de la fiel y belicosa república de Tlascala, habian recibido ya el bautismo; y que sobre todo en este último pais la mies evangélica llegaba á su maduréz, no faltando mas que operarios laboriosos para recogerla.

23. En el discurso del mismo año de 1519, fueron tambien descubiertas las tierras antárticas, en nombre de Carlos V, por Fernando Magallanes, capitán portugués, que habia dejado el servicio de su Soberano natural, por haberle negado el aumento de seis escudos anuales á su sueldo. Picado de emulacion, no menos que de resentimiento, emprendió hácia las Indias una ruta contraria á la que tenian los portugueses. Con cinco buques navegó mucho mas allá de la línea equinoccial, sobre unos mares enteramente desconocidos todavía, donde tuvo que luchar, no solo contra las tormentas, sino tambien contra montes de yelos é inviernos eternos. Llegó al estrecho que tiene su nombre, y por este paso penetró en el mar del Sur. Pereció en él en una isla que habia sometido; mas los compañeros de su fortuna prosiguieron su rumbo, y arribaron á las Molucas, conocidas ya de los portugueses: lo que ocasionó entre las dos coronas de Castilla y Portugal aquel extraño litigio, que adquirió mayor cuerpo con la bula espedida para prevenirle. Carlos, favorecido de este modo de la fortuna, tomó, como Rey de España, un título proporcionado al acrecentamiento de su poder. Entonces fue cuando al título de Alteza, con que los Reyes

de Castilla se habian contentado antes de él, hizo suceder el de Magestad, reservado hasta aquella época á los Reyes de Francia y de Inglaterra.

24. Mientras que la dominacion de Cárlos de Austria se estendia así en todas las regiones que alumbraba el sol, el espíritu de secta y de rebelión, por no haber sido reprimido en tiempo oportuno, causó el estrépito funesto que trastornó hasta los fundamentos del imperio germánico, y que separó de la Iglesia tanto número de naciones. Habiendo sido inútiles las solicitudes del Papa para contener los progresos que iba haciendo la heregía, y refrenar al perturbador herético de Alemania, y usando en fin de los últimos remedios para impedir á lo menos los daños de la seducccion, publicó en 15 de Junio de 1520 una bula, dispuesta con toda la circunspeccion posible (1). Al paso que condenaba en ella hasta cuarenta y un artículos erróneos, tenia todavía la política de no nombrar la persona del heresiarca. Se le concedia el término de sesenta dias para mostrar su arrepentimiento: despues del cual, no habiendo satisfecho, debía incurrir en las censuras y en las penas establecidas contra los hereges.

Es conveniente dar á conocer ante todo los principales artículos que juzgó el Papa deber condenar espresamente en el cúmulo enorme de dogmas de Lutero. Véanse aquí en substancia sus dogmas: es una heregía bastante comun sostener que los sacramentos de la nueva ley confieren la gracia santificante

(1) Bull. t. 1. Leon. X. Constit. 40.



á los que no la oponen obstáculo. Es injuriar á San Pablo y al mismo Jesucristo, el creer á un niño sin pecado despues que ha recibido el bautismo. El fomes del pecado, sin pecado alguno actual, basta para impedir á un alma la entrada en el cielo, al tiempo de salir del cuerpo. La contricion que se adquiere por la consideracion de las penas del infierno y de la pérdida del cielo en que se incurre por el pecado, solo sirve para hacer al hombre hipócrita, y mas grande pecador. Al recibir la absolucion, creed que sois absueltos, y lo sois en realidad, sea cual fuere vuestra contricion, aun cuando el sacerdote os hubiese absuelto con poca seriedad, y aun por pura burla. La mejor y mas eficaz penitencia consiste en hacer una vida nueva, y en no hacer mas el mal que se hacia: cuando no se halla sacerdote que absuelva, cada fiel, y aun una muger ó un niño, pueden egercer esta funcion. La fe sola, en los que se acercan á la Eucaristía con una entera confianza de recibir la gracia, los hace puros y dignos de participar del fruto de este sacramento. Es engañarse el creer que las indulgencias son útiles á la salvacion: no son mas que unos embustes piadosos que dispensan á los fieles de hacer buenas obras. Es necesario enseñar á amar las excomuniones, mas bien que á temerlas. Jesucristo no ha establecido al Papa por su Vicario en todas las iglesias. Ni el Papa ni la Iglesia tienen potestad de establecer artículos de fe, ni leyes concernientes á las costumbres y buenas obras. Hay un medio para juzgar de las actas de los concilios, y contradecirlas

libremente. Algunos de los artículos condenados en Juan Hus, por el concilio de Constanza, son muy verdaderos, muy ortodoxos y del todo evangélicos. La existencia del purgatorio no puede probarse por libro alguno de la Escritura que sea canónico. El mismo justo peca en todas sus obras por bien hechas que sean. El libre albedrío no es mas que un nombre vano despues del pecado. Es ir contra el orden de la Providencia el combatir contra los turcos, de los cuales se vale para castigar las iniquidades de su pueblo.

25. Si hubo jamás materia de condenacion, fue ciertamente todo este fárrago monstruoso de proposiciones heréticas, escandalosas, blasfemas, dirigido á la subversion de todo el cristianismo, y aun substituyendo á la mas justa política un fanatismo necio, que habria hecho del pueblo cristiano el juguete de los infieles. Sin embargo, luego que la bula hubo llegado á noticia del autor, y sobre todo, cuando despues de una dilacion triple de la que se le habia concedido para reconocerse, fue pronunciada sentencia de condenacion contra su persona y escritos, desapareció el piadoso sacerdote, el humilde religioso, el fiel sumiso que solo deseaba instruirse; y se vió en él un frenético, un energúmeno irritado con el exorcismo, si puede decirse así, una bestia feróz que se vuelve contra la luz que brilla sobre su cueva. Un diluvio de escritos llenos de sarcasmos é insultos salió de su pluma, empapada en la hiel y en el cieno mas infecto (1). Calificó la bula que le condenaba de execrable

(1) *Bossuet. Variat. l. 1. n. 24. = Luth. t. 1. p. 56. 88. 91. 407. &c.*

produccion del Anticristo; y pasando de la injuria al atentado, del mismo modo que ellos me escomulgan (dijo teniéndose en su delirio por Pontífice supremo) los escomulgo yo tambien reciprocamente. Luego que quemaron sus escritos en Roma, hizo quemar la bula y todas las decretales en Witemberg, diciendo seria de desear que se egecutase otro tanto con la misma persona del Papa, ó á lo menos con la Cátedra Pontificia. Si el Papa no viene á razon, añadió, acabó la cristiandad: oprímase inmediatamente al vándido de Roma, ó huya el que pueda á las montañas. Es un lobo animado por un demonio: es preciso, sin aguardar sentencia de juez, ni autoridad de concilio, reunirse en todos los pueblos y aldeas, y arrojarle sobre él sin darle tiempo de que se recobre. Nada importa que los Reyes y los Césares tomen las armas en su defensa: el que hace la guerra á las órdenes de un salteador, debe verla como él, convertirse en su propio daño. En una palabra, quien hubiese creído á este impostor, todo lo habria llevado á fuego y sangre, formando una vasta hoguera en que el Papa y todos los Príncipes que le sostenian quedasen confundidos. Y lo que debe observarse para precaverse eternamente contra las seducciones de la novedad, es; que todos los escesos que acabamos de ver, eran otras tantas conclusiones teológicas que Lutero sostenia como principios de fe. No era ya un simple declamador que en el calor de sus invectivas dejaba caer ciertas proposiciones arriesgadas, sino que era un doctor que parecia disertar á sangre fria, y que

erigia en máximas hasta sus furores. La mas violenta de las obras que dió entonces á luz pública, fue su libro del cautiverio de Babilonia, en que representa á la Iglesia oprimida por los Papas, como en otro tiempo la nacion judaica por los babilonios.

Sin embargo, no era posible que este miserable, educado y nutrido largo tiempo en los buenos principios, gozase de tranquilidad en su apostasia. Las agitaciones del orgullo por una parte, y por otra las reliquias de la fe, le despedazaban cruelmente en su interior. La autoridad de la Iglesia hacia en él una impresion, cuya pintura trazada por el mismo, escrita no sé qué sentimiento mezclado de horror y de compasion. Despues de haber superado, dice (1), todos los demás argumentos, resta uno por último, del que no puedo triunfar sin un trabajo estremado, y á costa de crueles angustias: este consiste en que es necesario esecuchar á la Iglesia; pero al cabo consiguió abandonar la gracia con sentimiento, por decirlo así, desamparó á este obstinado. Para colmo de la ceguedad, miró este abandono como una gracia de las mas preciosas, y atribuyó formalmente á la mediacion de Jesucristo la fuerza de resistir á su Iglesia. Despues de esta penosa victoria, esclamaba en el gozo de su funesto triunfo (2): *rompamos sus lazos, y sacudamos su yugo*, haciendo así uso de las mismas palabras que pone el salmista en la boca de los impios, conjurados contra el Señor y contra su Cristo. Con un maestro tan desenfrenado, no tuvieron los

(1) *Præf. oper. Luth. t. 1. fol. 49.* (2) *Ibid. fol. 63.*

discípulos reserva alguna. Los escesos que debian desalentarles escitaron su admiracion, y la emulacion mas viva. Enagenados muchos al oirle, se propagaron increíblemente el error y el entusiasmo, y bien presto pueblos enteros le miraron como á un profeta suscitado para la reforma del género humano.

Entonces se atribuyó una vocacion divina é inmediata (1). En una carta que dirigió á los obispos falsamente llamados así, segun él dice, se llama: Martin Lutero, por la gracia de Dios, Eclesiastés de Witemberg, y lleno de igual desprecio hácia los obispos que hacia Satanás. Título, proseguia, recibido, no de los hombres, ni por el hombre, sino por el don de Dios, y por la revelacion de Jesucristo: título substituido al carácter de la bestia que tantas bulas y anatemas han borrado en mí: título, todavía demasiado modesto, pues pudiera llamarme con igual razon evangelista por la gracia de Dios, y por tal me tiene infaliblemente Jesucristo. En virtud de esta mision, este nuevo Pablo, llamado, como él dice, tan inmediatamente y tan extraordinariamente como el Apóstol, se metió á ordenarlo todo en la Iglesia. Visitaba, corregía, suprimia la mayor prrte de las ceremonias, adoptaba algunas, instituia ó deponia ministros. Siendo simple sacerdote, se atrevió, no digo á conferir el sacerdocio, cuyo hecho por sí solo habia sido un atentado inaudito hasta entonces, sino á ordenar un obispo. Habiendo invadido el obispado de Naumbourg la secta sediciosa, se transfirió á aquella ciudad

(1) *Tom. 2. fol. 305.*

el nuevo eclesiastés; y por una consagracion solemne, instituyó obispo de ella á Nicolás Amsdorf, á quien ya habia establecido pastor de Magdeburgo. De esta manera el nuevo evangelista, el extraño apóstol, en virtud de su mision extraordinaria, y sin mas fundamento que su conducta desordenada, conferia, no la simple comision de pastor que Amsdorf tenia ya, sino el supremo y sagrado carácter que él mismo no tenia.

Habia drecho, sin duda, para pedirle señales de su apostolado, y los milagros de primer orden eran las únicas proporcionadas á la sublimidad de un título emanado inmediatamente de Dios. Él mismo reconocia, segun los principios en que habia sido educado, y á los cuales volvia á menudo á pesar suyo, que Dios se declaraba por medio de semejantes señales cuando queria mudar alguna cosa en la forma ordinaria de la mision (1). Así pues, no le faltaban títulos y milagros, ya para establecer su vocacion fanática, ya para justificar hasta su desercion del claustro, que pretendia igualmente estar autorizada por Jesueristo. ¿Mas cuáles eran estas señales y milagros? Eran la audacia y el éxito inesperado de sus atentados: eran, como él se esplicaba en su frenesí, el que un frailecillo se hubiese atrevido á hacer frente al Papa, manifestándose intrépido delante de todas las potestades, y atreviéndose á penetrar en sus fuertes y castillos, con peligro de hallar en ellos tantos diablos como

(1) *Sleid. l. 52. p. 63.*

tejas en los tejados. Gloriábase de haber él solo hecho mas mal al Papa, que el que podria haberle causado el mas poderoso potentado con todas las fuerzas de su imperio: de haber asolado sin el auxilio del fuego y del hierro, casi todos los monasterios, por la virtud de su pluma ó de su palabra: moderacion que reputaba perfectamente evangélica, y de cuyos límites se escedió tan amenudo (1). Cuando le hablaron de obedecer á la citacion de la corte de Roma, á lo menos para dar en rostro á sus enemigos; espero, respondió, para comparecer, verme seguido de veinte mil hombres de á pie y de cinco mil de á caballo: entonces sabré hacerme dar crédito. ¡O qué asombro no causan las sediciones, los robos, las guerras bárbaras y tantos escesos, frutos fatales de este nuevo Evangelio! El heresiarca y sus mas célebres discípulos despues de él, decian claramente que era necesario derramar sangre para establecerle. Así se veía, dice Erasmo (2), este pueblo evangélico, tan pronto á combatir como á disputar, y siempre dispuesto á correr á las armas. Su solo aspecto al salir de sus sermones, su aire feróz y sus miradas amenazadoras, anunciaban la invectiva y la sedicion que respiraban.

No nos atrevemos á referir las bufonadas tan bajas como insultantes de que este heresiarca atrevido llenaba, tanto sus escritos, como sus discursos (3). Tenia continuamente en la boca los nombres del Papa

(1) *Adv. Antich. t. 11. fol. 9.* (2) *Erasm. Epist. p. 2033.*

(3) *Advent. Pap. t. 7. fol. 451. et seq.*

y del diablo, confundiendo al uno con el otro; y sus agudezas trivialísimas estaban sazonadas de equívocos miserables, de truanadas insípidas, groseras, obscenas y displicentes, tales en una palabra, cuales se encuentran en la boca del mas vil populacho. El Papa, decía, está tan lleno de diablos que los escupe, los echa por las narices, los... no acabemos, y avergoncémonos de un reformador que repitió treinta veces lo que nosotros no nos atreveríamos á proferir. Pasemos, si es posible, á materias menos enfadosas; pero despues del nombre del diablo, los de asno, ó de borriquillo, eran los mas dulces que daba al primer Pontífice. Mi papita, mi borriquillo (decia en sus momentos de serenidad), camina despacio, la senda es resbaladiza, te romperías una pierna, te ensuciarías á lo menos, y dirían: ¿qué diablo es este? Se dirá: es una papalina eternamente sucia. Un asno sabe que es asno (proseguia, divirtiéndose con las gracias que le eran propias), una piedra sabe que es piedra; mas los asnos papalinos ignoran que son asnos. Mudando luego de estilo, y dejando correr la finura de su gusto y de sus juegos de palabras, en lugar de los términos *Celestissimus y Sanctissimus*, que son de estilo para espresar la elevacion de la dignidad Pontificia, calificaba al Papa de malvado y de sataná, *Scelestissimus Satanissimus*. Concluyendo, en fin, con el colmo de la estravagancia y de la impiedad: si yo fuese Señor del imperio, esclamaba, haria un fardesito del Papa y de los cardenales para arrojarlos juntos en el pequeño foso que llaman mar de Toscana.

Este baño le seria muy saludable, de lo cual doy por garante.... ¿lo acabaré de decir? Sí, porque nada confunde mejor al impío que las producciones de su impiedad; de lo cual doy por garante á Jesucristo.

¿Nos admiraremos despues de esto de que aquel frenético profetizase la ruina entera del Pontificado, sin darle mas que dos años de existencia? Tal era el término en que el reino del Anticristo, que decia ser el del Papa, debia desplomarse de un golpe por el soplo de Jesucristo; es decir, por la predicacion de su nuevo apóstol, que dirigia á su arbitrio aquel soplo terrible, y cuya oracion, como él se esplicaba tambien, no era el rayo vano del Salmoneo, que pudiesen despreciar los Príncipes mas poderosos sin que fuese en su propio daño. Infatuado Lutero de su saber y de la grandeza de su talento, que se puede apreciar por lo que de él acabamos de producir, condenaba el testimonio unánime de los padres y de toda la antigüedad, cuando lo hallaba contrario á sus aserciones. Fiaos en adelante (dice en tono irónico y blasfemo en su tratado del siervo arbitrio), fiaos todavía de los santos padres, despues de haber visto á todos dejar á San Pedro, y confundidos con el sentido carnal, substraerse como de propósito de los rasgos luminosos de aquel astro de la mañana (1). Por enormes que parezcan estos escesos de Lutero, no son, sin embargo, mas que el débil bosquejo de un cuadro que la dignidad de la historia, así como nuestra

(1) *Luth. t. 2. fol. 480.*

compasion por los hermanos engañados, se resisten á presentar en toda su deformidad. ¡Ojalá nos hubiese sido posible escusarle aun esta ligera humillacion! Pero los males se curan por sus contrarios, y son pocos los remedios eficaces sin alguna amargura. En cuanto á nosotros, reconocemos que nuestra fe es el fruto de la gracia; y bendecimos eternamente al Señor por habernos preservado de los engaños que han tenido, y conservan todavía para pueblos enteros, sembrados de ingenios del primer orden, todos los encantos de la seduccion.

26. Habiendo la potestad eclesiástica pronunciado sentencia contra la heregía y contra el heresiarca, faltaba que la potestad temporal pusiese en egecucion este juicio. Celebrándose en Worms la dieta imperial que habia juntado Carlos V, coronado, en fin, Emperador, Gerónimo Aleandro, nuncio del Papa, representó vivamente la necesidad de oponerse á los progresos del error, que de día en día se hacian mas rápidos, y amenazaban trastornar bien pronto todo el imperio; y como los sectarios habian esparcido por todas partes que la sentencia pontificia no tenia otro objeto que el interés del Papa y de la corte romana, hizo ver el nuncio que su doctrina impugnaba lo mas esencial de la Religion, y que no era menos contraria á la tranquilidad de los estados que á los derechos divinos de la gerarquía. A esta relacion, hecha con tanta elocuencia como precision, consternados los Príncipes y electores, iban á pronunciar inmediatamente contra Lutero; cuando su constante protector

Federico, elector de Sajonia, convino artificiosamente en el derecho con los otros, pero desvió el golpe deteniéndolos sobre el hecho. Dijo, que tratándose de proscribir, junto con esta horrible doctrina, al doctor Lutero, á quien suponian autor, exigia la equidad que se tratase de persuadirle antes de pasar mas adelante: que los escritos de que habian estracado aquellos errores, no serian tal vez suyos, y aun en caso de serlo, podrian muy bien haber sido insertados por algunos enemigos artificiosos, y que en todo caso era indispensable oírle antes de condenarle.

Aunque el nuncio Aleandro se esforzó en contradecirle, temiendo, con razon, que Lutero con sus sutilezas y el fuego de su elocuencia sorprenderia á unas gentes poco versadas en las controversias, el dictámen del duque Federico, que por la misma razon tenia mucha confianza de que se salvaria el sectario, prevaleció para con el Emperador, á cuya eleccion habia contribuido principalmente. Mas Carlos V, queriendo complacer tambien al nuncio, prometió que Lutero seria oído para saber de su propia boca si rehusaba retractar sus errores, y para hacer de este modo mas patente la justicia de su condenacion. Escribióle en efecto que se transfiriese á Worms, y le hizo pasar un salvo-conducto que firmó de su puño, y para mayor seguridad le hizo firmar tambien á todos los miembros de la dieta. Pusieron en él la condicion, de que el acusado no habia de dogmatizar en el camino; pero apenas estuvo en Erford, donde

tenia ya, como en otras muchas ciudades, una multitud de partidarios, predicó el domingo de *Quasimodo*, y con su violencia ordinaria declamó en el sermón contra los decretos de los Papas, contra todas las leyes humanas, y contra la doctrina de la santa Sede. Continuó su ruta con un equipage magnífico, y acompañado, conforme había partido, de un cuerpo de caballeros bien armados, para hacer ver que en caso necesario no le faltaban defensores. Observóse, no obstante, lo que el Emperador había arreglado acerca del interrogatorio del reo, quien no dejó de intentar muchas veces, pero siempre en vano, desplegar su elocuencia sediciosa. Luego que quedó convencido por sus propias confesiones y su orgullosa franqueza, de que él era el autor, así de las obras condenadas, como de los errores que habían escitado su condenación, no le quedaba otro partido que el de retractarse, ó sufrir la infamia debida á su pertinacia. Mas el herejarca soberbio hubiera antes consentido en sufrir los mayores males, que ninguna especie de retractación. Los mediadores augustos, á saber: el elector de Brandembourg, el piadoso duque Jorge de Sajonia, el obispo de Angsbourg, y sobre todos el arzobispo de Tréveris, le representaron con benignidad el abismo de desventuras en que se precipitaba negando la obediencia á los concilios generales y á los Sumos Pontífices. Respondió friamente, que estos concilios podían engañarse, y que el de Constanza en particular había contradecido á las divinas Escrituras, decidiendo contra Juan Hus, que la

Iglesia no está compuesta de solos los predestinados.

Informado el Emperador de esta ceguedad monstruosa, le hizo intimar la orden de salir de Worms, con el mismo salvo-conducto que había traído para su venida. Deliberando luego con los electores y los Príncipes sobre los medios de substraer de los furros de un fraile apóstata la Religión que él había heredado de los Emperadores y de los Reyes sus antepasados, resolvió promulgar un edicto, cuyo rigor fuese proporcionado á los excesos que se proponían contener en la rapidéz de su curso. Publicóse en 6 de Mayo de 1521; y en el preámbulo refiere el peligro inminente que amenazaba á la iglesia de Alemania, las solicitudes paternales del Papa antes de usar de severidad, y en fin, la indulgencia de que el mismo Emperador se había valido para alejar aun la disputa, dando oídos á un herege ya condenado, antes de proceder á la egecucion del juicio pontificio fulminado contra él. Y puede ser, añade con razon, que no haya sido conveniente escuchar á un hombre juzgado por la santa Sede; mas solo se le oyó para reducirle á su deber por medio de las exhortaciones mas vivas, y no para juzgar ni conocer de la fe, que solo corresponde á la potestad apostólica. Declara luego, con consejo y consentimiento de los electores, Príncipes y estados del imperio, en egecucion de la sentencia del Sumo Pontífice, que tiene á Martin Lutero por cismático y herege obstinado, notorio y separado de la Iglesia. Manda que todos y cada uno le tengan por

tal, y le sujeta á la ley del imperio, con órden á todos los Principes y magistrados de prenderle con diligencia, y aprisionarle pasado el término de veintidias, que era el del salvo-conducto. Prohibe, á cualquiera que sea, bajo la pena de crimen de lesa Magestad, darle acogida, protegerle, retener alguno de sus libros, ó alguna de aquellas imágenes en que el Papa y los prelados estaban representados de una manera injuriosa. Permite á todos perseguir á él y á sus cómplices, adherentes y protectores; despojarlos de todos sus bienes, muebles ó raices; abandonarlos á discrecion del que se apoderase de ellos, y concluye con una prohibicion general de imprimir el mas pequeño libro en materia de fe, sin la aprobacion del ordinario ó de la universidad vecina.

27. No hay duda en que estas órdenes severas habrian sofocado la heregia, si se hubiesen dado luego que el Papa las pidió; pero el heresiarca tuvo tiempo de alucinar y grangearse fautores poderosos, los que, lejos de procurar su egecucion, solo se sirvieron de su poder para eludir las. El elector de Sajonia, de concierto con el mismo Lutero, hizo que se apoderasen de su persona, cuando regresaba de Worms, dos caballeros enmascarados, y con todas las demás circunstancias capaces de disimular el autor y ministros del rapto. Estos le acometieron en un bosque, entre Eysenach y Witemberg, le arrojaron á tierra como enemigos que iban en busca de su persona, y le condujeron al castillo de Westberg, situado sobre una montaña en un rincon de la Sajonia. Hizose

este juego con tanto secreto y destreza, que el prisionero permaneció en el castillo, bien tratado y bien mantenido nueve meses enteros, sin que se supiese su paradero. El mismo elector, por aquel género de respeto que profesa á la verdad el mismo espíritu de secta y de hipocresía, no habia querido saber de él, á fin de poder protestar su ignorancia al Emperador, cuyo enojo le importaba evitar. Fieles á los mismos principios que formaban su conciencia, los partidarios del protegido cautivo publicaron en todas partes que los emisarios del Anticristo romano le habian asesinado, ó á lo menos le tenian encerrado contra la fe pública. Algunos afirmaron que habian encontrado en una mina de plata su cuerpo acrivillado de golpes; lo que puso al nuncio Aleandro y á Caraccioli, su cólega, á peligro próximo de perecer en una sedicion. Mas lo que impidió sobre todo la egecucion del edicto imperial, fue la necesidad en que se halló el Emperador, despues de la dieta de Worms, de volverse á España para apaciguar los alborotos que allí se habian levantado durante su ausencia. Esta circunstancia ponía la principal autoridad de Alemania en manos de los dos vicarios del imperio, el duque Federico de Sajonia, y Luis, conde palatino, que no era menos favorable á Lutero que el sajón.

De esta suerte el violento novador, bien seguro en su retiro, hizo salir de la nueva Patmos, como él la llama, comparándose al mas sublime de los Evangelistas, un nuevo diluvio de errores é impiedades,

que estendieron su infeccion á todas las clases de la república y de la gerarquía. Allí fue donde escribió su tratado contra la confesion secreta (1), que llama cruel invencion de los Papas y verdugo de las conciencias; y la respuesta al doctor Látomo, en la que sostiene mas afirmativamente que nunca, que Dios manda á los hombres lo que les es absolutamente imposible: que aun en el bien que obró en ellos, no contribuyen en cosa alguna mas que por el pecado que cometen en toda especie de buenas obras; y sus tratados contra el celibato de los clérigos y frailes, los cuales comenzaron desde luego á romper las barreras de los claustros, introduciendo en el santuario, bajo el nombre de matrimonio, la deshonestidad y el escándalo de la apostasia, del incesto y del sacrilegio. En aquella nueva Patmos fue asimismo donde Lutero, instruido por el Príncipe de las tinieblas, como él se gloriaba de ello en el fervor de su fanatismo, compuso contra las misas privadas una obra amplificando lo que habia tocado sobre estas materias en su libro del cautiverio de Babilonia (2). No solamente afirmó que la misa es un sacrificio que de nada sirve para los muertos, que no hay purgatorio, que la transubstanciacion es una quimera, sino tambien que no hay diferencia alguna real entre los sacerdotes y los legos, que cada uno en la Iglesia tiene la misma potestad, tanto de consagrar como de administrar los sacramentos, y de enseñar; que solamente por el orden y la decencia se comete este egercicio á los ancianos,

(1) *Luth. t. 2.* (2) *Id. t. 7. fol. 286. &c.*

los que conforme á la verdad y segun la etimología, son los presbíteros y los obispos. Todos estos delirios, de un cerebro desorganizado por las efervescencias del orgullo, eran recibidos como oráculos. Sobre esta autoridad, que arrastró á los doctores de Witemberg, el elector de Sajonia, con su dictámen, hizo abolir inmediatamente las misas privadas en aquella ciudad, y muy poco despues en todos sus estados.

28. Sin embargo, no todo lisongeaba al solitario de Patmos. Si el poder de sus ciegos protectores le ponía á cubierto de los castigos señalados en el edicto imperial, siempre le resultaba una infamia sensible á su orgullo, y muy contraria á los progresos de su doctrina. Pero lo que derramó sobre su corazon tal vez mas amargura, fue la condenacion que en estas circunstancias fulminó contra él la universidad de París, á la que hacia superior á todas las sociedades sábias, proponiéndola por juez de sus mismas diferencias con la santa Sede (1). La censura era fulminante: proscribia, en mas de cien proposiciones, la doctrina de este novador, como execrable, herética, cismática, impía y blasfema. Y estas notas infamatorias no eran palabras proferidas á bulto; iban fundadas sobre un exacto y profundo exámen, sobre citas precisas, sobre unas esplicaciones llenas de sabiduría, sobre un encadenamiento de razones y de pruebas sin réplica. Demostraban con tanta exactitud como erudicion, que este nuevo evangelista no era mas que un copiante obsceno de los hereges mas desacreditados:

(1) *Argent. Collect. jud. p. 365. et seq.*

que renovaba los errores y blasfemias de los husítas, wiclefistas, valdenses, beguardos, albigenses, y de los mismos maniquéos y antiguos gnósticos: que sus producciones en fin, hervian en tantas impiedades, que solo podian ser comparadas al alcorán.

A la noticia de esta censura, todas las alabanzas prodigadas hasta entonces por Lutero á la universidad de París, se convirtieron en torrentes de injurias que escitaron la indignacion entre sus mismos parciales, á todos aquellos cuya cabeza no habia infatuado hasta el punto de arrancar de su alma todo sentimiento honesto. En su boca ya no fue en adelante aquella escuela depositaria y dispensadora de los verdaderos tesoros de la teología, sino una chusma de malvados revestidos del nombre de doctores, corrompedores sacrílegos de las ciencias sagradas, los mas ignorantes y estúpidos de todos los hombres, desnudos de discernimiento, de sentido comun, de todo género de talentos, tales en una palabra, concluía, que no eran dignos de que él se ocupase en refutarlos. Felipe Melanchton fue encargado de esta respuesta; y ministro servil de los furiosos que le causaban las mas crueles inquietudes, no dejó de intitularla: Apología por Lutero contra el decreto furioso de los teologastros de París. Por el estilo del título puede juzgarse de la obra que no le desmiente. Lutero publicó luego un escrito, en que fingiendo refutar el de Melanchton en nombre de los doctores franceses, les hacia decir toda suerte de necedades, á fin de ridicularizarlos. Naturalmente no era Lutero menos á propósito para

manejar el engaño que Melanchton para dejarse arrebatar del furor; pero es propio del espíritu de los sectarios torcer hasta los talentos naturales.

29. Era difícil añadir á las injurias vomitadas contra los doctores parisienses, y solo era capaz de esto el espíritu de Lutero, en quien se hallaba para el efecto un fondo inagotable de hiel y de amargura. Esto fue lo que hizo casi en el mismo tiempo contra una cabeza augusta, y ceñida de una de las primeras diademas (1). El horror de sus impiedades era tan general entre todos los fieles que conservaban alguna religion de sus padres, que Enrique VIII, á quien veremos en breve socavar los fundamentos de ella en la Gran Bretaña, llevó el ardor efimero de su celo hasta escribir contra él, despues de haber pedido religiosamente al Papa el permiso de leer los libros prohibidos que queria refutar. ¿Quién no hubiera esperado las mas felices consecuencias de un paso tan egemplar? Pero no tuvo otro efecto durable que el título de defensor de la fe, que le concedió en recompensa el Vicario de Jesucristo, y que el mismo Jesucristo quiso al parecer dejar como un testimonio contra este Príncipe y sus sucesores, que le conservan despues de haber abandonado la misma fe, premiada con este título. Si antes Lutero se habia manifestado iracundo, despues que fue calificado por el Rey de Inglaterra de herege é impío, no tanto se dió á conocer por un espíritu vengativo que se alucina, y por un frenético, cuanto por un hombre tocado de una

(1) *Sleid. Comment. l. 3. p. 78.*

especie de rabia, cuyos excesos le hicieron proferir todo cuanto en la brutalidad y la insolencia se vé mas desordenado (1).

Estableciendo por principio que no se debe mayor consideracion y respeto á las testas coronadas que al mas vil populacho, y reduciendo inmediatamente á práctica esta máxima sediciosa, ensucia casi todas sus páginas con injurias atroces, con ironías burlescas, con *mentis* ignominiosos, concluyendo despues con estas triunfantes razones: ¿empezais ya á avergonzaros, vos Enrique, vos no ya Rey sino sacrílego? Mofándose en seguida de la Religion del mismo modo que de la diadema, repite lo que tenia dicho de la transustanciacion, que hasta entonces habia reputado indiferente, dejándolo al capricho de sus sectarios. Pero ahora, prosigue, transustancio mi opinion, y sostengo que es una impiedad, que es una blasfemia afirmar que el pan es transustanciado en la Eucaristia: á despecho de los papistas quiero creer que el pan y el vino perseveran en ella. Entre las variaciones continuas que se reprenden á esta reforma destructora, y que independientemente del motivo, la imprimen por sí solas el carácter de la subversion, hay una infinidad de ellas que tuvieron por único principio el despecho y el capricho, con el placer de hacer burla del Papa y de los católicos.

La cosa pasó tan adelante en la sola contienda de Lutero con Enrique VIII, que Erasmo, el indiferente ó político Erasmo, no pudo guardar silencio con

(1) *Contra Reg. Angl. t. 7.*

Melanchton. No puedo menos de indignarme, le dice, al ver que todo cuanto Lutero se empeña en sostener, lo lleva hasta el extremo: si se le amonesta, lejos de suavizarse, se precipita en nuevos excesos, y parece no llevar otro designio que el de pasar á excesos todavía mayores. Por sus escritos conozco las fogosidades de su humor, lo mismo que si viviese en su compañía. El pincel de Homero no pinta mejor la cólera del implacable Aquiles.

30. La guerra que se encendió en estas circunstancias entre el Emperador Carlos V y el Rey Francisco I, para durar casi tanto como su reinado con grave daño de su poder respectivo y de su comun religion, hizo perder de vista la defensa de la Iglesia, y haciendo impune la insolencia del heresiarca, facilitó prodigiosamente la propagacion de su heregía. El Padre comun tomó partido en esta contienda fraterna, y tanto interés, segun se dice, que habiendo llegado á su noticia el suceso extraordinario de la liga imperial, en la que él mismo se habia empeñado contra los franceses, la alegría de esta nueva le causó tal revolucion, que cayó enfermo con calentura, de la cual murió poco despues. Otros pretenden que fue envenenado. Sea lo que fuere, murió casi de improviso el primer dia de Diciembre de 1521, á la edad de cuarenta y cuatro años solamente. Habia ocupado la Silla de San Pedro ocho años, ocho meses y veinte dias. Leon X, segun Paulo Jovio, conservó las costumbres intactas desde la infancia hasta el pontificado: mas luego que fue Papa, segun el mismo

historiador y algunos otros, entregado su natural condescendiente y fácil á cortesanos que solo le proponian diversiones y placeres, su propia inclinacion al lujo y á la profusion, su mismo afecto á las letras, y sobre todo á las ficciones profanas y pinturas deliciosas de la poesía, le empeñaron en ciertos procedimientos equívocos que mancharon á lo menos la pureza de su anterior reputacion. En cuanto al renacimiento de las letras que le atribuyen generalmente, le censuran tambien de haber hecho mas aprecio de las artes de gusto y de la erudicion profana, que de las ciencias eclesiásticas; y aun de haber olvidado algunas veces en este punto la gravedad pontificia.

31. Tuvo por sucesor al cardenal Adriano Florencio, obispo de Tortosa en Cataluña, donde se hallaba muy tranquilo cuando fue electo: circunstancia que hizo mirar su eleccion como una obra milagrosa y dirigida por el cielo; mas las eficaces diligencias de Carlos V, de quien Adriano habia sido digno preceptor, fueron los resortes que sirvieron á la Providencia para llevarla á efecto. Este Príncipe, despues de haber prometido su proteccion al ambicioso cardenal Volasco, primado y ministro de Inglaterra, para ocultar mejor su designio, hizo obrar tan secreta y eficazmente en el cónclave, que Adriano, ausente, extranjero, sin esplendor de cuna, y sin grande habilidad, tuvo el 9 de Enero de 1522 las dos terceras partes de los votos del cónclave, el que fue mas numeroso que cuantos se habian visto, pues se hallaron en él treinta y nueve cardenales. Adriano habia nacido

en Utrech, de padres oscuros y tan poco afortunados, que no pudo seguir sus estudios sino por medio de una fundacion establecida en Lovaina para estudiantes pobres. Obtuvo sucesivamente una cátedra de teología en aquella universidad, la dignidad de vice-cancelario, y la de dean de la iglesia de San Pedro. Este mismo dean de Lovaina fue asociado al cardenal Gimenez en la regencia de Castilla, en la cual este hombre superior no hizo de su cólega mas que el egecutor subalterno de sus voluntades, y muerto el cardenal Gimenez permaneció solo gobernador de aquel reino. Luego que le dieron la noticia de su eleccion, tomó los hábitos pontificales, y se hizo llamar Adriano VI contra un uso muy antiguo de sus predecesores, los cuales por espacio de quinientos años habian todos mudado sus nombres. Embarcóse para Italia en 2 de Agosto de este mismo año de 1522, y tuvo un viento tan favorable, que el dia 30 hizo su entrada en el Vaticano: al dia siguiente fue coronado en la Iglesia de San Pedro.

No tenia Adriano las cualidades brillantes de su predecesor; pero hizo ver que la Cabeza misma de la Iglesia, por medio de un juicio recto, y de los dones sobrenaturales del espíritu de Dios, podia servirla mas útilmente que los hombres mucho mejor dotados de talentos humanos (1). Leon X habia autorizado la venalidad de los empleos y oficios de la corte romana: en el poco tiempo que Adriano gobernó la Iglesia, que no fue mas de un año, contando desde su

(1) *Ciacon. t. 3. p. 426. = Rain. ann. 1522. n. 19.*

exaltacion al trono hasta su muerte, suprimió esta venalidad, moderó las tasas de la dataría, abolió las coadjutorias y regresos, é hizo de manera que los beneficios solo fuesen conferidos á eclesiásticos virtuosos y capaces. Instado por varias personas de distincion en favor de su propio sobrino, rehusó darle un beneficio porque poseía ya otro de setenta escudos de oro. Y haciéndole presente que esta renta era escasa para el sobrino del Papa, respondió: los hombres son para los beneficios, y no los beneficios para los hombres. Esforzóse en remediar los abusos de la predicacion, y de la multiplicacion de indulgencias aun de las concedidas para la fábrica de la iglesia de San Pedro. Se aplicó sobre todo á reformar la disciplina y las costumbres del clero; y para esto tomó tan eficaces medidas, que un reinado mas largo hubiera infaliblemente conducido esta grande obra á su término. Asoció á sí para esta empresa dos varones excelentes, y de los mas justamente respetados; á saber: Juan Pedro Caraffa, arzobispo de Theati, y Marcelo Cayetano de Thiene. Estas solicitudes apostólicas no le impidieron el velar sobre los intereses de la iglesia romana, á la cual hizo restituir, aun con la fuerza de las armas, los principados enteros que la habian usurpado, en lo que sin embargo señaló constantemente su moderacion, y el singular desinterés que fue una de sus virtudes mas distinguidas.

32. Antes de la exaltacion de este Pontífice, fastidiado Lutero de su retiro habia vuelto á Witemberg, contra la voluntad del elector de Sajonia, á cuyo

limitado talento satisfizo como acostumbraba, con aquel género de razones que él le sabia acomodar perfectamente. El verdadero motivo era su resentimiento contra Carlostadio, el cual durante esta ausencia habia derribado las imágenes en Witemberg, suprimido la elevacion del Santísimo Sacramento, y hecho muchas innovaciones semejantes: estas mudanzas no eran muy sensibles á Lutero, que acusaba al autor de hacer consistir el cristianismo en cosas vanas: mas no le perdonaba, como él se explica claramente, el haber despreciado su autoridad, y haberse erigido, con perjuicio suyo, en cabeza de partido. Le reprehende (¡ceguedad incomprensible!) de haber obrado sin mision, como si la suya hubiese sido mucho mejor establecida (1). Volviendo á tocar de paso el género de milagros sobre que la fundaba, mi palabra es, dice con su elocuencia de taberna, la que mientras bebia tranquilamente mi cerbeza con Amsdorf y mi querido Molanchton, de tal modo trastornó el Pontificado que jamás consiguió otro tanto potentado alguno. Añadiendo luego á estas ideas bajas sus sentimientos impíos, si pretendeis continuar así, prosigued, me desdeciré sin vacilar de todo cuanto he dicho y enseñado hasta el presente, haré de todo mi retractacion, y os dejaré en el pantano. Sirvaos de gobierno; y sobre todo, ¿qué mal os hace la misa romana? ¿Será delirante, ó un verdadero ateista el que así se mofa de la Religion? Acerca de la comunión bajo las dos especies, que Lutero contaba igualmente entre

(1) Tom. 7. fol. 273. et 275.

las cosas de ningun valor establecidas por Carlostadio, véase como insultaba á la autoridad mas sagrada para los fieles. Si un concilio, dice (1), ordenase ambas especies, á pesar de este decreto no usaríamos mas que de una, ó ninguna, y maldeciríamos á los que usasen en virtud de semejante ley.

En la discordia de estos dos novadores habia sin embargo un punto muy importante á juicio de Lutero, á saber, el dogma de la presencia real (2). Le hubieran complacido mucho, segun él mismo asegura, en suministrarle algun buen medio para negarla; pues no podia hallar cosa mejor, prosigue, para el desigmo que tenia de destruir el Pontificado: mas sobre esto le parecia la Escritura tan clara y tan formal, que no halló medio de oponerse á esta verdad, sin querer usar de una malicia que no hubiera admitido paliativo alguno, para cegarse á sí mismo sobre este punto. Le herian invenciblemente la fuerza y sencillez de estas palabras: *Este es mi cuerpo; esta es mi sangre: este cuerpo entregado por vosotros; esta sangre del nuevo Testamento, derramada por la remision de vuestros pecados*. Es necesario hacerle justicia, ó por mejor decir, rendir homenaje á aquella mano invisible y omnipotente que refrena á los impíos mas arrebatados, y no les permite hacer á la Iglesia todo el mal que se proponen. Lo que principalmente le indujo á perseguir á Carlostadio sin miramiento alguno, hasta precisarle á retirarse de Witember á Orlemunda, ciudad de Turingia sujeta todavía al elector de Sajonia,

(1) *Inform. Miss. t. 2. f. 384. et 386.* (2) *Tom. 7. f. 501.*

fue el error que aquel sostenia contrario á este punto de fe. Pero al mismo tiempo que Lutero admitia la presencia real, negaba la transubstanciacion, y conservaba en la Eucaristía la substancia de pan. Creo, con Wiclef, decia, que el pan permanece en ella, y con los sofistas (así llamaba á nuestros teólogos), que existe igualmente el cuerpo del Señor: tal fue su monstruoso sistema de la impanacion. Segun las esplicaciones groseras que hacia, el cuerpo de Jesucristo estaba con el pan, así como el fuego con el hierro caliente, ó como el vino en la cuba. Sus discípulos, particularmente Osiandro, estendieron el absurdo hasta sostener que esta union del cuerpo y del pan se hacia del mismo modo que se habia obrado en la Encarnacion la union hipostática del Verbo y del hombre; por lo cual podia decirse: este pan es el cuerpo del Señor, este vino es su sangre; y por una destruccion entera del lenguaje y del sentido comun: este pan es Dios: estravagancia impía que adoptaba Osiandro, pero sin aprobacion de Lutero, porque no intentamos cargar su pintura: bástale haber dado lugar á semejante esceso.

Continuando Carlostadio en sus doctrinas embrolladas, y fomentando en Orlemunda la rebelion de los aldeanos, á quienes el libro de la libertad cristiana y las declamaciones de Lutero acerca de las leyes y los legisladores, habian sublevado contra sus Soberanos, aunque protectores del nuevo Evangelio, envió el elector allá su evangelista, á fin de calmar los ánimos; mas Lutero, por artificio de Carlostadio,

fue recibido á pedradas, y casi ahogado con el lodo de que le cubrieron. No fue menos ridículo lo restante de la escena. Ambos antagonistas escogieron para lugar de su conferencia la posada de la osa negra (1). Lutero perdonó sin dificultad á Carlostadio el matrimonio sacrilego de que poco antes habia dado el primer egemplo á los eclesiásticos. Como deseaba con ardor imitarle muy presto, manifestó la satisfaccion que le causaba, y rogó al cielo que fortificase á los que abriesen este camino para poner fin al libertinage papístico: ruego tan eficaz, que toda esta gran reforma, como dice Erasmo en tono de burla (2), parece que se redujo á que los frailes colgasen el hábito, y se casasen los clérigos; de suerte que en esta tragedia pomposa, el matrimonio era siempre el que deshacia la trama como en las comedias. Pero dirigir votos al cielo, por una pasion demasiado eficaz por sí misma para corromper el corazon humano, ¡qué delirio y qué impiedad! Con mas seriedad trató Lutero el negocio de los rústicos rebeldes. Despues de haberse defendido muy mal de ella Carlostadio, obligó á Lutero á que tratase de defenderse atacando fuertemente su opinion de la presencia real, y le amenazó de que le combatiría por escrito. Lutero, mirándole con desprecio, le desafió á escribir; y sacando de su bolsillo un florin de oro, dijo que se le cedia si sostenia el desafio. Carlostadio le toma y le guarda, dánse recíprocamente la mano, prometen hacerse viva guerra, y se confirma el acto al uso del

(1) *Hospin. Sacr. part. 2. f. 32.* (2) *Lib. 19. Epist. 3.*

pais. Lutero brinda á la salud de Carlostadio, y de la obra excelente que amenaza publicar; Carlostadio corresponde apurando un vaso lleno. Despues de lo cual se separan, despidiéndose en un tono correspondiente á lo demás de la escena (1). ¡Ojalá te vea enrodado! dijo Carlostadio á Lutero. Y yo á tí degollado antes de salir de la ciudad, respondió Lutero á Carlostadio. Digámoslo otra vez con la espresion del grande obispo de Meaux: *ved aquí el nuevo evangelio, ved aquí las actas de los nuevos apóstoles* (2).

Para evitar cuanto sea posible volver á tratar de unas cosas, cuya relacion apenas la hace tolerable la necesidad de quitar su escándalo, añadiremos aquí, anticipando el curso de los años, que desterrado Carlostadio de todos los estados del duque Federico de Sajonia, se refugió á Zurich, en la Suiza, en compañía de Zuinglio. Su modo de pensar sobre los sacramentos le hizo hallar al principio buena acogida en aquel luterano transformado en sacramentario; pero temiendo luego Zuinglio partir con él la gloria de haber engendrado esta nueva heregía, de la que en efecto fue padre, abandonó á Carlostadio, el cual cayó en una extrema miseria, viéndose obligado á recurrir á su antiguo maestro, y á suavizar su orgullo á fuerza de bajezas. Lutero le obtuvo el permiso de volver á Witemberg, pero con solo el ánimo, al parecer, de gozar mejor del espectáculo de su humillacion. Carlostadio se vió allí tan despreciado y tan abandonado de todos, que reducido al trabajo de los mas infelices

(1) *Luth. t. 7. f. 502.* (2) *Hist. Var. l. 2. n. 11.*

rústicos, tuvo que llevar leña á vender de calle en calle, hasta que, haciéndosele insoportable el contraste de lo que era y de lo que habia sido, partió á Basilea para volver á tomar el oficio de predicador é impostor. Allí murió, tan odioso al partido luterano, que muchos de sus escritores no se han avergonzado de referir que fue ahogado por el diablo al salir de un sermón. Dejó un hijo llamado Juan, que tuvo la felicidad de volver al seno de la Iglesia, y se glorió de su adhesión al concilio de Trento.

33. Habiendo Lutero aterrado de este modo á su rival, vino á ser mas absoluto y arrogante que antes. Entonces fue cuando publicó el libro que tiene por título: *Contra el estado falsamente llamado eclesiástico*; es decir, tocó al mas violento rebato contra los obispos, cuya esterminación ordena en esta obra sin remisión alguna. La bula de reformation que opuso en el mismo tiempo á la bula *In cœna Domini*, dice que todos los que emplearen sus fuerzas y sus bienes para aniquilar los obispados y abolir el ministerio episcopal, serán verdaderos hijos de Dios; y que son miembros de Satanás los que los defendieren y obedecieren. Todo esto lo prueba á su modo, con muchos lugares de la sagrada Escritura. Quería que, esterminados los obispos, los abades y los frailes, todos los fondos y bienes de los obispados, de las abadías y monasterios quedasen á disposición de las potestades seculares en cuyo dominio se hallasen. Tal es el fondo de su libro intitulado *del Fisco comun*, el cual, legitimando la codicia de los Príncipes y magistrados, contribuyó

principalmente á los progresos de su reforma. Para hallar mas fácilmente pruebas de estas paradojas en las divinas Escrituras, publicó por el mismo tiempo su traducción de la Biblia, trabajada con toda la elegancia y primores de que es capaz la lengua alemana. Lutero, que la poseía perfectamente, se manifestó superior á sí mismo en una obra en que la esperanza de obrar los mas grandes frutos de seducción estimulaba con mayor viveza el talento del seductor. La corrección, la limpieza y la hermosura de las ediciones correspondia á la de la locución. No se omitió ninguno de los cuidados que tienen tan presentes en semejantes casos los editores de libros revoltosos.

34. Pero hubo teólogos profundos y versados asimismo en el arte de escribir, que notaron é hicieron tocar con el dedo hasta mil alteraciones sensibles del texto sagrado en la sola version del nuevo Testamento. Entre otros Gerónimo Emser, consejero del Príncipe Jorge de Sajonia, tan distinguido por su talento como por su clase y nacimiento, muy hábil en las ciencias divinas y humanas, y que unia un celo apostólico á unas circunstancias tan brillantes, siguió paso á paso al falsario, y le redujo á tal desesperacion que aquella boca cinica olvidó al parecer á los demás adversarios suyos, para llenar á este de injurias mas á su satisfaccion. Emser, consagrándose con tanta mayor generosidad por la causa comun de la Religion, y no temiendo escitar contra sí todo el furor de la cabala luterana, á la version que era su ídolo, opuso una traducción que presentaba con tanta precision

como fidelidad el testo de la Vulgata, y que hacia saltar á los ojos todas las falsificaciones del heresiarca. Esta obra indujo á muchos Príncipes eclesiásticos y legos, entre otros al archiduque Fernando, hermano del Emperador, al duque de Baviera y al Principe Jorge de Sajonia, á proscribir por edictos rigurosos la version de Lutero, á hacerla quemar públicamente y á obligar á todos sus vasallos, bajo rigurosas penas, á que entregasen á los oficiales nombrados á este efecto todos los egemplares que pudiesen haber á las manos. Lutero, poseido de un furor extraordinario, publicó contra aquellos Príncipes un libelo lleno de insolencia insensata. En él los trata de tiranos impíos, y en virtud del poder supremo de que habia despojado al Papa para revestirse á sí mismo, prohíbe entregar á Jesucristo en las manos de Herodes. Estas eran las imágenes, bajo las cuales se ponía en contraste con las cabezas mas augustas. A todo se atrevia, y su partido se fortificaba aun por medio de los escesos mas capaces de desacreditarle y arruinarle.

35. Llegó el tiempo en que se habia permitido al hombre enemigo asolar el campo del Padre de familias, y aun arrebatarle las porciones mas privilegiadas. La isla de Rhodas, donde ambas espadas se hallaban reunidas en manos de la Religion, cayó por entonces en poder de los eternos enemigos del nombre cristiano. El sultan Soliman II, orgulloso con la toma de Belgrado, de que se habia hecho dueño en el año precedente, se lisongeó de que quitaria tambien el baluarte en que hasta entonces se habian

estrellado los esfuerzos de sus mas formidables predecesores. Miraba como un oprobio para el imperio de la media luna, una guarida de piratas y ladrones (asi llamaba á Rhodas), los cuales incomodaban de continuo sus puertos, sus islas, y asolaban impunemente todas sus provincias marítimas. Por otra parte, estaba firmemente persuadido, en fuerza de los consejos que leyó en las memorias de Selim, su padre, que para asegurarse bien en sus estados, debia subyugar á Rhodas despues de Belgrado. Creyó haber llegado el momento de la empresa, y ser fácil su egecucion, mientras que ningun temor podian causarle los cristianos mas poderosos; respecto á que el Emperador y el Rey de Francia, implicados mutuamente en una guerra ardiente, cuyo peso apenas les era soportable, debian interesarse muy poco en los sucesos de los confines del levante (*).

En efecto, instruido el gran maestro de los proyectos del sultan, hizo partir inútilmente caballeros

(*) El primer motivo de la desavenencia entre Carlos V y Francisco I, fue sobre el reino de Navarra que pretendía el Monarca francés se restituyese á Enrique de Albret, hijo y sucesor del difunto Rey Juan de Albret. Pero rotos una vez los lazos de la paz, se añadieron de dia en dia nuevas causas que llegaron en cierto modo á hacer permanente la guerra entre las dos potencias; y ni la prision de Francisco I, ni la libertad que generosamente le concedió Carlos, ni los diferentes tratados posteriores, fueron parte á restablecer perfectamente la paz y buena armonía. Sin embargo, no estuvo el Emperador y Rey tan olvidado de los intereses del pueblo cristiano de levante, como parece suponer Berault: pues entre otras de sus glorias se cuenta una carta que le escribió el Gran Señor

para reclamar la asistencia de todas las cortes de Europa. Antes que aquellos evacuasen su comision, el gran maestre se vió acometido en su isla por una flota de cuatrocientas velas, galeras, ú otras naves, y por ciento cuarenta mil hombres de desembarco. El valor hubiera arrostrado todavía á la multitud, si la perfidia no hubiese hallado entrada en el seno mismo de la Religión. Villers de Lile-Adam, electo gran maestre de Rhodas el año anterior, tuvo por competidor á Adriano de Amaral, que era cancelario de la misma. La ambicion en un estado santo, es capáz de todo. Las horribles sombras de la traicion no causaron espanto á Amaral. Primero procuró persuadir al sultan á que viniese á sitiar á Rhodas; y por la interposicion de un turco prisionero de guerra le instruía exactamente acerca del estado en que se hallaba la isla, de los puntos mas débiles de la plaza, y del corto número de combatientes que en ella se hallaban. Amaral era auxiliado por un médico judío que servia continuamente de espía al Gran Señor, y que le daba noticias casi diarias, por el conducto de otro judío de Scio, encargado de hacerlas llegar á Constantino-
pla. Sin embargo, los caballeros se defendieron con su valor acostumbrado por espacio de cerca de seis

accediendo á quanto le había pedido en el principio de su reinado con respecto á los templos y lugares santos de Jerusalem, y al paso libre de los peregrinos; y el no haber intervenido en la guerra de Rhodas fue sin duda por las infinitas atenciones en que le implicaron sus inmensos estados.

meses que duró el sitio, y con unas ventajas que volvieron alguna vez el furor del sultan contra Mustafá su cuñado, cuyos consejos habia principalmente seguido en esta empresa, y faltó poco un dia para matarle con sus propias manos. Aun despues de haber vuelto en sí de la cólera, prohibió á Mustafá que compareciese jamás en su presencia, y le envió á los confines del imperio á gobernar el Egipto, despues de haber puesto en su lugar á Achmet-bajá en el mando del sitio.

Esta desgracia fue la consecuencia de un asalto general, dado despues de la llegada del sultan, el cual para alentar el valor abatido del egército habia venido en persona al sitio, con un refuerzo de quince mil hombres, de las mejores tropas de todo el imperio. Aunque una artillería formidable no habia cesado, por espacio de un mes, de batir la plaza, atacados despues los rhodios por cuatro puntos diferentes, hicieron en todas partes prodigios de valor, cuyo menor daño para los turcos fue la mortandad del mayor número de aquellos infieles que Soliman habia traído consigo. Sus mejores capitanes perdieron allí la vida, y todo su egército quedó al parecer desalentado en términos mas irremediabiles que antes de la llegada del sultan. En la plaza, por el contrario, todos eran soldados, y los soldados otros tantos héroes. Los clérigos, los religiosos, los ancianos, los niños y las madres, volaban á tomar parte en el peligro del combate, menor en efecto que el de la inaccion, ó de la invasion que habria sido su resultado.

La fe, el entusiasmo, el ardor de la desesperacion, hasta las mismas flaquezas del amor convertidas en furor, los elevaron sobre la naturaleza, haciéndolos al parecer superiores á los hombres. Una griega, apasionada por un capitán de la misma nacion, supo que éste habia sido muerto. Abrazó á sus hijos con ternura, hizo en ellos la señal de la cruz, tomó un puñal, y les dijo: queridos y desgraciados hijos, mas vale morir que llegar á ser juguete de impuros infieles. Los degüella al instante, se viste inmediatamente los vestidos todavia ensangrentados de su padre; y sin otra arma que un baston herrado, se precipita de golpe sobre los bárbaros, y no cesó de matar hasta que cayó muerta acribillada de heridas y desangrada. Ved aquí lo que puede una muger, abandonada á una passion culpable: ¿qué no harian tantos hombres heróicos cuyas hazañas, tan prodigiosas como innumerables, no podrian hallar lugar en los límites que nos hemos prescrito?

Sin embargo, los mismos felices sucesos de los rhodios les eran funestos. Sus victorias multiplicadas disminuían su pequeño número de dia en dia, y los aniquilaban insensiblemente. Despues del asalto general de que acabamos de hablar, y que fue precedido de otros muchos, Rhodas se halló casi sin defensores y sin gefes. El gran maestro de artilleria, el general de las galeras, el gran porta-estandarte habian muerto, sin contar una infinidad de caballeros. Entre los que sobrevivian habia pocos cuyas heridas no les imposibilitasen continuar sus servicios,

y la mayor parte de los soldados no estaban para el combate. Solo el secreto podia salvar la plaza, y durante algun tiempo fue en efecto muy bien guardado, tanto que Soliman, desesperado de tomarla, se resolvía á levantar el sitio. Ya se disponia á retirarse, cuando un miserable desertor, de nacion albanés, llegó al campo de los turcos, y advirtió al Gran Señor el estado de desesperacion en que se hallaba la ciudad. Esta noticia, como apoyada en el testimonio interesado de un aventurero, no hubiera tal vez alterado cosa alguna en la disposicion del sultan, si no hubiese recibido al mismo tiempo una carta del cancelario Amaral, que confirmaba puntualmente la relacion del albanés. Esparcida la noticia en el campo, reanimóse el valor de los turcos, á quienes Soliman, para sostenerlos y electrizarlos mas, prometió el saqueo de la ciudad si la tomaban por asalto. Desde luego se resolvió á apoderarse de ella, ó á perecer bajo sus murallas. Entonces tambien fue descubierta la traicion del cancelario, con bastante tiempo para hacerle sufrir el suplicio y la infamia que merecia, pero muy tarde para salvar una plaza cuyo ataque y reduccion habian de ser precisamente una misma cosa. Amaral fue convencido de haber echado en el campo de los turcos muchas cartas atadas á dardos de ballesta, y sorprendido el criado de confianza de que se habia valido para esta maniobra, confesó el delito, que fue además confirmado por un capellan griego que habia visto uno de estos dardos lanzado con un papel atado al medio de la ballesta. En virtud de

estas deposiciones, y gran número de indicios menos concluyentes, el eriado fue condenado á la horca, y el caballero, á pesar de su obstinacion en negarlo todo, fue degollado en público, sin querer pedir perdón á Dios, ni dar señal alguna de religion. Su cuerpo fue inmediatamente descuartizado y espuesto sobre cuatro baluartes á la vista de los turcos.

Sin embargo, el nuevo general del ejército otomano, Achmet-bajá, ingeniero hábil, usó de precauciones olvidadas por Mustafá, su predecesor: puso diestramente en práctica la zapa y la mina, hizo construir delante de la trinchera una fortificacion comparable á las de la ciudad, y tomó todas las medidas propias para evitar la efusion de sangre de sus tropas. Un asalto dado despues de esto fue todavía inútil á los infieles, los cuales hallaron nuevos atrincheramientos guarnecidos de artillería. Esperimentaron en él nuevas pérdidas, y los rhodios señalaron con nuevos prodigios su valor; pero el noble bresciano Gabriel Martinigo, que habia acudido generosamente de Candia en socorro de Rhodas, y que hacia su mejor defensor por su habilidad incomparable en el oficio de ingeniero, recibió una herida que le tuvo treinta y cuatro dias imposibilitado para obrar. Durante todo este tiempo, el gran maestre permaneció en un atrincheramiento sin descansar de dia ni de noche. A su ejemplo los caballeros sacrificaban sus fuerzas, ó su vida lánguida, con un heroísmo mas generoso que el de los combates, los cuales parecian unos cortos descansos. Esperaban algun socorro

de los caballeros franceses que habian armado dos buques en Marsella, pero el uno naufragó en una tempestad, apenas habia dejado la costa de Francia, y el otro, despues de haber resistido mas tiempo, fue á estrellarse contra las costas de Cerdeña. Achmet, procediendo siempre con su circunspeccion y su inteligencia acostumbrada, habia arruinado la mayor parte de los baluartes, penetró por la mina hasta debajo de los nuevos atrincheramientos de los sitiados, y condujo su trinchera mas de doscientos pasos dentro de la ciudad con setenta de anchura.

Soliman, no obstante, recelando siempre del éxito, hizo proponer repetidas veces condiciones, que fueron siempre desechadas por el gran maestre con tanta grandeza de alma, que habiéndose en fin negado á escuchar semejantes proposiciones, hizo recibir á mosquetazos los agentes que se obstinaban todavía en enviarle. No tuvo la misma perseverancia el valor de los ciudadanos. Comparando en fin las ofertas del sultan con los horrores de su ciudad tomada por asalto, no viendo mas que sus hogares y sus templos inundados de sangre, sus hijas y esposas abandonadas á la brutalidad de los infieles, gritaron unánimemente, que si el gran maestre no capitulaba, harian su tratado aparte. Forzado á juntar consejo, como opusiese todavía á la pluralidad de votos la justa desconfianza que decia tener en la fe de los turcos, le entregaron una carta de Soliman, que ofrecia por última vez condiciones honrosas, y en caso de no aceptarlas amenazaba con las mas horribles estremidades.

Las condiciones fueron admitidas y egecutadas de buena fe. Redujéronse en substancia á que las iglesias no serian profanadas ni robadas: que los cristianos, fuesen latinos ó griegos, conservarían el libre egercicio de su religion: que no se les impondria el tributo de sus hijos para la recluta de los genizaros: que los habitantes serian esentos de impuestos y de toda carga durante cinco años: que por espacio de tres tendrian la libertad de retirarse, y de llevar consigo todos sus bienes: que el Gran Señor suministraria á los caballeros y oficiales de la órden los buques suficientes para transportarlos con buena escolta á la isla de Candia: que tendrian doce dias, despues de firmado el tratado, para embarcar las reliquias de los Santos, los vasos y los ornamentos sagrados, sus propios efectos, muebles, títulos, y todos los cañones que acostumbraban emplear en el armamento de sus galeras (1). Se veló tan fielmente en la egecucion de estos articulos, que habiéndose tumultuado algunos genizaros, y comenzado á saquear, el general Achmet hizo decir al agá, que su cabeza responderia por su tropa; y el desórden cesó inmediatamente.

Este general manifestó tambien á Lile-Adam que el Gan Señor se complaceria en verle. El gran maestro se dirigió el dia siguiente á la tienda de Soliman, donde despues de haberle revestido de una ropa suntuosa, como igualmente á los caballeros que le acompañaban, le introdujeron á la audiencia. Soliman le colmó de honores, y le dijo para consolarle, que la

(1) *Jaq. de Bourb. Hist. de Rho. p. 681.*

pérdida ó la conquista de los imperios no eran mas que juegos de la fortuna, é intentó con magnificas promesas apartarle de las potencias cristianas que le habian abandonado tan vilmente, y aficionarle á un Principe mas justo apreciador del valor y de la grandeza de alma. Lile-Adam, despues de haberle dado gracias, dijo que si la fortuna era árbitra de la victoria, lejos de acusarla de caprichosa, debia serle muy grato el que la hubiese concedido á un Príncipe que tenia á mayor honra que vergüenza el que fuese su vencedor; y en cuanto á su servicio, protestó que no podia comprometerse á él sin ser traidor á la Religion cristiana, lo que seria una vileza que le acarrearía su propio desprecio. Confesion noble, y tan digna de la estimacion del mismo sultan, que le dió inmediatamente su mano á besar. Dos dias despues, haciendo Soliman su entrada en la plaza conquistada, volvió la vista al gran maestro que aun estaba alojado en su palacio, le honró hasta llamarle su padre, le exhortó tiernamente á no ceder á la tristeza, y á usar de su gran valor para despreciar los caprichos de la fortuna (1). Añaden que entró en el palacio sin guardias, y con un solo camarero, diciendo que tenia la mejor de todas las escoltas en la fe y magnanimidad de aquel ilustre desgraciado. Cuando volvió á verse con Achmet, añadió: me causa dolor ver este venerable anciano reducido á salir de su casa. Así perdieron la isla de Rhodas los caballeros de San Juan de Jerusalem en los últimos dias del año 1522. El principio del

(1) *Ibid. p. 682.*

año siguiente no fue menos funesto á la Iglesia, la cual vió entonces establecerse de una manera legal ó civil una secta, á la verdad mas reservada, pero en el fondo mas impía, mucho mas artificiosa, tan audáz y casi tan fecunda como el luteranismo, del cual tenia su origen.



TABLA CRONOLÓGICA.

Desde el año 1471, hasta el de 1523.

PAPAS.

CCXI. Sisto IV, electo á 9 de Agosto de 1471, y muerto á 13 de Agosto de.....	1484.
CCXII. Inocencio VIII, promovido á 29 de Agosto de 1484, y muerto á 25 de Julio de.....	1492.
CCXIII. Alejandro VI, coronado en 11 de Agosto de 1492, y muerto á 18 de Agosto de.....	1503.
CCXIV. Pio III, consagrado á 22 de Setiembre de 1503, y muerto á 18 de Octubre de.....	1503.
CCXV. Julio II, electo en 1º de Noviembre de 1503, y muerto á 21 de Febrero de.....	1513.
CCXVI. Leon X, promovido á 11 de Marzo de 1513, y muerto en 1º de Diciembre de.....	1521.
CCXVII. Adriano VI, electo á 9 de Enero de.....	1522.

EMPERADORES DE OCCIDENTE.

Federico III, murió en.....	1493.
Maximiliano I.....	1519.
Cárlos V.....	

año siguiente no fue menos funesto á la Iglesia, la cual vió entonces establecerse de una manera legal ó civil una secta, á la verdad mas reservada, pero en el fondo mas impía, mucho mas artificiosa, tan audáz y casi tan fecunda como el luteranismo, del cual tenia su origen.



TABLA CRONOLÓGICA.

Desde el año 1471, hasta el de 1523.

PAPAS.

CCXI. Sisto IV, electo á 9 de Agosto de 1471, y muerto á 13 de Agosto de.....	1484.
CCXII. Inocencio VIII, promovido á 29 de Agosto de 1484, y muerto á 25 de Julio de.....	1492.
CCXIII. Alejandro VI, coronado en 11 de Agosto de 1492, y muerto á 18 de Agosto de.....	1503.
CCXIV. Pio III, consagrado á 22 de Setiembre de 1503, y muerto á 18 de Octubre de.....	1503.
CCXV. Julio II, electo en 1º de Noviembre de 1503, y muerto á 21 de Febrero de.....	1513.
CCXVI. Leon X, promovido á 11 de Marzo de 1513, y muerto en 1º de Diciembre de.....	1521.
CCXVII. Adriano VI, electo á 9 de Enero de.....	1522.

EMPERADORES DE OCCIDENTE.

Federico III, murió en.....	1493.
Maximiliano I.....	1519.
Cárlos V.....	

REYES DE FRANCIA.

Luis XI, muerto en.....	1483.
Cárlos VIII.....	1498.
Luis XII.....	1515.
Francisco I.....	

REYES DE ESPAÑA.

Enrique IV, muerto en.....	1474.
Fernando V.....	1516.
É Isabel.....	1504.
Felipe I, llamado el Hermoso por parte de.....	1506.
Juana la Loca.....	
Cárlos I, Emperador con nombre de Cárlos V.....	

REYES DE INGLATERRA.

Eduardo IV, primer Rey de la casa de York.....	1483.
Eduardo V.....	1483.
Ricardo III, llamado el Jorobado.....	1485.
Enrique VII, de la casa de Tudor.....	1509.
Enrique VIII.....	

CONCILIOS MAS NOTABLES.

Concilios de Madrid y de Aranda, 1473. Se trató en ellos de

desterrar la ignorancia de los eclesiásticos de España, tan abandonada á la disipacion y al libertinage, que muchos de ellos no entendian el latin. Se decretó que se negasen las órdenes á los que no supiesen por lo menos esta lengua. Se hicieron otros muchos estatutos muy á propósito para restablecer insensiblemente una disciplina exacta.

Concilio de Sens, 1485. Se trató en él de la reforma del clero en las costumbres, y particularmente en el traje; de la disciplina regular, de la celebracion de los divinos oficios, de las obligaciones de los fieles para con la Iglesia; y se confirmaron los estatutos formados veinticinco años antes en la misma provincia.

Concilio de Saltzburgo, 1490. Se adoptaron en él muchos decretos de disciplina del concilio de Basilea, y se publicó una constitucion de Martino V acerca de las inmunidades eclesiásticas.

Concilio de Tours, 1510, nacional, segun algunos autores. Propuso en él Luis XII varias cuestiones acerca de sus desavenencias con Julio II, diciendo que confundia los derechos espirituales con los temporales. Las respuestas fueron conformes á los designios del Rey.

Concilio de Peterkau, en Polonia, 1510. Mandó celebrar en todo el reino la fiesta de San Francisco, y prohibió á los clérigos brindar en los convites á la salud de nadie, porque era este un modo de escitarse mutuamente á salir de los límites de la templanza.

Conciliábulo de Pisa, 1511. Fue convocado á instancias del Emperador y del Rey de Francia por algunos cardenales que llevaban á mal que no convocase Julio II el concilio general

deseado por todos con vivas ansias. Siendo mal recibidos en Pisa los preladados, se trasladaron á Milán, donde no hallaron mejor acogida; quisieron continuar su concilio en Leon, pero no lograron el éxito que se proponian.

Concilio de Letrán, 1512. Comunmente es tenido por general, aunque muchos teólogos no le colocan en esta clase, y el sábio Belarmino permite que se dude de su ecumenicidad. Fue convocado por Julio II para oponerle al conciliábulo de Pisa, y duró desde el dia 3 de Mayo de 1512 hasta el 16 de Marzo de 1517. Se celebraron cinco sesiones en el Pontificado de Julio, y las siete restantes en el de Leon X. Mediante la prudencia y moderacion de este último Pontífice, se fueron separando poco á poco de la asamblea de Pisa los Príncipes que la favorecian, y se adhirieron al concilio de Letrán, en el cual los absolvió de las penas y censuras en que pudiesen haber incurrido. Quedó abolida la pragmática-sancion, y se formó en lugar de ella un concordato. La bula que suprime la pragmática, alega por razon, que no podia recibir ninguna autoridad del concilio de Basilea, porque habia sido aceptada despues de la traslacion de aquel concilio por el Papa Eugenio. Lo mas notable que contiene el concilio de Letrán, fuera de lo que acabamos de decir, son los decretos acerca de los montes de piedad y de la impresion de libros.

Concilio de Dublin, 1518, para la reforma de las costumbres, cuya necesidad se conoció generalmente, y que quisieron preparar á la perfeccion que debia recibir en el concilio ecuménico pedido con tanto ardor.

Concilio de Ruan, 1522, sobre la disciplina y para los mismos fines que el precedente.

ESCRITORES ECLESIASTICOS.

El cardenal Besarion, 1472. Su casa, que era en Roma el asilo de los sábios, contribuyó infinito á esparcir por el occidente las luces de la Grecia. Escribió Besarion escelentes obras acerca de la Eucaristía y de la procesion del Espíritu Santo, y elocuentes discursos sobre la union de la iglesia griega con la latina.

Platina, bibliotecario del Vaticano, 1481. Escribió con bastante libertad las vidas de los Papas desde San Pedro hasta Sisto IV. Continuó su obra Onúfrío, religioso agustino.

Jorge de Trebisonda, 1487. Sus discursos elocuentes contra el cisma son lo mejor que hay en sus escritos, en los cuales manifiesta una preocupacion escensiva á favor de Aristóteles y contra Platón.

Juan Pico, Príncipe de la Mirándula y prodigio de su siglo, 1494. En sus muchas obras trata de la mayor parte de las ciencias, y de las ciencias mas sublimes, con tanta superioridad, que no pudo Scalígero espresar su admiracion de otro modo, que llamándole *Monstrum sine vitio*.

El cardenal de Pavía, Santiago de Amanati. Sus cartas presentan mil pasages curiosos acerca de los sucesos del siglo quince. Se muestra en ellas escritor ingenioso, político hábil, y por lo comun muy instruido en los designios é intereses de los Príncipes.

Jacobo Almaíno, doctor de París, 1516. Fue elegido para escribir á favor de Luis XII contra Julio II. Su obra mas interesante es la de la autoridad de los concilios contra el cardenal Cayetano.

El cardenal Jimenez, 1517. Los reglamentos admirables de su sínodo le hacen acreedor á ocupar un lugar distinguido entre los autores eclesiásticos, además de la Biblia políglota, que contiene el testo hebreo de la Escritura, la version de los Setenta, con una traduccion literal, la de San Gerónimo, y las paráfrasis caldeas de Onkelos sobre el Pentateuco.

El cardenal Adriano Corneto, por los años de 1518. Fue uno de los primeros escritores que trabajaron con éxito en el restablecimiento de la bella latinidad, como se vé en su tratado *De sermone latino*.

Juan Tritemio, 1518, nacido en Tritenheim, diócesi de Tréveris, abad benedictino de Sphaneim y uno de los hombres mas sábios de su tiempo. La mas considerable de sus obras es el catálogo de los escritores eclesiásticos, donde se citan ochocientos setenta autores.

Godofredo Boussard, doctor parisiense, 1520. Escribió un tratado curioso sobre la continencia de los clérigos.

Clandio Seyssel, arzobispo de Turin, 1520. Escribió gran número de obras sábias: se aprecian particularmente su historia de Luis XII y la de los valdenses.

Silvestre Mazzolin, 1520, llamado comunmente Silvestre de Prierio. La obra que ha dado mas celebridad á este sábio dominico es su *Suma moral*, ó la *Suma de las Sumas*, llamada así por contener sustancialmente las de otros teólogos famosos.

SECTARIOS.

El monge Genadio, que reanimó el cisma de los griegos poco antes de la ruina de aquel imperio.

Pedro de Rieu, encaprichado con las opiniones de los realistas, hasta negar la verdad de todas las proposiciones de futuro contingente. Fue citado á Roma y obligado á retractarse.

Juan de Vesalia, ó Vesalio, 1479. Fue en Alemania el precursor de las heregías del siglo siguiente, en especial contra las leyes y prácticas generales de la Iglesia.

Pedro de Osma, doctor de Salamanca, 1479. Fue condenado por haber escrito, á lo menos indirectamente, contra el poder de las llaves.

Rainaldo Peacock, obispo de Chester, 1489. Condenado por el concilio de Lambeth, y depuesto del obispado por haber reproducido el wiclefismo, dándole nueva forma. Por la misma causa fue escomulgado el carmelita Juan Milverton, discípulo suyo y profesor en la universidad de Oxford.

Juan Lailler, por el mismo tiempo. Fue excluido del doctorado por la universidad de París, y obligado á retractarse. Sus errores eran los mismos que los de Peacock y Milverton.

Los hermanos de Bohemia, 1504. Por la mayor parte profesaban los errores que enseñaron despues Lutero y Calvino, manifestando la misma insolencia que estos heresiarcas contra la Iglesia y sus pastores legítimos.

Lutero, 1517.

Melanchton y Carlostadio, discípulos de Lutero.

Zuinglio, gefe de los sacramentarios, 1519.

